NARRACIONES TERRORIFICAS

LESKOV
DAUDET
ANDREIEV
BIERCE
LOVECRAFT
BRION
SIEGNOLLE
TENN
BRADBURY
PETAJA
SAROYAN
BLOCH
BURRAGE
BRETNOR
ALVAREZ VILLA

OCTAVA SELECCIÓ

Lectulandia

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

Lectulandia

AA. VV.

Narraciones terroríficas - Vol. 8

Narraciones terroríficas - 8

ePub r1.0
Titivillus 01.09.16

Narraciones terroríficas ACERVO. Vol. 8
AA. VV., 1968
Selección: José A. Llorens
Escaneo: Walter Lombardi
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NARRACIONES TERRORÍFICAS

Antología de cuentos de misterio

(OCTAVA SELECCIÓN)

Selección de

José A. Llorens

EL ÁGUILA BLANCA

Nicolás Leskov

I

Hay más cosas en la tierra…

Entre nosotros existe la costumbre de empezar así relatos semejantes, escudándose en Shakespeare para evitar los dardos de ciertos «espíritus fuertes» que no admiten lo desconocido. Por mi parte, creo que existen realmente «cosas» muy extrañas e incomprensibles, a las que a veces se da el nombre de *sobrenaturales*, y confieso que escucho de buena gana los relatos de ese tipo. Por eso, cuando hace un par de años, en un acceso de infantilismo, nos pusimos a jugar a los espiritistas, acepté encantado ingresar en uno de esos círculos cuyos estatutos exigen el tratar únicamente con espíritus desencarnados, con sus apariciones y con su influencia en el destino de los vivientes.

Cada uno de nosotros debía, a su vez, relatar algún incidente fantástico de su propia vida, pero como el arte de la narración no ha sido concedido a todo el mundo, nos preocupábamos muy poco del aspecto artístico del relato. Tampoco se exigían pruebas. Si el narrador afirmaba que el acontecimiento había sucedido, se le creía, o por lo menos se fingía creerle. Nuestra ética lo había decidido así.

Todo aquello me interesaba especialmente desde un punto de vista objetivo. Que existen «más cosas de las que ha soñado la filosofía» es algo que no dudo. Pero, ¿cómo se revelan esas cosas a cada uno de nosotros? He aquí lo que me apasionaba en sumo grado.

Lo que me propongo narrar es un incidente de esa clase, precisamente…

II

El «mártir de servicio», es decir, el narrador de turno, era un personaje bastante bien situado y, además, muy original: Galaktion Illitch, apodado, jocosamente, «el dignatario mal recibido». El apodo era una especie de juego de palabras. En efecto, el padre de Galaktion Illitch había sido siervo y desempeñaba el cargo de bodeguero en una casa noble. Liberado de la servidumbre, se convirtió en filántropo y fundador de iglesias, y en recompensa le concedieron (para esta vida perecedera) una condecoración y (para la vida futura) un lugar en el reino de los cielos. Dio a su hijo una formación universitaria y le hizo un hombre, pero el recuerdo del humilde origen del padre gravitó pesadamente sobre su heredero. Galaktion Illitch ascendió ciertos

escalones y fue recibido en el mundo, pero la maledicencia pública le otorgó para siempre el apodo de *mal recibido*.

Dudo que alguien fuera capaz de juzgar con exactitud la inteligencia y los dones de Galaktion Illitch. En cuanto a lo que podía hacer, todos lo ignoran, desde luego. Se comportaba de un modo sencillo y franco. En los primeros tiempos, gracias a los desvelos de su padre, encontró un empleo en casa del conde Víctor Nikitich Panine, el cual apreciaba al anciano por algunos méritos que únicamente él conocía. Después de haber acogido al hijo bajo sus alas, le hizo cruzar con bastante rapidez el umbral más allá del cual uno empieza a «lanzarse».

De todos modos, hay que creer que poseía ciertas cualidades que permitieron a Víctor Nikitich hacerle ascender. Pero en el mundo, en la sociedad, Galaktion Illitch no obtuvo ningún éxito y no se vio colmado, todo hay que decirlo, de alegrías terrenales. Galaktion Illitch tenía una salud frágil y un aspecto catastrófico. Tan larguirucho como su difunto protector, el conde Víctor Nikitich, carecía de su majestuosa presencia. Por el contrario, inspiraba un espanto mezclado con una sensación de desagrado. Era a la vez un típico palurdo campesino y un verdadero cadáver viviente. Alto, delgado, su piel grisácea parecía encontrarse con dificultades para cubrir su esqueleto. Una frente muy ancha, seca y amarillenta; sobre las sienes, una floración ondulante, pálida y cadavérica. Una nariz corta y achatada, ni rastro de cejas, una boca siempre entreabierta dejando al descubierto unos dientes largos y brillantes, y unos ojos sombríos, glaucos, perdidos en unas órbitas profundas y realmente negras.

Al verle se experimentaba un verdadero terror.

A decir verdad, el físico de Galaktion Illitch había sido, en su juventud, más espantoso todavía. Al envejecer había mejorado, hasta el punto de que se llegaba a soportarle sin horror.

Estaba dotado de un carácter jovial y de un corazón sensible, e incluso, como podremos comprobar muy pronto, sentimental. Le gustaba soñar, y, al igual que la inmensa mayoría de los seres tímidos, escondía sus sueños en lo más profundo de su ser. En su fuero interno era más poeta que funcionario, y estaba ávidamente enamorado de la vida, aunque no se aprovechaba nunca de ella como hubiera deseado.

Llevaba la desgracia consigo, y sabía que le acompañaría implacablemente, fielmente, hasta la tumba. El propio ascenso con que fue recompensado en su servicio escondía para él un profundo cáliz de amargura: sospechaba que el conde Víctor Nikitich le mantenía a su lado en calidad de secretario a causa de la abrumadora impresión que producía. Los visitantes que hacían antesala en casa del conde y que tenían que exponer previamente a Galaktion Illitch el motivo de su visita, perdían la compostura y desfallecían, cosa de la que él no dejaba de darse cuenta. Gracias a él, pues, una entrevista personal con el conde se convertía para todo el mundo en una excursión de placer…

Con el paso de los años, Galaktion Illitch dejó de ser un funcionario cargado de informes y se convirtió en un personaje que recibe informes. Se le confió una misión muy importante y delicada en una ciudad lejana. Y allí fue donde le sucedió la aventura sobrenatural, cuyo relato nos hizo personalmente en el círculo a que antes he aludido.

III

«Hace más de veinticinco años —empezó el *dignatario mal recibido*— llegaron a San Petersburgo ciertos rumores: el gobernador de la ciudad de P. había cometido, se decía, numerosos abusos de poder. Los abusos alcanzaban una gama muy amplia, con ramificaciones en casi todos los estamentos oficiales. Se decía que el gobernador había propinado, con su propia mano, bastonazos y latigazos, que se había apropiado (de acuerdo con el administrador de sus bienes) de toda la cosecha de vino de la región. Se aseguraba que había ordenado medidas arbitrarias en su provincia, que pretendía examinar el correo, dando curso a las cartas que le complacían y haciendo pedazos o arrojando al fuego las que no eran de su agrado, para abrumar luego con su venganza al remitente y al destinatario. Se decía que encarcelaba a la gente. Y, sin embargo, era un artista por naturaleza. Mantenía una importante y excelente orquesta, adoraba la música clásica y él mismo tocaba muy bien el violoncelo.

Durante mucho tiempo, la cosa quedó en simples rumores. Hasta que un día, un modesto funcionario de la región se presentó en San Petersburgo para hacer un relato detallado de todo el asunto y presentar una denuncia en regla.

En realidad, la denuncia justificaba el inmediato envío de un comité de investigación senatorial. Pero se daba el caso de que el gobernador y el administrador en cuestión gozaban de la estima del difunto emperador. Meterse con ellos no resultaba tan sencillo como parecía. Víctor Nikitich decidió enviar a una persona de toda su confianza para que investigara seriamente el caso. La elección recayó en mí. El conde me llamó.

—Se trata de lo siguiente —me dijo—. He recibido ciertas informaciones absurdas y temo que no tengan el menor fundamento. Sin embargo, antes de adoptar ninguna medida, quiero investigar más de cerca y he decidido encargaros del asunto.

Me incliné y respondí:

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Estoy convencido —continuó el conde— de que puedo confiar en vos para el mejor desempeño de esta misión. Poseéis un don especial, gracias al cual la gente os confesará toda la verdad, en vez de contaros faramallas.

(El don en cuestión —nos explicó el narrador con una amable sonrisa— es mi

triste apariencia que engendra la depresión. Pero hay que sacar provecho de lo que nos ha sido concedido).

—Todos vuestros documentos están ya preparados —dijo el conde—, lo mismo que el dinero. Pero vais a ocuparos *únicamente* de lo que afecta a nuestros servicios. ¿Habéis comprendido? *Únicamente*…

—Comprendo —dije.

—Tenéis que dar la impresión de que las malversaciones que afectan a los otros servicios no os interesan. He dicho *dar la impresión*, ya que en realidad debéis descubrirlo *todo*. Os acompañarán unos funcionarios que ya están advertidos. En cuanto lleguéis, pondréis manos a la obra, simulando que os dedicáis por entero a la revisión de los informes de las cancillerías. De hecho, lo examinaréis *todo* con la mayor atención… Convocad a los funcionarios locales a fines consultivos, y… adoptad vuestro aire *más severo*. Y no os deis prisa en regresar. Yo os mandaré aviso cuando estime conveniente que volváis. ¿Cuál es vuestra condecoración más reciente?

—La cruz de San Vladimiro, de segunda categoría, con corona —respondí.

Una de las manos enormes del conde levantó su célebre y pecado pisapapeles «El pájaro muerto», dejando al descubierto su bloc de notas. La otra mano empuñó un gigantesco lápiz de ébano. Luego, sin tratar de ocultarlo a mi vista, escribió mi nombre al lado de la anotación. «Águila blanca».

Así pude conocer la recompensa que me esperaba si desempeñaba con éxito la misión que me había sido encomendada. Salí de San Petersburgo al día siguiente, sin la menor inquietud.

Me acompañaban mi criado Iegor y dos funcionarios del Senado, dos hombres astutos y mundanos.

IV

Llegamos sin ningún tropiezo a la ciudad, alquilamos un apartamento y nos instalamos allí todos, mis dos funcionarios, el criado y yo.

El alojamiento era tan cómodo que me permití rechazar otro más lujoso que me ofreció el gobernador. Como se comprenderá, no sentía el menor deseo de tener que agradecerle nada. Sin embargo, no sólo intercambiamos una visita, sino que fui a su casa un par de veces para escuchar unos cuartetos de Haydn. Por lo demás, no soy un gran aficionado a la música, ni un gran conocedor, y mis contactos con el gobernador se redujeron a lo estrictamente indispensable. No estaba encargado de comprobar su amabilidad, sino sus entuertos…

Debo confesar que el gobernador, un hombre inteligente y hábil, no me importunó

con sus atenciones. Simulaba dejar que me ocupara tranquilamente de los archivos y de los informes que entraban y salían, pero yo percibía una especie de hormigueo a mi alrededor. Buscaban a tientas mi lado vulnerable, sin duda para poder sobornarme más tarde.

Para vergüenza del género humano debo confesar que no considero incapaz de intrigar ni siquiera al bello sexo. Empezaron a presentarse damas, cargadas, ora de reclamaciones, ora de peticiones, pero siempre con alguna maquinación en la mente, cosa que nunca dejaba de asombrarme.

Sin embargo, recordé el consejo de Víctor Nikitich: *adoptar el aire más severo posible*, y las graciosas apariciones empezaron a desvanecerse de mi horizonte, ya que no se sentían a gusto en mi presencia. En cambio, mis funcionarios obtenían muchos éxitos en ese terreno. Yo lo sabía y no les prohibía ni el cortejar, ni el que se hicieran pasar por hombres muy importantes. Incluso me resultaba útil verles evolucionar en ciertos medios y obtener victorias sobre los corazones. Únicamente exigía que no se produjera ningún escándalo y que me tuvieran al corriente de los detalles de la política provincial que parecieran tener cierta importancia a sus ojos.

Hombres concienzudos, hicieron revelaciones: por medio de ellas, todo el mundo trataba de descubrir mis puntos flacos y mis gustos.

En realidad, nunca hubiesen podido conseguirlo porque, a Dios gracias, no me conozco debilidades particulares. Y mis gustos, hasta donde alcanzan mis recuerdos, han sido siempre sumamente sencillos. Toda mi vida he comido frugalmente. Lo más que bebo es un vasito de jerez. En cuanto a los postres —desde niño he sido algo goloso—, prefiero una sandía de Astrakan, una pera de Kurks o un trozo de turrón a las más refinadas elaboraciones de la pastelería. Nunca he envidiado la fortuna, la fama, la belleza o la felicidad de nadie. Si hay algo que me inspira celos, confieso que es la salud. Y la palabra «celos» no define con exactitud lo que siento. La vista de un hombre rebosante de salud no me inspira un despecho que me haga exclamar: «¿Por qué él, y no yo?» Por el contrario, le contemplo con alegría, pensando en el cúmulo de bienandanzas y de placeres que le son accesibles, y me pongo a soñar en la imposible felicidad de gozar de una salud que no me ha sido concedida.

¿Qué placeres podía gustar, tal como era, en el festín de la vida?

De modo que les decía a mis ayudantes:

—Amigos míos, si os preguntan qué es lo que me gusta por encima de todo, contestad que es la salud, y que prefiero a todas las demás a las personas temerarias, dichosas y alegres.

V

Los servicios del gobernador pusieron un funcionario a mi disposición. Estaba encargado de anunciarme a los visitantes, tomar notas y, en caso necesario, comunicarme las señas de los que había que ir a buscar o a visitar para una información. El funcionario había sido escogido para que hiciera juego conmigo: era un hombre de edad indefinida, seco y melancólico. Producía una desagradable impresión, aunque yo le prestaba muy poca atención. Se llamaba, si mal no recuerdo, Ornatski: un nombre magnífico. El nombre de un héroe de leyenda.

Pero he aquí que un día me informaron de que Ornatski estaba enfermo y que habían nombrado a otro funcionario para que le sustituyera.

—¿De quién se trata? —pregunté—. ¿No sería preferible esperar a que Ornatski se ponga bueno?

—¡Oh, no! No se repondrá tan pronto. Ha bebido con exceso y su estado de embriaguez tiene tendencia a prolongarse. Hay que dejarlo al cuidado de la madre de Ivan Petrovitch. En cuanto al nuevo funcionario, no tenéis por qué preocuparos: se trata de Ivan Petrovitch en persona.

Le miré sin comprender. ¿Quién era aquel Ivan Petrovitch *en persona* del cual me hablaban y que me habían citado dos veces en dos frases?

—¿Quién es ese Ivan Petrovitch? —inquirí.

—Ivan Petrovitch… es el ayudante del Registro. Creí que os habíais fijado en él. Es un hombre muy guapo, y todo el mundo se fija en él.

—No, no me había fijado. Pero, ¿cómo se llama?

—¡Ivan Petrovitch!

—Pero, ¿y su apellido?

—Su apellido…

Mi interlocutor se turbó, se llevó tres dedos a la frente haciendo un esfuerzo por recordar, pero inmediatamente me dirigió una respetuosa sonrisa y añadió:

—Perdonadme, Excelencia, me entró una especie de amnesia y no podía recordarlo. Su apellido es Akvilalbov, aunque nosotros le llamamos sencillamente Ivan Petrovitch, o a veces, en son de broma, «El águila blanca», debido a su belleza. Un hombre excelente, muy apreciado por sus superiores. Como ayudante, gana quince rublos y catorce kopeks. Vive con su querida madre, la cual predice el futuro y cuida a ciertas personas. ¿Permitís que os lo presente? Está esperando.

—Bueno, puesto que es necesario, haced pasar a vuestro Ivan Petrovitch.

«El águila blanca —me dije a mí mismo—. ¡Qué raro! El águila blanca… La condecoración que me espera en San Petersburgo…»

Pero mi interlocutor abrió la puerta, diciendo:

—Pasad, Ivan Petrovitch.

No puedo describirle sin incurrir en cierta exageración, sin recurrir a unas hipérboles que juzgaríais excesivas. No obstante, os garantizo que si desplegara todos mis esfuerzos para describiros a Ivan Petrovitch, mi cuadro no pondría de manifiesto ni la mitad de las bellezas del original.

Delante de mí se erguía una verdadera «Águila blanca», una verdadera *Aquila alba*, tal como se la representa en las fiestas de gala en la morada de Zeus. Un hombre alto, fuerte, pero maravillosamente proporcionado y exudando un tal aire de salud que uno imaginaba fácilmente que no había conocido nunca la fiebre ni la enfermedad, el aburrimiento ni la fatiga. Reventaba de salud, pero no de un modo grosero, sino con evidente armonía, con evidente atractivo. La tez de Ivan Petrovitch era de un rosa tierno con unas mejillas rosa intenso, enmarcadas por una cabellera muy rubia y muy rizada. Tenía exactamente veinticinco años. Sus ojos eran azules. Para resumirlo en una palabra, el legendario Bogatyr Tchurile Aplenkovitch[1] no podía ser más bello. Añadid, además, una mirada franca, alegre, comprensiva, y tendréis la imagen del hombre. Llevaba un uniforme impecable.

Le contemplé unos instantes en silencio. Luego, sabiendo la desagradable impresión que produzco cuando se me ve por primera vez, dije sencillamente:

—Buenos días, Ivan Petrovitch.

—Mis respetos, Excelencia —me respondió con una voz cordial, que me fue muy simpática.

Al tiempo que daba a su respuesta una entonación militar, había sabido matizarla con arte, infundiéndole un ligero acento de familiaridad destinado a facilitar nuestra conversación.

No encontrando ningún motivo para impedir que Ivan Petrovitch continuara en aquel tono, le dije que me complacía mucho conocerle.

—Por mi parte, lo considero un honor y un placer —me respondió, permaneciendo en pie, pero colocándose un paso más adelante de su introductor.

Intercambiamos unas frases amables. El introductor se marchó, mientras Ivan Petrovitch se quedaba en la antesala.

Una hora más tarde le llamé.

—¿Tenéis una buena caligrafía? —le pregunté.

—Tengo un carácter de letra muy firme —me respondió, para añadir inmediatamente—: ¿Queréis que os escriba algo?

—Os lo agradecería.

Se sentó en mi escritorio y un momento después me entregó una hoja de papel en la cual había escrito, con trazos que revelaban «un carácter firme»:

La vida nos ha sido concedida para que la gocemos. Ivan Petrovitch Akvilalbov.

Lo leí y me eché a reír: ninguna fórmula parecía encajar mejor con él. «La vida nos ha sido concedida para que la gocemos».

Para él, toda la vida era un goce.

¡Aquel hombre era de mi agrado!

Le hice copiar, en mi propio escritorio, un documento sin importancia. Lo copió rápidamente, sin el menor borrón.

Luego nos separamos. Ivan Petrovitch se marchó y yo me quedé solo, entregado a mi enfermiza melancolía. Sin saber por qué, mis pensamientos volvieron entonces a

«él», a Ivan Petrovitch. ¡No era probable que él se abandonara a la melancolía, o se quejara! La vida le había sido concedida para su goce. Y, ¿dónde la pasaba tan gozosamente, con sus quince rublos? Sin duda era afortunado en el juego. O, quién sabe si las esposas de los ricos comerciantes… Con su apostura y aquel uniforme, todo era posible.

Estaba sentado delante de un montón de expedientes y de protocolos, pero sólo pensaba en bagatelas que no tenían ninguna relación con mi trabajo…

En aquel momento, mi criado me anunció que había llegado el gobernador.

Salí a su encuentro.

VI

El gobernador me dijo:

—Mañana doy un concierto en mi casa. Me atrevo a esperar que será bueno. Asistirán varias damas. He venido a visitaros y a invitaros a una taza de té. Creo que el distraerse un poco os sentará bien.

—Os quedo muy agradecido, pero, ¿por qué imagináis que tengo necesidad de distraerme?

—Me lo ha sugerido Ivan Petrovitch.

—¡Ah, Ivan Petrovitch! ¡El funcionario que está a mi servicio! ¿Le conocéis?

—¡Naturalmente! ¿Quién no conoce a Ivan Petrovitch? Nuestro latinista, nuestro artista, nuestro corista. ¡Pero no es un aprovechado!

—¿De veras?

—Es feliz como Policrates. No necesita mezclarse en negocios más o menos turbios. En la ciudad, es el favorito de todo el mundo, el elemento indispensable de todas las distracciones.

—¿Músico?

—Es maestro en todo: canto, juego, danza… Ivan Petrovitch está en todas partes. Donde hay un festín, allí se encuentra Ivan Petrovitch. ¿Se organiza una diversión o un espectáculo con fines benéficos? Allí está Ivan Petrovitch. Sabe repartir los lotes y presentar los objetos de un modo atractivo; pinta los decorados, de pintor se convierte en actor, y representa cualquier papel. Resulta maravilloso verle convertido en un rey, en un confidente, en un amante apasionado… Pero los papeles que representa a la perfección son los de vieja.

—¿Cómo? ¿Incluso los papeles de vieja?

—Sí. ¿No es extraordinario? Y, precisamente, voy a confiarle que preparo, con la ayuda de Ivan Petrovitch, una pequeña sorpresa para la velada de pasado mañana. Habrá unos cuadros plásticos. Ivan Petrovitch los pondrá en escena. Desde luego,

algunos de los cuadros están concebidos para las damas que desean hacerse admirar, pero tres de ellos tendrán la calidad suficiente para complacer a un verdadero artista.

—¿Y va a crearlos Ivan Petrovitch?

—Sí, él mismo. Los cuadros representarán a *Saúl en casa de la pitonisa de Endor*. El tema, naturalmente, es bíblico; la distribución de los personajes tiene algo de pomposo, de académico, pero no importa. La atención general estará centrada en Ivan Petrovitch, especialmente cuando aparezca nuestra sorpresa, al principio del segundo cuadro. Puedo revelaros el secreto. Al levantarse el telón veréis a Saúl, un rey de pies a cabeza. Irá vestido como los demás. No llevará nada que le distinga, ya que, según los textos sagrados, Saúl llega a casa de la pitonisa disfrazado, a fin de que ella no le reconozca, aunque *no puede dejar de reconocérsele*. Es un verdadero monarca. Aquí cae el telón y el personaje cambia rápidamente de posición: Saúl está posternado delante de la sombra de Samuel, que acaba de aparecer. Es como si hubiera desaparecido Saúl, pero a cambio veréis al sorprendente Samuel revestido con una mortaja, un profeta inspirado, con los rasgos llenos de majestad, de fuerza, de sabiduría, los rasgos de un hombre que podía ordenar al rey «que subiera a Bethel y a Guilgal».

—¿Ivan Petrovitch, también?

—¡Desde luego! Pero no es eso todo. Continuando con la epopeya, contemplaréis una nueva escena de la vida de Samuel, pero esta vez sin Saúl. La sombra ha desaparecido. El rey y su escolta han salido. Sólo se ve, a través de la puerta, la punta del manto que envuelve al último figurante que se aleja. En el escenario, la pitonisa se queda sola…

—¿Ivan Petrovitch, también?

—¡Desde luego! Pero no veréis a una de esas brujas que aparecen en *Macbeth*… Ni trances, ni contorsiones, ni muecas; un rostro que conoce lo que las filosofías no han soñado nunca. Veréis lo terrible que resulta hablar con un ser salido de la tumba…

—¡Me lo imagino! —dije, muy lejos de pensar que antes de tres días tendría ocasión, no de imaginar, sino de sufrir aquel suplicio…

Pero eso sucedió más tarde. El presente parecía estar lleno de Ivan Petrovitch, aquel *bon vivant* semejante a un pequeño champiñón surgido del musgo después de una lluvia fecunda; no ha crecido aún, pero se le ve en todas partes. Todo el mundo lo mira y dice, sonriendo: «¡Qué bonito es!»

VII

Ya os he contado lo que decían de él el introductor y el gobernador. Cuando tuve

la curiosidad de preguntar si alguno de mis dos acólitos había oído hablar de él, puesto que los dos concurrían a reuniones y fiestas, empezaron a hablar al mismo tiempo. Habían encontrado a Ivan Petrovitch. Era encantador. Cantaba muy bien, acompañándose a la guitarra o al piano. ¡También a ellos había sabido complacerles! Al día siguiente, el arcipreste me hizo una visita. Desde que yo frecuentaba su iglesia venía cada domingo a traerme pan bendecido y a despotricar santamente contra los unos y los otros. Nadie encontraba gracia a sus ojos, ni siquiera Ivan Petrovitch. En cambio, aquel piadoso delator conocía, no sólo la naturaleza de las cosas, sino también sus orígenes. De repente, empezó a hablarme de Ivan Petrovitch.

—Os han cambiado vuestro subordinado. Lo han hecho con un propósito definido.

—Me han asignado —dije— a un tal Petrovitch…

—¡Desde luego, desde luego! Estamos enterados de todo. El colega al cual sustituí en esta ciudad, con la misión de velar por los huérfanos, le bautizó. Su padre pertenecía a la nobleza de toga. La madre es Kyra Hipolitovna… Sí, lleva ese nombre encantador. Lo abandonó todo para seguir al padre del joven, arrastrada por un loco amor. Sin embargo, no tardó en gustar toda la amargura del filtro del amor. Luego se quedó viuda.

—¿Y ella ha educado a su hijo?

—¿De qué educación estáis hablando? Hizo unos cursos en el Instituto, y luego entró de copista en el palacio de justicia. En la actualidad es ayudante. Pero tiene mucha suerte: el año pasado ganó un caballo y una silla en la lotería, y ahora caza con el gobernador. También ganó un piano. Yo compré cinco billetes y no gané nada, y él, con uno solo… También es profesor de música de Tatiana.

—¿Tatiana? ¿Quién es ella?

—Una huérfana a la que tienen recogida en su casa. No es fea… Él la está educando.

Nos pasamos el día hablando de Ivan Petrovitch…

VIII

La mañana del día en que Ivan Petrovitch tenía que actuar en casa del gobernador y asombrar a todo el mundo con sus cuadros plásticos, no quise retenerle, pero él se empeñó en quedarse hasta la hora de la cena. En un momento determinado le dije, bromeando, que tenía que casarse, y él me respondió que prefería quedarse «solterona». Le invité a que me acompañara a San Petersburgo.

—No, Excelencia —replicó—, aquí todo el mundo me quiere, y además está mi madre, y tenemos recogida a una huérfana. Las quiero mucho, pero comprendo que

San Petersburgo no es para ellas.

¡Un joven sorprendente, desde luego! Le felicité por el apego que demostraba a su madre y a la huérfana*, y nos separamos tres horas antes de que empezaran los cuadros plásticos.

Al despedirnos, le dije:

—Espero con impaciencia veros bajo mil aspectos distintos.

—¡Me veréis demasiado! —respondió Ivan Petrovitch.

Se marchó. Cené solo y luego descabecé un sueñecito en una butaca, a fin de estar más despejado por la noche, pero el recuerdo de Ivan Petrovitch no me dejó dormir, y no tardó en presentarse en persona de un modo muy raro. Entró súbitamente en la habitación donde yo me encontraba, dio un puntapié a las sillas que estaban en el centro de la estancia y me dijo:

—Aquí estoy. Miradme cuanto queráis, pero os doy las gracias humildemente, ya que me habéis echado el mal de ojo. Me vengaré.

Me desperté, llamé a mi criado y le ordené que me preparara la ropa para salir. Me sentía aturdido, ya que en mis sueños había visto a Ivan Petrovitch con un realismo sorprendente…

Llegué a casa del gobernador. Todo estaba iluminado y había ya numerosos invitados. El gobernador en persona salió a mi encuentro y me susurró:

—Lo mejor del programa ha fallado: no podrán representarse los cuadros plásticos.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Pssst, pssst! No quiero hablar en voz alta, para no enrarecer el ambiente. Ivan Petrovitch ha muerto.

—¿Cómo? ¿Ivan Petrovitch… muerto?

—¡Sí, sí, sí! Ha muerto.

—No es posible… Hace tres horas estaba en mi casa, rebosante de salud…

—Pues bien, al regreso de vuestra casa, se tendió en un diván y no volvió a levantarse. Y… debo advertiros una cosa. Su madre está tan trastornada que podría presentarse en vuestra casa e intentar alguna locura… La desdichada está convencida de que sois el responsable de la muerte de su hijo.

—¿Yo? ¿Acaso le envenenaron en mi casa?

—Ella no dice eso.

—Entonces, ¿qué es lo que dice?

—Que le echasteis el mal de ojo.

—Disculparme, pero, ¿qué clase de tontería es ésa?

—¡Sí, sí, sí! —asintió el gobernador—. Desde luego, son tonterías, pero ésta es una ciudad provinciana. La gente cree más en lo absurdo que en lo lógico. Evidentemente.

En aquel momento, la esposa del gobernador me propuso jugar una partida de cartas. Me senté a la mesa, pero no podría describiros lo que tuve que soportar

durante aquella torturadora partida. En primer lugar, me sentía acosado por el recuerdo de aquel joven encantador, al que había admirado tanto y que ahora se encontraba tendido sobre una mesa[2]. Después, me parecía que todo el mundo cuchicheaba mi nombre y me señalaba con el dedo, diciendo: «El mal de ojo, el mal de ojo…» Únicamente oía aquellas estúpidas palabras. Finalmente, permitidme confesaros que veía al propio Ivan Petrovitch en todas partes. ¿Acaso tenía la vista nublada? Le veía doquiera que mirara… Ora deambulaba por el gran salón desierto donde se abrían todas las puertas a su paso, ora estaba al lado de dos personas cuya conversación escuchaba atentamente. Luego, repentinamente, surgía junto a mí y espiaba mis cartas. Como es natural, mi juego era pésimo, con gran desesperación de mi encantadora pareja. Al final, los otros empezaron a darse cuenta de que sucedía algo raro y el gobernador me susurró al oído:

—Es Ivan Petrovitch. Se dedica a estropearos la partida. Se está vengando.

—Sí —dije—, estoy trastornado, en efecto, y no me encuentro bien. Discúlpenme.

Me levanté de la mesa y regresé inmediatamente a mi casa. Pero durante el trayecto en trineo, Ivan Petrovitch no me abandonó un solo instante. Se sentó a mi lado, luego junto al cochero… Pensé si se trataría de alucinaciones producidas por la fiebre.

Al llegar a mi casa fue todavía peor. Apenas me había acostado y apagado la luz, Ivan Petrovitch vino a sentarse en el borde de la cama para decirme:

—Es cierto que me habéis echado el mal de ojo y que he muerto a causa de ello. De no ser así, ¿por qué había de morir tan joven, veamos? Me querían tanto… Y mi querida madre, y Taniucha, que no había completado su educación… ¡Qué espantoso pesar para ellas!

Llamé a mi criado y, a pesar de que me avergonzaba hacerlo, le ordené que se acostara sobre la alfombra, cerca de mí. Pero a Ivan Petrovitch no pareció importarle: continuó irguiéndose ante mis ojos, como si tai cosa.

Me pregunto cómo pude soportarlo hasta la mañana siguiente. A primera hora envié a uno de mis acólitos a la casa de la madre del difunto, para que le entregara, con la mayor discreción posible, la suma de trescientos rublos para el funeral.

Regresó con el dinero.

—No ha querido aceptarlo.

—¿Qué os ha dicho? —pregunté.

—Me han dicho: «No lo necesitamos. Ivan Petrovitch será enterrado gracias a los cuidados de algunas *buenas personas*».

(Por lo tanto, yo me encontraba entre las malas).

En cuanto a Ivan Petrovitch, bastaba que pensara en él para que se me apareciera inmediatamente.

A última hora de la tarde no pude contenerme por más tiempo. Tomé un fiacre y fui a echar una última mirada a los restos mortales de Ivan Petrovitch.

«Es la costumbre —me dije a mí mismo—, de modo que no molestaré a nadie».

Metí en mis bolsillos todo el dinero que pude, con la intención de rogarles que lo aceptaran, aunque sólo fuera por Tania.

IX

Le vi.

Estaba tendido, el «Águila blanca», como abatido por un disparo.

Tania estaba allí. Era, en efecto, una hermosa muchachita de unos quince años, vestida de luto; no cesaba de arreglar al difunto, de alisarle los cabellos, de besarle.

¡Qué escena más desgarradora!

Le pregunté a Tania si podía hablar unos instantes con la madre de Ivan Petrovitch.

La joven me hizo señas de que esperara y entró en otra habitación; poco después abrió la puerta y me invitó a pasar. Sin embargo, apenas había entrado cuando una anciana que estaba sentada se puso en pie y se disculpó:

—No, perdonadme. Me equivoqué al pensar que tendría fuerzas para resistirlo. No puedo veros.

Salí de la habitación. No me sentía vejado ni turbado, simplemente oprimido. Me volví hacia Tania:

—Tal vez tú, que eres joven, querrás demostrarme un poco de bondad. ¿Crees que podía desearle algún daño a Ivan Petrovitch, y menos su muerte?

—No lo creo —respondió Tañía—. Nadie podía desearle ningún daño. Todos le querían.

—Durante los dos o tres días que estuvo conmigo, también yo empecé a quererle.

—Sí —dijo Tania—. ¡Oh! Esos espantosos dos o tres días. ¿Por qué han existido? Mi tía ha reaccionado de ese modo a causa del gran dolor que siente. Yo os compadezco.

Me tendió sus manos, y las estreché entre las mías.

—Te agradezco mucho tus generosos sentimientos —dije—. Hacen honor a tu buen corazón y a tu prudencia. ¿Cómo pueden creerse esas tonterías? ¡Decir que yo le había echado mal de ojo!

—Yo no las creo —afirmó Tania.

—Entonces, quiero que me hagas un favor. Te lo pido *por amor a él*.

—¿Qué favor?

—Acepta este sobre… Contiene un poco de dinero. Es para las necesidades de la casa… para tu tía.

—No lo aceptará.

—Para ti, entonces, para tu educación, en la que Ivan Petrovitch había puesto tanto empeño. Estoy absolutamente convencido de que él lo aprobaría.

—No, muchas gracias, no puedo aceptarlo. No he aceptado nunca nada de nadie sin reciprocidad.

—Lo siento… Eso significa que me tienes mala voluntad.

—No, no estoy enfadada. Y voy a demostrároslo.

Abrió un manual de francés que estaba sobre la mesa, sacó febrilmente una fotografía de entre sus páginas y me la entregó, diciendo:

—Es una fotografía de Ivan Petrovitch. Él mismo la puso ahí, para señalar la página. Aceptadla como un recuerdo mío.

Allí terminó nuestra entrevista. Al día siguiente enterraron a Ivan Petrovitch. Permanecí ocho días más en la ciudad, presa siempre de mis tormentos. Por la noche no podía pensar en dormir. Tendía el oído al menor ruido. Abría las ventanas para captar al menos una voz humana que ascendiera de la calle. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. Pasaban dos hombres… escuché con atención… hablaban de Ivan Petrovitch y de mí.

—Aquí es donde vive ese demonio que le echó el mal de ojo a Ivan Petrovitch…

Un transeúnte canta de regreso a su hogar en medio de la noche tranquila. Oigo la nieve que cruje bajo sus pasos y la letra de su canción: «*¡Ah, yo era un gallardo…!*» Espero a que el cantor llegue a la altura de mi ventana. Le miro: ¡es Ivan Petrovitch en persona!

Y he aquí que, para colmo de males, el arcipreste me honra con su visita para susurrarme al oído:

—El mal de ojo… las coincidencias… son cosas que existen… Pero Ivan Petrovitch fue envenenado…

(¡Qué suplicio!)

—Pero, ¿quién pudo envenenarle, y por qué?

—Temían que hablara más de la cuenta con vos… Es una lástima que no le hayan practicado la autopsia. Hubieran encontrado un veneno.

(¡Señor, líbrame al menos de esa sospecha!)

Finalmente recibí una carta inesperada y confidencial del jefe de la Cancillería, dándome cuenta de que el conde me ordenaba regresar inmediatamente a San Petersburgo.

Hice mis preparativos en un par de días y emprendí el viaje de regreso.

Durante el camino, Ivan Petrovitch no se quedó atrás. Aparecía y desaparecía repentinamente. Pero, fuera por el cambio de ambiente, fuera porque el hombre se acostumbra a todo, ahora yo había recobrado el valor e incluso me acostumbré a él. A veces se mofaba de mí, pero ya no me importaba. Él me hacía una mueca:

—¡Te he atrapado!

Y yo contestaba:

—Pero tú no has llegado a aprender el francés.

Y él replicaba:

—¿Para qué necesitaba aprenderlo? Ahora lo chapurreo aprisa, y solo.

X

En San Petersburgo me di cuenta de que no estaban descontentos de mí. Sucedía algo peor: me contemplaban con una especie de conmiseración, de un modo muy raro.

Víctor Nikitich me recibió sólo un instante y no hizo ningún comentario, pero más tarde le confió al director, casado con una prima mía, que me había encontrado muy desmejorado.

No hubo explicaciones.

Una semana después se celebró la Navidad, y luego el Año Nuevo. Naturalmente, se produjo el bullicio de las fiestas, la espera de las condecoraciones. Yo no me preocupaba demasiado, puesto que ya sabía la que iban a otorgarme: «El águila blanca». Mi prima, la que estaba casada con el director, me había regalado ya el prendedor y la cinta. Los coloqué encima de mi escritorio, al lado de un sobre que contenía cien rublos destinados al mensajero que me trajera el decreto.

Aquella noche, mientras dormía, Ivan Petrovitch me despertó dándome un codazo en el costado. Luego se llevó el pulgar a la punta de la nariz y agitó la mano, en un expresivo gesto de burla. En vida había sido siempre un joven delicado, pero ahora, por lo visto, estaba adquiriendo unos modales desvergonzados. Me dijo:

—De momento, esto es suficiente. Tengo que ir a ver a la pobre Tania.

Y se volatizó.

Por la mañana, cuando me levanté, esperé inútilmente al mensajero que debía traerme el decreto. Finalmente, me dirigí a casa de mi primo para saber lo que pasaba.

—No lo entiendo —me dijo—. Una cosa decidida, y ahora nada. Es muy raro. A no ser… Verás, el conde me dijo que había no sé qué historia que te perjudicaba un poco… Cierto funcionario murió de un modo sospechoso al salir de tu casa… ¿Qué es lo que sucedió?

—Dejemos eso, por favor —murmuré.

—No, espera… El conde me ha interrogado más de una vez interesándose por tu estado de salud. Varias personas de aquella ciudad le han escrito. Entre otras, el limosnero general, el arcipreste… ¿Cómo pudiste dejarte comprometer en un asunto tan estravagante?

Me callé. ¿Qué podía decir?

En cuanto a Ivan Petrovitch, desapareció, y no volví a verle hasta tres años

después, día por día, en que se presentó para despedirse definitivamente de mí. Aquella visita fue la más «tangible» de todas.

XI

Volvió Navidad, y el Año Nuevo. Otra vez se esperaron las condecoraciones. Hacía mucho tiempo que pasaban por debajo de mi nariz, pero ya no me preocupaba. ¿Que no me la concedían? Bueno, peor para mí. Celebramos la Nochevieja en casa de mi prima. Una fiesta muy animada. Muchos invitados. De repente, en medio de una conversación general, oí estas palabras:

—Ahora, mis peregrinajes han terminado. Mi madre está conmigo. Taniucha se ha casado con un hombre de bien. Daré una última vuelta, y me marcharé definitivamente.

Y de pronto empezó a cantar:

Adiós, adorada,
adiós, patria mía…

Era *él*, no me cabía duda. No iba a faltarme compañía…

Efectivamente, pasó por delante de mí, embutido en su impecable uniforme. Al cabo de unos instantes la puerta principal se cerró con tal estrépito, que toda la casa retembló.

Mi primo y sus criados se precipitaron al vestíbulo para comprobar si alguien se había deslizado hasta los abrigos de los invitados. Pero todo estaba en su lugar, y la puerta tenía echado el cerrojo… Me callé, temiendo que salieran a relucir de nuevo mis *alucinaciones*… y que volvieran a informarse acerca de mi estado de salud. La puerta se había cerrado de golpe, sencillamente. Como si no hubiera mil motivos para ello…

Esperé una ocasión favorable para no regresar solo a mi casa. Llegué sin el menor tropiezo.

Mi criado no era ya el que había hecho el viaje conmigo, sino otro. Me abrió la puerta, algo adormilado, y me alumbró el camino. Pasamos por delante de mi pequeño despacho y vi un objeto envuelto en un papel blanco. Me acerqué a mirar. Era el prendedor y la cinta que mi prima me había regalado para la famosa condecoración. Lo guardaba en uno de los cajones, bajo llave. ¿Cómo era posible que estuviera allí? Evidentemente, me dirían: «Ha salido del cajón por su propio impulso, sin darse cuenta». ¿Para qué discutir? Sobre mi mesilla de noche había un sobre, con mis señas, escritas por la misma mano que había trazado «*La vida nos ha sido*

concedida para que la gocemos».

—¿Quién ha traído este sobre? —le pregunté al criado.

Me mostró la fotografía de Ivan Petrovitch, que yo conservaba en memoria de Taniucha.

—Ese caballero.

—¡Te equivocas!

—No, le he reconocido inmediatamente.

En el sobre encontré una copia de mi decreto; me condecoraban con el «Águila blanca». Y, lo que es mejor, pude dormir toda la noche, a pesar de que oía a alguien que canturreaba en alguna parte una cancioncilla absurda:

En revancha, en revancha,
iré a las contradanzas…

Mi experiencia en la materia, adquirida gracias a Ivan Petrovitch, me permitió comprender que era él, que se alejaba definitivamente, canturreando en francés. Nunca más vendría a molestarme.

Así fue. Se vengó de mí, y luego me perdonó. Una cosa comprensible. Pero, ¿por qué ha de estar todo tan embrollado, tan enmarañado, en el mundo de los espíritus? Una vida humana, que tiene tanto valor, es vengada por medio de un miedo estúpido, y luego por medio de una condecoración. La salida hacia las esferas superiores va acompañada de una grotesca cantinela:

En revancha, en revancha,
iré a las contradanzas…

¡Es eso, precisamente, lo que no consigo entender!

LA AGONÍA DEL «SEMILLANTE»

Alphonse Daudet

Puesto que el mistral de la otra noche nos lanzó contra la costa corsa, dejad que os cuente una terrible historia de mar de la cual los pescadores de allá abajo hablan a menudo al amor de la lumbre. El azar me permitió enterarme de unos detalles muy curiosos acerca de ella, hace un par o tres de años…

Recorría el mar de Cerdeña en compañía de siete u ocho marinos aduaneros. ¡Rudo viaje para un novato! En todo el mes de marzo no tuvimos un solo día bueno. El viento de levante se había encarnizado con nosotros, y el mar no remitía su cólera.

Una tarde huíamos ante la tormenta y nuestro barco se refugió en la entrada del estrecho de Bonifacio, en medio de un macizo de pequeñas islas… Su aspecto no tenía nada de atractivo: grandes rocas peladas, cubiertas de pájaros, algunas matas de absintio, unos desperdigados lentiscos y, aquí y allí, en el limo, trozos de madera pudriéndose; pero, de todos modos, para pasar la noche, aquellas rocas siniestras eran preferibles a la cubierta de una vieja embarcación de medio puente, en la cual el agua entraba como Pedro por su casa, y nos conformamos.

Apenas desembarcados, mientras los marineros encendían una fogata para la *boullabaisse*, el patrón me llamó y, señalándome un pequeño recinto encalado y perdido en la bruma al otro extremo de la isla, me dijo:

—¿Viene usted al cementerio?

—¿Un cementerio, patrón Lionetti? ¿Dónde estamos, pues?

—En las islas Lavezzi, señor. Aquí están enterrados los seiscientos hombres del *Semillante*, en el mismo lugar donde su barco naufragó, hace diez años… Los pobres no reciben muchas visitas; y, puesto que estamos aquí, lo menos que podemos hacer es ir a saludarles…

—Con mucho gusto, patrón.

¡Qué triste era el cementerio del *Semillante*! Todavía me parece verlo, con su tapia baja, su puerta de hierro, oxidada, difícil de abrir, su capilla silenciosa y unos centenares de cruces negras ocultas entre la hierba. Ni una corona de siemprevivas, ni un recuerdo… Nada… ¡Ah! Los pobres muertos abandonados, ¡cuánto frío deben pasar en su tumba casual!

Permanecimos allí un momento, arrodillados. El patrón rezó en voz alta. Unas

enormes gaviotas, únicos guardianes del cementerio, revolotearon sobre nuestras cabezas y mezclaron sus roncos gritos a los lamentos del mar.

Terminada la plegaria, regresamos tristemente al extremo de la isla donde estaba amarrada nuestra embarcación. En nuestra ausencia, los marineros no habían perdido el tiempo. Encontramos un gran fuego llameante al abrigo de una roca, y la marmita que humeaba. Nos sentamos en círculo, con los pies arrimados a la fogata, y no tardamos en tener sobre las rodillas, en una escudilla de barro, dos rebanadas de pan generosamente rociadas. La comida fue silenciosa: estábamos mojados, teníamos hambre, y, por añadidura, la vecindad del cementerio… Sin embargo, cuando las escudillas estuvieron vacías se encendieron las pipas y se entabló una conversación general. Naturalmente, se habló del *Semillante*.

—Bueno, ¿cómo ocurrió la cosa? —le pregunté el patrón que, con la cabeza entre las manos, contemplaba las llamas con aire pensativo.

—¿Cómo ocurrió la cosa? —me respondió el buen Lionetti exhalando un suspiro —. Por desgracia, nadie en el mundo podría decirlo. Lo único que sabemos es que el *Semillante*, cargado de tropas para Crimea, había salido de Tolón, la tarde anterior, con mal tiempo. Por la noche, el tiempo empeoró. Viento, lluvia, un mar crecido como nunca… Por la mañana, el viento amainó un poco, pero el mar continuaba rugiendo y estaba cubierto por una bruma endiablada que no permitía distinguir un fanal a cuatro pasos… Esas brumas, señor, son muy traidoras… Supongo que el *Semillante* debió de perder su gobernalle, ya que el capitán, sin una avería, no se hubiera estrellado contra estas rocas. Era un bravo marino, al que todos conocíamos. Llevaba más de tres años en Córcega, y conocía su costa tan bien como yo, que no conozco otra cosa.

—¿Y a qué hora suponen que naufragó el *Semillante*?

—Debió de ser a mediodía; sí, señor, en pleno mediodía… Pero, con la bruma, aquel pleno mediodía venía a ser una noche negra como la boca de un lobo… Un aduanero de la costa me ha contado que aquel día, alrededor de las once y media de la mañana, habiendo salido de su casilla para asegurar los postigos de las ventanas, vio cómo un golpe de viento se le llevaba la gorra. A riesgo de verse arrastrado por las olas, echó a correr a cuatro patas a lo largo de la playa. Verá, los aduaneros no son ricos, y una gorra cuesta su dinero. Pues bien, parece ser que en un momento determinado, nuestro hombre, al levantar la cabeza, vio muy cerca de él, en medio de la bruma, un gran navío que huía bajo el viento del lado de las islas Lavezzi. Aquel navío iba tan aprisa, tan aprisa, que el aduanero apenas tuvo tiempo de verlo. Sin embargo, todo hace pensar que se trataba del *Semillante*, puesto que media hora después el pastor de las islas oyó sobre aquellas rocas… Pero, ahí llega el pastor de que le hablo, señor; él mismo le contará la cosa. ¡Hola, Palombo! Ven a calentarte un poco; no tengas miedo.

Un hombre encapuchado, al cual había visto dar vueltas alrededor de nuestro fuego desde hacía unos instantes y al que había tomado por algún miembro de nuestra

tripulación, ya que ignoraba que hubiera un pastor en la isla, se acercó a nosotros tímidamente.

Era un viejo idiota, atacado de una dolencia escorbútica que había hinchado sus labios, dándole un aspecto horrible. A duras penas consiguieron hacerle entender de qué se trataba. Entonces, levantando con el dedo su labio enfermo, el viejo nos contó que, en efecto, el día en cuestión, alrededor de mediodía, oyó desde su cabaña un espantoso crujido sobre las rocas. Dado que la isla estaba enteramente cubierta de agua, no había podido salir. Al día siguiente, al abrir su puerta, vio la playa llena de maderos y de cadáveres dejados allí por el mar. Horrorizado, corrió hacia su barca para ir a Bonifacio a buscar gente.

Fatigado tras haber hablado tanto, el pastor se sentó y el patrón volvió a tomar la palabra:

—Sí, señor, ese pobre viejo vino a avisarnos. Estaba casi loco de terror; y su cerebro se resintió del suceso. Desde luego, había motivo para ello… Imagine seiscientos cadáveres amontonados sobre la arena, mezclados con los trozos de maderaje y los restos de las velas… ¡Pobre *Semillante*! El mar lo destrozó hasta el punto de que el viejo Palombo se vio muy apurado para encontrar maderos con que construir una empalizada alrededor de su choza… En cuanto a los hombres, casi todos desfigurados, mutilados espantosamente…, pegados unos a otros, a racimos. Encontramos al capitán con su uniforme de gala, y al capellán con su estola al cuello; en un rincón, entre dos rocas, un pequeño recluta, con los ojos abiertos, parecía estar vivo. Pero, no: no hubo un solo superviviente.

El patrón se interrumpió:

—¡Cuidado, Nardi! —gritó—. El fuego se está apagando.

Nardi echó sobre las brasas tres o cuatro trozos de tablas alquitranadas que se inflamaron rápidamente, y Lionetti continuó:

—Lo más triste, en toda esa historia, es que tres semanas antes del siniestro una pequeña corbeta, que se dirigía también a Crimea, había naufragado del mismo modo y casi en el mismo lugar; pero aquella vez conseguimos salvar a la tripulación y a veinte soldados que se encontraban a bordo… Los pobres reclutas no cesaban de dar gracias al cielo por la suerte que habían tenido. Les llevaron a Bonifacio y pasaron dos días con nosotros, en la *marina*… Una vez repuestos del todo, regresaron a Tolón, desde donde, poco después, volvieron a embarcarles para Crimea. ¿Adivina usted a bordo de qué navío? ¡Del *Semillante, sí,* señor! Les encontramos a todos, a los veinte, tumbados entre los muertos, en el mismo lugar donde ahora estamos. Con mis propias manos levanté a un guapo mozo, un rubio parisiense, que nos había hecho reír a todos con sus historietas… Al verle allí, se me partió el corazón. ¡Ah! *¡Santa Madre!*

El bravo Lionetti, emocionado, sacudió las cenizas de su pipa y me dio las buenas

noches… Durante algún tiempo, los marineros conversaron entre ellos a media voz. Luego, una tras otra, las pipas se apagaron… No se habló más… El viejo pastor se marchó… Y yo me quedé solo, soñando, en medio de la dormida tripulación.

Todavía bajo la impresión del lúgubre relato que acababa de oír, traté de reconstruir en mi pensamiento el pobre navío difunto y la historia de aquella agonía cuyos únicos testigos fueron las gaviotas. Algunos detalles: el capitán con su uniforme de gala, la estola del capellán, los veinte soldados re-naufragados, me ayudaban a adivinar todas las peripecias del drama… Veía al navío saliendo de Tolón por la noche… Cruza la bocana del puerto. El mar está agitado; sopla un viento terrible; pero tienen por capitán a un valiente marino, y a bordo todo el mundo está tranquilo…

Al amanecer se levanta la bruma marina. Empiezan a preocuparse. Toda la tripulación está arriba. El capitán no abandona la toldilla… En el entrepuente, donde están encerrados los soldados, reina la oscuridad; la atmósfera es cálida. Algunos están enfermos, acostados sobre sus sacos. El navío se mueve de un modo horrible: imposible mantenerse en pie. Se charla sentados en el suelo, en grupos, agarrándose a los bancos; hay que gritar para hacerse oír. Algunos empiezan a tener miedo… No hay para menos. Los naufragios son frecuentes en aquellos parajes, y allí están los veinte reclutas para decirlo: lo que cuentan no resulta tranquilizador, precisamente. De un modo especial el parisiense que siempre bromea, pone la carne de gallina con sus salidas.

—Los naufragios son la mar de divertidos… Nos daremos un buen baño y luego nos llevarán a Bonifacio. Allí, el patrón Lionetti nos hinchará de pescado fresco…

Los reclutas estallan en una carcajada.

De repente, un crujido… ¿Qué ha sido eso? ¿Qué pasa?

—Acabamos de perder el gobernalle —dice un marinero que chorrea agua y que cruza el entrepuente corriendo.

—¡Que ofrezcan una recompensa al que lo encuentre! —grita el parisiense.

Pero, esta vez, nadie se ríe.

Gran tumulto sobre el puente. La bruma impide el verse. Los marineros van y vienen, asustados, a tientas… Sin gobernalle, la maniobra es imposible… El *Semillante*, a la deriva, navega a merced del viento. En aquel momento, el aduanero lo ve pasar: son las once y media. En la parte delantera del navío, se oye una especie de cañonazo… ¡Los rompientes! ¡Los rompientes! Es inútil, ya no hay esperanza, van directamente hacia la costa… El capitán baja a su camarote. Al cabo de unos instantes vuelve a ocupar su puesto en la toldilla… embutido en su uniforme de gala… Ha querido engalanarse para morir.

En el entrepuente, los soldados, ansiosos, se miran sin decir nada. Los enfermos tratan de levantarse… El parisiense ya no ríe… Se abre la puerta y aparece el

capellán, con su estola:

—¡De rodillas, hijos míos!

Todo el mundo obedece. Con voz resonante, el capellán empieza la plegaria de los agonizantes.

Súbitamente, un choque formidable, un grito, un solo grito, un grito inmenso, brazos tendidos, manos que se engarban, miradas extraviadas por las que pasa como un relámpago la visión de la muerte…

¡Misericordia!

Así pasé toda la noche soñando, evocando, a diez años de distancia, el alma del pobre navío cuyos restos me rodeaban… A lo lejos, en el estrecho, rugía la tormenta; la llama del vivac se encorvaba bajo la ráfaga; y yo oía danzar nuestra embarcación al pie de las rocas, haciendo gritar a su amarra.

EL MISTERIO

Leónidas Andreiev

I

Experimenté una inmensa alegría: estudiante pobre, sin un copec en el bolsillo —había gastado los últimos en un anuncio solicitando un empleo—, tuve la suerte de encontrar una magnífica colocación.

Una nublada mañana de finales de octubre recibí una carta en la cual se me invitaba a presentarme en el Hotel de Francia, situado en la calle de la Marina. Hora y media más tarde —la lluvia, que empezó a caer poco antes de que la carta llegara a mis manos, no había cesado aún—, disponía de un empleo, de una vivienda y de veinte rublos. ¡Un verdadero sueño, un cuento de hadas! Desde el primer momento, todo me causó una grata impresión: el suntuoso hotel, la lujosa habitación donde fui recibido, el amable caballero que me recibió, un caballero entrado en años y vestido con la inconfundible elegancia de las personas acostumbradas a la buena ropa desde su infancia.

Resulta innecesario decir que acepté sus condiciones: vivir con su familia en el campo, ser el profesor de un niño de ocho años y cobrar cincuenta rublos mensuales.

—¿Le gusta a usted el mar? —me preguntó Norden (no hay por qué llamarle «señor» Norden).

—¿El mar? —balbucí—. ¡Oh, sí! ¡Muchísimo!

Norden se echó a reír.

—Desde luego… ¿A quién no le ha gustado el mar en su juventud? Pues bien, desde casa verá usted el mar. Un mar un poco gris, un poco triste; pero con furores y sonrisas. Se encontrará usted en la gloria.

—No lo dudo.

Sonreí, y Norden, sonriendo también, añadió:

—En aquel mar se ahogó mi hija Elena… Hace cinco años.

Permanecí en silencio. No sabía qué decir. Además, estaba desconcertado por su sonrisa. ¡Sonreía hablando de la muerte de su hija!

«¿Será una broma?», pensé.

El anticipo de veinte rublos me lo hizo *motu proprio* y se negó a aceptar un recibo. No me pidió mi pasaporte y ni siquiera me preguntó mi nombre. En otras circunstancias, aquella confianza acaso me hubiera parecido muy natural; pero me hallaba tan deprimido a causa de mi expulsión de la Universidad, tenía el estómago tan vacío y los calcetines tan mojados, que el inspirarla me sorprendió mucho y aumentó mi satisfacción.

Sin embargo, cuando llevaba unos días en casa de Norden no veía ya las cosas tan de color de rosa: me había acostumbrado al lujo de mi habitación, a la buena mesa y a

los calcetines secos, y a medida que me distanciaba de la vida de Petersburgo, del hambre, de la terrible lucha por la existencia, mis ojos iban percibiendo matices raros y nada alegres en todo lo que me rodeaba. Al enumerar a mis compañeros, en mis cartas, las excelencias de mi nueva vida, no experimentaba ninguna alegría.

Al principio, mi percepción de aquellos sombríos y misteriosos matices fue muy vaga, casi inconsciente. A simple vista, no había en el mundo morada más alegre ni familia más dichosa que las de Norden. Y hubo de transcurrir algún tiempo antes de que pudiera empezar a intuir que pesaban sobre el lugar y las personas ocultos y abrumadores motivos de tristeza.

La casa, rodeada de un jardín, se hallaba situada a orillas del mar. Era de dos pisos, amplia y lujosa; a mí, pobre estudiante, me habían alojado en el entresuelo, en una habitación espléndida, como si fuera un personaje o un amigo íntimo de la familia. El jardín era magnífico; a pesar de lo severo y pobre de la naturaleza circundante —rocas, arena y pinos—, a pesar de las nieblas matinales y de la fría brisa marina, estaba poblado de árboles soberbios, tilos, abetos azules, nogales y castaños, y lo embellecían numerosos rosales y jazmines. Entre los árboles y los arbustos —que ignoro por qué motivo se me antojaba que siempre tenían frío— crecía un hermoso césped. Todos los que lo veían, a través de la verja, lo encontraban precioso y envidiaban a su propietario. Norden estaba orgulloso de él. A mí, cuando lo vi por primera vez, me encantó. Pero en su excesivo aislamiento, en la especie de desamparo de los árboles sobre el fondo verde, había algo que hacía pensar, de un modo vago, en una dolorosa injusticia, en un error irreparable, en una felicidad perdida.

En los senderos no había huellas. ¿Por qué? En la casa vivían numerosas personas. Norden se paseaba con frecuencia por el jardín; los niños, que eran tres, pasaban en él buena parte del día; pero —lo recuerdo como si estuviera viéndolo—, en los senderos no había huellas.

Norden, vanagloriándose un día de aquella extraña peculiaridad de su jardín, me dijo que la arena que recubría los senderos era una mezcla especial de arcilla y grava, sobre la cual no quedaban impresas las pisadas ni siquiera inmediatamente después de la lluvia.

—Es un capricho —añadió.

No le oculté que me parecía un capricho absurdo.

Norden se echó a reír, sin que yo acertara a explicarme el motivo de su hilaridad, y tocándome suavemente en el codo murmuró:

—Contemple usted el jardín al amanecer.

Como obedeciendo a una orden irresistible, al día siguiente me levanté al amanecer, limpié los empañados cristales y miré al jardín: tres oscuras siluetas avanzaban, encorvadas sobre la arena, por los senderos. Me di cuenta de que eran unos obreros entregados a la tarea de borrar huellas. Aquello no me gustó.

Aparte de las huellas, hubiese resultado muy natural ver alguna vez en los

senderos un juguete abandonado por un niño, una herramienta olvidada por el jardinero… Pero allí nadie olvidaba ni abandonaba nada. Las últimas hojas, amarillas, abarquilladas, caían de los árboles y parecían adherirse desesperadamente a la arena; pero las mismas manos dóciles que borraban las huellas no tardaban en llevarse las hojas. A veces se me antojaba que alguien, quizás el propio Norden, luchaba sin tregua contra los recuerdos, tratando de crear en torno suyo el vacío, sin conseguirlo; ya que cuanto más abría su boca el vacío más cuerpo tomaban los recuerdos ahuyentados, las imágenes destruidas, las huellas borradas. Yo mismo, que era ajeno a todo aquello, que no sabía nada concreto y que, además, no poseía una gran capacidad de observación, sentía ya pesar sobre mí los recuerdos de un error fatal, de una felicidad desvanecida, de una triste verdad.

No tardé en convertirme en un espía, en un buscador de huellas. Mi imaginación, nada risueña a causa de mi dolorosa niñez y de una juventud no demasiado alegre, pobló aquel extraño jardín de crímenes, de asesinatos. Los días soleados —muy raros aquel otoño— me reía de mis fantasías y las atribuía a mis pocos años. Pero cuando las nieblas marinas inundaban la costa y el cielo de color plomizo parecía aplastar la tierra, se me encogía el corazón al pensar en aquellos tres hombres que al amanecer, encorvados, recorrían los senderos del jardín.

No sé si mis indagaciones hubieran sido fructíferas sin la ayuda del propio Norden, que una tarde, paseando en mi compañía por la playa, me mostró un montón de piedras pegadas unas a otras con cemento y superpuestas en forma de pirámide. Las olas habían derribado algunas de las piedras y la pirámide había perdido parte de su forma primitiva, por cuyo motivo, sin duda, no me había fijado aún en ella.

—No es tan grande como la de Cheops —me dijo Norden—, pero es una pirámide.

Prorrumpió en una carcajada —aquel hombre encontraba motivo de risa en todo — y añadió:

—Mi primera intención fue la de edificar una iglesia de estilo normando… ¿Le gusta a usted el estilo normando? Pero me negaron el permiso… ¡Qué mezquindad de espíritu!

Guardé silencio. No sabía qué decir. Es algo que me sucede con frecuencia. Norden, tras una pausa lo bastante prolongada como para darme tiempo a hacer algún comentario o formular alguna pregunta, me explicó:

—En este lugar fue encontrado el cadáver de mi hija Elena. A este lado, la cabeza; allí, los pies. Creo haberle dicho ya que murió ahogada.

—¿Cómo ocurrió la desgracia?

—Una imprudencia juvenil —respondió Norden, sonriendo. Embarcó sola en una lancha; se levantó un viento muy fuerte, y la lancha zozobró.

Contemplé el mar, gris y un poco agitado. Hasta muy lejos de la orilla, el mar no cubría del todo las rocas de que estaba salpicado el fondo.

—El mar es aquí muy poco profundo —observé.

—Sí, pero ella se alejó más de lo debido.

—¿Por qué lo hizo?

—Los jóvenes, amigo mío, suelen ir demasiado lejos —respondió Norden, sonriendo y tocándome suavemente en el codo.

Y empezó a hablarme de sus dos magníficas lanchas, a la sazón guardadas, ya que sólo las utilizaba durante la primavera y el verano.

—¿Y se encontró también la lancha? —le interrumpí.

—¿Cuál?

—La de la desgracia.

—¡Oh, sí! El mar la arrojó a la playa. La hice pintar de un color distinto y parece otra. Es la más fuerte y la más marinera de las dos. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo, cuando llegue el buen tiempo.

Después de aquella conversación —que a pesar de no haberme revelado nada concreto, se me antojaba que me había revelado muchas cosas—, la ruinosa pirámide fue otra de mis preocupaciones durante algún tiempo. ¿Por qué aquel hombre, que borraba implacablemente todas las huellas, que había mandado pintar de otro color la lancha en la cual había perecido su hija, había erigido aquella especie de monumento en memoria de la difunta? ¿Se trataba de un arrebato sentimental, o de una de esas faltas de lógica en que suelen incurrir los hombres más consecuentes?

Sin embargo, no tardé en dejar de formularme semejantes preguntas, atraída mi atención por algo que me inquietaba más que la pirámide, más que los melancólicos árboles del jardín: el mar. La profunda tristeza que pesaba sobre aquella mansión y sobre sus moradores debía de tener su principal origen en el mar.

En el mar…

II

Antes de seguir adelante, debo hablar de mi vida entre aquellas personas tan raras, tan desagradables y tétricas, a pesar de su aparente regocijo.

Por la mañana, ejercía mis funciones docentes por espacio de dos horas. Mi discípulo, Volodia, era un muchacho de ocho años, muy bien educado, cortés como un *gentleman*, estudioso y dócil. No apoyaba, como otros discípulos que yo había tenido, las rodillas en el borde de la mesa, ni se metía los dedos en las narices, ni derramaba la tinta, ni decía sandeces. Escuchaba mis explicaciones con un aire tan grave como si yo fuera el rey Salomón y él uno de mis súbditos. Ignoro si me consideraba realmente como un sabio; pero aquella grave atención, que parecía atribuir un enorme valor a cada una de mis palabras, me azoraba mucho. Todos los días, excepto los festivos, a las diez en punto, aparecía ante mi mesa la cabeza rubia,

pelada al rape, de Volodia, y a las doce en punto desaparecía. El rostro del muchacho era achatado, pálido, desprovisto de cejas, y los ojos, muy separados y de color claro, destacaban en él con gran relieve, como si estuvieran en un plato. El pobre niño no tenía mucho que agradecerle, desde el punto de vista de la estética, a la naturaleza. «Quizá con el tiempo mejore su aspecto», pensaba yo. A pesar de su aire respetuoso y de su prudencia, no me era simpático. He dicho «a pesar», y debí decir «a causa»: le encontraba demasiado dócil y cortés. Sólo se reía cuando alguna persona mayor bromeaba, y lo hacía como para complacerla. En su inexpresivo semblante sólo se pintaban la alegría, el asombro, el horror o la tristeza cuando algún adulto decía algo que «debía» alegrar, asombrar, horrorizar o entristecer a sus oyentes. No parecía un niño, sino alguien que representaba concienzudamente el papel de niño. Incluso cuando jugaba lo hacía a ruegos de las personas mayores, y como si hubiese aprendido a jugar en sueños. Sus dos hermanitos —un chiquillo de siete años y una niña de cinco— no podían haberle enseñado: no jugaban nunca.

Yo veía muy poco a los hermanos de Volodia: siempre estaban con su vieja aya inglesa, con la cual no podía conversar, debido a mi desconocimiento del idioma.

Traté de acostumbrar a mi discípulo a que paseara conmigo; pero lo hacía de un modo absurdo, artificial, como un autómata, como un niño de madera o de celuloide bien educado, eso sí.

Una tarde bajé al jardín y le vi sentado en un banco, muy limpio, junto a un sendero, también muy limpio y sin huella alguna. Volodia estaba llorando. Tenía una rodilla entre las manos y se mordía el labio inferior. Era la primera vez que percibía en su rostro una expresión verdaderamente infantil. Sin duda se había caído y se había lastimado seriamente. En cuanto advirtió mi presencia, dejó de llorar, se puso en pie y salió a mi encuentro, cojeando ligeramente.

—¿Te has lastimado, Volodia? —inquirí.

—Sí.

—Llora, llora…

Me miró fijamente, como para convencerse de que hablaba en serio, y respondió:

—Ya he llorado.

No me habría sorprendido oírle añadir: «Gracias», como el protagonista de la antigua anécdota. ¡Hasta tal punto era fino aquel absurdo hombrecito!

Mis deberes pedagógicos, como ya he dicho, se reducían a las dos horas diarias de clase; en consecuencia, me pasaba gran parte del día paseando, si el tiempo lo permitía, o leyendo en mi cuarto. Norden había puesto a mi disposición todos sus libros, que eran muy numerosos, proporcionándome con ello una gran alegría. A veces leía en la biblioteca, para lo cual me había dado permiso también Norden, y allí me encontraba a mis anchas. Cómodos divanes, grandes mesas cubiertas de revistas, estanterías repletas de libros lujosamente encuadernados, silencio…, un silencio más absoluto todavía que el que reinaba en mi aposento, ya que la biblioteca se encontraba en el segundo piso, donde no llegaban los únicos ruidos de la casa, todos

provocados por Norden, ignoro con qué objeto, haciendo ladrar a los perros, cantar a los niños y reír a cuantos le rodeaban.

A la hora de las comidas, nos reuníamos en el comedor los niños, el aya, Norden y yo. Nunca había invitados, si se exceptúa un alemán gordo y taciturno que almorzaba a veces con nosotros y que sólo abría la boca para comer y para reír cuando Norden contaba algún chascarrillo. Creo que era el administrador de Norden.

Durante las comidas reinaba una ruidosa alegría: continuamente resonaban estrepitosas carcajadas, con motivo o sin él. El amo de la casa utilizaba todos los recursos para excitar la hilaridad de los comensales. El aya se desternillaba de risa, a pesar de que no comprendía ni la mitad de lo que Norden decía: al parecer, todo el mundo estaba obligado a reírse.

Los primeros días, no solía tomar parte en aquellas manifestaciones de regocijo, lo cual turbaba e incluso afligía a Norden.

—¿Por qué no se ríe usted? —me preguntaba, mirándome a los ojos con aire angustiado—. ¿No le ha hecho gracia?

Y me repetía el chascarrillo, aclarándome en qué consistía su comicidad. Y si, a pesar de todo, yo continuaba serio o me limitaba a sonreír, se ponía nervioso y contaba otro chascarrillo, y otro y otro, extrayéndome la risa como se extrae el agua de la manteca. De haberme obstinado en no reír, creo que Norden hubiera empezado a llorar y a besarme las manos, suplicándome por el amor de Dios la limosna de mi risa, como si su vida peligrase y mis carcajadas pudieran salvarla.

No tardé en reírme como los demás: la risa convulsa, estúpida, imbécil, ensanchaba mi boca, como el freno la de un caballo. Y, lleno de dolor y de horror, a veces experimentaba, estando solo en mi habitación o en la playa, unos locos deseos de reír…

Durante algún tiempo, al no ver en la mesa más que a las personas mencionadas, creí que la familia de Norden se reducía a sus tres hijos. Pero un día, al final del almuerzo, oí que alguien tocaba el piano en el piso alto, en el ala separada de la biblioteca por un pasillo, en cuyo extremo había una puerta, siempre cerrada. Quedé asombrado y, contra todas las conveniencias —nunca he sabido adaptarme a las conveniencias—, pregunté:

—¿Quién está tocando?

Norden respondió, risueño:

—Es mi esposa. Perdone: me había olvidado de ponerle en antecedentes. Mi esposa no goza de muy buena salud, la pobre, y no sale de su habitación. Pero es inteligentísima; y toca el piano maravillosamente. ¡Escuche, escuche!

Pero la música era muy triste, y Norden se turbó.

—¡Toca maravillosamente! —repitió, golpeando el borde del plato con el cuchillo.

Un instante después se puso en pie y echó a correr escaleras arriba.

No habían transcurrido dos minutos cuando volvió a bajar y exclamó, en tono

jubiloso:

—¡Niños! ¡Miss Molí! ¡A bailar! ¡Mamá quiere que bailéis un poco!

En efecto, a la música triste sucedió la de un baile de moda, rápido y semiepiléptico. La ejecución, ahora, era mucho menos limpia, y Norden me explicó:

—Es una pieza nueva que acaban de mandarnos de Petersburgo. Un baile encantador: este otoño lo está bailando toda Europa.

Y gritó:

—*Tanziren, meine kinden, tanziren!* (¡Bailad, hijos míos, bailad!). ¡Y usted también, Miss Molí!

Y los tres dóciles muñecos empezaron a girar sobre sí mismos; la pequeña seguía con los ojos los movimientos de los mayores y los imitaba, levantando los brazos y agitando torpemente las piernas. Era la única cuya alegría me parecía verdadera, cuya risa no se me antojaba ficticia. Miss Molí, remedando a los niños, danzaba también, con la misma gracia de un caballo de circo obligado por el domador a andar sobre sus patas traseras. Norden batía palmas llevando el compás, lanzaba gritos de estimulador entusiasmo y, de pronto, como si no pudiera resistir la tentación, empezó también a bailar. Mientras bailaba, me dijo:

—¿Por qué no baila usted?

Luego se detuvo y me suplicó:

—¡Baile un poquito! ¡No nos niegue ese gusto! Si no sabe, Miss Molí le enseñará.

Pero yo me negué en redondo.

Cuando se llevaron a los niños, acaloradísimos, Norden encendió un cigarro y me preguntó, jadeante:

—Somos la familia más alegre del mundo, ¿verdad?

A partir de aquel día, oí música casi a diario procedente del piso alto, unas veces triste, y otras, las más, alegre y no muy bien interpretada. Norden, siempre que efectuaba un viaje a Petersburgo, traía nuevas partituras, la mayoría de ellas de los nuevos bailes que estaban de moda en Europa. Iba muy a menudo a la capital, a donde le llamaban importantes asuntos; pero su ausencia no solía prolongarse más de un par de días, a lo sumo.

¿A qué obedecía el aislamiento de su esposa? «Tal vez ese misterio y el de la gran tristeza que planea sobre esta casa y sobre sus habitantes sean el mismo misterio», pensaba yo. Pero todas mis tentativas de averiguar algo resultaban estériles. A los criados no quería preguntarles nada; hubiera constituido una falta de delicadeza y, además, los criados parecían estar tan *in albis* como yo en lo que respecta a las intimidades de la familia. El respetuoso Volodia era un consumado maestro en el arte del disimulo.

—¿Cómo está tu mamá? —le pregunté un día—. ¿La has visto esta mañana?

—Sí. Todas las mañanas subimos a verla. Siente mucho no poder conocerle a usted…

—¿Está muy enferma?

—No… Toca muy bien el piano. Tiene mucho talento.

—¿Llora mucho?

—¿Mamá? —exclamó Volodia, asombrado—. ¿Por qué habría de llorar?

—Está siempre riéndose, ¿eh? —inquirí, en tono sarcástico.

—¿Acaso es malo reírse? —replicó el más respetuoso de mis discípulos, dispuesto, sin duda, a mostrarse jovial o saturnino, según lo que yo aseverase.

Una noche, o, mejor dicho, un amanecer (los tres obreros estaban ya entregados a la tarea de borrar huellas), algo, en mi opinión relacionado con la pianista invisible, provocó súbitamente una gran agitación en la casa. Se oyó caer no sé qué; alguien profirió un grito de espanto o de dolor, y por el pasillo al cual daba la puerta de mi habitación pasaron varios criados con velas encendidas.

—¡No ha sido nada! —oí que decía Norden—. Un simple susto… El viento ha arrancado un postigo de la ventana, y el ruido…

El viento, en efecto, era muy fuerte. Aullaba en las chimeneas, se estrellaba furiosamente contra los muros y rugía a sus anchas en las alturas. Pero Norden había mentido: al hacerse de día pude comprobar que no se había caído ningún postigo.

Mientras contemplaba las ventanas, en busca de una que careciera de postigo, vi por primera vez, detrás de los cristales de una de ellas, a la esposa de Norden. Sus ojos grandes y profundos estaban clavados en el mar. En contra de lo que yo suponía, no era vieja, sino joven y bella.

—¿Qué edad tiene su esposa? —le pregunté aquella misma tarde a Norden, el cual me inspiraba cada día menos respeto.

—Veintinueve años.

—Entonces, Elena…

—Elena era hija de mi primer matrimonio. Estoy casado en segundas nupcias.

III

Aquella noche eché de menos mi diario: me lo habían robado. La pueril y obstinada lucha contra toda huella lo había hecho desaparecer, sin duda. Pero el ladrón no consiguió nada con aquel acto tan innoble; recuerdo perfectamente todo lo que vi y experimenté hasta el momento en que el horror extinguió mi conciencia por largo tiempo. Y las huellas grabadas en mi memoria no podían borrarlas los tres hombres que al amanecer recorrían los senderos del parque.

¿Cómo iba a olvidar aquel mar poco profundo, desesperadamente triste y tan

llano que hacía dudar de la redondez de la Tierra? Yo había asociado siempre la idea del mar a la de los barcos; pero desde aquella playa no se veían barcos: entre aquella orilla y toda ruta de navegación se interponía la remota y brumosa línea del horizonte. Y el agua se extendía en un desierto gris; un tedio infinito parecía pesar sobre las diminutas olas, las cuales trataban en vano de alcanzar la costa, buscando el eterno reposo.

Una o dos veces vi a lo lejos una barca de pesca, avanzando con tanta lentitud que tardé un rato en convencerme de que no era una roca.

A la horrible noche de viento de que he hablado sucedieron siete u ocho días de calma, nada fríos, pero muy húmedos; la niebla, pesada y opaca, convertía el día en un crepúsculo interminable, desalentador. El mar había retrocedido, dejando al descubierto pequeños continentes, islas y archipiélagos de arena. Una tarde eché a andar a través de aquel mundo fantástico. Al atravesar los continentes en un par de pasos, al cruzar de un salto de uno a otro, me parecía ser un gigante, un ente casi sobrenatural que pisaba por primera vez la tierra, recién creada y desierta.

Al llegar junto al agua, las pequeñas y plácidas olas se me antojaron enormes, colosales, como debieron ser en los primeros días del mundo.

Inclinándome sobre la arena, escribí con el dedo un nombre: «Elena». Las cinco letras, aunque no muy grandes, ocupaban buena parte de un continente y parecían gigantescas. Más que leerse, hubiérase dicho que la palabra se oía, que era un grito dirigido al cielo, al mar, a la tierra…

¿Por qué no me guié, al regresar a la playa, por las huellas de mis pasos? Avanzando y retrocediendo en busca de un camino seco, se me hizo de noche y me desorienté. Cada vez que mis pies tocaban el agua, retrocedía, temiendo hundirme. Por fin me decidí a avanzar en línea recta, al azar, sin detenerme ante los charcos, y, lleno de alegría, no tardé en divisar delante de mí la oscura masa de la pirámide de piedras. La casualidad me había llevado al lugar donde fue encontrado el cadáver de Elena.

—¿Por qué vive usted aquí? —le pregunté aquella noche a Norden—. ¡Este mar es tan lúgubre!

Mis palabras parecieron entristecerle. Volvió ansiosamente la cabeza hacia la oscura ventana.

—¿Lúgubre? No… Cuando se familiarice usted con él, le encantará.

Me encantaba ya; pero con el encanto, con la fascinación de la tristeza y del miedo. La atracción que ejercía sobre mí era un mortal veneno, del cual tenía que huir.

Sin darme tiempo para contestar, Norden empezó a contar un chascarrillo, y al

terminar me suplicó con la mirada que no le negara mi risa. Me senté delante de él y los dos prorrumpimos en carcajadas.

¡Qué estupidez y qué bajeza!

De los días siguientes, hasta el 5 de diciembre, no recuerdo nada, como si los hubiera pasado sumido en un profundo sueño. El 5 de diciembre cayó la primera nevada, copiosísima.

Y aquel día empezaron a ocurrir las cosas extraordinarias que hicieron más inquietante para mí el misterio de aquella casa, aquel misterio que continúa siéndolo y que, a veces, se me figura una siniestra fantasía o un imaginado cuento de terror.

Trataré de ser lo más exacto posible y de no omitir ningún detalle importante, aunque su relación con los acontecimientos no sea directa. Yo atribuyo una importancia capital a la aparición de aquel ser extraordinario que parecía concentrar todas las fuerzas oscuras, toda la tristeza que pesaba sobre la maldita casa de Norden, todo el dolor que incluso a mí, un extraño, había de arrastrarme en su terrible torbellino.

El 5 de diciembre cayó, como ya he dicho, la primera nevada. Empezó al amanecer y duró toda la mañana. Cuando, terminada la clase de Volodia, salí al jardín, todo estaba blanco y silencioso. Dejando profundas huellas de mi paso, llegué a la playa. Y proferí un grito de asombro al ver que ya ya no había mar. Horas antes empezaba allí la superficie helada, casi opaca; ahora, la vista no tropezaba con límite alguno entre el mar y la tierra, ambos cubiertos por el mismo blanco sudario.

Obedeciendo a ese impulso que nos asalta ante toda superficie lisa e intacta, me quité el guante de la mano derecha y escribí con el dedo en la nieve: «Elena».

La pirámide se había convertido en una colina blanca de suaves contornos, en algo sumiso y como muerto por segunda vez y para siempre. «A este lado, la cabeza; allí, los pies…» Resultaba difícil imaginar en aquella superficie impasible las olas, la lancha volcada. Y me pareció que se me quitaba un peso de encima.

«No estaría de más —me dije— un viajecito a Petersburgo, para asomarme a la Universidad».

En aquel momento, Norden se me antojaba un hombre extravagante y desagradable, aunque inofensivo. ¿Qué me importaba a mí que contara chascarrillos e hiciera bailar a su familia? Lo que a mí me interesaba era reunir algún dinero y marcharme.

«¿Cómo vas a arreglártelas ahora para borrar las huellas?», pensé, riéndome, mientras regresaba a la casa. Y evité cuidadosamente pisar las ya existentes, a fin de dejar el mayor número posible de ellas.

Al día siguiente —y al otro, y al otro, y al otro, si tardaba en volver a nevar— sería para mí un placer, casi un orgullo, el verlas.

Los árboles del jardín ya no producían la impresión de tristeza y de soledad a que

me he referido: parecían sumidos en un tranquilo sueño. Lo único que descomponía la placidez del paisaje eran los cajones de madera que Norden había hecho construir para abrigo de algunos árboles meridionales. Yo no había visto nunca proteger los árboles contra el frío de aquella forma, y los altos y extraños cajones me oprimían el corazón; semejaban ataúdes en pie, dispuestos a tomar parte en una macabra procesión. «Estoy orgulloso de mi invento», decía Norden, con gran indignación por mi parte.

Hacía dos días que Norden se había marchado a Petersburgo, y en la amplia mansión, que yo no conocía aún en su totalidad, reinaban un silencio y una calma absolutos: los niños permanecían con el aya en sus habitaciones, quietos y callados, y la servidumbre no hacía tampoco el menor ruido; en el piso alto, una mujer joven y bella, víctima de fuerzas desconocidas, languidecía solitaria…

Permanecí casi una hora en la biblioteca, pero no tenía ganas de leer: me sentía extrañamente excitado. La casa, silente y misteriosa, despertaba en mi alma una viva curiosidad y una vaga sed de aventuras. Tras cerciorarme de que nadie podía verme, empujé la puerta que daba a las habitaciones situadas al otro lado del pasillo y penetré en ellas de puntillas. Crucé dos amplias estancias, avancé a lo largo de un corredor y salí al rellano de una escalera interior cuya existencia desconocía. Delante de la escalera había una puerta cerrada. «Ahí dentro está la enferma», me dije. Intenté abrir la puerta, pero me resultó imposible. No sabía qué hacer. Por mi cerebro cruzó la idea de llamar, pero no me atreví a hacerlo.

Permanecí allí largo rato, turbado por aquel silencio que lo envolvía y penetraba todo y miraba con sus ojos blancos a través de la claraboya. Súbitamente oí un rumor de pasos en la planta baja y regresé apresuradamente a la biblioteca. Cogí un libro y con él en las manos me quedé dormido en un diván, llevándome al reino del sueño la visión del mundo taciturno y cubierto de nieve.

Después de cenar me retiré a mi cuarto y, tras anotar en mi diario las impresiones del día y escribir dos o tres cartas, me acosté; pero, como me había pasado la mayor parte de la tarde durmiendo, no tenía sueño y estuve cerca de dos Horas despierto, atento el oído al silencio, la mirada atenta a las tinieblas. Más allá de la ventana, velada por un blanco visillo, reinaba la noche blanca; las nubes cernían y debilitaban la luz de la luna.

Creo que empezaba a quedarme dormido cuando experimenté la súbita sensación de que delante de la ventana, en el jardín, había alguien. Me incorporé. Una sombra se dibujaba en el visillo.

Dado que mi habitación se encontraba en el entresuelo y la altura de la ventana era escasa, supuse que alguno de los criados habría salido llevándose únicamente la llave de la verja y no se atrevía a llamar a la puerta principal. Con una vaga angustia, a pesar de todo, me levanté, me acerqué a la ventana y descorrí el visillo. Un hombre, al cual el antepecho de la ventana le llegaba un poco más abajo de la barbilla, se erguía en la oscuridad, inmóvil y mudo. Le dirigí una especie de saludo con la mano,

pero no contestó a él ni se movió. Di unos golpecitos con los dedos en el cristal: el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—¿Qué es lo que desea? —le pregunté en voz baja, sin acordarme de que era invierno y los cristales dobles no le permitieron oírme.

Viendo que continuaba sin moverse y sin hablar, me indigné y decidí salir al jardín a repetirle la pregunta. Pero antes de que acabara de girar sobre mis talones la misteriosa figura empezó a alejarse lentamente. Sus hombros eran muy anchos y se tocaba la cabeza con un sombrero hongo. En su aspecto no había nada extraordinario.

A pesar de todo, empecé a vestirme para bajar al jardín; pero a medida que me vestía iba sintiéndome menos resuelto, y terminé por decirme, con fingida indiferencia: «Mañana averiguaré de qué se trata».

Al día siguiente interrogué a los criados; pero me aseguraron que ninguno de ellos había salido la noche anterior, y que nadie había visto al hombre del sombrero hongo.

El portero me respondió sin inmutarse. En cambio, el lacayo Iván, visiblemente turbado, inquirió a su vez:

—¿Está usted seguro de que era un hombre con sombrero hongo?

—Completamente seguro —afirmé.

Mi respuesta pareció tranquilizarle.

Más tarde me enteré de que la servidumbre estaba atemorizada por la supuesta presencia de un espectro; pero se trataba del espectro de Elena, ahogada en el mar. Era un temor vago y poco serio, una de esas supersticiones frecuentes en las casas donde ha sucedido algo trágico.

Con la esperanza de descubrir allí la clave del enigma, me dirigí a la parte del jardín que caía al pie de mi ventana, y lo que vi me sorprendió desagradablemente: no había huellas en la nieve y, además, la altura de la ventana era mayor de lo que yo había imaginado; aunque mi estatura es más que mediana, me costó trabajo alcanzar el borde del antepecho con las puntas de los dedos. A juzgar por este detalle, el desconocido tenía que ser desmesuradamente alto… o sostenerse en el aire, como un fantasma.

«He sido víctima de una alucinación», me dije.

La explicación resultaba bastante lógica: la atención sostenida, angustiosa, con que yo lo observaba todo en aquella casa, mi constante presentimiento de algo maravilloso, podían haber debilitado mis nervios hasta el punto de hacerme ver, en este siglo ilustrado y escéptico, un fantasma. Sin embargo, se me ocurrían algunas objeciones contra aquella hipótesis: yo estaba fuerte, sano; mi cerebro funcionaba perfectamente; en mis sensaciones no había nada de anormal. Además, era muy raro que mis nervios, debilitados, me hubieran hecho ver un ser que por su aspecto no se apartaba de lo vulgar; un ser sin relación alguna con mis pensamientos y mis sospechas. Lo lógico hubiese sido que mi imaginación enferma me hubiera presentado la imagen de Elena, y no la de aquel caballero taciturno, tocado con un sombrero hongo.

Pero, a pesar de que no encontré respuesta a tales objeciones, no tardé en tranquilizarme.

Durante el día no ocurrió nada digno de mención. Por la noche regresó Norden. Cuando estábamos terminando de cenar, nos dijo que había traído la partitura de un nuevo baile de moda. Unos instantes después, la pianista invisible lo interpretaba, reflejando en la ejecución, un poco insegura, su desconocimiento de la pieza. Los niños bailaban, Miss Molí daba vueltas como un caballo de circo, el amo de la casa imitaba, con mucha vis cómica, a los danzarines de *ballet*. Todos nos desternillábamos de risa.

De pronto, al volver los ojos casualmente hacia una ventana, me pareció ver una figura humana en las tinieblas. Miré más fijamente: detrás de los cristales no había nadie; mi estúpida imaginación me había engañado. Pero Norden observó mi fugaz inquietud.

—¿Por qué está tan serio? —me preguntó—. ¿No le gusta el nuevo baile? ¡Anímese, anímese! Si no, Miss Molí le impondrá un correctivo.

Y, señalándome con el dedo, le dijo a Miss Molí algo, en inglés, que la hizo prorrumpir en estridentes carcajadas. Luego, continuando la broma, la obligó a acercarse a mí, la cogió por la muñeca y con la mano de la anciana me dio unas palmaditas en el hombro.

—¡Arrodillaos a sus pies y suplicadle que baile un poco! —les dijo a continuación a los niños, los cuales se apresuraron a obedecerle.

Luego, dirigiéndose al aya, añadió:

—¡Y usted también!

El aya se postró a mis pies y unió sus ruegos a los de los niños.

Yo no sabía qué hacer: todo aquello me repugnaba; pero, tratándose de una broma, no podía enfadarme.

—¡Ven tú también a rogarle que baile, perillán! —le gritó Norden al lacayo Iván, el cual contemplaba la escena desde la puerta con ojos asombrados.

Y el lacayo entró y se prosternó al lado de la anciana.

En el piso alto, tan silencioso el día anterior, continuaba resonando la alegre música. Lo salvajemente grotesco de aquel regocijo me crispaba los nervios y me arrancaba carcajadas casi dolorosas; hubiérase dicho que me estaban haciendo cosquillas. Acabé por ponerme a bailar, y al pasar por delante de las ventanas, que se me antojaban innumerables, me preguntaba:

«¿Dónde estoy? ¿Me habré vuelto loco?»

Norden tardó largo rato en calmarse. Tuve que permanecer con él en el comedor hasta mucho después de que los niños se hubieron acostado, oyéndole hablar de la velada tan alegre que habíamos tenido, de la comicidad coreográfica de Miss Molí, de lo bien que bailaba Volodia, de lo graciosos que estaban todos de rodillas a mis pies…

—Una velada así —me decía, dándome golpecitos en la rodilla con su blanca y

cuidada mano— denota cultura, civilización. Vivimos en un verdadero desierto. A un lado, el mar; al otro, el páramo o poco menos. Y, sin embargo, bromeamos, reímos, bailamos… Mis amigos de Petersburgo me preguntan cómo puedo vivir aquí sin morirme de tedio, ¡Si nos hubieran visto esta noche!

Y prorrumpió en una serie de carcajadas largas, insoportablemente largas.

—Deberíamos invitarles a un baile —continuó—. Es una gran idea, ¿verdad?

Y empezó a pasear nerviosamente de un lado para otro, con el aire de un hombre a quien se le acaba de ocurrir una idea genial.

—Anoche… —empecé.

—¡Sí, sí! Invitaremos a cincuenta, a cien amigos, y bailaremos todos. ¡Será una fiesta magnífica, un alarde espléndido de cultura, de civilización!

—Anoche…

Norden se volvió hacia mí, súbitamente serio; me miró fijamente y me preguntó en tono amable, cortés:

—¿Decía usted?

Me sentí sin fuerzas para contestar, como si de repente me hubiesen puesto un candado en los labios. De modo que no dije nada.

Aquella noche me quedé inmediatamente dormido. A las dos o las tres de la madrugada, alguien me gritó:

«¡Arriba!»

Me incorporé bruscamente. Un profundo silencio reinaba en la habitación, cuya puerta estaba cerrada con llave. «He oído esa voz en sueños —pensé—. No es ningún fenómeno extraordinario». Y cuando iba a tenderme de nuevo en la cama, advertí que había alguien en el jardín, delante de la ventana.

Era «él». Me acerqué a la ventana y, al igual que la noche anterior, le dirigí con la mano una especie de saludo, ahora menos pacífico; pero él, lo mismo que la noche anterior, no me respondió ni se movió. Observé que era altísimo y no se sostenía en el aire.

«No puede ser un fantasma», me dije, con un suspiro de alivio, sin caer en la cuenta de que la visita nocturna de un gigante que no dejaba huellas no resultaba demasiado normal. Decidí salir al jardín; pero él pareció adivinar mi pensamiento y echó a andar, sin mucha prisa, a lo largo de la pared. Renuncié a vestirme, considerando que el hacerlo le permitiría al desconocido desaparecer antes de que pudiera echarle la vista encima.

«En realidad, su actitud no tiene nada de terrible», pensé, mientras volvía a acostarme.

Pero mis manos y mis pies estaban fríos como témpanos de hielo. Y empecé a temblar como si tuviera calentura.

IV

La noche del 7 de diciembre me acosté vestido, resuelto a dar alcance a mi nocturno visitante y enterarme de su identidad y de sus deseos. No tenía miedo; pero la impaciencia y la cólera me impedían conciliar el sueño.

Mi espera resultó inútil: ni una sombra, ni un rumor detrás de los cristales en toda la noche.

Y en las dos siguientes tampoco. Con una facilidad asombrosa, dadas las circunstancias, recobré casi por completo la tranquilidad y empecé de nuevo a dormir a pierna suelta, sin acordarme apenas del desconocido.

El sábado, después de cenar —y no obligado, como de costumbre, a acompañar en la sobremesa a Norden, que se había marchado otra vez a Petersburgo—, subí a la biblioteca y me dediqué a examinar unos soberbios volúmenes en los cuales se resumía la historia del arte. El tiempo se me pasó sin sentir, y cuando miré el reloj de la estancia, que no daba las horas, vi que eran ya las once y cuarto. Como yo acostumbraba acostarme a las once, me puse en pie apresuradamente. Mientras recogía mi cuaderno de apuntes, dirigí una mirada indiferente a la ventana. Detrás de los cristales, con la barbilla a medio palmo de distancia del antepecho, estaba «él». Mi sorpresa fue tan grande, que el cuaderno se me cayó al suelo. Al agacharme a recogerlo, pensé: «Tal vez cuando levante la cabeza ese hombre no estará ahí».

Pero mi esperanza no se realizó.

La luz de la lámpara iluminaba el rostro del desconocido, un rostro tranquilo, nada terrible, afeitado, de facciones correctas. Representaba unos treinta y cinco años. Lo único que no pude verle fueron los ojos, a pesar de que también los iluminaba la luz de la lámpara; parecían quedar ocultos detrás de su propia mirada, fija en mí: una mirada inmóvil, dura —casi en el sentido táctil de la palabra—, una mirada horrible.

No sé hasta cuándo hubiese continuado mirándome si, ofendido por su insolencia, no me hubiese acercado a la ventana, gritando:

—¡Sinvergüenza!

El desconocido me volvió lentamente la espalda. Y un instante después se había hundido en la negrura de la noche.

Estallé en una carcajada y empecé a pasearme, excitado y nervioso, a través de la estancia.

«¿Habráse visto sinvergüenza?», murmuré.

Y cuando, en el colmo de la indignación, me disponía, a pesar de lo intempestivo de la hora, a despertar a los criados y hacerles buscar al intruso por el jardín, recordé con repentino pasmo que la biblioteca se encontraba en el segundo piso.

Aquella noche significó para mí el principio de una persecución encarnizada, implacable, cuyo objeto trataba en vano de explicarme. Durante algunos días, el desconocido continuó presentándoseme únicamente de noche; luego empezó a

presentarse al atardecer, o, mejor dicho, a partir del atardecer, ya que no se contentaba con una visita diaria.

Si es que podían llamarse visitas aquellas súbitas apariciones, tan pronto detrás de los cristales de una ventana como de los de otra. Recuerdo que en cierta ocasión, para librarme de su presencia, me trasladé rápidamente a una habitación del extremo opuesto de la casa: al llegar allí, comprobé que el desconocido había andado más de prisa que yo y estaba esperándome delante de la ventana.

Nadie en la casa daba muestras de haber advertido lo que sucedía. La vida seguía su curso habitual, frío y triste, turbado únicamente por la absurda y ruidosa alegría de Norden. ¿Por qué no lloraban nunca aquellos niños? ¿Por qué no tenían rabietas? Una tarde, al volver a mi cuarto, después de un rato de lectura en la biblioteca, me detuve en el pasillo del entresuelo, estupefacto, al oír lloriquear a la niña; el hecho resultaba tan insólito, tan extraordinario, que abrí suavemente la puerta de la habitación donde sonaba la quejumbrosa vocecilla. La niña estaba sola, en un rincón, de cara a la pared. En una mano tenía una muñeca tuerta, y con la otra se secaba las lágrimas. Al oírme cesó de lloriquear; pero no se volvió, limitándose a esconder la muñeca.

—¿Estás castigada? —le pregunté, inclinándome sobre ella, pero sin atreverme a tocarla, pues su dolor, sin saber por qué, me pareció sagrado, intangible.

Tuve que repetirle tres o cuatro veces la pregunta; finalmente me contestó, en voz muy baja:

—No, no estoy castigada.

—¿Quieres que te lleve un ratito a mi cuarto, guapa?

No me contestó; pero dejó caer la muñeca, y si no en su rostro —que continuaba casi pegado a la pared—, en sus bracitos, en sus hombros, en su cabecita rizada, vi reflejarse una medrosa vacilación.

Me disponía a cogerla en brazos y llevármela, cuando oí la risa de Norden en la escalera y salí al pasillo precipitadamente.

V

Tenía que marcharme. Cuando se me ocurrió aquella idea salvadora comprendí que no debía demorar el ponerla en práctica. Pero algo más fuerte que la voz, débil y opaca, de la razón, me encadenaba a aquel lugar, paralizaba mi voluntad y me adentraba más y más en aquel círculo de misterio y de horror. La tristeza y el miedo tienen su encanto, y el poder de las fuerzas oscuras sobre las almas que no han conocido nunca la alegría es muy grande. Casi sin vacilar, rechacé la idea salvadora.

Acaso contribuyera a ello el delicioso tiempo que había sucedido a los tristes días del otoño. El frío nocturno cubría de hielo las ramas de los árboles, las embellecía

con el milagro de un nuevo follaje, en cuya blancura la luz áurea del sol ponía rutilantes destellos que no sólo deslumbraban los ojos, sino también el alma.

«Él» había dejado de presentarse. Norden, con sus risas y sus chascarrillos, estaba en Petersburgo, y en la casa reinaba el silencio: un silencio tan profundo como si hubieran cesado todos los ruidos de la tierra. Durante aquellas horas felices, llenas de paz, mi alma se mecía en el olvido de los horrores de la noche. La tierra, de día, era tan distinta…

Por la mañana me calzaba los patines y me dirigía al lugar donde se alzaba la pirámide; y mis ojos se recreaban en la contemplación del nombre —Elena— que había escrito en la nieve.

Al volver a la casa, miraba obstinadamente hacia la ventana de la habitación donde vivía y sufría la señora Norden, con la esperanza de ver otra vez, aunque sólo fuera un instante, su joven y pálido rostro. Pero nadie aparecía detrás de los cristales. Hubiérase dicho que en aquella habitación no había nadie; que la señora Norden, aquella extraña mujer de la que nadie hablaba, era ya tan del otro mundo como Elena.

Aunque nadie hablaba de ella, los niños subían todos los días a su cuarto, y algunas veces, muy de tarde en tarde, se oía una campanilla, una campanilla cuyo sonido era distinto al de todas las demás: la señora Norden llamaba. Me parecía inverosímil que la puerta de su habitación se abriera como cualquier otra puerta, que aquella mujer enigmática le diera órdenes a la doncella. La doncella no contaba nunca nada de «la señora».

A mediados de diciembre regresó Norden. El tiempo volvió a empeorar y cayó una copiosa nevada, la cual cubrió con un espeso y frío sudario el nombre de Elena. Con el mal tiempo volvió «él», y nuestras relaciones entraron en una nueva fase.

El domingo 18 de diciembre, después de almorzar, Volodia y yo nos acercamos a la ventana. La nieve caía en grandes copos sobre el melancólico jardín. Súbitamente, apareció «él». Era la primera vez que se me presentaba en pleno día y encontrándome acompañado. Estaba a dos pasos de distancia de la ventana, y los blancos copos se posaban en su sombrero y en sus hombros como en los de cualquier mortal. Pero, más que en él, mi atención estaba concentrada en Volodia. Los ojos del niño —no cabía duda— veían al desconocido, le miraban. Y cuando, transcurridos unos instantes, el desconocido dio media vuelta y empezó a alejarse, Volodia dio un paso hacia adelante, como si se dispusiera a seguirle.

—Le ves, ¿eh? Le ves —dije, en tono áspero.

Tranquilamente, mintiendo como un adulto, Volodia respondió:

—No sé de qué me habla. No veo más que la nieve. ¿Acaso ve usted otra cosa?

—¡Sí!

—¿Qué es lo que ve?

Convencido de que continuaría mintiéndome, renuncié a la esperanza de enterarme de algo por mediación suya.

Al día siguiente sucedió lo mismo, excepto por el detalle de que la persona que

estaba a mi lado en el hueco de la ventana no era Volodia, sino Norden, no menos mentiroso que su hijo. Después de permanecer unos instantes inmóvil ante nosotros, el desconocido se retiró. Y Norden, que le había visto desde el primer momento, le siguió con la mirada.

—Muy divertido, ¿verdad? —le pregunté, en tono sarcástico.

—Celebro mucho verle a usted, por fin, de buen humor —respondió Norden, con un asombro muy bien fingido—, pero no sé de qué me habla.

—¿No le ha visto usted?

—No.

—¡No es cierto! ¡La forma de su respuesta le ha traicionado!

Norden se quedó mirándome, serio, grave. Abrumado por la impotencia y la desesperación, grité:

—¡No estoy dispuesto a continuar guardando silencio!

Al oír aquella estúpida frase, Norden puso una cara muy amable, abominablemente amable; me abrazó, casi me besó, y me formuló mil preguntas acerca del motivo de mi descontento.

—¿Le ha ofendido a usted alguien? ¿Algún criado, quizás? En mi casa, no permitiré… ¡Dígame el nombre del culpable! El que se haya atrevido… ¿No? ¿No le ha ofendido nadie? Entonces, ¿qué le pasa? ¿Qué es lo que le exaspera? ¿Qué es lo que le irrita? Lo adivino: se aburre usted. ¡Sí, sí, no me lo niegue! Yo también he sido joven… ¡Oh, la juventud!

Y el desconcertante individuo se extendió en consideraciones filosóficas, de una filosofía jovial, humorística, sobre la juventud, no sé si burlándose de mí o tratando de ahogar en donaires su propia angustia. «¡Alégrese! ¡Ríase!», me decía, de cuando en cuando, en un tono entre suplicante y amenazador.

—¡Sí, hay que divertirse, hay que divertirse! —continuó, tras una breve pausa—. ¿Qué podríamos inventar? Podríamos organizar una fiesta… ¿No se le ocurre nada? En estas fechas, nada tan a propósito como un árbol de Navidad… ¡Sí, sí, eso! ¡Un árbol de Navidad monstruo! Mañana mismo haré cortar el mayor de los pinos de estos alrededores y lo haré instalar en el salón. Hay que enviar inmediatamente a alguien a Petersburgo para que traiga todo lo necesario. Voy a hacer una lista…

Así terminó nuestra conversación. A partir del día siguiente la casa se vio invadida por una ruidosa actividad, mientras en mi alma se amontonaban negras tinieblas. Instalaron en el salón un pino enorme, iluminando su copa con velas de colores. Al acre olor de la resina se mezclaba el fúnebre olor de la cera. Subidos a una escalera sostenida por el propio Norden, Miss Molí, los niños y yo colgábamos en las ramas los regalos, con hilos de plata. Luego bailamos y cantamos al son de alegres melodías, interpretadas por la invisible pianista del piso alto.

Y he aquí lo que pasó la noche del día en que tuvo lugar mi conversación con Norden. Aquella conversación, o, mejor dicho, mi propia tontería, me indignó tanto, que decidí salir en seguida de mi pasividad y obrar de un modo enérgico y decisivo.

Después de cenar, anoté en mi diario las impresiones del día, me acosté vestido y esperé, lleno de impaciencia, la aparición del desconocido. Mi tensión nerviosa era tan intensa, que las horas me parecían siglos y tenía que hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de llamar a mi perseguidor. Era ya cerca de la una cuando intuí su silenciosa y sombría presencia.

Salté de la cama; me acerqué rápidamente a la ventana y descorrí el visillo: en efecto, estaba allí. Mis ojos se clavaron, airados, en su sombría figura de anchos hombros: le amenacé con la mano y me dirigí hacia la puerta. Él dio también media vuelta.

Cuando llegué a la puerta del jardín, encendí una cerilla y a su claridad descorrí el cerrojo. El hierro estaba tan frío que me quemó la mano. Abrí la puerta. El desconocido se encontraba en lo alto de la escalinata, inmóvil, mudo. Era un poco más alto que yo.

No sé cuánto tiempo permanecimos frente a frente, separados por un par de pasos de distancia. Cuando el terror acabó de adueñarse de mi corazón, retrocedí lentamente, crucé el umbral y, sin apresurarme demasiado —ignoro por qué motivo consideraba muy del caso una extremada cortesía—, cerré la puerta. Al echar el cerrojo me pareció que «él» tiraba, con mano suave, del pomo; pero no me atrevo a asegurarlo.

VI

A pesar de todo, a la mañana siguiente me levanté dueño todavía de mi equilibrio mental. Durante toda la mañana mi tranquilidad fue absoluta, y mi cerebro funcionaba como el de cualquier hombre en perfecto estado de salud física y moral. Para que nada turbara mis reflexiones, pretexté una jaqueca y, en vez de ayudar al aya y a los niños a adornar el árbol, me fui a pasear por el camino de la estación. El día era frío y triste.

Había leído y había oído decir a hombres doctos y expertos que las personas abrumadas por un gran dolor o un gran remordimiento suelen tener visiones fantásticas; pero yo no me encontraba en ninguno de los dos casos. El desconocido, por lo tanto, era un ser real. Ahora bien, ¿qué relación existía entre el hombre del sombrero hongo, que se sostenía en el aire, que acechaba detrás de los cristales, y yo? ¿Por qué me manifestaba tan obstinado afecto? ¿Qué quería de mí? En aquella casa, yo no era más que un profesor, y nada sabía de la triste equivocación, de la dolorosa injusticia, del crimen, quizá, cuya sombra planeaba sobre el lugar y sobre las personas.

¿Qué quería de mí? En aquella casa, yo no era más que un profesor.

Repetí varias veces, en voz alta, aquel argumento. Me parecía tan convincente, que de buena gana hubiera hablado con el espectro, le hubiera dicho que estaba equivocado, que en aquella casa yo no era más que un profesor. Pero, ¿acaso puede dialogarse con los espectros? ¡Qué estupidez!

«¡No soy más que un profesor!», repetí de nuevo, tras una breve pausa.

Y no tardé en darme cuenta de que mis pensamientos eran siempre los mismos y se sucedían en el mismo orden, trazando un círculo semejante al de un caballo amaestrado, un círculo que se cerraba siempre con la palabra «estupidez». Era preciso salir de él, pensar en otra cosa, pero me resultaba imposible. Parado en medio del camino, continuaba girando, girando, como un caballo bajo el látigo del domador. Experimenté un miedo atroz, no inspirado por el espectro, al cual no concedía ya tanta importancia, sino por las ideas que pueden cruzar por un pobre cerebro humano. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Súbitamente, la soledad me asustó; volví precipitadamente sobre mis pasos: en aquel momento, la casa de Norden me parecía un refugio seguro.

Cuando llegué a ella me sentí súbitamente tranquilizado, tal vez por la presencia de dos estudiantes, sobrinos de Norden, que habían llegado aquella mañana, invitados a pasar la Nochebuena. Eran dos muchachos muy simpáticos, a los cuales bastaba mirar para saber que eran hermanos. Estaban ayudando a Norden y a los niños a adornar el árbol. Arriba, resonaba —sinceramente alegre, por primera vez— el piano de la señora Norden: la invisible pianista interpretaba un nuevo baile cuya partitura habían traído los estudiantes.

Recuerdo que, antes de almorzar, los dos huéspedes y yo dimos un paseo. El almuerzo fue muy alegre: bebimos como esponjas y nos reímos mucho. Por la tarde llegó una señora gorda, con sus dos hijas, animadísimas y muy amables. Aquella noche bailamos en serio.

Durante los días que siguieron llegaron otros invitados, todos muy simpáticos. A pesar de que la casa era muy espaciosa, no sé cómo se las arregló Norden para alojar a tanta gente. Lo cierto es que, terminadas las diversiones nocturnas, todas aquellas damas y todos aquellos caballeros se retiraban a sus respectivos aposentos. No podría decir quiénes eran. Es más, no recuerdo el rostro de ninguno de ellos. Recuerdo muy bien los trajes de los hombres y los vestidos de las mujeres, los detalles del atuendo de unos y otras; pero he olvidado sus rostros. Me parece estar viendo aún el uniforme de un general, pero sólo el uniforme, como si el invitado que lo llevaba fuera un maniquí.

Pero, volvamos al día en que llegaron los dos estudiantes, la señora gorda y sus dos hijas. Después de haber bebido y bailado más de la cuenta —haciendo reír, con mi torpeza, a todos los presentes—, me retiré a mi cuarto sintiéndome un poco mareado. Me dejé caer en la cama, sin desvestirme, y me quedé inmediatamente dormido.

La sed y una rara sensación me despertaron al cabo de un par de horas,

obligándome a levantarme. Había dejado descorrido el visillo. Detrás de los cristales estaba «él». Recuerdo que me encogí de hombros y me bebí dos vasos de agua. «Él» no se iba. Tiritando de frío, olvidados el baile y la música, me dirigí lentamente hacia la puerta. Al igual que el día anterior, el frío del cerrojo me quemó los dedos; y, al igual que el día anterior, le encontré esperándome en lo alto de la escalinata. En medio del silencio nocturno, lejanos y solitarios, se oían los ladridos de un perro.

Ignoro el tiempo que llevábamos frente a frente, silenciosos, inmóviles, separados por un par de pasos de distancia, cuando «él», apartándome con cierta rudeza, penetró en la casa. Le seguí a través de las oscuras estancias. Me guiaba su silueta negra, destacando sobre el fondo blanquecino de las ventanas. No me causó la menor sorpresa verle entrar en mi cuarto.

Yo entré detrás de él y, maquinalmente, cerré la puerta; pero me detuve a unos pasos del umbral: temía tropezar con el desconocido en la oscuridad de la estancia. Cuando mis ojos se acostumbraron a las tinieblas, vi un bulto inmóvil junto a la pared, en un lugar donde no había ningún mueble, y deduje que era «él», aunque no se le oía respirar ni daba señales de vida.

No obstante, transcurrió tanto tiempo y su inmovilidad era tan absoluta, que empecé a dudar de su presencia. Sacando fuerzas de flaqueza me obligué a mí mismo a acercarme al bulto y a palparlo. Mis dedos tocaron una tela, bajo la cual se percibía la dureza de un brazo o de un hombro. Retiré apresuradamente la mano y continué mirando, perplejo, a mi nocturno visitante. Finalmente, conseguí articular:

—¿Qué quiere usted de mí? En esta casa, yo no soy más que un profesor.

Pero no me contestó. Me pareció ridículo haberle llamado de usted. A pesar de su silencio, me di cuenta de que deseaba que me acostara. Me desvestí bajo la mirada de sus ojos invisibles, y los crujidos de la cama al hundirse al peso de mi cuerpo me llenaron de turbación, sin saber por qué. Ya entre las frías sábanas, recordé que no había dejado, como de costumbre, las botas en el pasillo, junto a la puerta.

Me acosté boca arriba, considerando que aquella postura era la más respetuosa. Por su parte, «él» se sentó en el borde de la cama y apoyó una mano en mi frente.

Era una mano fría y pesada, de la cual parecían emanar el sueño y la tristeza. He sufrido mucho en la vida, he asistido a la muerte de mi padre; pero no creo que exista una tristeza semejante a la que experimenté al contacto de aquella mano. Inmediatamente empecé a dormirme; pero, cosa rara, el sueño y la tristeza no luchaban, sino que penetraban juntos en mí y se extendían unidos por todo mi cuerpo, mezclándose con mi sangre y empapando mis músculos y mis huesos. Cuando llegaron a mi corazón y lo invadieron, mi razón, mis pensamientos, mi terror, se ahogaron en un mar de angustia mortal, desesperada. Las imágenes, los recuerdos, los deseos, la juventud, la misma vida, parecieron extinguirse. La presencia del desconocido me resultaba ya indiferente. Todo mi ser languidecía en el infinito desmayo de aquella tristeza sin límites y de aquel sueño sin ensueños.

A la mañana siguiente me desperté a la hora de costumbre. En la habitación no

había nadie, y todo estaba en orden. No me sentía bien ni mal, sino como vacío. Mi rostro —que vi en el espejo, mientras me vestía— un rostro vulgar y feo, no había sufrido alteración alguna: continuaba siendo, sencillamente, el de un hombre que ha pasado mucha hambre y no ha conocido ningún afecto.

Todo estaba igual y, sin embargo, yo sabía que en el mundo había cambiado algo y que nunca volvería a ser como era. Pero observé en mí una cosa que me produjo cierta satisfacción: el misterioso espectro que me perseguía no me inspiraba ya ningún temor. Al entrar en el comedor, donde Norden hacía desternillarse de risa a sus huéspedes contándoles chascarrillos, experimenté una repugnancia invencible, que cuando empecé a estrechar manos se convirtió en verdadero asco.

Aquel asco fue debilitándose en el transcurso del día —un día animado, ruidoso, de continuo jolgorio—, y casi llegó a desaparecer; pero volví a experimentarlo todas las mañanas al estrechar la mano de los invitados.

VII

Aquella mañana, cuando volvimos de la playa, después de bombardearnos, en un alegre combate dirigido por Norden, con bolas de nieve, me encerré en mi cuarto y le escribí una carta a uno de mis compañeros de Petersburgo. No era amigo mío, pues yo no tenía amigos, pero me trataba mejor que los demás y era un buen muchacho, amable y servicial. Le decía que me encontraba en un gran peligro y le rogaba que acudiera en mi socorro; pero en una forma tan desmayada, tan poco expresiva, que la carta, de haber llegado a sus manos, hubiese provocado en él un simple encogimiento de hombros. No sé por qué motivo, no se la envié. El día que me dieron de alta en el hospital la encontré en un bolsillo de mi chaqueta, metida en un sobre cerrado, pero sin dirección. ¿Por qué no puse las señas? ¿No las recordaba? Me sería imposible decirlo.

Creo que fue aquel día cuando empecé a perder la memoria. El último período de mi vida en casa de Norden sólo lo recuerdo de un modo fragmentario. Ya he dicho que no recuerdo más que la ropa de los numerosos invitados, como si no se tratara de seres humanos, sino de maniquíes. Y debo añadir que he olvidado también sus palabras, todas sus palabras, aunque hablaba y bromeaba con ellos. Asimismo, me resulta completamente imposible recordar el tiempo transcurrido entre el día que escribí la carta y el último de mi estancia en la casa. ¿Fueron dos o tres días? ¿Dos o tres semanas? No lo sé. En cambio, recuerdo perfectamente algunos detalles aislados. Acaso mi amnesia no se remonta, como supongo, al día que escribí la carta, y sea producto de la larga y grave enfermedad que he padecido.

Por encima de todo, recuerdo —eso es algo inolvidable— las visitas nocturnas del

desconocido. Todas las noches, cuando los invitados se retiraban a sus habitaciones, yo me acostaba vestido y dormía unas horas; luego, a través de las oscuras estancias, me dirigía al vestíbulo, abría la puerta del jardín y dejaba entrar al espectro, que me esperaba ya en lo alto de la escalinata. Le seguía hasta mi cuarto, me desvestía, me tendía entre las frías sábanas, y él se sentaba al borde de mi lecho y posaba su mano en mi frente. Una mano de la cual emanaban el sueño y la tristeza.

No me inspiraba ya ningún temor. Si no le hablaba, no era por miedo, sino porque consideraba superflua toda palabra. Hubiérase dicho que era un médico silencioso y metódico en su visita diaria a un enfermo silencioso y dócil.

Después empezaba el día ruidoso, agitado, y le sucedía la velada, con su desaforada y ficticia alegría. No sé qué extrañas velas habían colocado, sin que yo lo viera, en el árbol de Navidad: cada noche brillaba más, inundando de cegadora claridad las paredes y el techo. Y a todas horas resonaban los estimulantes gritos de Norden:

—*Tanziren! Tanziren!*

No recuerdo otras voces; pero todavía me parece oír aquélla, que me persigue en mis sueños, irrumpe en mi cerebro y dispersa mis pensamientos. Encaramado sobre todos los demás ruidos, aquel grito resonaba tenaz, insoportable, de extremo a extremo de la casa. A veces se tornaba ronco, amenazador…

Recuerdo que una noche la pianista invisible dejó súbitamente de tocar y se produjo un extraño silencio.

—*Tanziren! Tanziren!* —gritó furiosamente Norden.

Debía de estar borracho. Tenía los cabellos en desorden, y la expresión de su rostro era feroz, salvaje.

—*Tanziren! Tanziren!*

Los invitados se apretujaban a lo largo de las paredes inundadas de luz, de una luz fulgurante, como la de un incendio.

—*Tanziren! Tanziren!* —repetía Norden, agitando los puños.

Y en sus ojos brillaba la amenaza.

Por fin volvió a sonar la música y el baile continuó.

Aquél fue el más brillante de todos. Recuerdo de él, además de lo que he referido, lo numeroso de la concurrencia: sin duda, aquella tarde había llegado muchísima gente.

A mi recuerdo de aquel baile se asocia en mi memoria el de un sentimiento muy raro: el de la presencia de Elena.

No sé si ardían muchas antorchas en el patio y en el jardín. Lo único que sé es que, consciente o inconscientemente, me dirigí hacia la playa. Y allí, junto a la pirámide cubierta de nieve, permanecí largo rato pensando en Elena. He dicho «pensando»… y juraría que durante toda la velada la tuve a mi lado. Incluso recuerdo las dos sillas en las cuales estuvimos sentados el uno junto al otro, conversando. Y creo que me bastaría un pequeño esfuerzo de memoria para recordar su rostro, su voz,

sus palabras, y comprender… Pero no quiero hacer ese esfuerzo. Que todo continúe como está.

Desaparecida Elena, una nueva sensación sucedió en mi alma a la de su presencia: la de que era testigo involuntario de una lucha despiadada entre seres invisibles y misteriosos. En su combate, agitaban el aire de tal modo que el torbellino me arrastraba a mí, mero espectador. No creo que Norden, a pesar de ser uno de los personajes de aquel drama, tuviera una idea más clara que la mía de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Sin embargo, mi terror sólo duró hasta que recibí la visita del desconocido. En cuanto su mano se posaba sobre mi frente, mis emociones, mis deseos, mi voluntad, mi inteligencia, se hundían en un mar de tristeza. Y el hecho de que la tristeza llegara siempre en íntima unión con el sueño, la hacía aún más terrible. Cuando el hombre está triste, pero despierto, la visión de la vida que le rodea alivia un poco su dolor; pero el sueño se alzaba entre mi alma y el mundo exterior como un espeso muro, y la tristeza —una tristeza inmensa, sin límites— la saturaba.

Ignoro cuántos días habían transcurrido desde que en el curso de aquel ruidoso baile los «*Tanziren! Tanziren!*» de Norden quedaron bruscamente ahogados por un torrente de voces estremecedoras.

Me despertó, precisamente a la hora en que el desconocido solía detenerse delante de mi ventana, un repentino estrépito de carreras y de gritos. Me acordé de aquella noche del mes de noviembre… No me levanté a abrirle la puerta, como de costumbre, al desconocido: estaba seguro de que no había venido ni vendría. Me desvestí y volví a acostarme. Los gritos y las carreras continuaban. En la escalera interior resonaban de continuo pasos apresurados. Unos días antes, aquel ininterrumpido subir y bajar, que hacía presagiar alguna desgracia, me hubiera producido una dolorosa impresión, manteniéndome en vela. Pero ahora no me preocupaba. Tranquilamente —pues sabía que el desconocido no se atrevería a venir estando todo el mundo levantado en la casa —, me dormí.

En aquel momento, ignoraba que no volvería a ver nunca más los anchos hombros de mi nocturno visitante.

Cuando me desperté, reinaba en la casa un profundo silencio, a pesar de que el sol estaba ya muy alto. Sin duda, después de la agitada noche, incluso los criados estaban durmiendo.

Me vestí y salí al comedor. Encima de la mesa, yacía una mujer amortajada.

Nunca había visto de cerca a la señora Norden, pero la reconocí inmediatamente.

VIII

No la alumbraban cirios ni oraba nadie Junto a ella. La rodeaban el silencio y la soledad. Al verla tan abandonada, hubiérase dicho que nadie sabía que había muerto.

Era joven y bella. Es decir, no sé si era realmente bella; pero era la mujer a la cual yo había amado y buscado toda mi vida, sin saberlo. Había conocido, vivos, sus finos dedos yertos cruzados sobre el pecho, y había sentido el encanto de la dulce mirada de aquellos ojos, ya sin luz, cerrados para siempre. ¡Pobres dedos de nácar, obligados a arrancarle al piano alegres notas, a cuyo son bailaba Norden! ¡Perdónale! ¿Qué sabía él? ¡Perdóname también a mí el haber escrito en la nieve el nombre de Elena! ¡No sabía el tuyo!

No sé hasta qué punto será cierto lo que en aquel momento era para mí de una evidencia absoluta. Sólo sé que el amor, súbitamente revelado, que sentía, era tan profundo como la tristeza que inundaba mi corazón a medida que me daba cuenta, ante la inmovilidad del cadáver, ante el sepulcral silencio que reinaba en la casa, de que «ella» estaba muerta.

Y cuando la palabra «muerta» brotó, en voz queda y doliente, de mis labios, me eché a llorar.

Deshecho en lágrimas, salí poco después de la casa de Norden —sin abrigo ni sombrero—, crucé el jardín y la playa, hundiéndome en la nieve hasta más arriba de los tobillos, y avancé mar adentro. Sobre el hielo, la capa de nieve era menos espesa y me permitía andar con más facilidad. No tardé en encontrarme a una gran distancia de la playa. Ya no lloraba. No pensaba en nada. Continuaba avanzando, avanzando, a través del inmenso desierto blanco y liso, que parecía irme absorbiendo. Empezaba a sentir frío y cansancio, y me detuve un instante. Miré a mi alrededor: como en un ensueño, la planicie infinita y blanca, sin otras huellas que las mías, me cercaba por todas partes…

Reemprendí la marcha y, sin dejar de andar, empecé a dormitar, como los caballos extenuados por una larga jornada, como los vagabundos que buscan en el ruido rítmico de sus pasos el opio que alivie sus penas.

A pesar de que cada vez me resultaba más difícil flexionar los brazos y las piernas, no me daba cuenta de que empezaba a helarme y continuaba avanzando, clavados los ojos en la nieve que se extendía a mis pies. Avanzaba, avanzaba, y la nieve era siempre la misma.

Ignoro si se hizo de noche o si las tinieblas surgieron de mi propio ser; pero lo blanco fue haciéndose gris, y lo gris fue haciéndose negro.

Cuando ya no veía nada, me dije:

«Estoy ciego».

Y continué andando, ciego.

Unos pescadores me encontraron tendido en la nieve y me salvaron.

En el hospital me amputaron tres dedos de los pies, que se me habían helado.

He estado un par de meses enfermo y sumido en la inconsciencia.

Norden —cuya esposa había muerto, en efecto— me envió dinero. No sé nada de él. El desconocido no ha vuelto a aparecer, y sé que no aparecerá más. Si ahora viniera, creo que su visita no me desagradaría.

Me muero.

Todos me preguntan de qué me muero, por qué no hablo. Aunque sé que las dicta el afecto, esas preguntas me hacen sufrir. ¿Acaso todo el que se muere sabe de qué muere?

Vivo con M. I., el compañero al cual le escribí suplicándole que acudiera en mi socorro. Es muy bueno, y quiere llevarme una temporada al campo. Yo no me opongo. Si lo hiciera, daría lugar a nuevas preguntas, y debo hablar lo menos posible. ¿Cómo explicarle que el mutismo es el estado natural del hombre? Él cree en ciertas palabras y las ama mucho…

Anoche estuvimos en las islas. Había mucha gente. Vimos zarpar un yate de velas muy blancas…

¡Ah! ¡Lo olvidaba! No amo a Elena ni a la señora Norden, y nunca pienso en ellas.

Y no tengo nada más que añadir.

LA ALUCINACIÓN DE STALEY FLEMING

EL AMO DE MOXON

Ambrose Bierce

LA ALUCINACIÓN DE STALEY FLEMING

De los dos hombres que estaban conversando, uno era médico.

—Le he mandado llamar, doctor —decía el otro—, pero no creo que pueda hacer nada por mí. Tal vez recomendarme a un especialista en psicopatía. Temo que estoy un poco chiflado.

—Tiene usted muy buen aspecto —dijo el médico.

—Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Cada noche me despierto y veo en mi habitación, mirándome fijamente, a un gran perro negro de Terranova que tiene las patas delanteras blancas.

—Dice usted que se despierta; pero, ¿está usted seguro? A veces, lo que parecen alucinaciones no son más que simples sueños.

—Oh, estoy completamente despierto, puede usted creerlo. En ocasiones permanezco inmóvil largo rato, mirando al perro tan fijamente como el perro me mira a mí… Siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo por más tiempo, me incorporo en la cama… ¡y el perro ha desaparecido!

—¡Muy raro! Y ¿cuál es la expresión del animal?

—A mí me parece siniestra. Desde luego, sé que el rostro de un animal, a menos que se trate de una obra de arte, tiene siempre la misma expresión. Pero éste no es un animal real. Los perros de Terranova tienen un aspecto pacífico. ¿Qué le ocurrirá a ése?

—En realidad, mi diagnóstico no tendría el menor valor: no estoy tratando al perro.

El médico rió su propia chanza, pero contempló fijamente a su paciente con los ojos entrecerrados. De repente, dijo:

—Fleming, su descripción del animal corresponde exactamente a la del perro del difunto Atwell Barton.

Fleming se apoyó fuertemente en los brazos de su sillón, como si fuera a levantarse, pero se sentó de nuevo con un visible esfuerzo por aparecer indiferente.

—Recuerdo a Barton —dijo—. Creo que su muerte no estuvo del todo clara, ¿verdad?

Mirando rectamente a los ojos de su paciente, el médico dijo:

—Hace tres años, Fleming, fue encontrado el cadáver de su viejo enemigo,

Atwell Barton, en los bosques que separan las dos fincas, la de usted y la suya. Le habían asesinado. No se detuvo a nadie; no existía la menor pista. Muchos de nosotros teníamos nuestra «teoría» acerca de aquel crimen. Yo tenía una. ¿Y usted?

—¿Yo? En nombre del cielo. ¿Qué es lo que podía saber yo? Como recordará usted, me marché a Europa casi inmediatamente después del suceso y estuve fuera mucho tiempo. Hace solamente unas semanas que he regresado y, si he de decirle la verdad, no había pensado más# en aquel desgraciado incidente. Pero, ¿qué tiene que ver el perro en todo eso?

—Fue el que descubrió el cadáver. Murió de hambre junto a la tumba de su dueño.

Ignoramos la inexorable ley que preside las coincidencias. Staley Fleming las ignoraba, ya que de no ser así tal vez hubiera evitado ponerse rápidamente en pie en el instante en que el viento nocturno hizo penetrar por la abierta ventana el distante ladrido de un perro. Se paseó nerviosamente arriba y abajo de la habitación ante la mirada fija del médico. Finalmente, enfrentándose bruscamente con el doctor, casi gritó:

—¿Qué tiene que ver todo eso con mi enfermedad? ¿Olvida usted para qué le he mandado llamar?

El médico se puso en pie, colocó la mano sobre un hombro de su paciente y dijo, en tono amable:

—Discúlpeme. No puedo diagnosticar su dolencia así, de repente. Tal vez mañana me encuentre en condiciones de hacerlo. Ahora, le ruego que vaya a acostarse, dejando abierta la puerta de su dormitorio; yo pasaré la noche aquí, en la biblioteca. ¿Puede usted llamarme desde la cama?

—Sí, tengo instalado un timbre.

—Bien. Si ocurre algo, llame usted al timbre sin incorporarse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó contemplando el rojo rescoldo de los semiapagados troncos de la chimenea. Parecía sumido en profundos pensamientos, aunque de cuando en cuando se levantaba y abría una puerta que daba paso a las escaleras que conducían al piso superior, escuchando atentamente; luego volvía a sentarse. De pronto, sin embargo, se quedó dormido y cuando despertó era ya más de medianoche. Avivó el moribundo fuego, cogió un libro de la mesilla contigua y miró el título. Eran las *Meditaciones*, de Denneker. Lo abrió al azar y empezó a leer:

«Del mismo modo que toda carne, por designio divino, tiene espíritu y, por lo tanto, está dotada de poderes espirituales, así, también, el espíritu tiene poderes sobre la carne, incluso después de haber abandonado a la carne y de vivir una existencia independiente. Y algunos sostienen que esto no es aplicable solamente a la carne y al espíritu de los hombres, sino también a la carne y al espíritu de los animales, y…»

La lectura quedó interrumpida por un ruido procedente del piso superior, como si acabara de caer un objeto muy pesado. El doctor soltó el libro, cruzó corriendo la

biblioteca y subió las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Empujó la puerta, pero el ocupante del dormitorio no había atendido la sugerencia del médico y la había cerrado con llave. El doctor lanzó todo el peso de su cuerpo contra la puerta hasta hacer saltar la cerradura. En el suelo, junto al lecho en desorden, reposaba el cuerpo sin vida de Fleming. Llevaba puesto el pijama, prueba evidente de que se había acostado.

El médico alzó la cabeza del yacente y vio que tenía una herida en la garganta. «Debí haberlo previsto», murmuró, pensando que Fleming se había suicidado.

En el momento de la autopsia, se descubrió que la herida de la garganta había sido producida por los colmillos de un animal, que se habían clavado profundamente en la vena yugular del difunto. Las huellas eran inconfundibles.

Pero en la habitación no había ningún animal.

EL AMO DE MOXON

—¿Habla usted en serio? ¿De veras cree que una máquina piensa?

No obtuve una respuesta inmediata; Moxon estaba ocupado, aparentemente, en remover los leños del hogar con el atizador, a fin de avivar el fuego. Desde hacía varias semanas había observado en él una tendencia cada vez mayor a demorar sus respuestas, incluso en las cuestiones más vulgares. Sin embargo, su actitud era más preocupada que deliberada: podría haberse dicho que tenía «algo en la mente».

De pronto, dijo:

—¿Qué es una «máquina»? La palabra ha sido definida de muy diversos modos. Ésta es una definición que aparece en un diccionario popular: «Cualquier instrumento u organización mediante el cual se aplica la energía de un modo efectivo o se produce un efecto deseado». En tal caso, el hombre es una máquina. Y debe usted admitir que el hombre piensa… o cree que piensa.

—Si no desea contestar a mi pregunta —dije, con cierta obstinación—, ¿por qué no lo dice claramente? Lo que acaba de afirmar es una simple escapatoria. Sabe perfectamente que cuando hablo de una «máquina» no me refiero a un hombre, sino a algo que el hombre ha construido y controla.

—Cuando no es controlado por ello —replicó Moxon, poniéndose en pie bruscamente y acercándose a una ventana, a través de la cual no podía verse nada en la oscuridad de una noche de tormenta. Al cabo de unos instantes se volvió hacia mí y añadió, sonriendo—: Perdone, no he tratado de eludir su pregunta. Me ha parecido que la definición del diccionario merecía ser tenida en cuenta. En realidad, creo que una máquina piensa en el trabajo que está haciendo.

Una respuesta directa, desde luego. Y no demasiado agradable, ya que tendía a confirmar una triste sospecha en el sentido de que la afición de Moxon a estudiar y a trabajar en su taller mecánico era nociva para él. Yo sabía, por ejemplo, que Moxon padecía insomnio, una dolencia que no puede ser calificada de leve. ¿Había afectado a su cerebro? Su respuesta a mi pregunta me parecía en aquel momento una prueba afirmativa, aunque quizás ahora opinaría de un modo distinto. En aquella época yo era joven, y entre las bendiciones que no le son negadas a la juventud figura la ignorancia. Excitado por aquel gran estímulo a la controversia, dije:

—¿Y con qué piensa una máquina… a falta de un cerebro? La réplica, surgida sin

la acostumbrada demora, adoptó la forma favorita de Moxon: la contra-interrogación:

—¿Con qué piensa una planta… a falta de un cerebro?

—¡Ah! ¡De modo que también la planta pertenece al género filosofante! Me gustaría conocer alguna de sus conclusiones; puede usted omitir las premisas.

—Tal vez pueda usted deducir sus convicciones de sus actos —respondió Moxon, pasando por alto mi sarcasmo—. Le ahorraré los familiares ejemplos de la mimosa sensitiva, de las diversas flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden su polen sobre la abeja que penetra en ellos a fin de que el animal pueda fecundar a sus distantes compañeras. Pero, fíjese en esto: en un espacio abierto de mi jardín planté una enredadera. Cuando apenas había brotado, clavé una estaca en el suelo a un metro de distancia. La enredadera avanzó inmediatamente hacia ella, pero cuando estaba a punto de alcanzarla retiré la estaca unos cuantos pies. La enredadera modificó la dirección de su avance, formando un ángulo agudo, en busca de la estaca. La maniobra se repitió varias veces hasta que la enredadera, como desalentada, abandonó la persecución y se dirigió hacia un pequeño árbol, situado algo más lejos, por cuyo tronco se encaramó.

»Las raíces de los eucaliptos se prolongan increíblemente en busca de humedad. Un conocido horticultor cuenta que una raíz de un eucalipto penetró en una vieja tubería y la siguió hasta llegar a un punto en el que había sido arrancado un trozo de la tubería para levantar una pared de piedra. La raíz salió de la tubería y siguió la pared hasta encontrar una abertura; penetró por ella y retrocedió por el otro lado de la pared hasta encontrar de nuevo la tubería, entró en la parte inexplorada y continuó su viaje.

—¿Qué demuestra eso?

—¿Acaso no se da cuenta? Demuestra el conocimiento de las plantas. Demuestra que las plantas piensan.

—Suponiendo que lo hicieran, no estamos hablando de plantas, sino de máquinas. Éstas pueden estar compuestas parcialmente de madera —madera que ha dejado de tener vitalidad—, o completamente de metal. ¿Posee también el reino mineral la facultad de pensar?

—¿De qué otro modo explica usted el fenómeno de la cristalización, por ejemplo?

—Nunca he tratado de explicarlo.

—Porque no podría hacerlo sin afirmar la cooperación inteligente entre los elementos constitutivos de los cristales. Cuando los soldados forman en hilera, o en cuadro, lo llama usted razón. Cuando una bandada de patos silvestres adoptan en su vuelo la forma de una V, lo llama usted instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral, moviéndose libremente en solución, se disponen por sí mismos en formas matemáticamente perfectas, cuando las partículas de humedad heladas adoptan las simétricas y bellas formas de copos de nieve, no tiene usted nada que decir. Todavía no se ha inventado un nombre para disimular su ignorancia en este aspecto.

Maxon estaba hablando con desacostumbrada animación. Cuando hizo una pausa,

oí en una habitación contigua conocida por mí como su «taller mecánico», y en la cual nadie, aparte del propio Moxon, tenía permitida la entrada, un extraño sonido, como si alguien golpeara sobre una mesa con la palma de la mano. Moxon también lo oyó y, visiblemente agitado, se puso en pie precipitadamente y se dirigió a su taller. Me extrañó mucho que hubiera allí otra persona, y movido por el interés que me inspiraba mi amigo —y también por una profunda curiosidad, todo hay que decirlo— escuché con la mayor atención, aunque me alegra poder afirmar que no pegué el oído al ojo de la cerradura. Llegó hasta mí un confuso rumor, como de una pelea; el suelo retembló. Oí claramente una respiración jadeante y un ronco murmullo, como si alguien maldijera en voz baja. Luego se restableció el silencio y Moxon reapareció y dijo, con una forzada sonrisa:

—Perdone que le haya dejado solo. Tengo ahí una máquina que de cuando en cuando se sale de sus casillas y me hace una escena.

Clavando mis ojos en su mejilla izquierda, la cual estaba cruzada por cuatro arañazos paralelos y sanguinolentos, dije:

—¿No cree que sería conveniente cortarle las uñas?

Podía haberme ahorrado la broma; Moxon no le prestó la menor atención. Volvió a sentarse en la silla que había abandonado y reanudó su interrumpido monólogo como si nada hubiese ocurrido.

—Indudablemente, no comulga usted con aquellos que han enseñado que toda la materia es sensible, que cada átomo es un ser vivo y consciente. No existe la muerte, la materia inerte: toda está viva; toda es sensible a las mismas fuerzas en su medio ambiente y susceptible al contagio de fuerzas más elevadas y más sutiles que residen en organismos superiores. Cuando el hombre modela la materia para convertirla en un instrumento de su voluntad, la materia en cuestión absorbe algo de su inteligencia y de sus propósitos: tanto más cuanto más compleja es la máquina resultante y el trabajo que debe realizar.

»¿Recuerda por casualidad la definición que de la “vida” dio Herbert Spencer? Yo la leí hace treinta años. Desde entonces puede haberla modificado, pero en mi opinión continúa siendo no sólo la mejor definición, sino también la única posible. “La vida —recitó— es una combinación definida de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, en correspondencia con coexistencias y secuencias externas”.

—Eso define el fenómeno —dije—, pero no alude a su causa.

—Eso —replicó Moxon— es lo único que puede hacer una definición. Tal como señala Mills, no sabemos nada de la causa excepto como un antecedente, ni sabemos nada del efecto excepto como un consecuente. En ciertos fenómenos, uno no se produce nunca sin otro, el cual es disimilar: al primero en orden al tiempo lo llamamos causa, y al segundo, efecto. Alguien que haya visto muchas veces un conejo perseguido por un perro, y nunca haya visto conejos y perros en otras circunstancias, puede creer que el conejo es la causa del perro.

»Pero, temo —añadió, riendo con bastante naturalidad, que mi conejo me está

conduciendo a mucha distancia de mi verdadero objetivo. Lo que deseo hacerle notar es que en la definición de la "vida" de Herbert Spencer está incluida la actividad de una máquina: no hay nada en la definición que no pueda aplicársele. Según aquel agudo observador y pensador profundísimo, si un hombre está vivo durante su período de actividad, lo mismo puede decirse de una máquina cuando está funcionando. En mi calidad de inventor y constructor de máquinas, sé que es cierto.

Moxon permaneció silencioso largo rato, contemplando el fuego con aire ausente. Se estaba haciendo tarde y pensé que había llegado el momento de despedirme, pero no me gustaba la idea de dejar a Moxon en aquella casa aislada, completamente solo, a excepción de alguna persona cuya naturaleza no podía conjeturar, aunque imaginaba que era hostil, quizá maligna. Inclinándome hacia él y mirándole rectamente a los ojos, al tiempo que señalaba con mi mano hacia la puerta de su taller, dije:

—Moxon, ¿a quién tiene usted ahí?

Con cierta sorpresa por mi parte, se echó a reír y contestó sin vacilar:

—A nadie. El incidente que le preocupa a usted fue motivado por mi ligereza al dejar una máquina en funcionamiento sin nada sobre lo cual actuar, mientras yo emprendía la interminable tarea de iluminar su comprensión. ¿Sabe usted por casualidad que la Consciencia es hija del Ritmo?

—Lo creeré, si usted me lo dice —contesté, poniéndome en pie y cogiendo mi abrigo—. Tengo que marcharme; se ha hecho muy tarde. Espero que la máquina que dejó usted funcionando inadvertidamente llevará guantes la próxima vez que crea necesario pararla.

Sin detenerme a observar el efecto de mi andanada, salí de la casa.

Estaba lloviendo y la oscuridad era muy intensa. Más allá de la cresta de una colina hacia la cual encaminé mis pasos a través de un abrupto terreno pude divisar el leve resplandor de las luces de la ciudad, pero detrás de mí nada era visible aparte de una sola ventana de la casa de Moxon. Brillaba con lo que me pareció un misterioso y funesto significado. Yo sabía que aquella ventana correspondía a la habitación donde mi amigo tenía instalado su «taller», y estaba convencido de que Moxon había reanudado los estudios interrumpidos por sus obligaciones como instructor mío en lo que respecta a la conciencia de las máquinas y la paternidad del Ritmo. A pesar de lo raras, y hasta cierto punto humorísticas, que sus convicciones me parecían en aquella época, no podía librarme del todo de la sensación de que tenían alguna trágica revelación con su vida y su carácter —y quizá su destino—, aunque ya no sustentaba la idea de que se trataba de las elucubraciones de una mente desordenada. Exponía sus opiniones de un modo demasiado lógico. Una y otra vez, sus últimas palabras volvían a resonar en mis oídos: «La Consciencia es hija del Ritmo». Y, de un modo insensible, la frase iba adquiriendo perfiles más seductores para mí. Era algo, pensé, que podía servir de base para toda una filosofía. Si la consciencia es producto del ritmo, todas las cosas *son* conscientes, ya que todas tienen movimiento, y todo

movimiento es rítmico. Me pregunté si Moxon conocía el significado y la envergadura de su idea: el alcance de aquella súbita generalización; si había llegado a su filosófica por los tortuosos e inseguros caminos de la observación.

Aquella fe era entonces nueva para mí, y los argumentos de Moxon no habían conseguido convertirme a ella; pero de repente me pareció que una intensa luz brillaba a mi alrededor, como la que cayó sobre Saúl de Tarso; y allí, en medio de la tormenta y de la oscuridad, experimenté lo que Lewis llama «la infinita variedad y excitación del pensamiento filosófico». Exulté en una nueva sensación de conocimiento, un nuevo orgullo de razón. Mis pies no parecían tocar el suelo; era como si unas alas invisibles me levantaran y condujeran a través del aire.

Cediendo a un impulso de buscar más luz de la persona a la que ahora reconocía como mi maestro y guía, había dado media vuelta y, casi sin darme cuenta, me encontré de nuevo ante la puerta de la casa de Moxon. Estaba calado por la lluvia, pero no sentía ninguna molestia. Incapaz, en mi excitación, de encontrar el cordón de la campanilla, hice girar el pomo. La puerta se abrió. Entré y subí la escalera hasta la habitación que había abandonado hacía unos instantes. Todo estaba oscuro y silencioso. Moxon, tal como había supuesto, se encontraba en la habitación contigua: el «taller». Tanteé la pared hasta encontrar la puerta de comunicación y llamé varias veces fuertemente, sin obtener respuesta. Atribuí el hecho al rugido del viento y al incesante repiqueteo de la lluvia sobre el tejado de la casa, que se hallaba directamente encima de aquellas habitaciones.

Nunca había sido invitado a entrar en el taller: en realidad, me había sido negada la admisión a él, como a todos los demás, con una sola excepción: la de un hábil obrero metalúrgico, del cual nadie sabía nada, aparte de que se llamaba Haley y tenía por norma el silencio. Pero, en mi exaltación espiritual, olvidé la discreción y las buenas maneras y abrí la puerta. Lo que vi desvaneció de golpe toda especulación filosófica.

Moxon estaba sentado, de cara a la puerta, ante una mesita sobre la cual una vela proporcionaba toda la luz que había en la habitación. Enfrente de él, dándome la espalda, se sentaba otra persona. En la mesa, entre los dos, había un tablero de ajedrez; los dos hombres estaban jugando. Sé muy poco de ajedrez, pero a juzgar por las pocas piezas que había sobre el tablero era evidente que la partida estaba cerca del final. Moxon parecía más interesado en su antagonista que en el juego, y su concentración era tan intensa que no advirtió mi presencia, a pesar de que me encontraba directamente en la línea de su campo visual. Su rostro estaba mortalmente pálido, y sus ojos brillaban como diamantes. A su antagonista sólo podía verle de espaldas, pero aquello fue suficiente.

No parecía tener más de cinco pies de estatura, con proporciones que sugerían las de un gorila: una enorme anchura de hombros, un cuello corto y recio y una cabeza achatada, la cual se cubría con un fez escarlata. Llevaba una túnica del mismo color, cuya parte inferior tapaba su asiento —al parecer una caja—, ocultando sus piernas y

pies. Su antebrazo izquierdo reposaba aparentemente en su regazo; movía sus piezas con su mano derecha, la cual parecía desproporcionadamente larga.

Me aparté un poco del umbral, refugiándome en la sombra. Si Moxon miraba ahora más allá del rostro de su adversario no vería nada, excepto que la puerta estaba abierta. Algo me impidió revelar mi presencia o retirarme, una sensación de que iba a suceder una tragedia y podía ser útil a mi amigo quedándome.

El juego era rápido. Moxon apenas miraba el tablero antes de efectuar sus movimientos, los cuales resultaban nerviosos y carentes de precisión. La respuesta de su antagonista, en cambio, llegaba siempre de un modo lento, uniforme, mecánico… La escena tenía un aura de irrealidad, y me estremecí inconscientemente.

En dos o tres ocasiones, el desconocido, después de mover una pieza, inclinó ligeramente la cabeza, y observé que cada vez Moxon movía su rey. De repente, se me ocurrió la idea de que el hombre era mudo. Y luego que era una máquina: ¡un autómata jugador de ajedrez! Entonces recordé que Moxon me había hablado de un invento de aquella clase, aunque no me dijo que lo hubiera construido ya. Era posible que toda su argumentación acerca de la inteligencia de las máquinas tuviera por objeto preludiar una exhibición de aquel aparato, con la cual pensaba apabullarme…

Un hermoso final de todos mis transportes intelectuales, de mi «infinita variedad y excitación de pensamiento filosófico». Estaba a punto de retirarme, disgustado, cuando ocurrió algo que retuvo mi atención. Observé un encogimiento de los anchos hombros de la cosa, como si estuviera irritada: y el movimiento fue tan natural —tan humano—, que llegó a desconcertarme. Y aquello no fue todo, ya que unos segundos después golpeó fuertemente la mesa con el puño cerrado. Ante aquel gesto, Moxon pareció más desconcertado que yo: echó su silla hacia atrás, como alarmado.

Súbitamente, Moxon alargó la mano, movió una de las piezas, exclamó «¡Jaque mate!», se puso rápidamente en pie y se parapetó detrás de su silla. El autómata continuó sentado, inmóvil.

El viento había amainado, pero oí, a intervalos cada vez más cortos y con creciente intensidad, el retumbar del trueno. Y, al propio tiempo, adquirí consciencia de una especie de zumbido que iba creciendo en intensidad. Parecía surgir del cuerpo del autómata, y era inconfundiblemente un chirriar de ruedas. Me produjo la impresión de un mecanismo desordenado que había escapado de su control. A renglón seguido, mi atención quedó prendida en los movimientos del propio autómata. Una leve pero continua convulsión parecía haberse apoderado de él. Sacudía la cabeza y el cuerpo como un hombre acometido de un violento temblor. De pronto se puso en pie y extendió los dos brazos hacia delante en toda su longitud, en la posición de un nadador a punto de lanzarse al agua. Moxon trató de retroceder, pero era demasiado tarde: vi las horribles manos cerrarse alrededor de su garganta. Luego, la mesa se volcó, la vela cayó al suelo y se apagó, y todo fue negra oscuridad. Pero el rumor de la lucha era espantosamente audible, y lo más terrible de todo eran los roncos sonidos emitidos por Moxon en sus desesperados esfuerzos por respirar.

Guiado por aquellos sonidos, traté de acudir en ayuda de mi amigo, pero apenas había dado un par de pasos en la oscuridad cuando toda la habitación resplandeció con una cegadora luz blanca que encendió en mi cerebro, mi corazón y mi memoria un vivido cuadro de los combatientes en el suelo, Moxon debajo, su garganta aferrada todavía por aquellas manos de hierro, su cabeza echada hacia atrás, sus ojos salidos de las órbitas, su boca abierta y su lengua colgando espumeante. Y, en horrible contraste, sobre el pintado rostro de su asesino una expresión de tranquila y profunda reflexión, como en la solución de un problema de ajedrez… Luego, todo fue oscuridad y silencio.

Tres días más tarde recobré el conocimiento en un hospital. Cuando el recuerdo de aquella trágica noche despertó en mi cerebro, reconocí en la persona que me atendía a Haley, el obrero de confianza de Moxon. Respondiendo a una mirada se acercó, sonriendo.

—Cuéntemelo todo —conseguí articular, débilmente—. Todo.

—Desde luego —dijo—. Le sacaron sin conocimiento de una casa en llamas: la de Moxon. Nadie sabe por qué estaba usted allí. Tendrá que dar una pequeña explicación. El origen del fuego también resulta un poco misterioso. Mi opinión es que la casa fue alcanzada por un rayo.

—¿Y Moxon?

—Le enterraron ayer… lo que quedaba de él.

Permanecí en silencio largo rato. Finalmente, me aventuré a formular otra pregunta:

—¿Quién me rescató?

—Bueno, si le interesa saberlo… fui yo.

—Gracias, míster Haley, y que Dios le bendiga por ello. ¿Rescató también aquel encantador producto de su habilidad, el autómata jugador de ajedrez que asesinó a su inventor?

Haley me miró con una expresión de sorpresa.

—¿Sabe usted eso?

—Lo sé —dije—. Vi como lo hacía.

Eso ocurrió hace muchos años. Si me lo preguntaran hoy, contestaría con menos seguridad.

EL SABUESO

H. P. Lovecraft

En mis torturados oídos resuenan incesantemente un chirrido y un aleteo de pesadilla, y un leve ladrido lejano como el de algún gigantesco sabueso. No es un sueño… y temo que ni siquiera sea locura, ya que me han sucedido demasiadas cosas para que pueda permitirme esas misericordiosas dudas.

St. John es un cadáver destrozado; únicamente yo sé por qué, y la índole de mi conocimiento es tal que estoy a punto de saltarme la tapa de los sesos por miedo a ser destrozado del mismo modo. En los oscuros e interminables pasillos de la horrible fantasía vagabundea la Némesis negra y disforme que me conduce a aniquilarme a mí mismo.

¡Pueda el cielo perdonar la locura y la morbosidad que atrajeron sobre nosotros tan monstruosa suerte! Aburridos de los tópicos de un mundo prosaico, donde incluso los placeres del romance y de la aventura pierden rápidamente su atractivo, St. John y yo habíamos seguido con entusiasmo todos los movimientos estéticos e intelectuales que prometían acabar con nuestro insoportable aburrimiento. Los enigmas de los simbolistas y los éxtasis de los prerrafaelistas fueron nuestros en su época, pero cada nueva moda quedaba vaciada demasiado pronto de su atrayente novedad.

Sólo podía ayudarnos la sombría filosofía de los decadentes, y nos dedicamos a ella aumentando paulatinamente la profundidad y el diabolismo de nuestras penetraciones. Baudelaire y Huysmans no tardaron en hacerse pesados, hasta que finalmente no quedó ante nosotros más camino que el de los estímulos directos provocados por anormales experiencias y aventuras «personales». Aquella espantosa necesidad de emociones nos condujo eventualmente por el detestable sendero que incluso en mi actual estado de desesperación menciono con vergüenza y timidez: el odioso sendero de los saqueadores de tumbas.

No puedo revelar los detalles de nuestras impresionantes expediciones, ni catalogar siquiera en parte el valor de los trofeos que adornaban el anónimo museo que preparamos en la enorme casa de piedra donde vivíamos St. John y yo, solos y sin criados. Nuestro museo era un lugar sacrílego, increíble, donde con el gusto satánico de neuróticos «dilettanti» habíamos reunido un universo de terror y de putrefacción para excitar nuestras viciosas sensibilidades. Era una estancia secreta, subterránea, donde unos enormes demonios alados esculpidos en basalto y ónice vomitaban por sus bocas abiertas una extraña luz verdosa y anaranjada, en tanto que

unas tuberías ocultas hacían llegar hasta nosotros los olores que nuestro estado de ánimo apetecía: a veces el aroma de pálidos lirios fúnebres, a veces el narcótico incienso de unos funerales en un imaginario templo oriental, y a veces —¡cómo me estremezco al recordarlo!— la espantosa fetidez de una tumba descubierta.

Alrededor de las paredes de aquella repulsiva estancia había féretros de antiguas momias alternando con hermosos cadáveres que tenían una apariencia de vida, perfectamente embalsamados por el arte del moderno taxidermista, y con lápidas mortuorias arrancadas de los cementerios más antiguos del mundo. Aquí y allá, unas hornacinas contenían cráneos de todas las formas, y cabezas conservadas en diversas fases de descomposición. Allí podían encontrarse las podridas y calvas coronillas de famosos nobles, y las tiernas cabecitas doradas de niños recién enterrados.

Había allí estatuas y cuadros, todos de temas perversos y algunos realizados por St. John y por mí mismo. Un portafolio cerrado, encuadernado con piel humana curtida, contenía ciertos dibujos atribuidos a Goya y que el artista no se había atrevido a publicar. Había allí nauseabundos instrumentos musicales, de cuerda, de metal y de viento, en los cuales St. John y yo producíamos a veces disonancias de exquisita morbosidad y diabólica lividez; y en una multitud de armarios de caoba reposaba la más increíble colección de objetos sepulcrales reunidos nunca por la locura y la perversión humanas. Acerca de esa colección debo guardar un especial silencio. Afortunadamente, tuve el valor de destruirla mucho antes de pensar en destruirme a mí mismo.

Las expediciones en el curso de las cuales recogíamos nuestros nefandos tesoros eran siempre memorables acontecimientos desde el punto de vista artístico. No éramos vulgares vampiros, sino que trabajamos únicamente bajo determinadas condiciones de humor, paisaje, medio ambiente, tiempo, estación del año y claridad lunar. Aquellos pasatiempos eran para nosotros la forma más exquisita de expresión estética, y concedíamos a sus detalles un minucioso cuidado técnico. Una hora inadecuada, un pobre efecto de luz o una torpe manipulación del húmedo césped, destruían para nosotros la extasiante sensación que acompañaba a la exhumación de algún ominoso secreto de la tierra. Nuestra búsqueda de nuevos escenarios y condiciones excitantes era febril e insaciable. St. John abría siempre la marcha, y fue él quien descubrió el maldito lugar que acarreó sobre nosotros una espantosa e inevitable fatalidad.

¿Qué desdichado sino nos atrajo a aquel horrible cementerio holandés? Creo que fue el oscuro rumor, la leyenda acerca de alguien que llevaba enterrado allí cinco siglos, alguien que en su época fue un saqueador de tumbas y había robado un valioso objeto del sepulcro de un poderoso. Recuerdo la escena en aquellos momentos finales: la pálida luna otoñal sobre las tumbas, proyectando sombras alargadas y horribles; los grotescos árboles, cuyas ramas descendían tristemente hasta unirse con el descuidado césped y las estropeadas losas; las legiones de murciélagos que volaban contra la luna; la antigua capilla cubierta de hiedra y apuntando con un dedo espectral

al lívido cielo; los fosforescentes insectos que danzaban como fuegos fatuos bajo los tejos de un alejado rincón; los olores a moho, a vegetación y a cosas menos explicables que se mezclaban débilmente con la brisa nocturna procedente de lejanos mares y marjales; y, lo peor de todo, el triste aullido de algún gigantesco sabueso al cual no podíamos ver ni situar de un modo concreto. Al oír aquel incipiente aullido nos estremecimos, recordando las leyendas de los campesinos, ya que el hombre que tratábamos de localizar había sido encontrado hacía siglos en aquel mismo lugar, destrozado por las zarpas y los colmillos de un execrable animal.

Recuerdo cómo excavamos la tumba del vampiro con nuestras azadas, y cómo nos estremecimos ante el cuadro de nosotros mismos, la tumba, la pálida luna vigilante, las horribles sombras, los grotescos árboles, los murciélagos, la antigua capilla, los danzantes fuegos fatuos, los nauseabundos olores, la gimiente brisa nocturna y el extraño aullido de cuya existencia objetiva apenas podíamos estar seguros.

Luego, nuestros azadones chocaron contra una sustancia dura, y no tardamos en descubrir una enmohecida caja de forma oblonga. Era increíblemente recia, pero tan vieja que finalmente conseguimos abrirla y regalar nuestros ojos con su contenido.

Mucho —sorprendentemente mucho— era lo que quedaba del objeto a pesar de los quinientos años transcurridos. El esqueleto, aunque aplastado en algunos lugares por las mandíbulas de la cosa que le había producido la muerte, se mantenía unido con asombrosa firmeza, y nos inclinamos sobre el descamado cráneo con sus largos dientes y sus cuencas vacías en las cuales habían brillado unos ojos con una fiebre semejante a la nuestra. En el ataúd había un amuleto de exótico diseño, que al parecer estuvo colgado del cuello del durmiente. Representaba a un sabueso alado, o a una esfinge con un rostro semicanino, y estaba exquisitamente tallado al antiguo gusto oriental en un pequeño trozo de jade verde. La expresión de sus rasgos era sumamente repulsiva, sugeridora de muerte, de bestialidad y de odio. Alrededor de la base llevaba una inscripción en unos caracteres que ni St. John ni yo pudimos identificar; y en el fondo, como un sello de fábrica, aparecía grabado un grotesco y formidable cráneo.

En cuanto echamos la vista encima al amuleto supimos que debíamos poseerlo; que aquel tesoro era nuestro lógico botín. Aun en el caso de que nos hubiera resultado completamente desconocido lo hubiéramos deseado, pero al mirarlo más de cerca nos dimos cuenta de que nos resultaba algo familiar. En realidad, era ajeno a todo arte y literatura conocidos por los lectores cuerdos y equilibrados, pero nosotros reconocimos en el amuleto la cosa sugerida en el prohibido *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred; el horrible símbolo del culto de los devoradores de cadáveres de la inaccesible Leng, en el Asia Central. No nos costó ningún trabajo localizar los siniestros rasgos descritos por el antiguo demonólogo árabe; unos rasgos, escribe, extraídos de alguna oscura manifestación sobrenatural de las almas de aquellos que fueron vejados y devorados después de muertos.

Apoderándonos del objeto de jade verde, dirigimos una última mirada al cavernoso cráneo de su propietario y cerramos la tumba, volviendo a dejarla tal como la habíamos encontrado. Mientras nos marchábamos apresuradamente del horrible lugar, con el amuleto robado en el bolsillo de St. John, nos pareció ver que los murciélagos descendían en tropel hacia la tumba que acabábamos de profanar, como si buscaran en ella algún repugnante alimento. Pero la luna de otoño brillaba muy débilmente, y no pudimos saberlo a ciencia cierta.

Al día siguiente, cuando embarcábamos en un puerto holandés para regresar a nuestro hogar, nos pareció oír el leve y lejano aullido de algún gigantesco sabueso. Pero el viento de otoño gemía tristemente, y no pudimos saberlo con seguridad.

Menos de una semana después de nuestro regreso a Inglaterra, empezaron a suceder cosas muy raras. St. John y yo vivíamos como reclusos; sin amigos, solos y sin criados, en unas cuantas habitaciones de una antigua mansión en una región pantanosa y poco frecuentada; de modo que en nuestra puerta resonaba muy raramente la llamada de un visitante.

Ahora, sin embargo, estábamos preocupados por lo que parecía ser un frecuente manoseo en medio de la noche, no sólo alrededor de las puertas, sino también alrededor de las ventanas, lo mismo las de la planta baja que las de los pisos. En cierta ocasión imaginamos que un cuerpo voluminoso y opaco oscurecía la ventana de la biblioteca cuando la luna brillaba contra ella, y en otra ocasión creímos oír un aleteo no muy lejos de la casa. Una minuciosa investigación no nos permitió descubrir nada, y empezamos a atribuir aquellos hechos a nuestra imaginación, turbada aún por el leve y lejano aullido que nos pareció haber oído en el cementerio holandés. El amuleto de jade reposaba ahora en una hornacina de nuestro museo, y a veces encendíamos una vela extrañamente aromada delante de él. Leímos mucho en el *Necronomicon* de Alhazred acerca de sus propiedades, y acerca de las relaciones de las almas fantasmas con los objetos que las simbolizaban; y quedamos desasosegados por lo que leímos.

Luego llegó el terror.

La noche del 24 de septiembre de 19… oí una llamada en la puerta de mi dormitorio. Creyendo que se trataba de St. John le invité a entrar, pero sólo me respondió una espantosa risotada. En el pasillo no había nadie. Cuando desperté a St. John y le conté lo ocurrido, manifestó una absoluta ignorancia del hecho y se mostró tan preocupado como yo. Aquella misma noche, el leve y lejano aullido sobre las soledades pantanosas se convirtió en una espantosa realidad.

Cuatro días más tarde, mientras nos encontrábamos en el museo, oímos un cauteloso arañar en la única puerta que conducía a la escalera secreta de la biblioteca. Nuestra alarma subió de punto, ya que además de nuestro temor a lo desconocido, siempre nos había preocupado la posibilidad de que nuestra extraña colección pudiera ser descubierta. Apagando todas las luces, nos acercamos a la puerta y la abrimos bruscamente de par en par; se produjo una extraña corriente de aire y oímos, como si

se alejara precipitadamente, una rara mezcla de susurros, risitas entre dientes y balbuceos articulados. En aquel momento no tratamos de decidir si estábamos locos, si soñábamos o si nos enfrentábamos con una realidad. De lo único que nos dimos cuenta, con la más negra de las aprensiones, fue de que los balbuceos aparentemente incorpóreos habían sido proferidos *en idioma holandés*.

Después de aquello vivimos en medio de un creciente horror, mezclado con cierta fascinación. La mayor parte del tiempo nos ateníamos a la teoría de que estábamos enloqueciendo a causa de nuestra vida de excitaciones anormales, pero a veces nos complacía más dramatizar acerca de nosotros mismos y considerarnos víctimas de alguna misteriosa y aplastante fatalidad. Las manifestaciones extrañas eran ahora demasiado frecuentes para ser contadas. Nuestra casa solitaria parecía sorprendentemente viva con la presencia de algún ser maligno cuya naturaleza no podíamos intuir, y cada noche aquel demoníaco aullido llegaba hasta nosotros, cada vez más claro y audible. El 29 de octubre encontramos en la tierra blanda debajo de la ventana de la biblioteca una serie de huellas de pisadas completamente imposibles de describir. Resultaban tan desconcertantes como las bandadas de enormes murciélagos que merodeaban por los alrededores de la casa en número creciente.

El horror alcanzó su culminación el 18 de noviembre, cuando St. John, regresando a casa al oscurecer procedente de la estación del ferrocarril, fue atacado por algún espantoso animal y murió destrozado. Sus gritos habían llegado hasta la casa, y yo me había apresurado a dirigirme al terrible lugar: llegué a tiempo de oír un extraño aleteo y de ver una vaga forma negra siluetada contra la luna que se alzaba en aquel momento.

Mi amigo estaba muriéndose cuando me acerqué a él y no pudo responder a mis preguntas de un modo coherente. Lo único que hizo fue susurrar:

—El amuleto…, aquel maldito amuleto…

Y exhaló el último suspiro, convertido en una masa inerte de carne lacerada.

Le enterré al día siguiente en uno de nuestros descuidados jardines, y murmuré sobre su cadáver uno de los extraños ritos que él había amado en vida. Y mientras pronunciaba la última frase, oí a lo lejos el débil aullido de algún gigantesco sabueso. La luna estaba alta, pero no me atreví a mirarla. Y cuando vi sobre el marjal una ancha y nebulosa sombra que volaba de otero en otero, cerré los ojos y me dejé caer al suelo, boca abajo. No sé el tiempo que pasé en aquella posición. Sólo recuerdo que me dirigí temblando hacia la casa y me prosterné delante del amuleto de jade verde.

Temeroso de vivir solo en la antigua mansión, al día siguiente me marché a Londres, llevándome el amuleto, después de quemar y enterrar el resto de la impía colección del museo. Pero al cabo de tres noches oí de nuevo el aullido, y antes de una semana empecé a notar unos extraños ojos fijos en mí en cuanto oscurecía. Una noche, mientras paseaba por el Victoria Embankment, vi que una sombra negra oscurecía uno de los reflejos de las lámparas en el agua. Sopló un viento más fuerte que la brisa nocturna, y en aquel momento supe que lo que había atacado a St. John

no tardaría en atacarme a mí.

Al día siguiente empaqueté cuidadosamente el amuleto de jade verde y embarqué para Holanda. Ignoraba lo que podía ganar devolviendo la cosa a su silencioso y durmiente propietario; pero me sentía obligado a intentarlo todo con tal de desvanecer la amenaza que pesaba sobre mi cabeza. Lo que pudiera ser el sabueso, y los motivos de que me hubiera perseguido, eran preguntas todavía vagas; pero yo había oído por primera vez el aullido en aquel antiguo cementerio, y todos los acontecimientos subsiguientes, incluido el moribundo susurro de St. John, habían servido para relacionar la maldición con el robo del amuleto. En consecuencia, me hundí en los abismos de la desesperación cuando, en una posada de Rotterdam, descubrí que los ladrones me habían despojado de aquel único medio de salvación.

Aquella noche, el aullido fue más audible, y por la mañana leí en el periódico un espantoso suceso acaecido en el barrio más pobre de la ciudad. En una miserable vivienda habitada por unos ladrones, toda una familia había sido despedazada por un animal desconocido que no dejó ningún rastro. Los vecinos habían oído durante toda la noche un leve, profundo e insistente sonido, semejante al aullido de un gigantesco sabueso.

Cuando se hizo de noche me dirigí de nuevo al malsano cementerio, donde una pálida luna invernal proyectaba espantosas sombras, y los árboles sin hojas inclinaban tristemente sus ramas hacia la marchita hierba y las estropeadas losas, y la capilla cubierta de hiedra apuntaba un dedo burlón al malevolente cielo, y la brisa nocturna gemía de un modo monótono procedente de helados marjales y frígidos mares. El aullido era ahora muy débil, y cesó por completo mientras me acercaba a la tumba que unos meses antes había profanado, ahuyentando a una horda de murciélagos que habían estado volando curiosamente alrededor del sepulcro.

No sé por qué había acudido allí, a menos que fuera para rezar o para murmurar dementes explicaciones y disculpas al tranquilo y blanco esqueleto que reposaba en su interior; pero, cualesquiera que fueran mis motivos, ataqué el suelo medio helado con una desesperación parcialmente mía y parcialmente de una voluntad dominante ajena a mí mismo. La excavación resultó mucho más fácil de lo que había esperado, aunque en un momento determinado me encontré con una extraña interrupción: un esquelético buitre descendió del frío cielo y picoteó frenéticamente en la tierra de la tumba hasta que le maté con un golpe de azada. Finalmente dejé al descubierto la caja oblonga y saqué la enmohecida tapa.

Aquél fue el último acto racional que realicé.

Ya que en el interior del viejo ataúd, rodeado de enormes y soñolientos murciélagos, se encontraba la cosa que mi amigo y yo habíamos robado; no limpia y tranquila como la habíamos visto entonces, sino cubierta de sangre reseca y de jirones de carne y de pelo, mirándome vigilantemente con cuencas fosforescentes. Sus colmillos ensangrentados brillaban en su boca entreabierta en un rictus burlón, como si se mofara de mi inevitable ruina. Y cuando aquellas mandíbulas dieron paso a un

sardónico aullido, semejante al de un gigantesco sabueso, y vi que en sus sucias garras empuñaba el perdido y fatal amuleto de jade verde, eché a correr gritando estúpidamente, hasta que mis gritos se disolvieron en estallidos de risa histérica.

La locura cabalga a lomos del viento…, garras y colmillos afilados en siglos de cadáveres…, la muerte en una bacanal de murciélagos procedentes de las ruinas de los enterrados templos de Belial… Ahora, mientras el aullido de la descarnada monstruosidad se hace cada vez más audible, y el maldito aleteo resuena cada vez más cercano, me hundiré con mi revólver en el olvido, que es mi único refugio contra lo que no tiene nombre.

EL MARISCAL DEL MIEDO

MARCEL BRION

Hasta la puesta del sol, la llanura había estado tan desierta y silenciosa como de costumbre, pero al acercarse el crepúsculo se llenó de una animación tan singular que, en vez de volver a entrar en mi casa, me detuve en el lindero de un bosque de abedules para observar aquella extraña agitación. Hubiérase dicho que en los alrededores acababa de tener lugar una batalla, ya que empezaron a desfilar numerosos cuerpos de tropa, algunos conservando todavía la disciplina de una retirada metódica, en tanto que otros, sumidos en la confusión y el vértigo de la derrota, se desperdigaban al azar por campos y senderos. Había también unos pequeños grupos de soldados que huían a la desbandada, jinetes aislados que pasaban al galope. Acompañaba a aquella retirada el rodar traqueteante de un cañón, arrastrado por seis caballos, en medio de un tintineo casi alegre de cadenas sacudidas.

Yo no esperaba aquel sorprendente encuentro, pero a pesar de todo la cosa me pareció completamente natural, como si en semejante lugar y a aquella hora el espectáculo de un ejército en retirada pudiera acomodarse al orden de los acontecimientos presentes. En el modo de presentarse a mí sonidos e imágenes, había aquella misma cualidad de objetividad helada que se encuentra a veces en los sueños, y, en la oscuridad que se amasaba en el valle, descendiendo de los bosques de abetos, en tanto que una niebla gris ascendía de los prados pisoteados, aquella escena ofrecía un carácter de emotiva y dramática belleza. ¿Cómo hubiera podido resignarme a reemprender el camino de mi casa, mientras una multitud de infantes y de jinetes se apresuraba en aquella llanura, acosada por un enemigo invisible?

Algunos huían a toda prisa, como si oyeran detrás de ellos el galope de los perseguidores. Otros marchaban lentamente, y su negligencia de apacibles paseantes contradecía la posibilidad de un peligro inminente. Algunos, incluso, se detenían, cansados o desalentados, y se dejaban caer sobre la hierba, semejantes a aquellos excursionistas domingueros que, habiendo alcanzado su objetivo, gozan de un descanso bien ganado. En la creciente oscuridad, los uniformes de aquellos hombres formaban una manchas divertidas, como si los prados hubiesen florecido repentinamente en azul, en amarillo, en rojo y en blanco. Había jinetes que parecían flores de ranúnculo, infantes vestidos del color de las villoritas, hasta el punto de que el campo parecía a la vez de primavera y de otoño. Algunos de los fugitivos habían buscado refugio en el bosque de abedules donde yo me encontraba; les veía vagar

entre los matorrales, cargados con sus macutos y arrastrando pesados fusiles.

A pesar de la singularidad de los uniformes, que no se parecían en nada a los que vemos corrientemente, acepté aquel acontecimiento como una cosa natural, y apenas me sorprendió ver que uno de los soldados se sentaba a mi lado, en el mismo tronco de árbol. Sin embargo, aquel hombre iba vestido de un modo que hubiese desconcertado a cualquiera que no hubiese frecuentado los museos militares. Llevaba, en efecto, una guerrera azul con las vueltas de las mangas color amaranto, abriéndose sobre un chaleco blanco. Las calzas y las polainas eran también blancas. La gorra, alta y puntiaguda, de fieltro blanco, estaba adornada con una insignia de plata.

El soldado tenía el aire fatigado y descontento. Se quitó la gorra, colocándola cuidadosamente sobre sus rodillas, se secó la frente y alisó sus largos bigotes grises. Luego frotó con su manga la insignia de plata, probablemente para sacarle brillo, y entonces me di cuenta de que estaba decorada con atributos militares simbólicos, tales como corazas, picas, estandartes en haz, y con dos grandes iniciales, entrelazadas con la caprichosa fantasía de un orfebre rococó: una L y una W.

La tranquilidad con que mi vecino limpiaba su gorra contrastaba tanto con la agitación de los fugitivos que me creí autorizado a entablar conversación con él.

—El día ha sido movido, ¿eh? —inquirí.

—¡Pse! —respondió—. Nada interesante.

—¿No les ha sido favorable la suerte? —continué.

—No es sólo cuestión de suerte.

—¡Ah! —dije, para no interrumpir el diálogo.

—Hay que tener en cuenta también el terreno.

Pareció meditar profundamente.

—Y, además —añadió al cabo de unos instantes—, esta guerra es absurda.

—Todas las guerras son absurdas.

Mi respuesta pareció asombrarle.

—¡Ah, no! He tomado parte en muchas guerras, y le aseguro que era algo apasionante. Uno se entregaba a ella en cuerpo y alma. Cuando había que morir antes de haber llegado al final, se partía con la sensación de que nos faltaba algo.

Como si el hecho de que se pudiera morir varias veces fuera para mí perfectamente aceptable, y sin reflexionar en lo que mi pregunta tenía de extravagante, le pregunté al soldado si había resultado muerto en la batalla que acababa de tener lugar. Me respondió que no, sin mostrar la menor sorpresa, como si le hubiese preguntado la cosa más trivial. Incluso añadió que pensaba que le matarían al día siguiente o dentro de un par de días, y que le tenía sin cuidado, puesto que aquella guerra no le interesaba.

Mientras hablaba, continuaba sacando brillo a la insignia de su gorra, ahora con un trapo que había sacado de su bolsillo.

—Si hubiera estado en Bouvines —dijo, finalmente—, habría visto usted algo

magnífico.

Tras un momento de reflexión, durante el cual hubiérase dicho que pasaba revista a todas las batallas a las cuales había asistido, afirmó gravemente:

—Es mi mejor recuerdo.

Ante mi evidente curiosidad por conocer sus experiencias, me describió la batalla de Bouvines con la precisión que hubiera podido poner en su relato un caballero de Felipe Augusto, preocupado por la táctica y la estrategia, pero sin descuidar el aspecto pintoresco, lo cual daba un sabor singular a sus recuerdos. Por la imparcialidad con que juzgaba los méritos de los adversarios en presencia, comprendí que era ante todo, y únicamente, un soldado, indiferente al origen de las querellas de los príncipes, objetivo y casi desinteresado, y conservando, a pesar del ardor que ponía en atacarles, cierta simpatía hacia sus enemigos.

A continuación, aludió a otras batallas cuyos nombres ha hecho famosos la Historia, y a algunos compromisos, olvidados por ella, que no le parecían menos importantes. Si podéis imaginar una especie de soldado-tipo inmortal, o más bien renaciendo perpetuamente de sus cenizas como el fénix, para participar siempre en nuevas batallas, tendréis una idea exacta de la personalidad de mi compañero, al menos tal como se desprendía de las aventuras que me contaba.

—¿A qué nación sirve usted ahora? —pregunté.

—No lo sé —respondió sencillamente—. Eso no tiene importancia. La guerra no es un problema de nación, sino de soldados. Ya le he dicho que no me gusta cómo ha sido conducida esta guerra. Por ninguno de los dos bandos, desde luego. ¿Qué importa la nación de la cual se recibe la soldada, y en cuyo interés se bate uno? Hasta ahora, sólo he prestado atención al estandarte de mi jefe. Y le aseguro que es un jefe. Un jefe con el cual da gusto vivir y morir.

Se sumió en un silencio lleno de admiración, de veneración.

—¿Cómo se llama su jefe? —pregunté, pensando enterarme así de la bandera bajo la cual servía mi compañero.

—Nosotros le llamamos el Mariscal del Miedo.

Y como si no tuviera otro nombre, como si toda descripción de sus méritos militares fuera superflua, se limitó a añadir:

—Es muy alto, muy gordo y muy viejo.

El soldado volvió a ponerse la gorra, recogió su fusil y se puso en pie. Le seguí hasta la llanura por la cual continuaba pasando el ejército en retirada. La oscuridad era ahora casi absoluta. Oía a los regimientos, pero sólo los veía como unas grandes masas de color más claro, semejantes a la niebla que discurría por el fondo del valle. De aquellas nieblas surgía a veces un relincho, un juramento en sueco o en alemán que interrumpía por unos instantes el rápido y pesado rozar de los pies, y el martilleo de los cascos que la bruma ahogaba. Finalmente llegamos ante una casa de labor, semejante a una granja aislada en la llanura. La puerta no estaba cerrada, y mi olfato se sintió asaltado por el olor agrio y saludable del heno. Entré, seguido por el

soldado, que cerró la puerta detrás de nosotros. Una vela esparcía su claridad amarillenta alrededor de la mesa sobre la cual estaba colocada. En las tinieblas que la luz de la vela no iluminaba, se oía la pesada respiración de los durmientes, y el crujido de la paja bajo unos cuerpos agitados por el insomnio o la pesadilla.

La granja era bastante amplia, a juzgar por el hecho de que la luz de la vela no llegaba hasta el techo y respetaba los agujeros de sombra poblados de ocupantes invisibles. Cuando me hube acostumbrado a aquella semioscuridad, comprobé que, a pesar de la bélica agitación que revertía alrededor de su morada, los granjeros dormían, unos en una cama parecida a un armario, otros sobre unas literas de paja. Recuerdo a una muchacha en camisón, con las bellas piernas morenas impúdicamente abiertas en la inocencia de un sueño infantil. A su lado, tendidos sobre el vientre, roncaban unos muchachos.

Sobre la mesa, al lado de la vela, había un pan y una jarra de cerveza, con los restos de unas sopas de leche en una escudilla. Repartí aquella comida con el viejo soldado, el cual devoró alegremente su parte. Terminada la cena, mi compañero se ocupó de nuevo de su gorra, alisando el fieltro y sacando brillo a la insignia. Luego, colocando la gorra sobre la mesa, donde se irguió como una pirámide pálida, estrecha y aguda, el prudente guerrero limpió minuciosamente su fusil.

Aquella operación requirió mucho tiempo, sin duda, ya que tuve la impresión de que transcurrían horas enteras sin que el soldado hiciera otra cosa que no fuera frotar el brillante cañón y la culata ancha, color de pan requemado. Guardábamos silencio. Yo no me atrevía a interrumpir su trabajo para pedirle que me contara alguna de sus aventuras; y él no parecía ahora estar de humor para conversar. Una pesada indiferencia, tal vez provocada por la fatiga o el sueño, hacía sus gestos lentos y maquinales. Continuaba frotando su fusil, pero con la indolencia de un autómata que efectúa inconscientemente el mismo gesto hasta el momento en que el mecanismo que lo mueve, terminada la cuerda, se detiene. En la regularidad de aquel movimiento había algo de adormecedor. De cuando en cuando, yo volvía la cabeza para mirar a la hermosa muchacha dormida, pero mis ojos regresaban inmediatamente a las manos del soldado cuyo lento paseo alrededor del fusil, desde la punta del cañón al asiento de la culata, continuaba con una regularidad monótona, cada vez más lenta.

Aquello duró mucho tiempo, hasta que el soldado dejó bruscamente su fusil sobre la mesa, dispuesto a levantarse como si hubiera oído una llamada. También yo percibí unos pasos de caballos en el exterior, unos ladridos de perros, un entrechocar de espuelas. Un grupo de jinetes acababa de detenerse delante de la granja. Unos hombres hablaron en voz baja. La vaina de un sable tintineó.

Adiviné que la puerta se había abierto cuando vi a mi compañero ponerse en pie de un salto, adoptar la posición de firmes y sostener el fusil sobre el hombro, formando un ángulo agudo con su cuerpo. Los granjeros no habían oído nada y

continuaban durmiendo.

Entró un soldado llevando un farol que dejó sobre la mesa. Detrás de él avanzaba pesadamente un hombre. Era muy alto, muy gordo y muy viejo. Parecía abrumado por un inmenso pesar, por una de esas desesperaciones para las cuales no existe remedio ni consuelo. Llevaba botas altas y un tricornio con la cinta desteñida y la escarapela medio arrancada. Estaba empapado, como si hubiera cabalgado mucho tiempo bajo la lluvia. El agua caía de su tricornio, inundaba sus hombros, chorreaba hasta sus botas. Le acompañaba un olor a tierra húmeda.

El dragón que le había escoltado salió, llevándose el farol. Fuera, los caballos relincharon, resoplaron y partieron al galope El viejo soldado se había sentado en el banco, a mi lado. Enfrente de nosotros se había instalado el Mariscal del Miedo.

Contemplé con curiosidad, y al mismo tiempo con cierta repugnancia, aquel enorme cuerpo encerrado en un uniforme usado, raído y sucio de arcilla, aquel rostro de una palidez cadavérica, en el cual los ojos sin brillo tenían una mirada fija y mortecina. El Mariscal del Miedo bajó los párpados, como si quisiera dormir, luego volvió a levantarlos súbitamente, y vi una expresión de disgusto que animaba por unos segundos sus rasgos profundamente modelados.

El Mariscal del Miedo apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer la cabeza entre sus manos. Parecía buscar en sí mismo la solución de algún acontecimiento inexplicable. Suponiendo que tenía hambre, empujamos hacia él lo que quedaba de pan, la leche y la cerveza, rogándole que comiera, pero rechazó con un gesto, sin pronunciar una sola palabra los alimentos que le ofrecíamos.

El viejo soldado se inmovilizó en una actitud que traicionaba la sorpresa, la desesperación y quizá también el horror. Hubiérase dicho que algo incomprensible hasta entonces empezaba a aclararse lentamente en su cerebro. Observábamos el abrumado desaliento en el cual parecía descomponerse todo el cuerpo del Mariscal del Miedo. Cuando uno de los hijos del granjero gruñó y se removió en sueños, ni el Mariscal del Miedo ni el soldado parecieron oírle. Ninguno de los dos volvió la cabeza hacia aquel lado. Cuando el Mariscal del Miedo había entrado —me di cuenta de ello—, había mirado sin verla a la muchacha tendida en su litera de paja. Sin duda habían dejado de interesarle los espectáculos del mundo exterior.

No sé cuántas horas de aquella noche interminable transcurrieron así; creo que me quedé dormido. ¿Durante cuánto tiempo? Cuando abrí de nuevo los ojos, el Mariscal del Miedo no había cambiado de posición, y el viejo soldado le miraba con una expresión de duda y de temor. Finalmente, un prolongado estremecimiento sacudió al coloso. Se irguió, dejó caer sus puños sobre la mesa y, volviendo lentamente la cabeza, miró a su alrededor. Aquella trágica indiferencia que yo había encontrado tan impresionante en él, cedía el lugar a una especie de resolución fría, obstinada. Bruscamente, el Mariscal del Miedo se puso en pie, empujando la mesa y derribando el banco. De pie, parecía un gigante de tierra y de agua. Una estrella de oro y esmalte brilló en la pechera de su empapado uniforme. La jarra de cerveza se había volcado y

el líquido corría por el suelo, esparciendo un olor empalagoso.

El soldado se había puesto también en pie. Sin saber por qué, le imité. Probablemente porque la pesadez melancólica de aquel gigante que me dominaba como una torre me hubiera aplastado de haber continuado sentado. El Mariscal del Miedo había cogido con la mano derecha su bastón de ébano con la empuñadura de oro y de ágata, sujeto a su muñeca por un cordón de seda azul. Con la mano izquierda agarró la vela que nos iluminaba, y luego, andando lentamente, se dirigió hacia el fondo de la granja.

Había allí una pequeña puerta que yo no había visto al entrar y que probablemente daba a un pasillo o a un armario, puesto que en la granja no había más habitación que aquella en que nos encontrábamos, y la propia granja se encontraba completamente aislada en medio de la llanura. Efectivamente, cuando el Mariscal del Miedo abrió la puerta, vi un angosto pasillo, que a primera vista me pareció muy largo.

El Mariscal del Miedo no nos había dicho que le acompañáramos. Sin duda nuestra presencia le resultaba indiferente, pero el viejo soldado le siguió por aquel pasillo, y yo entré, a mi vez, detrás de él.

Las paredes estaban cubiertas con un papel floreado, cuyos ramilletes se agitaban grotescamente a la luz oscilante y amarilla de la vela. El abismo de oscuridad a través del cual aquella luciérnaga nos abría un camino volvió a cerrarse inmediatamente detrás de mí, como para prohibirme toda idea de regreso. Hubiérase dicho que las tinieblas se apresuraban a tapiar aquel pasillo, inmediatamente después de nuestro paso. Cuando pensaba en la granja donde acabábamos de dejar a sus moradores dormidos, me parecía casi inaccesible, como perteneciente a otro mundo completamente distinto del universo por el cual avanzaba ahora. Delante de mi obstruyendo casi toda la anchura del pasillo, marchaban aquel gigante misterioso cuyos vestidos chorreaban agua y el soldado que había combatido en innumerables batallas y había muerto innumerables veces.

La sensación de ahogo que experimentaba al avanzar por aquel pasillo que me parecía cada vez más estrecho, hasta el punto de que el Mariscal del Miedo rozaba con los hombros las dos paredes, era tan penosa, que emití un suspiro de alivio cuando finalmente desembocamos en un vestíbulo que me pareció inmenso, tal vez por contraste con el tubo del cual acabábamos de salir. Las dimensiones de aquella estancia y el hecho de que la vela iluminara únicamente un espacio de algunos pasos daba una anchura desmesurada a la habitación donde nos encontrábamos, y de la cual no podíamos distinguir ni el techo ni las paredes. Era evidente que en ella había varios espejos, ya que docenas de lucecitas se movían de un lado para otro a medida que avanzábamos.

El Mariscal del Miedo se apoyó en su bastón, como si estuviera agotado. La vela, que mantenía levantada a la altura de sus ojos, temblaba en su mano, y vi unos extraños reflejos formarse y deshacerse sobre el arrugado tejido de sus mejillas. Sus

ojos tenían el brillo vítreo de ciertas ágatas blancas y negras, semejantes a la que adornaba la empuñadura de su bastón. Su sable se arrastraba por el suelo embaldosado en amarillo y blanco, sin que pareciera importarle. Las losas, brillando a la luz de la vela, despedían reflejos parecidos a los de una piscina.

Llegamos ante una puerta abierta entre dos columnas. El suave espesor de una alfombra reemplazó al pavimento sonoro. Se acercaron unas paredes de estuco dorado, llenas de cuadros, de tapices, de trofeos. El sable del Mariscal del Miedo rozó la pata de una mesa donde la sonrisa de un mono de porcelana se balanceó compasiva, irónica. Percibí un leve perfume a lavanda. Un pájaro disecado, de pie sobre una caja de música, estaba dispuesto a cantar, por poco que se lo hubiéramos rogado.

Observé todo eso al pasar, ya que el Mariscal del Miedo no se había detenido. Entramos detrás de él en otro salón, donde la vela dejaba rastros de aceite y de sangre sobre los artesonados de laca que lo decoraban, y luego en otro salón.

Hasta entonces, habíamos encontrado todas las puertas abiertas. Esta vez, un espejo nos cerró el paso. El Mariscal del Miedo se inmovilizó, retrocedió unos pasos, y luego volvió a acercarse al espejo. La vela iba y venía, de arriba abajo, de derecha a izquierda, como si el Mariscal del Miedo quisiera conjurar por medio de una especie de cruz luminosa la insensibilidad del espejo. Comprobé entonces que la luz danzaba en aquel espejo, pero que yo no veía la mano que la sostenía. Y también el Mariscal del Miedo se daba cuenta de que, colocara como colocara la luz, el espejo no le devolvía su imagen.

Un temblor espantoso sacudió a aquel macizo cuerpo. Enfurecido, el coloso dejó la vela sobre una consola y levantó su bastón como si quisiera romper el espejo.

Permaneció unos instantes en aquella actitud, vacilante, indeciso, pero las fuerzas o la voluntad le fallaron y dejó caer el bastón, que rodó ruidosamente por el suelo. El Mariscal del Miedo no hizo un solo gesto para recogerlo. Entonces me incliné, lo recogí y se lo entregué, pero probablemente no me vio, ya que mantuvo sus manos crispadas una contra la otra. El viejo soldado se acercó a su vez al espejo, cogió la vela, la colocó muy cerca del cristal —hubiérase dicho que las dos luces iban a convertirse en una sola—, y su nariz fue al encuentro de un reflejo de nariz…, pero tampoco él tenía reflejo.

El viejo soldado acogió aquel hecho con más resignación que el Mariscal del Miedo. Volvió a dejar la vela sobre la consola, se encogió de hombros y me miró como invitándome a intentar la experiencia. Me sentí invadido por un horror indecible, y me estremecí al pensar que también yo podría encontrarme con el espacio vacío del espejo. Me negué a la prueba. El Mariscal del Miedo, entretanto, había cogido la vela y andaba de un lado para otro, como si buscara una improbable salida. Sus movimientos se habían hecho vagos, indecisos. Su cuerpo me pareció más macizo. Sus hombros se habían hundido. Inclinaba la cabeza hasta el punto de rozar la raída pechera de su uniforme con la barbilla cubierta de pelos erizados y blancos:

era evidente que el Mariscal del Miedo llevaba varios días sin afeitarse.

El olor a lavanda se hizo más intenso. Un vestido de seda crujió en la oscuridad, unos lacones repiquetearon sobre el embaldosado. Una figura de mujer surgió de la sombra y avanzó hacia nosotros. Llevaba un vestido blanco que se arrastraba en grandes pliegues. Un chal de encaje cubría sus hombros. Cuando se hizo visible a la luz de la vela, distinguí un rostro pálido y bello enmarcado en unos cabellos negros que caían en largas y pesadas ondas.

La mujer se acercó al Mariscal del Miedo y le dijo algo. Sus ojos estaban llenos de una angustiada interrogación. Retorcía sus manos estrechas y finas, que las largas mangas de su vestido dejaban al descubierto. El Mariscal del Miedo no respondió, aunque su actitud reflejaba tanta desesperación, tanto desaliento, que la mujer comprendió. Apoyó el dorso de la mano contra su boca, sus ojos se agrandaron, enloquecidos, y retrocedió hacia la sombra, lentamente. Había desaparecido ya de la luz de la vela y yo continuaba oyendo el repiqueteo de sus tacones y el crujir de la seda de su vestido.

Reemprendimos nuestra marcha por aquel inmenso palacio desierto, de estancia en estancia, de salón en salón. Pasamos por delante de la puerta de una habitación que debía de ser una capilla, ya que una mariposa roja brillaba débilmente entre unos reflejos dorados y un intenso olor a cera. Y luego encontramos la soledad de un vestíbulo embaldosado con losas blancas y negras, donde se erguían unas estatuas pálidas, que nos acompañaron a lo largo de una escalera que ascendimos.

No sé cuántas estancias cruzamos en los dos pisos a los cuales nos condujo aquella escalera, amplia y solemne, de rellanos suntuosos. Mis dos compañeros me precedían, silenciosos, la alta figura del Mariscal del Miedo inclinándose cada vez más sobre su bastón, y el viejo soldado, seco y erguido, avanzando detrás de él como en un desfile, con el fusil pegado a lo largo del cuerpo.

Evitábamos la trampa demasiado sincera de los espejos. Los bosques de los tapices, donde unos grifos saltaban en persecución de los unicornios, no nos retenían ya, y yo seguía a aquellos dos hombres mudos sin preguntarme lo que había venido a hacer, de noche, en aquel castillo deshabitado.

En un momento determinado, me pareció que la noche se prolongaba inexplicablemente. Por las ventanas no penetraba ninguna luz, ni siquiera la leve claridad de las estrellas. Y yo tenía la impresión de que no podía separarme demasiado de mis compañeros, ya que si la vela que llevaba el Mariscal del Miedo se hubiese alejado de mí, la noche me habría agarrado con sus dos poderosas manos para lanzarme a un ignorado laberinto de silencio y de horror.

Finalmente llegamos a una pequeña escalera de caracol, por la cual me aventuré en seguimiento del Mariscal y del viejo soldado. Aquella escalera debía de desembocar en una especie de torreón, ya que los últimos peldaños conducían directamente a una estancia redonda, probablemente desprovista de ventanas; unos tapices con motivos bucólicos cubrían por entero la pared circular. En medio de

aquella estancia se erguía un enorme lecho endoselado, cubierto por unos cortinajes de terciopelo verdoso que tenían bordados unos escudos de armas desconocidos para mí. Únicamente recuerdo la extraña cimera que los remontaba en medio de un caprichoso despliegue de plumas y de crestas: representaba un brazo saliendo de un casco, en el cual había una serpiente enrollada.

El Mariscal del Miedo dejó la vela sobre una mesita y paseó sus ojos alrededor de la estancia; luego se dirigió hacia un armario disimulado por los tapices. Aquel armario estaba lleno de vestidos azules, rosa, amarillos, encarnados, cuyos galones y pasamanerías brillaban a la luz de la vela. Entonces, como si el fantástico paseo por el palacio desierto desembocara simplemente en aquel absurdo desenlace, sin preocuparse por nuestra presencia, el Mariscal del Miedo empezó a desnudarse.

Lentamente, con vacilaciones y titubeos de anciano, se quitó el uniforme chorreante de agua y lo tiró al suelo. El olor a tierra húmeda se hizo casi insoportable, y yo me hubiera marchado de no haber tenido miedo a volver a encontrar todas aquellas salas oscuras que, una tras otra, se habían cerrado detrás de mí. Y si no me hubiese retenido también la sensación de que iba a suceder *algo*, y precisamente aquel *algo* por el cual habíamos llegado hasta allí.

Las enormes botas del Mariscal del Miedo chocaron ruidosamente contra el suelo. Vestido ahora con una camisa que le llegaba a las rodillas, el coloso escogió en el armario unas calzas amarillas y un jubón verde oscuro, cuyos botones de acero resplandecían. Se puso unas medias de seda y unos zapatos con unos broches que hacían juego con los botones del jubón. Anudó alrededor de su cuello una amplia corbata de muselina, pegó a su pecho unas chapas de esmalte multicolor en las cuales brillaban unas esmeraldas y unos rubíes.

Todo aquello fue llevado a cabo de un modo tan sencillo, tan natural, que el ataviarse de aquel anciano me hubiese parecido la cosa más vulgar y más absurda del mundo a no ser por el espantoso hedor que emanaba del personaje. Estuve a punto de gritar cuando, en el momento en que cambió de peluca —reemplazando sus bucles deshechos y empapados por un peinado más elegante—, vi su cráneo durante algunos segundos, cubierto de una especie de plumón verdoso parecido al musgo.

Fue sólo un instante, y podía tratarse de una ilusión provocada por la claridad amarillenta de la vela danzando sobre los tapices. El Mariscal del Miedo se colocó cuidadosamente su peluca nueva; luego cubrió sus blancos cabellos con un tricornio resplandeciente. A continuación avanzó hacia el lecho y, tirando de las cortinas, contempló el cobertor verde recamado en oro.

En aquel momento, pareció recordar algo que había olvidado. Se acercó de nuevo al armario, cogió una elegante espada con empuñadura de oro y se la colocó al cinto. Luego cerró el armario, que se borró de nuevo detrás del bosque de tapices donde unos salvajes brincaban haciendo sonar sus cuernos y blandiendo sus mazas. Después, el Mariscal del Miedo volvió a la cama, se acostó sobre el cobertor procurando que su hermoso vestido no se arrugara, colocó su cabeza cubierta con el

tricornio sobre la almohada de terciopelo verde y extendió contra su pierna su espada, cuya vaina de cuero verde parecía una serpiente milagrosamente domada. Durante todo aquel tiempo, su mano derecha buscaba algo en el aire. Adiviné que pedía su bastón y se lo entregué. Lo cogió, acarició con el dedo, temblando, el ébano oscuro y la ágata fascinante de su empuñadura, y luego lo colocó a lo largo de su pierna derecha. Con los brazos pegados al cuerpo, las manos abiertas, el bastón y la espada, su aspecto recordaba a las estatuas que se ven sobre las tumbas.

Aquel enorme cuerpo acostado, inmóvil —ni siquiera respiraba—, evocaba a un colosal yacente de bronce, pero en aquella masa de carne se adivinaban unas fuerzas oscuras que se entregaban a una tarea encarnizada. Los párpados aletearon durante unos segundos y descendieron suavemente sobre los ojos, como una cortina que no volverá a alzarse nunca, y de repente, con una brusquedad que me hizo sobresaltar, su mandíbula inferior cayó sobre su pecho.

La cosa sucedió de un modo tan repentino que no experimenté inmediatamente todo su horror. Sólo cuando vi al viejo soldado sentarse en un taburete al pie de la cama, con el fusil entre las piernas, como para una vela fúnebre, y petrificarse en una rigidez de estatua, me invadió el deseo de huir lo más lejos posible de aquel lecho. Y, sin embargo, había también una sensación inexplicable que me retenía en aquella estancia: el miedo de enfrentarme con la oscuridad exterior, quizás, o una extraña simpatía hacia los dos seres que estaban ya tan lejos de mí —a pesar de que hubiera podido tocarles—, inaccesibles en un mundo donde yo no tenía derecho a entrar.

Mientras permanecía allí, contemplando el oscilar de los reflejos de la vela sobre las iniciales entrelazadas que adornaban la gorra del viejo soldado, y sobre las chapas de esmalte que cubrían el pecho del Mariscal del Miedo, oí de nuevo el crujir de la seda que había acompañado a la aparición de la mujer cuando la habíamos encontrado, allá abajo. Y he aquí que la mujer surgió, en efecto, de la escalera de caracol, del mismo modo que un nadador aparece en la superficie del agua, procedente del fondo. Su rostro pálido, sus relucientes cabellos negros, sus hombros… La precedía una claridad móvil, y no tardé en ver un brazo desnudo que surgía del suelo, alzando un candelabro con cuatro velas encendidas. La mujer subía lentamente, como si se despegara penosamente de la tierra, y la luz que la acompañaba formaba círculos a medida que daba vuelta a los peldaños de la pequeña escalera.

El movimiento de su vestido la rodeaba de un ruido leve y cálido. Sus bucles oscuros caían y se agitaban sobre sus hombros. Ascendía hacia aquella estancia del mismo modo que hubiese descendido a una cueva. A la viva claridad del candelabro, los salvajes de los tapices parecieron animarse y saltar hacia ella, pero el entrelazado de las ramas se lo impidió; se limitaron a mirar de soslayo, con ojos astutos y desorbitados, a aquella forma ágil que se deslizaba suavemente hacia el lecho.

La mujer contempló el cuerpo tendido sobre el cobertor. En su rostro pálido se reflejaba un dolor infinito. Dejó el candelabro sobre la mesita, al lado de la vela

amarilla, se quitó el chal que cubría sus hombros —sus nobles hombros pálidos que brillaban con reflejos muy suaves— y lo ató alrededor de la cabeza del Mariscal, anudando los extremos por debajo del tricornio. No había pronunciado una sola palabra. Sus ojos estaban secos. Pero se movía con una especie de indiferencia desesperada que estaba casi más allá del sufrimiento humano. Luego, cogió una silla y se sentó junto al lecho, enfrente del viejo soldado, rígido y seco, son su fusil entre las piernas.

Hasta aquel momento, la mujer no nos había prestado la menor atención. Sólo al sentarse se dio cuenta de mi presencia, en pie, apoyado contra uno de los tapices que cubrían la pared. De haber podido hacerlo, hubiese huido a través de aquel bosque inanimado, ya que la tristeza de la mirada de la mujer resultaba insoportable. Me miró un instante, con una expresión vaga y distraída, como si no me viera. Luego hizo un gesto con la mano: «Márchese…»

No sé cómo pude encontrar el camino de regreso a través de aquellas interminables estancias oscuras. Antes de abandonar la habitación circular, cogí el candelabro que la mujer había dejado sobre la mesita, y en aquel pie de plata encontré la huella ardiente, casi febril, de su mano. Me había vuelto para echar una última ojeada al lecho, pero ella había repetido su gesto para que me marchara, sin impaciencia, sin cólera, pero con una insistencia que parecía una súplica. La última imagen que me llevé fue la del coloso vestido de gala, acostado sobre el cobertor de terciopelo verde, velado por aquella mujer de cabellos sueltos y por aquel soldado que había muerto ya tantas veces, en medio de la alegría o de la angustia de la batalla.

Volví a emprender, solo, el camino que había seguido hacía unas horas —¿cuántas, en realidad?— con mis dos compañeros de aquella noche singular.

Al pasar junto a ellas, reconocí las estatuas gesticulantes de la escalera, las lacas sangrientas, las diosas sonrosadas de los tapices. Reconocí también los insidiosos espejos.

Anduve en línea recta, sin desviarme, hasta alcanzar el pasillo largo y angosto que finalmente me condujo a la granja, cuyos moradores continuaban durmiendo.

Una pálida claridad penetraba a través de la puerta mal cerrada. Empujé los batientes. En la llanura, la niebla era demasiado espesa para permitirme distinguir si las tropas en derrota seguían huyendo. Pero, detrás de las montañas, nacía ya el sol joven y tierno.

LA MUJER DEL VESTIDO DE LANA DE ANGORA

EL HOMBRE QUE NO PODÍA MORIR

Claude Seignolle

LA MUJER DEL VESTIDO DE LANA DE ANGORA

Con un poco de desgracia, si sólo ambicionáis pasar un cuarto de hora de ensueño fácil e higiénico; pero con mucha suerte, si buscáis la rara perla de la caricia viciosa, podéis encontrar, cuando se hace de noche, la mujer cuyo secreto he acabado por descubrir.

Hay que vagar pacientemente entre la ruidosa calle Rea* mur y la odorífera Etienne-Marcel, en ese cuadrilátero de calles angostas que bordean la turbulenta Montorgueil y el impetuoso Sebastopol. Hay que estar atento a la sombra de la noche sobre la cual, rara presa, la mujer se perfila una vez al mes. Nunca, por desgracia, a fecha fija, y de ahí vuestro deseo creciente, igual que el mío antes de saber lo que ahora sé, de ahí el buscarla treinta noches de cada treinta.

Cuando hayan leído la descripción que doy de ella más adelante, algunos lectores, familiarizados con aquel barrio, recordarán quizás haberla visto. Su recorrido habitual —y seguramente ritual—, puede trazarse así: marcha rápida y casi fugitiva, calle Dussoubs, calle Greneta, calle de Palestro; más lenta, con una larga parada como para reponer las fuerzas, en el rincón peor iluminado del pasaje de la Trinidad, al cual la mujer demuestra una insobornable fidelidad.

Es una *trotona*; las otras, las «sedentarias», que no exponen nada, ni se cansan, limitándose a esperar a los «clientes», no sienten simpatía por ella, ya que les birla a los hombres más generosos: los viciosos, para los cuales una obrera calificada no tiene precio. Y las buenas señas corren con tanta rapidez como las malas noticias.

El rumor público, masculino, que describe incluso lo que nunca se sabrá, la sirve con la eficaz publicidad de los «dicen que ella…», de ahí que pueda afirmarse que ella… Hasta el punto de que algunos pretenden saber que es española o brasileña, que se llama Carmen o Carmona… Cosa que es muy posible, pero que no se comprobará fácilmente: aquellos que en un momento de goce han oído quizá la confidencia de sus propios labios, no recorren ya las calles.

Tiene un aspecto muy personal; de estatura mediana, piernas y brazos ligeramente curvados, enjutos; su áspera silueta y su andar oscilante son inconfundibles: unas medias de nylon de color humo aplastan unos pelos oscuros y tan coriáceos que

muchos de ellos pasan y se yerguen entre las mallas; unos guantes largos, ocultos bajo las mangas tres cuartos de su vestido de lana único en el barrio —¡y quizás en el mundo!—, un vestido largo de angorina de color negro, con unos pelos de una longitud inusitada que se erizan y tiemblan con las oscilaciones del cuerpo. ¡Sí, así es ella! Con una cabeza cubierta por un amplio pañuelo oscuro que sólo deja asomar un rostro oliváceo y dos ojos muy vivos que se mueven sin cesar.

Parece que no es tan cara como podría hacer suponer lo raro de sus apariciones. Dos mil francos, dicen, incluida la habitación: su propia habitación, casi secreta. Pero dudo de que uno solo de sus clientes haya podido salir en buen estado de aquella habitación para informar a la policía de su emplazamiento y, con ello, prestar un señalado servicio a la humanidad.

Ahora, si no me expreso con la debida claridad, es porque vacilo en revelar lo que sé de concreto sobre la misteriosa «trotona». No me he acostumbrado del todo a la revelación de que acabo de ser testigo y que la imaginación más desbordada se vería en apuros para inventar. La cosa es demasiado reciente.

En fin, voy a arriesgarme. Anoche, alrededor de las once, cuando pasaba por la calle Saint-Denis, la Paciencia me recompensó a la altura de un inmueble —el ciento ochenta y tantos— en el cual vi entrar a la mujer en cuestión seguida de un cliente cuanto menos sexagenario de aspecto noble y generoso.

Superada la sorpresa inicial, volví rápidamente a mi papel de curioso impenitente. Me tengo por un testigo de mi época, y he de comprobar los hechos desde lo más cerca posible, a fin de poder atestiguar con exactitud sobre sus costumbres. Entré a mi vez en el inmueble.

Inmediatamente, experimenté la sensación de que me deslizaba por la pendiente del misterio: un pasadizo estrecho, bajo de techo, iluminado de cuando en cuando por una claridad amarillenta, de paredes que revelaban una inquietante falta de equilibrio, como si en el momento de su construcción no se hubiera inventado aún la plomada. No había portero: un pasadizo ideal para los enamorados furtivos. Pero la mujer arrastró más lejos a su cliente: hacia unos inmuebles sucesivos, edificados uno detrás del otro, con pasadizos que los unían entre sí y desembocaban en un pasillo todavía más angosto, y mucho más siniestro.

Hubiera podido abandonar allí aquel vergonzoso espionaje, pero durante meses enteros había estado tratando de averiguar algo más acerca de aquella extraña mujer: ahora merecía una recompensa. La sentía muy próxima. ¿Por qué privarme de ella?

Finalmente, subieron dos, tres peldaños y penetraron en un cuarto oscuro que una puerta cerrada a toda prisa aisló inmediatamente con un ruido de madera dislocada. No vi nada más. Afortunadamente, mi decepción se trocó en esperanza al percibir la luz que se encendía en el interior del cuarto. La puerta tenía en su parte superior cuatro cristales, muy gruesos y muy opacos; pero uno de ellos, roto en una esquina,

traicionaba el otro lado. Y, cuando uno es curioso, aplica un ojo a un agujero. Fue lo que hice yo.

No veía muy bien, pero observé que la suciedad reinaba en el cuarto bajo todas sus formas e incluso sobre el desvencijado catre, cubierto descuidadamente con una triste colcha de brocatel. En cuanto al cliente que la mujer había conducido hasta allí, me pareció, en la penumbra, dotado de aquella elegancia y de aquella «clase» que busca el lujo de un contacto vivificador con lo sórdido y lo vulgar.

En cuanto la mujer se volvió hacia él, y sin que hubiera abierto la boca para decir su precio, el caballero le tendió el dinero que le complacía darle. Pero, absorta ya en la contemplación del refinado, ella no debió de ver su gesto. Él dejó los billetes sobre la cama. La mujer no demostró el menor interés por aquel dinero y continuó ignorándolo. En cambio, la mirada que dirigía al hombre se hizo más ávida, más lasciva, lo cual me dio a entender que el caballero era de su gusto.

La mujer desabrochó su vestido. Galante, el hombre quiso ayudarla. Ella no aceptó la ayuda y, sin dejar de mirarle, empezó a desvestirse. El hombre se sentó en la cama y, tranquilamente, desanudó su corbata saboreando de antemano bajas pero intensas sensaciones.

De hecho, las experimentó casi inmediatamente: el vestido de angorina cayó al suelo y…, y, por mi parte, tuve la impresión de que acababan de propinarme un mazazo entre los ojos. De no haber mordido la tela de mi manga, creo que hubiera aullado de espanto hasta despertar toda la manzana de inmuebles.

Vi a la mujer desnuda, pero en vez del seno generoso que había imaginado, me pareció que se desplegaban *otros* cuatro brazos mantenidos allí, pacientemente, ocultos, doblados sobre el pecho y tan peludos como los que ahora veía en toda su extensión, desenguantados, realmente enjutos pero llenos de pelos, igual que las piernas. ¿Brazos? ¿Piernas? No. Al recordarlos ahora, pienso que no podían ser más que… patas; ocho miembros delgados, peludos, partiendo de un cuerpo estrangulado en la cintura y tan lleno de pelusilla como la angorina del vestido. Un vestido idóneo para disimular honradamente aquel físico, del mismo modo que un camaleón reviste a maravilla el aspecto y el color de lo que cree ocultar.

Desde luego, la emoción fue demasiado intensa para el confiado cliente, el cual, rutinario de un vicio fácil y sin historia, no esperaba aquella horrible y repugnante revelación. Ante el inesperado espectáculo, se llevó la mano al pecho, a la altura del corazón, y se desplomó sobre la cama, muerto, sin la menor duda posible.

Entonces, la mujer… No, la cosa… No, la bestia… En fin, el pequeño monstruo se agachó sobre el cadáver, se inclinó y lo apretó minuciosamente, amorosamente, con todos sus miembros, estremecidos de irrefrenable placer.

Aterrorizado, huí de aquel lugar. Al llegar a la calle, estuve a punto de desplomarme como si acabara de darme cuenta de que había olvidado mis piernas en el umbral del antro. Cruzando la calzada para ponerla como un foso entre nosotros, me pegué a la pared y permanecí allí, protegido por la oscuridad, dudando de mis

propios sentidos.

Media hora después vi salir al pequeño monstruo, vestido de nuevo, y, por un instante, al distinguirla ataviada como de costumbre, creí haber soñado el resto. Pero, aprovechando la soledad de la calle, vacía de transeúntes, la mujer dejó caer el cuerpo del elegante difunto y lo abandonó en la acera como un vulgar vagabundo borracho, muerto. Luego, sin una plegaria, volvió a adentrarse en el pasadizo para ir a saborear su crimen impune de antemano, puesto que en aquel barrio de emociones fuertes, nadie se asombra de los cadáveres de esos desdichados sexagenarios cardíacos que, desde hace siglos, acuden a apostar su corazón contra el amor.

Recobrado finalmente el valor y definitivamente satisfecha mi curiosidad, regresé a mi casa y me acosté, convencido de que mi sueño se vería asaltado por espantosas pesadillas. Y así fue, en efecto. Esta mañana, con la mente despejada, lo primero que he hecho ha sido salir a comprar una obra documentada sobre las arañas. La he leído con avidez.

Las costumbres de la migala tropical, que vive en madrigueras muy profundas, han retenido mi atención de un modo especial.

EL HOMBRE QUE NO PODÍA MORIR

Sucede a menudo que se atribuyen demasiadas cosas al diablo.

Sí… Me parece oír todavía los comentarios de aquellos aldeanos de Besse, en Auvergne, cuando pasaba aquel anciano arrugado y agresivo, el cual, a pesar de su edad, andaba sin descanso de un lado a otro de la región.

Yo era muy joven; ha pasado mucho tiempo, pero todavía oigo los sarcasmos populares.

—¡Ah! ¡Míralo! ¿Adónde irá esta vez?

—¡Nunca estaremos tranquilos! En la época del abuelo, se dedicaba ya a espiarlo todo… El diablo no quiere soltarlo.

—¡Vaya! Nuestra abuela decía que en tiempos de su propia abuela ya andaba por ahí, tan viejo y tan curioso como ahora… ¡Cualquiera adivina su edad! ¿Qué clase de pacto habrá firmado? Y ¡quién sabe si en perjuicio de todos nosotros!…

Eso era lo que la gente pensaba y decía.

Pero él, indiferente, sin duda inmunizado contra la agria ruindad colectiva, pasaba silencioso, se detenía, refunfuñaba y observaba severamente el menor detalle de las cosas y de las gentes. ¿Su edad? Indefinible. Con aquella piel apergaminada, podía sobrepasar el siglo. Pero él ocultaba sus años como una vergüenza. Y tenía un aspecto triste…, muy triste.

Todo lo que se rumoreaba acerca de él y de su edad increíble, gracias a un pacto con el diablo, no me sorprendía en absoluto e incluso me atraía, porque mi curiosidad exigía que investigara hasta el fondo todos los secretos que me rozaban. Sabía, sin saberlo, que aquel hombre podía ser muy bien una especie de leyenda viviente.

El anciano dormía en una pequeña barraca construida con piedras y pegada a la pared del cementerio. Era difícil encontrarle en aquel agujero, que un perro hubiera rechazado. Pero yo tenía paciencia; y un día conseguí sorprenderle allí. Sus pies asomaban por la abertura. Estaba durmiendo.

Me arrodillé y me incliné hacia el interior para contemplarle como se contempla un milagro: el viejo Satanás momificado, acostado en un relicario de beatitud… Roncaba como un buen mortal. Unas moscas se paseaban por su rostro y por sus manos. Su fatiga era tal, que dejaba en paz a los fastidiosos animalitos y dormía todo el cansancio de la humanidad.

Inadvertidamente, tropecé con uno de sus pies. Se despertó, pero en vez de mirarme inmediatamente, se volvió hacia el fondo de su agujero e interrogó a la pared, como si fuera una persona.

—¿Qué queréis de mí ahora? —preguntó, con voz hastiada.

—¡Perdón! —murmuré entonces, atrayendo su mirada hacia mí, el culpable.

Acabó de incorporarse y, sorprendido de mi osadía al llegar hasta él, en aquella semitumba, me ordenó que me largara en seguida. Me di cuenta de que tenía miedo, no de mí, sino de *alguna cosa*, porque volvió a mirar la pared del cementerio, esta vez con una expresión de temor en los ojos.

—¡Márchate! ¡Márchate! —murmuró, en lugar de gritármelo—. ¡Márchate! *Va a venir alguien*.

Desconcertado, miré a mi vez la pared. Estaba medio abierta por una rendija de labios musgosos. A través de ella veíase todo el camposanto, lleno de cruces, pero vacío.

—¡Márchate de una vez! —gruñó de nuevo entre dientes.

Si no me había marchado ya, era porque estaba paralizado por la curiosidad. Y también porque me daba cuenta de que el anciano prestaba oído a lo que le llegaba a través de la abertura.

Entonces, a mi vez, me pareció percibir un agrio zumbido; una especie de lamento y, en mis oídos, el eco de unas sílabas articuladas con desesperado esfuerzo… Hasta el punto de que se me impuso la idea de un Infierno cercano, llenándome de espanto.

Pero escuché, a pesar de mi terror, y creí entender algo como: «Vete inmediatamente… a casa de la nieta…, de mi nieta…, y trata de averiguar si su futuro esposo aportará al matrimonio los campos de regadío… Vuelve pronto a decírmelo…»

Miré con todas las fuerzas de mis ojos. No había nadie en ninguna parte. Nadie más que el anciano y yo.

El anciano se levantó, interrumpido su descanso, y antes de marcharse me dijo:

—Ahora ya lo sabes, pequeño… *Ellos* no me dejarán morir nunca. *Ellos* han muerto, pero conservan la curiosidad de saber lo que ocurre en sus hogares… ¡Es posible que no supieras que los difuntos son así! Nunca debí aceptar su propuesta: hace dos siglos que se han hecho cargo de mis deberes de muerto, a fin de que permanezca vivo y sea *su mirada sobre la tierra*…

¡Cuando pienso que en la aldea decían que había hecho un pacto con el diablo!

¡Vamos!

¡Qué ignorante puede ser la gente!

¿Con el diablo?

No: con los propios hombres.

LA SEÑORA SARY

Wlliam Tenn

Esta noche, cuando estaba a punto de entrar en mi casa, he visto a dos niñas que hacían botar una pelota sobre la acera al ritmo de una antigua canción infantil. He apretado fuertemente los labios, mientras la sangre latía ruidosamente en mi sien derecha; y he sabido que no podría dar otro paso hasta que ellas hubieran terminado.

«Un, dos, tres, alarí…
La señora Sary
sentada en la sillita
parece
un hada pequeñita».

Con la última nota de la canción se desvaneció la bruma que flotaba delante de mis ojos. Abrí la puerta de mi casa y la cerré detrás de mí apresuradamente. Encendí las luces del vestíbulo, de la cocina, de la biblioteca. Y luego, durante largo rato, me paseé de un lado a otro hasta que mi respiración recobró su ritmo normal y el horrible recuerdo volvió a hundirse en el abismo de los años.

¡Aquel estribillo! No odio a los niños —a pesar de lo que dicen mis amigos, no odio a los niños—, pero, ¿por qué tenían que cantar aquella estúpida canción? Como si supieran el efecto que había de producirme…

Sarietta Hawn fue a vivir con Mrs. Clayton cuando su padre murió en las Indias Occidentales. Su madre había sido la única hermana de Mrs. Clayton, y su padre, un funcionario colonial británico, no tenía parientes conocidos. Era lógico que la niña fuera enviada a través del Caribe a casa de su tía, en Nanville. Y era lógico, también, que ingresara en la *Nanville Grade School*, donde yo enseñaba aritmética y ciencias, como complemento al inglés, la historia y la geografía de Miss Drury.

—¡Esa pequeña Hawn es imposible, increíble! —Miss Drury entró como un vendaval en mi clase durante el recreo de la mañana—. ¡Es un fenómeno, un aborto de la naturaleza!

Esperé a que los ecos murieran en la clase vacía, y contemplé con ojos divertidos la figura victoriana de Miss Drury, paseando febrilmente delante de mi pupitre.

—Cálmese, Miss Drury. Y ándese con cuidado. Durante las últimas dos semanas he estado muy ocupado y no he tenido la oportunidad de fijarme bien en Sarietta.

Pero Mrs. Clayton no tiene hijos, y parece ser que le ha tomado mucho cariño a la niña. Mrs. Clayton no permitiría que castigara usted a Sarietta como…, bueno, como castigo a Joey Richards la semana pasada. Ni lo permitiría la junta escolar, tampoco.

Miss Drury me dirigió una mirada furiosa.

—Cuando lleve tanto tiempo como yo dedicado a la enseñanza, joven, aprenderá que sólo hay un modo de tratar a los mocosos testarudos como Joey Richards. Si no me mostrara firme con él, acabaría convirtiéndose en un borracho inútil, como su padre.

—De acuerdo. Pero recuerde que varios miembros de la junta escolar han empezado a vigilarla muy de cerca. Ahora, ¿qué significa eso de que Sarietta Hawn es un fenómeno? Es uña albina, si mal no recuerdo; la falta de pigmentación se debe a un factor hereditario casual, y hay miles de personas que se encuentran en su mismo caso y viven de un modo normal y feliz.

—¡Factor hereditario! —Un desdeñoso resoplido—. ¡Otro estúpido modernismo! Sarietta es un fenómeno, se lo digo yo, un verdadero aborto de la naturaleza, engendrado por Satanás. Cuando le pedí que hablara a sus compañeros de clase de su hogar en las Indias Occidentales, se puso en pie y dijo: «Eso es un libro cerrado para los tontos y los papanatas». ¡Bueno! Si en aquel momento no hubiera sonado la campana del recreo, le aseguro que Sarietta Hawn habría trabado conocimiento con mi palmeta.

Echó una ojeada a su reloj-medallón.

—El recreo está a punto de terminar. Será mejor que revise el mecanismo de la campana, Mr. Flynn: esta mañana sonó un minuto antes de la hora. Y no permita que esa niña le tome el pelo.

—Ninguno de los alumnos lo ha hecho, hasta ahora —repliqué, mientras la puerta se cerraba detrás de Miss Drury.

Un momento después la clase se llenó de risas y de conversaciones infantiles en voz alta.

Mientras explicaba la lección dirigí una mirada aparentemente casual a la última fila. Sarietta Hawn estaba sentada allí, muy tiesa, con las manos apoyadas en el pupitre. En contraste con los muebles de caoba de la clase, sus largas trenzas y su piel absolutamente blanca parecían adquirir un tono amarillento. También sus ojos eran ligeramente amarillos, con unas pupilas descoloridas bajo unos párpados semitransparentes.

Era una niña fea. Su boca era demasiado grande; sus orejas formaban casi un ángulo recto con su cabeza; y la alargada punta de su nariz estaba curvada hacia abajo, como saliendo al encuentro del labio superior. Llevaba un vestido blanco de corte severo que añadía años a su delgado cuerpo.

Cuando terminé la lección de aritmética me acerqué a la figura solitaria sentada

en la última fila.

—¿No te gustaría sentarte un poco más cerca de mi pupitre? —pregunté en tono amable—. Te sería más fácil ver la pizarra.

Sarietta se puso en pie.

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo—, pero en la parte delantera de la clase da mucho el sol y me daña los ojos. Siempre he estado más cómoda en la oscuridad y la sombra.

Y me dirigió una breve sonrisa de gratitud.

Asentí con un gesto, desazonado ante la seriedad y el aplomo de sus frases.

Durante la clase de ciencias, noté que sus ojos me seguían de un modo insistente. Los otros alumnos observaron mi nerviosismo ante aquel implacable escrutinio, y captaron también la causa, ya que empezaron a susurrar y a volver la cabeza hacia la última fila.

Una caja de mariposas disecadas resbaló de mis manos. Me incliné a recogerla. Súbitamente, una exclamación de sorpresa resonó en la clase, surgida de treinta pequeñas gargantas.

—¡Oh! ¡Está haciéndolo otra vez!

Me incorporé.

Sarietta Hawn no se había movido de su extraña y rígida postura. Pero sus cabellos eran ahora de color castaño; sus ojos intensamente azules, y sus mejillas delicadamente sonrosadas.

Mis dedos se agarraron con fuerza al borde de mi pupitre. ¡Imposible! ¿Podían la luz y la sombra provocar aquella fantástica alucinación? ¡Imposible!

Mientras yo permanecía con la boca abierta, inconsciente de mi dignidad pedagógica, Sarietta pareció enrojecer y una sombra planeó sobre ella. Volví a los gusanos y a los Lepidópteros con voz insegura.

Un momento después, noté que los cabellos y el rostro de Sarietta habían vuelto a adquirir su blancura habitual.

—Hizo exactamente lo mismo en mi clase —exclamó Miss Drury a la hora del almuerzo—. ¡Exactamente lo mismo! Sólo que a mí me pareció que era morena, con los cabellos de color azabache y unos penetrantes ojos negros. Acababa de decirme que era una tonta —¡hay que ver la desfachatez de esa niña!—, y yo me disponía a utilizar la palmeta, cuando se produjo el cambio. Si la campana no hubiese sonado un minuto antes de la hora, le aseguro que la hubiera puesto roja…

—Es posible —dije—. Pero, con un colorido tan delicado como el de esa niña, cualquier cambio de luz puede provocar una engañosa ilusión. Ahora mismo no estoy tan seguro de lo que vi. Sarietta Hawn no es ningún camaleón.

Miss Drury apretó los labios hasta que formaron una pálida línea que cortaba su arrugado rostro. Sacudió la cabeza y se inclinó a través de la mesa.

—No es ningún camaleón. Es una bruja. ¡Lo sé! Y la Biblia nos ordena destruir las brujas, quemarlas…

Mi risa resonó extrañamente en el sucio sótano de la escuela que nos servía de comedor.

—No puede usted creer eso. Una niña de ocho años…

—Razón de más para cortarle las alas antes de que se haga mayor y cause un verdadero daño. A mí no puede engañarme, Mr. Flynn. Uno de mis antepasados quemó treinta brujas en Nueva Inglaterra. Mi familia tenía un olfato especial para esos bichos. No puede haber paz entre nosotros, se lo digo yo.

Los otros niños parecían compartir, hasta cierto punto, la opinión de Miss Drury. Empezaron por llamar a la niña albina «Señora Sary». Sin embargo, a Sarietta no parecía disgustarle el apodo. Cuando Joey Richards arremetió contra un grupo de chiquillos que la estaban siguiendo por la calle y gritando la cancioncilla, Sarietta le llamó.

—Deja que canten, Joseph —le dijo, con su curiosa fraseología de adulto—. Tienen razón: *soy* como una hada pequeñita.

Y Joey volvió su pecoso e intrigado rostro, abrió sus puños y regresó lentamente a su lado. Joey adoraba a Sarietta. Posiblemente porque los dos eran proscriptos en aquella comunidad juvenil, posiblemente porque los dos eran huérfanos —el padre de Joey, eternamente borracho, era peor que no tener ningún pariente—, siempre iban juntos. Les encontré cuchicheando en el húmedo crepúsculo cuando salí de la casa de huéspedes para mi diario paseo al aire libre. Sarietta se interrumpió a media frase, con un diminuto índice todavía erguido enérgicamente. Los dos niños guardaron un silencio absoluto hasta que me alejé del porche.

Joey me demostraba cierta simpatía. Así, fui uno de los pocos privilegiados que supieron algo de la vida anterior de la Señora Sary. Una noche, cuando me disponía a dar mi acostumbrado paseo, oí que alguien trotaba detrás de mí. Volví la cabeza. Era Joey. Acababa de abandonar el porche.

—Bueno —suspiró—, Stogolo le enseñó muchas cosas a la Señora Sary. Ojalá estuviera aquí para encargarse de la Vieja Drury. Le daría su merecido, desde luego.

—¿Stogolo?

—Sí. Era el brujo que lanzó la maldición sobre la madre de Sary antes de que Sary naciera, porque ella le había hecho meter en la cárcel. Luego, cuando la madre de Sary murió al dar a luz, el padre de Sary empezó a beber, dice ella, mucho más que mi padre. Pero Sary encontró a Stogolo y se hizo amiga suya. Mezclaron su sangre y juraron la paz sobre la tumba de la madre de Sary. Y él le enseñó el *voodoo*, y la maldición del diablo, y a hacer filtros de amor con hígado de cerdo, y…

—Me sorprendes, Joey —le interrumpí—. Creer en esas absurdas supersticiones… ¡Un muchacho como tú, con tan buenas notas en ciencias! La Señora Sary… Sarietta creció en una comunidad primitiva donde la gente no conocía nada mejor. Pero, tú…

Joey inclinó la mirada al suelo.

—Sí —dijo en voz baja—. Sí. Lamento haber hablado de ello, Mr. Flynn.

Joey se marchó apresuradamente hacia su casa. Lamenté haberle interrumpido, puesto que Joey era muy poco comunicativo y, en cuanto a Sarietta, sólo hablaba cuando quería, incluso con su tía.

Lo lamenté entonces, y luego lo he lamentado *mucho* más.

El tiempo era sorprendentemente cálido.

—Nunca he visto un invierno como éste en toda mi vida —le dijo Miss Drury una mañana—. Los veranillos de San Martín y las olas de calor son una cosa, pero aquí pasa día tras día sin que asome una sola nube…

—Los científicos dicen que en toda la tierra se está desarrollando un clima más cálido. Desde luego, ahora es casi imperceptible, pero el Gulf Stream…

—¡El Gulf Stream! —exclamó Miss Drury en tono despectivo. Llevaba un vestido de mucho abrigo y el calor excitaba todavía más su nervioso temperamento —. ¡El Gulf Stream! Desde que esa mocosa llegó a Nanville, suceden cosas muy raras. Mi tiza se rompe continuamente, los cajones de mi pupitre no se abren, los borradores desaparecen… ¡Esa pequeña bruja está tratando de hacerme víctima de un hechizo!

—¡Miss Drury! —Me encaré con ella, muy serio—. Creo que la cosa está llegando demasiado lejos. Si quiere usted creer en brujerías, deje a los niños al margen de ello. Han venido aquí para adquirir unos conocimientos, no para escuchar las histéricas fantasías de una…, de una…

—De una vieja solterona. Adelante, dígalo —replicó Miss Drury—. Sé lo que está pensando, Mr. Flynn. Pero yo sé lo que sé, y esa diablesa a la que usted llama Sarietta Hawn no me cogerá desprevenida. ¡Entre nosotras hay una guerra declarada, y la batalla entre el bien y el mal no terminará hasta que una de las dos haya muerto!

Miss Drury se volvió, con un gran revuelo de faldas, y barrió con ellas el camino que conducía a la escuela.

En aquel momento empecé a temer por su equilibrio mental. No había aprendido aún a temer por el mío.

Aquel mismo día, los alumnos de mi clase de aritmética entraron lentamente, como envueltos en una burbuja de silencio. En el momento en que la puerta se cerró detrás del último de ellos, la burbuja se rompió y estallaron los susurros por toda el aula.

—¿Dónde está Sarietta Hawn? —pregunté—. ¿Y Joey Richards? —añadí, al comprobar su ausencia.

Louise Bell se puso en pie.

—Se han portado muy mal. Miss Drury sorprendió a Joey cuando trataba de cortarle un mechón de pelo y empezó a darle palmetazos. Entonces, Sary se levantó y dijo que no podía pegarle, porque Joey estaba bajo su protección. De modo que Miss Drury nos hizo salir de la clase, y apuesto a que ahora les está pegando a los dos.

Me dirigí rápidamente hacia la puerta. De pronto, resonó un grito. ¡La voz de

Sarietta! Eché a correr por el pasillo. El grito creció en intensidad, vibró unos instantes en una especie de trémolo y se apagó.

Mientras abría la puerta del aula de Miss Drury, estaba preparado para cualquier cosa, incluido el asesinato. No estaba preparado para lo que vi. Me detuve, con la mano en el pomo de la puerta, contemplando el sorprendente cuadro.

Joey Richards, apoyado en la pizarra, sostenía en la palma de su mano derecha un largo mechón de pelo castaño. Sarietta estaba de pie ante Miss Drury, con la cabeza inclinada, dejando al descubierto su blanca nuca, cruzada ahora por la huella roja de un brutal palmetazo. Y Miss Drury estaba mirando con ojos desorbitados el trozo de palmeta que empuñaba en su mano: el resto de la palmeta estaba esparcido por el suelo, a sus pies, roto en pequeños fragmentos.

Los niños me vieron y volvieron a la vida. Sarietta se irguió y echó a andar hacia la puerta, con los labios fuertemente apretados. Joey Richards se inclinó hacia adelante. Frotó el mechón de pelo contra la espalda de la maestra, sin que ella pareciera darse cuenta. Luego fue a reunirse con Sarietta. La niña le hizo una seña con la cabeza, y Joey le entregó el mechón. Cuidadosamente, Sarietta lo guardó en un bolsillo de su vestido.

Después, sin pronunciar una sola palabra, la pareja cruzó la puerta y echó a andar por el pasillo, para unirse al resto de sus compañeros.

Me acerqué a Miss Drury, la cual temblaba de pies a cabeza, hablando consigo misma, sin apartar los ojos del trozo de palmeta que tenía en la mano.

—¡Ha volado en pedazos! ¡Ha volado en pedazos! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

Rodeando su cintura con mi brazo, conduje a la solterona hasta una silla. Miss Drury se sentó y continuó murmurando.

—Una vez…, sólo la he golpeado una vez. Estaba levantando el brazo para descargar otro golpe… La palmeta se hallaba sobre mi cabeza… cuando voló en pedazos. Joey estaba en un rincón… Él no pudo hacerlo… La palmeta voló en pedazos.

Contemplaba fijamente el trozo de palmeta que tenía en la mano, como alguien que se enfrenta con un problema insoluble.

Yo tenía una clase. Le di un vaso de agua a Miss Drury, avisé al bedel para que cuidara de ella y me dirigí a mi aula.

Alguien había escrito unos versos en la pizarra:

«Un, dos, tres, alarí…
La señora Sary sentada
en la sillita
parece
un hada pequeñita».

Me volví hacia mis alumnos con aire irritado. Noté un cambio en los asientos: el pupitre de Joey Richards estaba vacío.

Había ido a sentarse con Sarietta Hawn en las profundas sombras de la última fila.

Con gran alivio por mi parte, Sarietta no mencionó el incidente. Durante la cena permaneció silenciosa, como siempre, con los ojos rígidamente fijos en su plato. De modo que Mrs. Clayton no se enteró de nada. Por aquel lado no habría repercusiones.

Después de cenar, me dirigí a la anticuada casa donde vivía Miss Drury con sus parientes. En mi cuerpo se formaban lagos de sudor, y me resultaba completamente imposible concentrarme. Las hojas de los árboles colgaban inmóviles en la húmeda noche.

Miss Drury se encontraba mucho mejor. Pero se negó a olvidar el asunto; y se negó a escucharme cuando le sugerí que lo mejor que podía hacer era tratar de hacerse amiga de Sarietta. Sacudió la cabeza con energía.

—¡No, no y *no*! ¡No quiero la amistad de esa hija de las tinieblas! Antes estrecharía la mano del propio Belcebú. Ahora me odiará más que nunca, porque la he obligado a quitarse la careta. ¿No se da cuenta? Le he hecho manifestar su brujería. Ahora…, ahora tengo que luchar con ella y con el diablo que la asiste. Tengo que pensar algo… Pero, hace tanto calor… ¡Tanto calor! Mi cerebro…, mi cerebro no parece funcionar normalmente.

Se secó la frente con su chal de casimir.

Salí de la casa, pensando desesperadamente, en busca de alguna posible solución. Si las cosas continuaban por aquel camino, iba a producirse algún incidente desagradable; la junta de la escuela llevaría a cabo una investigación, y el final resultaría desastroso para la propia escuela. Traté de examinar la situación con calma, pero la ropa se me pegaba al cuerpo y me faltaba aire para respirar.

Nuestro porche estaba desierto. Vi que algo se movía en el jardín y me dirigí hacia allí. Las sombras resultaron ser Sarietta y Joey Richards.

Sarietta estaba sentada en el suelo, con una muñeca en las manos. Una muñeca de cera con un mechón de cabellos castaños en la cabeza, recogidos en una especie de moño como el moño con que se peinaba Miss Drury. Una muñequita con un vestido de muselina que recordaba los largos y severos vestidos de Miss Drury.

—¿No crees que lo que estás haciendo es una tontería? —conseguí preguntar, finalmente—. Miss Drury ya está bastante preocupada y trastornada por lo ocurrido

para que encima la hagas víctima de esas horribles supersticiones. Estoy convencido de que, si te lo propusieras, todos podríamos ser buenos amigos.

Los dos niños se pusieron en pie. Sarietta apretó la muñeca contra su pecho.

—No es ninguna tontería, Mr. Flynn. Esa mala mujer tiene que recibir una lección. Una terrible lección que nunca olvidará. Perdone, señor, pero esta noche tengo mucho trabajo.

Y desapareció, diminuta sombra blanca tragada por la noche.

Me volví hacia el muchacho.

—Joey, tú eres un chico listo. De hombre a hombre…

—Disculpe, Mr. Flynn. —Joey echó a andar hacia la verja—. Tengo que marcharme a casa.

Oí el rítmico rumor de sus pasos sobre la acera, alejándose y desvaneciéndose en la distancia. Era evidente que había perdido todo mi ascendiente sobre Joey.

Aquella noche el sueño tardó en llegar. Di vueltas y más vueltas en la cama, me quedé adormilado, me desperté y me adormilé de nuevo.

Alrededor de medianoche me desperté sobresaltado. Ablandé la almohada y estaba a punto de efectuar una nueva tentativa para conciliar el sueño cuando mis oídos captaron un leve sonido. Lo reconocí. Aquello era lo que me había despertado. Me incorporé.

¡La voz de Sarietta!

Estaba cantando una extraña melopea compuesta de palabras incomprensibles. La voz creció y creció de volumen, haciéndose cada vez más rápida. Al final, cuando pareció haber alcanzado los límites de la audibilidad humana, se apagó. Pero sólo un instante. Casi inmediatamente, volvió a estallar en un horrible crescendo:

«*¡Kurunoo O Stogolooooo!*»

Silencio.

Dos horas más tarde, conseguí quedarme dormido.

El sol, brillando a través de mis párpados, me despertó. Me vestí, sintiéndome extrañamente fatigado y apático. No tenía hambre y, por primera vez en mi vida, salí de casa sin desayunar.

Hacía un calor espantoso. Mis pies notaban arder el asfalto bajo las suelas de mis zapatos. Tenía el rostro y las manos empapados en sudor. La sombra proyectada por el edificio de la escuela aportó un alivio insignificante.

Miss Drury tampoco tenía apetito. Había dejado sus cuidadosamente envueltos bocadillos de lechuga sobre la mesa del sótano, sin tocarlos. La encontré con la cabeza apoyada sobre sus delgadas manos. Me miró con ojos enrojecidos.

—¡Hace tanto calor! —susurró—. No puedo resistirlo. Y no comprendo por qué

todo el mundo siente tanta lástima de esa mocosa… Sólo porque he hecho que se sentara en un pupitre donde da el sol. Este calor me ha hecho sufrir mil veces más que a ella.

—¿Ha hecho usted sentarse… a Sarietta… en…?

—Desde luego. No es ningún personaje privilegiado. Siempre sentada en la última fila, donde se está fresco y cómodo… La he obligado a cambiar de pupitre, de modo que ahora se sienta junto al gran ventanal. Y ha notado el cambio, vaya si lo ha notado. Sólo que… desde entonces, parece que me encuentro peor. Anoche no pegué un ojo con aquellas terribles pesadillas: unas grandes manos empujándome y pellizcándome, unos cuchillos pinchando mi cara y mi cuerpo…

—¡Esa niña no puede soportar la luz del sol! —exclamé—. Es una albina.

—¿Albina? ¡Narices! Es una bruja. Se dedica a confeccionar muñecas de cera. ¿Por qué cree que Joey Richards intentó cortarme un mechón de pelo? Se lo había ordenado esa… ¡Ooh! —Miss Drury se retorció en su silla—. Estos pinchazos…

Aguardé a que el ataque remitiera y contemplé su arrugado y sudoroso rostro.

—Creo que la responsable de que Sarietta confeccione muñecas de cera es usted, Miss Drury. Ha llegado a convencerla de que es una bruja… Anoche, precisamente, cuando salí de su casa…

Miss Drury se había puesto en pie de un salto y era todo oídos.

—Estaba haciendo una muñeca de cera, ¿verdad?

—Sí.

—¿Mía?

—Bueno…, ya sabe cómo son los chiquillos. La muñeca respondía a la idea que Sarietta tiene de su aspecto. De todos modos, era un buen trabajo. Personalmente, creo que esa niña posee condiciones naturales para la escultura.

Pero Miss Drury no me escuchaba.

—¡Los pinchazos! —exclamó—. ¡Los pinchazos! ¡Esa bruja me ha estado clavando alfileres! Voy a… Pero, tengo que andar con pies de plomo…

Me puse en pie y traté de apoyar mi mano en el hombro de Miss Drury a través de la mesa.

—Tranquilícese —le dije—. Creo que estamos llevando la cosa demasiado lejos.

Miss Drury se dirigió rápidamente hacia la escalera hablando entre dientes.

—No puedo utilizar un bastón ni una maza: ella los controla. Pero mis manos…, si consigo ponerle las manos encima con la suficiente rapidez, no podrá detenerme. Pero no puedo darle una oportunidad —sollozó—, *no puedo darle una oportunidad*.

Y subió precipitadamente la escalera.

Eché a correr detrás de ella, derribando la mesa.

La mayoría de los niños estaban comiendo a lo largo de la verja de madera al final del patio de la escuela. Pero se habían interrumpido y contemplaban algo con

una mezcla de temor y de fascinación. Con los bocadillos suspendidos delante de sus bocas abiertas. Seguí la dirección de sus miradas.

Miss Drury estaba deslizándose a lo largo de la pared del edificio como una pantera a punto de saltar. De cuando en cuando se tambaleaba y tenía que apoyarse en la misma pared. De pronto, se detuvo: delante de ella, a un par de metros de distancia, Sarietta Hawn y Joey Richards estaban sentados a la sombra, contemplando con fijeza una muñeca de cera. La muñeca, en el suelo, recibía directamente los rayos del sol e incluso a la distancia en que me encontraba pude ver que se estaba derritiendo.

—¡Eh! —grité—. ¡Miss Drury! ¡Tenga cuidado!

Y eché a correr hacia ella.

Al oírme gritar, los dos niños alzaron la mirada, sorprendidos. Miss Drury se lanzó hacia adelante y cayó sobre la niña. Joey Richards agarró la muñeca y echó a correr en dirección a mí. Al tratar de detenerle, choqué contra él y di con mis huesos en el suelo. Mientras caía, capté como en un relámpago la mano derecha de Miss Drury abatiéndose sobre la niña. Sarietta había quedado medio aplastada bajo el cuerpo de la maestra.

Me quedé sentado en el suelo, enfrente de Joey. Detrás de mí, los niños estaban gritando como nunca les había oído gritar.

Joey apretaba la muñeca con las dos manos. Mientras le contemplaba, sin atreverme a apartar los ojos, la cera, ablandada ya por el calor del sol, perdió su forma y empezó a deshacerse. Goteó a través del vestido de muselina y cayó sobre el cemento del patio de la escuela.

Por encima de los aullidos de los niños, Miss Drury dejó oír un espantoso grito que se prolongó y se prolongó…

Joey miró por encima de mi hombro con ojos desorbitados. Pero continuó apretando la muñeca, y yo mantuve mis ojos sobre ella, desesperadamente, mientras el griterío crecía a mi alrededor y el inmenso sol me llenaba el rostro de sudor. Y en tanto que la cera goteaba sobre el suelo, Joey empezó a cantar. Su voz fue aumentando de volumen hasta que pareció dominar el mundo:

«Un, dos, tres, alarí…
La señora Sary
sentada en la sillita
parece
un hada pequeñita.

Y Miss Drury gritaba, y los niños aullaban y Joey cantaba, pero yo no aparté los ojos de la pequeña muñeca de cera.

No aparté los ojos de la pequeña muñeca de cera derritiéndose a través del vestido de muselina. No aparté mis ojos de la muñeca.

LOS VIGILANTES

EL HOMBRE MUERTO

Ray Bradbury

LOS VIGILANTES

En esta habitación, el sonido de la máquina de escribir semeja el repicar de unos nudillos sobre madera, y mi sudor cae sobre las teclas que pulsan incesantemente mis temblorosos dedos. Y dominando aquel sonido llega la irónica melodía de un mosquito que vuela en círculos sobre mi inclinada cabeza, y el zumbido de numerosas moscas que revolotean a mi alrededor. Las polillas se estrellan contra la lámpara de globo amarillo que arde en el techo. Una hormiga trepa por la pared; la contemplo, y una risa amarga brota de mis labios. ¡Cuán irónicas resultan las moscas, y las hormigas rojas, y los acorazados grillos! ¡Cuán equivocados estábamos los tres: Susan, yo y William Tinsley!

Dondequiera que estés, quienquiera que seas, si por casualidad lees esto, no vuelvas a aplastar la hormiga que anda por la acera, no mates al abejorro que choca contra el cristal de tu ventana, no aniquiles al grillo que entona su nocturna canción, por lo que más quieras.

Ése fue el error de Tinsley. Un error colosal. ¿Te acuerdas de William Tinsley? ¿El hombre que derrochó un millón de dólares en papeles cazamoscas, insecticidas y polvos contra las hormigas?

En la oficina de Tinsley no hubo nunca un lugar para una mosca o un mosquito. Ni una pared blanca, ni un escritorio verde, ni ninguna superficie inmaculada donde una mosca pudiera aterrizar antes de que Tinsley la destruyera con un fulminante golpe de su magnífica pala matamoscas. Nunca olvidaré aquel instrumento de muerte. Tinsley, un monarca, gobernaba su industria con aquella pala matamoscas como un cetro.

Yo era secretario de Tinsley y su mano derecha en su industria de baterías de cocina; a veces le asesoraba en sus numerosas inversiones.

Tinsley empezó a utilizar la pala matamoscas en el mes de julio de 1944. Si me encontraba en uno de los despachos contiguos cuando Tinsley llegaba a la oficina, me enteraba de su presencia al oír zumbar la pala mientras Tinsley liquidaba su cupo matinal.

A medida que pasaban los días, observé la preocupada vigilancia de Tinsley. Me dictaba, pero sus ojos escudriñaban las paredes norte-sur-este-oeste, la alfombra, las estanterías, incluso mis ropas. En cierta ocasión me eché a reír e hice un mordaz

comentario acerca de las pequeñas manías que llegan a convertirse en una obsesión, pero Tinsley frunció el ceño y me volvió la espalda. Me callé. Pensé que la gente tiene derecho a ser tan excéntrica como le plazca.

—Hola, Steve. —Tinsley agitó su pala, una mañana, mientras yo apoyaba mi lápiz en el bloc—. Antes de empezar, ¿le importaría dejar esto limpio de cadáveres?

Caídas sobre la espesa alfombra veíanse las derrotadas, las moscas; inmóviles, aplastadas, sin alas. Cas recogí una a una y las tiré al cesto de los papeles, rezongando.

—A S. H. Little, Filadelfia. Querido Little: He decidido invertir dinero en su insecticida. Cinco mil dólares…

—¿Cinco mil? —inquirí, desolado.

Dejé de escribir.

Tinsley me ignoró.

—Cinco mil dólares. Te aconsejo producción inmediata en cuanto lo permitan las circunstancias bélicas. Un afectuoso saludo. —Tinsley agitó su pala—. Cree usted que estoy loco —añadió.

—¿Es una postdata, o está hablando conmigo? —pregunté.

En aquel momento sonó el teléfono. Llamaba la Termite Control Company, a la cual Tinsley me dijo que extendiera un cheque de mil dólares por haber construido su casa a prueba de termitas. Tinsley palmeó su sillón de metal.

—Las termitas no tienen nada que hacer en mis oficinas: todo hierro, cemento, sólido…

Se puso en pie de un salto y la pala zumbó rápidamente en el aire.

—¡Maldita sea! ¡ÉSA ha estado aquí todo el tiempo!

Algo vibró en alguna parte, en medio del silencio. Las cuatro paredes parecieron moverse a nuestro alrededor en aquel silencio, mientras Tinsley respiraba agitadamente. No pude ver el infernal insecto en ninguna parte. Tinsley estalló:

—¡Ayúdeme a encontrarla! ¡Maldita sea, ayúdeme!

—Creo que…

Alguien llamó a la puerta.

—¡No se acerque a la puerta! —aulló Tinsley—. ¡No se acerque a la puerta, y busque! —Se precipitó hacia la puerta, echó el cerrojo con un gesto frenético y se apoyó contra ella, mirando hacia todas partes con aire extraviado—. ¡Vamos, Steve, no se quede quieto! ¡Busque sistemáticamente!

Escritorio, sillas, candelabros, paredes. Como un animal enloquecido, Tinsley buscó, localizó la mosca, la golpeó con la pala. La mosca cayó al suelo, y Tinsley la aplastó con el pie, con una expresión de triunfo en el semblante.

Empezó a disculparse conmigo, pero le interrumpí bruscamente:

—Mire, soy su secretario y su hombre de confianza, no un vulgar cazador de moscas. ¡No tengo ojos en la nuca!

—¡Tampoco Ellos los tienen! —gritó Tinsley—. ¿Y sabe usted lo que hacen

Ellos?

—¿Ellos? ¿Quién diablos son Ellos?

Tinsley se calló. Se dirigió a su escritorio, se sentó con aire de fatiga y finalmente dijo:

—No importa. Olvídelo. No hable de esto con nadie.

Me ablandé.

—Bill, creo que debería ir usted a ver a un psiquiatra para…

Tinsley rió amargamente.

—Y el psiquiatra se lo diría a su esposa, y ella se lo diría a otros, y Ellos acabarían por enterarse. Ellos están en todas partes. Y no quiero que interrumpan mi campaña.

—Si se refiere a los cien mil dólares que ha invertido en insecticidas y en polvos contra las hormigas durante las últimas cuatro semanas —dije—, alguien tiene que interrumpirle. Se arruinará usted, me arruinará a mí y arruinará a los accionistas. Palabra, Tinsley…

—¡Cállese! —gritó—. Usted no comprende.

Supongo que no comprendía, entonces. Regresé a mi oficina y durante todo el día oí aquella maldita pala matamoscas siseando en el aire.

Aquella noche cené con Susan Miller. Le conté lo de Tinsley, y ella me escuchó con simpatía y con cierto interés profesional. Luego encendió su cigarrillo y dijo:

—Steve, aunque sea psiquiatra, no puedo aventurar ningún juicio a menos que Tinsley venga a verme. No puedo ayudarle, si él no desea que le ayude. —Palmeó mi brazo—. Desde luego, me ocuparé de él, si insistes. Pero la mitad de la lucha está perdida si el paciente no colabora.

—Tienes que ayudarme, Susan —dije—. Está empeorando a ojos vistas; creo que sufre manía persecutoria…

Invitamos a Tinsley a cenar.

La velada fue un éxito. Reímos, bailamos, cenamos en el «Brown Derby», y Tinsley no sospechó ni remotamente que la esbelta mujer de voz suave que valsaba entre sus brazos era una psiquiatra que recogía cuidadosamente sus reacciones. Desde la mesa les contemplé, juntos, y oí que Susan le reía a Tinsley uno de sus chistes.

A nuestro regreso íbamos sumidos en un agradable y relajado silencio, el silencio que sigue a una feliz velada. El perfume de Susan llenaba el interior del automóvil, la radio sonaba de un modo apagado y los neumáticos del coche chirriaban suavemente sobre el asfalto de la carretera.

Miré a Susan y ella a mí, y sus cejas se enarcaron ligeramente para darme a entender que hasta entonces no había descubierto nada que hiciera suponer que Tinsley estaba desequilibrado en algún sentido. Me encogí de hombros.

En aquel preciso instante, una polilla agitó sus aterciopeladas alas contra el cristal

de la ventanilla, buscando la libertad.

Tinsley lanzó un grito, alargó una mano enguantada hacia la polilla, mortalmente pálido. Los neumáticos chirriaron. Susan agarró el volante con firmeza y mantuvo la dirección hasta que el automóvil se detuvo, junto a la cuneta.

Tinsley aplastó la polilla entre sus dedos y contempló el polvillo que caía sobre el brazo de Susan. Permanecimos sentados allí, los tres, respirando agitadamente.

Susan me miró, y esta vez había comprensión en sus ojos. Asentí con un gesto.

Tinsley, por su parte, miraba fijamente delante de él. Como en sueños, murmuró:

—El noventa por ciento de los seres vivos de la tierra son insectos…

Sin más comentario, puso el motor en marcha y nos llevó a casa.

Una hora más tarde, Susan me telefoneó.

—Steve, Tinsley se está creando un terrible complejo. Mañana almorzaré con él. Me es simpático. Y creo que podré descubrir lo que nos interesa saber. A propósito, Steve, ¿sabes si tiene algún animalito doméstico?

Tinsley no había tenido nunca perros ni gatos. Detestaba a los animales.

—Debí suponerlo —dijo Susan—. Bien, buenas noches, Steve, te veré mañana.

Al día siguiente, sin saber exactamente por qué, me dirigí a la casa blanca donde vivía el procurador Remington, que por espacio de cuarenta años había sido el representante legal de la familia Tinsley, incluso antes de que William naciera. Mientras cruzaba el jardín, sacudí de mi abrigo una hormiga que había caído de un arbusto. Remington sólo había tenido conmigo una relación de negocios, pero allí estaba yo, cruzando el jardín de su casa y pulsando el timbre de su puerta; y unos minutos más tarde, contemplándole por encima de un vaso lleno de su jerez.

—Lo recuerdo —dijo Remington, recordando—. ¡Pobre Tinsley! No tenía más que diecisiete años cuando ocurrió.

Me incliné hacia adelante rápidamente.

—¿Cuando ocurrió? —La hormiga corrió con salvaje frenesí por el dorso de mi mano, se enredó en la zarza de mi muñeca, desanduvo el camino, abriendo y cerrando sus mandíbulas. Contemplé la hormiga—. ¿Algún desgraciado accidente?

El procurador Remington asintió.

—El padre de Tinsley le llevó a cazar con él a la región del lago Arrowhead, en otoño, cuando el muchacho acababa de cumplir los diecisiete años. Aquélla es una región muy hermosa, y hacía un día espléndido. Lo recuerdo, porque yo estaba cazando a menos de setenta millas de allí, aquella misma tarde. Abundaba la caza. A través del lago se oía el estampido de los disparos, mezclado con la fragancia de los pinos. El padre de Tinsley apoyó su escopeta contra un arbusto para atarse un zapato, cuando una bandada de codornices remontó el vuelo: algunas de ellas, en su terror, volaron directamente hacia Tinsley y su hijo.

Remington contempló el fondo de su vaso como para ver en él lo que estaba

diciendo.

—Una codorniz derribó la escopeta, ésta se disparó, y la carga dio de lleno en el rostro del viejo Tinsley…

—¡Dios mío!

Vi mentalmente al viejo Tinsley tambalearse, agarrar la roja máscara de su rostro, dejar caer sus manos ahora enguantadas con una tela escarlata, y caer, mientras el muchacho, pálido como un muerto, no acababa de creer lo que estaba viendo.

Bebí mi jerez apresuradamente, y Remington continuó:

—Pero aquél no fue el más horrible de los detalles. Podría creerse que resultó lo bastante horrible. Pero lo que sucedió a continuación desbordó la medida de lo indescriptible para el muchacho. Corrió cinco millas en busca de ayuda, dejando a su padre detrás, muerto, pero negándose a creer que estaba muerto. Gritando, jadeando, destrozando sus ropas en las zarzas, el joven Tinsley corrió hasta llegar a una carretera, y seis horas más tarde regresaba al lugar del accidente con un médico y otros dos hombres. El sol empezaba a ocultarse… —Remington hizo una pausa y sacudió la cabeza de un lado a otro, con los ojos cerrados—. Todo el cuerpo, los brazos, las piernas y el destrozado contorno de lo que había sido un rostro viril y guapo, estaba materialmente cubierto de insectos de todas clases, atraídos por el dulzón olor de la sangre. ¡Era imposible ver un centímetro cuadrado del cuerpo del viejo Tinsley!

Mentalmente, creé los pinos, y los tres hombres rodeando al joven que contemplaba con aterrorizado estupor un cadáver sobre el cual una marea de voraces animalitos fluía y refluía incansablemente. En alguna parte, un picamaderos repiqueteó en la rama de un árbol, una ardilla se escabulló, y una codorniz agitó sus pequeñas alas. Y los tres hombres agarraron al muchacho por los brazos y le arrancaron de su morbosa contemplación…

Algo de la agonía y el terror del muchacho debió de escapar de mis labios, ya que cuando mi mente regresó a la biblioteca Remington me estaba mirando con fijeza y mi vaso se había roto por la mitad produciéndome un corte en la mano.

—De modo que ése es el motivo de que Tinsley sienta esa aversión hacia los insectos y los animales —murmuré, unos minutos después, algo repuesto de la impresión, pero con el corazón palpitante—. Una aversión que ha ido creciendo con el paso de los años, hasta llegar a obsesionarle.

Remington mostró cierta curiosidad por conocer el problema de Tinsley, pero le dije que no se trataba de nada grave y pregunté:

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Creí que lo sabía —respondió Remington, sorprendido—. El viejo Tinsley era un famoso naturalista. Muy famoso, en realidad. En cierto sentido, resulta irónico que muriera a manos de los mismos animales que estudiaba, ¿verdad?

—Sí. —Me puse en pie y estreché la mano de Remington—. Gracias, procurador. Me ha ayudado usted mucho. Ahora, tengo que marcharme.

—Adiós.

Me detuve al aire libre delante de la casa de Remington, y la hormiga continuaba moviéndose salvajemente sobre mi mano. Por primera vez, empecé a comprender a Tinsley y a simpatizar con él. Fui a recoger a Susan en mi automóvil.

Susan apartó de sus ojos el velo de su sombrero negro y dijo, con una expresión pensativa en la mirada:

—Lo que acabas de contarme encaja perfectamente con el caso de Tinsley, desde luego. Lo ha estado incubando. —Agitó una mano—. Mira a tu alrededor. ¿Te das cuenta de lo fácil que sería creer que los insectos son realmente los horrores que Tinsley imagina? Hay una mariposa real que nos sigue. ¿Escucha lo que decimos? El padre de Tinsley era naturalista. Se interfirió, metió las narices donde no debía, de modo que Ellos, los que controlan los animales y los insectos, le mataron. Noche y día, durante los últimos diez años, esa idea ha estado en la mente de Tinsley; adondequiera que volvía los ojos, veía la forma de vida más numerosa del mundo, y las sospechas empezaron a adquirir cuerpo y sustancia…

—No puedo decir que se lo reprocho —murmuré—. Si mi padre hubiese muerto como el suyo…

—Tinsley se niega a hablar cuando hay un insecto en la habitación, ¿no es cierto, Steve?

—Sí, teme que descubran lo que sabe acerca de ellos.

—Lo cual resulta absurdo, ¿no te parece? Aceptando que las mariposas y las hormigas y las moscas sean malvadas, Tinsley no podría mantener en secreto sus conocimientos, ya que tú y yo hemos hablado de ello, y también otras personas. Pero él insiste en que mientras no diga ninguna palabra en Su presencia… Bueno, continúa estando vivo, ¿no? *Ellos* no le han destruido, ¿verdad? Y si Ellos fueran malvados y temieran sus conocimientos, le hubiesen destruido hace mucho tiempo…

—Tal vez están jugando con él —sugerí—. Este asunto es muy raro. El padre de Tinsley estaba a punto de realizar un gran descubrimiento cuando murió. El hecho parece encajar…

—Será mejor que nos apartemos de este cálido sol —rió Susana, desviando el automóvil hacia un camino sombreado.

El domingo siguiente, por la mañana, Bill Tinsley, Susan y yo fuimos a la iglesia juntos. Durante el servicio religioso, Bill empezó a reír para sí mismo hasta que le propiné un codazo en las costillas y le pregunté cuál era el motivo de su hilaridad.

—Fíjate en el reverendo —respondió Tinsley, fascinado—. Tiene una mosca en la calva. Una mosca en una iglesia. Van a todas partes, te lo digo yo. Deja que el ministro hable, no servirá de nada…

Al salir de la iglesia nos dirigimos al lugar donde habíamos planeado almorzar, en pleno campo. Susan trató varias veces de conducir a Bill al terreno de sus temores, pero Bill se limitó a señalar la hilera de hormigas que desfilaba sobre el mantel y sacudió la cabeza, furiosamente. Más tarde se disculpó y, en un tono que revelaba cierta tensión, nos pidió que fuéramos a su casa aquella noche: las cosas iban mal, los negocios peor, y nos necesitaba.

No faltamos a la cita. Tinsley nos llevó a su estudio, cerró la puerta con llave y nos ofreció unos combinados, mientras él paseaba ansiosamente de un lado para otro, empuñando su familiar pala y matando dos moscas antes de decidirse a hablar.

Dio unos golpecitos en la pared.

—Metal. A prueba de querochas, gorgojos, carcomas y termitas. Sillas de metal, todo de metal. Estamos solos, ¿verdad?

Miré a mi alrededor.

—Creo que sí.

—Bien. —Bill respiró profundamente—. ¿Se han interrogado nunca a sí mismos acerca de Dios y del Diablo y del Universo, Susan, Steve? ¿Se han dado cuenta de lo cruel que es el mundo? ¿Han observado cómo tratamos de avanzar, y con qué ensañamiento somos golpeados cada vez que parece que el éxito está a punto de sonreímos? —Asentí en silencio, y Tinsley continuó—: Uno se pregunta a veces dónde está Dios, o dónde están las Fuerzas del Mal. Uno se pregunta qué forma asumen esas fuerzas, si son ángeles invisibles… La solución es más sencilla y más científica. Estamos vigilados constantemente. ¿Acaso transcurre un minuto de nuestras vidas sin que una mosca zumbe en nuestra habitación, o una hormiga se cruce en nuestro camino, o un perro, o un gato, o una polilla revoloteando en la oscuridad, o un mosquito acechando a través de las mallas de un mosquitero?

Susan no dijo nada, pero miró a Tinsley con naturalidad y sin revelar la menor extrañeza. Tinsley sorbió su combinado.

—Pequeños seres alados a los cuales no prestamos ninguna atención, que nos siguen a lo largo de nuestras vidas, que escuchan nuestras plegarias, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros temores, que nos escuchan y luego repiten lo que han oído a Él, a Ella o a Ello, a la Fuerza que les ha enviado al mundo.

—¡Oh, vamos! —exclamé, impulsivamente.

Ante mi sorpresa, Susan me fulminó con la mirada.

—Déjale terminar —me dijo. Luego miró a Tinsley—. Continúe, por favor.

Tinsley dijo:

—Puede parecer absurdo, pero he llegado a esa conclusión por caminos puramente científicos. En primer lugar, nunca he podido descubrir un motivo para que existan tantos insectos, para su variada profusión. En el mejor de los casos, sólo sirven para irritar a los mortales. Bueno, una explicación muy sencilla es la siguiente: la Fuerza que los gobierna es un pequeño cuerpo, puede ser una sola persona, incapaz de estar en todas partes. Las moscas pueden estar en todas partes, lo mismo que las

hormigas y otros insectos. Y puesto que los mortales no podemos distinguir una hormiga de otra, toda identificación resulta imposible, y una mosca es tan buena como otra para la misión que tiene encomendada. Hay tantas moscas y ha habido tantas durante años, que no les prestamos atención. Al igual que sucede con la *Carta Escarlata* de Hawthorne, las tenemos delante de nuestros ojos y la familiaridad nos ha cegado para ellas.

—No creo nada de todo esto —dije, sin rodeos.

—¡Déjeme terminar! —se apresuró a decir Tinsley—. Luego juzgará. Existe una Fuerza, y debe de poseer un sistema contactivo, de modo que la vida pueda ser modificada y ajustada de acuerdo con cada uno de los individuos. Piense en ello: billones de insectos, comprobando, relacionando e informando sobre las materias de su incumbencia, controlando la humanidad…

—¡Basta! —estallé—. El accidente que le costó la vida a su padre fue una desdichada casualidad. Tiene que olvidarlo. No puede continuar engañándose a sí mismo.

Me puse en pie.

—¡Steve! —Susan se había puesto en pie, también, con las mejillas enrojecidas —. El hablar de ese modo no ayudará a Mr. Tinsley. Siéntate. —Me oprimió el hombro. Luego se volvió rápidamente hacia Tinsley—. Bill, si lo que usted dice es cierto, si todos sus planes, su casa a prueba de insectos, su silencio en presencia de esos pequeños animales alados, su campaña, sus polvos contra las hormigas y sus insecticidas significan realmente algo, ¿por qué está usted vivo aún?

—¿Por qué? —gritó Tinsley—. Porque he trabajado solo.

—Pero si existe un Ellos, Bill, hace un mes que tiene noticias de usted, porque Steve y yo hemos hablado libremente, ¿no es cierto, Steve? Sin embargo, continúa usted vivo. ¿No es una prueba de que está equivocado?

—¿Han hablado de mí libremente? ¿Han hecho eso? —inquirió furiosamente Tinsley—. ¡No! ¡Es imposible! Steve me prometió…

—Escúcheme. —La voz de Susan le impresionó, como hubiera impresionado a un chiquillo rebelde—. Escuche, antes de gritar. ¿Está de acuerdo en que realicemos un experimento?

—¿Qué clase de experimento?

—A partir de ahora, todos nuestros planes serán públicos, por así decirlo. Si en las próximas ocho semanas no le ocurre nada, tendrá que admitir que sus temores son infundados.

—Pero, Ellos me matarán…

—Escuche: Steve y yo apostamos nuestras vidas en el asunto, Bill. Si usted muere, Steve y yo moriremos con usted. Yo estimo en mucho mi vida, Bill, y Steve estima la suya. Nosotros no creemos en sus horrores, y queremos librarle de su obsesión.

Tinsley sacudió la cabeza y clavó la vista en el suelo.

—No sé… No sé… —murmuró.

—Ocho semanas, Bill. Y luego podrá descansar el resto de su vida fabricando insecticidas, si lo desea… El simple hecho de que siga viviendo será una prueba de que Ellos no albergan ninguna mala intención en lo que a usted respecta.

Tinsley tenía que admitir aquello. Pero se resistía a declararlo. Murmuró, casi para sí mismo:

—Éste es el comienzo de la campaña. Puede durar mil años, pero al final podemos liberarnos.

—Puede usted quedar libre en ocho semanas, Bill, ¿no se da cuenta? Durante las próximas ocho semanas, siga adelante con su campaña, anúnciela en periódicos y revistas, háblele de ella a todo el mundo, de modo que si usted muere la gente sepa a qué atenerse. Luego, cuando hayan transcurrido las ocho semanas, quedará libre del miedo que ha roído sus entrañas durante tanto tiempo.

En aquel momento ocurrió algo que nos desconcertó. Zumbando sobre nuestras cabezas, apareció una mosca. Había estado en la habitación con nosotros todo el tiempo y, sin embargo, yo habría jurado, antes de verla, que no había ninguna. Tinsley empezó a temblar. Sin saber lo que hacía, reaccioné maquinalmente a algún impulso interior. Atrapé la mosca en el aire, encerrándola en mi mano. Luego apreté la mano con fuerza, mirando a Bill y a Susan. Sus rostros tenían el color de la tiza.

—La he cogido —dije, con una alegría salvaje—. He cogido la maldita mosca, y no sé por qué.

Abrí la mano. La mosca cayó al suelo. La pisoteé como había visto a menudo hacer a Bill, y mi cuerpo estaba frío sin ningún motivo. Susan me miró como si acabara de perder a su último amigo.

—¿Qué estoy diciendo? —exclamé—. ¡No creo una palabra de este maldito embrollo!

Había oscurecido. Tinsley consiguió encender un cigarrillo y luego, en vista de que los tres éramos víctimas de una extraña tensión nerviosa, sugirió que nos quedáramos en su casa aquella noche.

Susan dijo que se quedaría si Tinsley, por su parte, accedía a la prueba de las ocho semanas.

—¿Arriesga usted su vida en ello? —inquirió Bill.

Susan asintió gravemente.

—El año próximo nos reiremos mucho recordando esto.

Bill dijo:

—De acuerdo. Acepto el plazo de ocho semanas.

Mi habitación, situada en el primer piso, tenía las ventanas orientadas al campo; a través de ellas, se divisaban las lejanas y verdes colinas. Susan dormía en la habitación contigua a la mía, y Bill al otro lado del vestíbulo. Tendido en la cama, oía

el monótono chirrido de los grillos, y el sonido se me hizo insoportable.

Cerré la ventana.

Me resultó imposible conciliar el sueño, y empecé a imaginar que un mosquito campaba a sus anchas en la oscuridad de mi cuarto. Finalmente, me levanté y bajé a la cocina, no porque tuviera hambre, sino con el deseo de hacer algo que me aplacara los nervios. Encontré a Susan rebuscando en las bandejas del refrigerador.

Nos miramos el uno al otro. Nos decidimos por un pollo, lo llevamos a la mesa y nos sentamos. El mundo era irreal para nosotros. El recuerdo de Tinsley ponía inseguridad y brumas en nuestro universo. Susan, a pesar de sus estudios y de su cultura, continuaba siendo una mujer, y todas las mujeres tienen un fondo de superstición.

Para acabar de arreglarlo, en el momento en que nos disponíamos a hundir nuestros cuchillos en el pollo, una mosca aterrizó sobre él.

Permanecimos sentados, contemplando la mosca, durante cinco minutos. La mosca anduvo alrededor del pollo, lo sobrevoló y terminó por posarse sobre uno de los muslos.

Devolvimos el pollo a la nevera, bromeando en voz baja sobre lo ocurrido, y regresamos a nuestras respectivas habitaciones. Me dejé caer en la cama y las pesadillas empezaron a asaltarme antes de cerrar los ojos.

Mi reloj de pulsera dejaba oír un tictac abominable en medio de la oscuridad. El tictac se había repetido varios millares de veces cuando oí el grito.

No me importa oír gritar a una mujer ocasionalmente, pero un grito de hombre resulta tan extraño, y se oye con tan poca frecuencia, que cuando finalmente llega convierte nuestra sangre en un torrente ártico. El grito parecía haber resonado a través de toda la casa, y me pareció oír algunas frenéticas palabras, más o menos éstas: «¡Ahora sé por qué Ellos me han dejado con vida!»

Me precipité hacia la puerta y la abrí a tiempo para ver a Tinsley corriendo a través del vestíbulo, con las ropas arrugadas y empapadas, su cuerpo húmedo de la cabeza a los pies. Al oír que abría la puerta se volvió y gritó:

—¡No te acerques a mí, Steve, por Dios, no me toques, o te ocurrirá también a ti! ¡Estaba equivocado! ¡Estaba equivocado, sí, pero no del todo, Steve, no del todo!

Antes de que pudiera evitarlo, Tinsley había cruzado la puerta principal, cerrándola con estrépito detrás de él. Susan apareció repentinamente a mi lado.

—¡Ha enloquecido, Steve! Tenemos que detenerle…

Un ruido procedente del cuarto de baño atrajo mi atención. Asomándome a él, cerré el grifo de la ducha: el agua manaba a chorro, muy caliente, casi hirviendo, en realidad, sobre los azulejos amarillos.

El motor del automóvil de Bill cobró súbita vida, y el vehículo se lanzó a la carretera a una velocidad demencial.

—Tenemos que seguirle —insistió Susan—. ¡Va a matarse! Está huyendo de algo. ¡Vamos!

Echamos a correr hacia mi automóvil a través de un viento frío, bajo unas estrellas muy frías, subimos, calenté el motor y arranqué, desconcertado y sin aliento.

—¿Qué dirección tomamos? —grité.

—Estoy segura de que ha ido hacia el este.

—Entonces, vamos hacia el este.

Hundí el pie en el acelerador, murmurando:

—¡Oh, Bill! ¡Idiota, estúpido! No corras… Vuelve… Espérame, chiflado.

La mano de Susan se aferró fuertemente a mi codo.

—¡Más aprisa! —susurró.

—Vamos a más de cien y se acercan unas curvas peligrosas —repliqué.

La noche se había introducido en nosotros; la charla de los insectos, el viento, el chirrido de los neumáticos sobre el duro asfalto, el latir de nuestros asustados corazones…

—¡Allí! —señaló Susan. Vi un haz luminoso atajando a través de las colinas, a una milla de distancia—. ¡Más aprisa, Steve!

Más aprisa. Devorando kilómetros a través de la oscuridad nocturna, bajo las frías estrellas. Mentalmente vi de nuevo a Tinsley, en el vestíbulo, empapado hasta los huesos. ¡Había permanecido bajo el chorro hirviente de la ducha! ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Bill! ¡Párate, idiota! ¿Adónde vas? ¿De qué estás huyendo, Bill?

Nos estábamos acercando a él. Metro a metro, pulgada a pulgada, pero nos acercábamos.

—Sólo nos lleva seiscientos metros de ventaja, ahora —dijo Susan.

—Le alcanzaremos. —Apreté los labios—. ¡Le alcanzaremos, con la ayuda de Dios!

Entonces, inesperadamente, ocurrió la cosa.

El automóvil de Tinsley aminoró la velocidad. Aminoró la velocidad y pareció arrastrarse a lo largo de la carretera. Nos encontrábamos en una recta que se prolongaba por espacio de una milla, sin curvas ni colinas a la vista. Cuando nos situamos detrás de él, el coche de Tinsley rodaba a cuatro o cinco kilómetros por hora, el paso normal de un hombre, con las luces encendidas.

—¡Steve! —Las uñas de Susan se clavaron en mi muñeca—. Ha sucedido… algo malo.

Lo sabía. Hice sonar el claxon. Silencio. Lo hice sonar de nuevo, lamento estridente y solitario en medio de la oscuridad y el vacío. Detuve el automóvil. El coche de Tinsley avanzaba como un caracol de metal delante de nosotros, exhausto. Abrí la portezuela y me apeé.

—No te muevas —le dije a Susan. Sus labios temblaban y su rostro estaba tan blanco como la nieve.

Eché a correr hacia el automóvil de Tinsley, gritando:

—¡Bill! ¡Bill!

Tinsley no contestó.

No podía hacerlo.

Estaba allí, detrás del volante, completamente inmóvil, y el coche continuaba avanzando, lentamente, muy lentamente.

Se me revolvió el estómago. Alargué el brazo, eché el freno de mano y corté el encendido, sin mirar a Bill, invadido por un nuevo y espantoso horror.

No servía de nada matar moscas, matar polillas, matar termitas, matar mosquitos. Los Maléficos eran demasiado listos.

Mata todos los insectos que encuentres, destruye los perros y los gatos y los pájaros, las comadrejas y las ardillas, y las termitas, y todos los animales y los insectos del mundo… Eso puede hacerlo el hombre, eventualmente, matando, matando, matando. Y cuando hayas terminado la tarea, quedarán todavía los… microbios.

Bacterias. Microbios. Sí. ¡Unicelular, y bicelular, y multicelular vida microscópica!

Millones de ellos, billones de ellos en cada poro, en cada pulgada de carne de tu cuerpo. Sobre tus labios cuando hablas, dentro de tus oídos cuando escuchas, sobre tu piel cuando sientes, sobre tu lengua cuando saboreas, en tus ojos cuando miras. No puedes librarte de ellos, no puedes destruir todos los que hay en el mundo. Sería una tarea imposible, imposible… Tú descubriste eso, ¿verdad, Bill? Casi te convencimos de que los insectos no eran culpables, no eran los Vigilantes. Teníamos razón, en parte. Te convencimos, y esta noche empezaste a pensar, y descubriste la verdad. Microbios. Por eso te metiste bajo la ducha. Pero no pudiste matar bacterias con la suficiente rapidez. Se multiplican y multiplican, instantáneamente…

Miré a Bill, caído detrás del volante.

—La pala matamoscas… Creíste que la pala matamoscas era suficiente. ¡Qué ironía!

Bill, ¿eres tú el que estás tendido ahí, con tu cuerpo transformado por la lepra y la gangrena y la tuberculosis y la malaria, todo al mismo tiempo? ¿Dónde está la piel de tu rostro, Bill, y la carne de tus huesos? ¡Oh, Dios mío! ¡Tu color y tu olor…, la podrida y fétida combinación de enfermedades en que te has convertido!

Microbios. Mensajeros. Millones de ellos. Billones de ellos.

Dios no puede estar en todas partes al mismo tiempo. Tal vez Él inventó las moscas, los insectos, para que vigilaran a sus criaturas.

Pero los Maléficos fueron listos, también. ¡Inventaron los microbios!

Bill, pareces tan *distinto*…

Ahora no le contarás tu secreto al mundo.

Regresé al lado de Susan, la miré, incapaz de hablar. Sólo pude indicarle, por señas, que volviera a casa, sin mí. Yo tenía una tarea que realizar: apartar el

automóvil de Bill de la carretera y prenderle fuego. Susan se llevó mi automóvil, sin mirar hacia atrás.

Y ahora, esta noche, una semana después, estoy escribiendo esto por el valor que pueda tener, aquí y ahora, en el atardecer de verano, con las moscas zumbando en mi habitación. Ahora comprendo por qué Bill Tinsley vivió tanto tiempo. Mientras sus esfuerzos iban dirigidos contra los insectos, las hormigas, los pájaros, los animales, que eran representantes de las Fuerzas del Bien, las Fuerzas del Mal le dejaron en paz. Tinsley, sin saberlo, estaba trabajando para los Maléficos. Pero cuando comprendió que el verdadero enemigo eran las bacterias, más numerosas e invisibles, los Maléficos le aniquilaron.

En mi mente, recuerdo todavía el cuadro de la muerte del padre de Tinsley, cuando recibió un disparo a consecuencia del choque de una codorniz contra su escopeta. El hecho no parecía encajar en el cuadro. ¿Por qué la codorniz, representante del Bien, tenía que matar al viejo Tinsley? Ahora, la respuesta es evidente. La codorniz está sujeta también a las enfermedades, y la enfermedad rompe su estructura neutral. Y la enfermedad, aquel lejano día, hizo que la codorniz derribara el arma de Tinsley, matándole a él y así, sutilmente, a insectos y animales.

Y otra idea en mi mente es el cuadro del viejo Tinsley mientras yacía cubierto de hormigas. Y me pregunto si es posible que las hormigas estuvieran consolándole en el momento de su muerte, hablándole en algún silencioso idioma que ninguno de nosotros puede oír hasta que muere.

La partida de ajedrez continúa, el Bien contra el Mal. Y yo estoy perdiendo.

Esta noche estoy sentado aquí, escribiendo y esperando, y Susan se encuentra en el otro extremo del pueblo, ignorante de todo, a salvo de este conocimiento que debo reflejar en el papel aunque me cueste la vida. Escucho las moscas, tratando de detectar algún mensaje favorable en su incesante zumbar, pero no oigo nada.

Incluso mientras escribo, la piel de mis dedos cambia de color y mi rostro está parcialmente seco y parcialmente húmedo, y parece soltarse de su ancla de reblandecido hueso. Mis ojos destilan un líquido purulento, la náusea invade mi estómago, tengo un sabor acre y ácido en la lengua, los dientes parecen estar sueltos en mi boca, me zumban los oídos. Dentro de unos instantes, la estructura de mis dedos, los músculos, los delgados y finos huesos, se desharán, y una especie de gelatina caerá sobre las negras teclas de esta máquina de escribir, mi carne se desprenderá de mi esqueleto como un podrido ropaje, pero tengo que continuar escribiendo, hasta etaoin ahrdlucmfwyp…cmfwaaaa ddddddddddddd

EL HOMBRE MUERTO

—Aquél es el hombre —dijo Mrs. Ribmoll, señalando al otro lado de la calle—. ¿Ves aquel hombre sentado en la barrica de alquitrán, delante de la tienda de Mr. Jenkins? Bueno, es él. Le llaman Odd Martin.

—¿El que dice que está muerto? —inquirió Arthur.

Mrs. Ribmoll asintió.

—Es un chiflado. Insiste en que está muerto desde la inundación, pero nadie le hace caso.

—Le veo sentado allí todos los días —dijo Arthur.

—¡Oh, sí! Siempre se sienta allí. Es una vergüenza que no le metan en la cárcel.

Arthur hizo una mueca en dirección al hombre.

—¡Yah!

—No te molestes, Arthur, no te hará caso. Nunca he visto a un hombre tan insociable. Nada parece gustarle. —Apretó el brazo de Arthur—. Vamos, hijo, la compra nos espera.

Pasaron por delante de la barbería. Mr. Simpson estaba detrás de la puerta vidriera, haciendo chasquear sus tijeras y mascando su sempiterno chiclé. A través del cristal manchado por las moscas miró pensativamente al hombre sentado en el barril de alquitrán.

—Creo que lo mejor que le podría ocurrir a Odd Martin sería casarse —dijo.

Sus ojos tenían un brillo malicioso. Por encima del hombro, miró a su manicura, Miss Weldon, la cual estaba ocupada puliendo las ásperas uñas de un granjero llamado Gilpatrick. Miss Weldon, ante aquella sugerencia, no alzó la mirada. La había oído a menudo. Siempre estaban bromeando acerca de ella y de Odd Martin.

Mr. Simpson se apartó del cristal y volvió a ocuparse del hirsuto pelo de Gilpatrick. Éste dejó escapar una risita.

—¿Qué mujer se casaría con Odd Martin? A veces casi llego a creer que está muerto. ¡Huele de un modo espantoso!

Miss Weldon miró de reojo a Mr. Gilpatrick y le cortó cuidadosamente en un dedo^con uno de sus pequeños escalpelos.

—¡Maldita sea! Mire lo que hace, mujer…

Miss Weldon le miró con sus apacibles y pequeños ojos azules en una cara muy

blanca. Sus cabellos eran de color castaño sucio; no iba maquillada, y casi nunca hablaba con nadie.

Mr. Simpson hizo chasquear sus tijeras.

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó, con una risotada—. Miss Weldon sabe lo que hace, Gilpatrick… Las pasadas Navidades le regaló una botella de agua de Colonia a Odd Martin. Le ayudará a eliminar ese olor.

Miss Weldon soltó sus utensilios.

—Lo siento, Miss Weldon —se disculpó Mr. Simpson—. No diré nada más.

De mala gana, Miss Weldon volvió a coger sus utensilios.

—¡Eh! ¡Ahí llega otra vez! —gritó uno de los otros cuatro hombres que esperaban turno en la barbería. Mr. Simpson se volvió rápidamente, casi llevándose la sonrosada oreja de Gilpatrick en sus tijeras—. ¡Vamos a echar una mirada, muchachos!

Al otro lado de la calle, el sheriff salía de su oficina en aquel preciso instante y vio lo que ocurría, también. Vio lo que Odd Martin estaba haciendo.

Todo el mundo salió corriendo de todas las pequeñas tiendas.

El sheriff se inclinó sobre la acequia de la calle.

—¡Vamos, Odd Martin, salga de ahí! —gritó. Introdujo en la acequia la punta de su brillante bota negra—. Vamos, levántese. No está usted muerto. Está tan sano como yo. Pero pillará un resfriado mortal si continúa ahí. ¡Vamos, salga!

Mr. Simpson había cruzado la acera y miró a Odd Martin tendido en la acequia.

—Parece un envase vacío que alguien haya tirado…

—Está ocupando un valioso espacio de aparcamiento, teniendo en cuenta que estamos a viernes —dijo el sheriff—. Salga, Odd. Hmmm… Bueno, echadme una mano, muchachos.

Colocaron el cuerpo sobre la acera.

—Dejadle ahí —dijo el sheriff—. Ya se cansará de estar tumbado. Ha hecho esto un millón de veces. Le gusta la publicidad.

De regreso en la barbería, Simpson miró a su alrededor.

—¿Dónde está Miss Weldon? ¡Uh! —Se acercó a la puerta vidriera—. Allí está, cepillándole otra vez, alisando su abrigo, abotonándolo… Ahora vuelve. No os metáis con ella, muchachos, se enfadaría.

El reloj de la barbería dio las doce, y luego la una, y luego las dos, y luego las tres. Mr. Simpson contó las horas.

—Os apuesto lo que queráis a que Odd Martin no se levanta hasta las cuatro —dijo.

Alguien replicó:

—Apuesto a que no se mueve hasta las cuatro y media.

—La última vez… —un chasquear de las tijeras— estuvo ahí cuatro horas. Hoy

hace un día estupendo. Puede dormir ahí hasta las cinco. Apuesto por las cinco. ¿Quién recoge el dinero?

El dinero fue recogido y colocado en un estante, junto a las lociones para el cabello.

Uno de los clientes más jóvenes empezó a mondar un palo con su cortaplumas.

—Todos bromeamos a cuenta de Odd. Pero, por dentro, estamos asustados de él. Quiero decir que no nos permitimos a nosotros mismos creer que está realmente muerto. No nos atrevemos a creerlo. De modo que lo tomamos a broma. Le dejamos que se tienda donde le plazca. No molesta a nadie… Pero he observado que el Dr. Hudson no ha tocado nunca el corazón de Odd con su estetoscopio. Apostaría a que teme lo que descubriría si lo hiciera.

—¡Teme lo que descubriría! —Risa general. Simpson rió e hizo chasquear sus tijeras. Dos hombres barbudos rieron, en tono demasiado estridente. La risa no duró mucho.

—¡Qué chistoso eres! —dijeron todos, golpeándose las rodillas con las palmas de las manos.

Miss Weldon continuó arreglando las manos de su cliente.

—¡Se está levantando!

Se produjo una estampida hacia la puerta vidriera para contemplar cómo Odd Martin se ponía en pie.

—Se ha incorporado sobre una rodilla, ahora sobre la otra… Ahora alguien le ha dado la mano.

—Es Miss Weldon. Ha salido de aquí corriendo.

—¿Qué hora es?

—Las cinco. ¡He ganado, muchachos!

—Esa Miss Weldon también está un poco chiflada. Mira que cuidar de un hombre como Odd…

Simpson hizo chasquear sus tijeras.

—Desde que quedó huérfana, ha llevado una vida solitaria. Le gustan los hombres que no hablan mucho. Y Odd apenas dice nada. Todo lo contrario de nosotros, ¿eh, compañeros? Nosotros hablamos demasiado. A Miss Weldon no le gusta nuestro modo de hablar.

—Ahí van los dos, Miss Weldon y Odd Martin.

—Oye, pélame un poco más alrededor de las orejas, ¿quieres, Simp?

Calle abajo, haciendo botar una roja pelota de goma, llegó el pequeño Charlie Bellows, sus rubios cabellos flotando como un estandarte amarillo delante de sus ojos azules. Hacía botar la pelota abstraídamente, con la lengua entre los labios, y la pelota cayó debajo de los pies de Odd Martin, sentado una vez más en la barrica de alquitrán. En el interior de la tienda de comestibles, Miss Weldon estaba haciendo sus

compras para la cena, metiendo latas de sopa y latas de verduras en un cesto.

—¿Puedo coger mi pelota? —preguntó el pequeño Charlie Bellows alzando la mirada hacia los seis pies y dos pulgadas de Odd Martin. Nadie estaba al alcance del oído.

—¿Puedes coger tu pelota? —dijo Odd Martin, en tono intrigado. Dio vueltas a la idea en su cerebro, al parecer. Sus ojos grises modelaron los contornos de Charlie como se modela una pequeña bola de arcilla—. Puedes coger tu pelota; sí, cógela.

Charlie se inclinó lentamente y cogió el brillante globo rojo de goma, y se incorporó despacio, con una expresión de complicidad en los ojos. Miró hacia el norte y hacia el sur, y luego al huesudo y pálido rostro de Odd.

—Yo sé una cosa.

Odd Martin inclinó la mirada.

—¿Sabes una cosa?

Charlie se inclinó hacia adelante.

—Tú estás muerto.

Odd Martin no se movió.

—Estás realmente muerto —susurró el pequeño Charlie Bellows—. Pero yo soy el único que lo sabe. Yo te creo, ¿sabes? Una vez lo intenté. Me refiero a morirme. Es difícil. Me tendí en el suelo por espacio de una hora. Pero parpadeé, y me picaba el vientre, de modo que tuve que rascarme. Luego… abandoné. ¿Por qué? —Contempló las puntas de sus zapatos—. Porque tenía que ir al lavabo.

Una lenta y comprensiva sonrisa se formó en la pálida carne del alargado y huesudo rostro de Odd.

—Es difícil, desde luego.

—A veces pienso en ti —dijo Charlie—. Te he visto pasear junto a mi casa por la noche. A veces a las dos de la mañana. A veces a las cuatro. Me despierto y sé que estás paseando alrededor de mi casa. Entonces me asomo y te veo paseando y paseando. Sin ir a ningún sitio.

—No hay ningún sitio adonde ir. —Odd permanecía sentado con sus anchas y callosas manos sobre las rodillas—. Trato de pensar en algún… sitio… adonde ir. Pero pensar es muy difícil. Lo intento… y lo intento. A veces casi sé lo que he de hacer, adonde he de ir. Luego lo olvido. En cierta ocasión se me ocurrió la idea de ir a un médico para que me declarase muerto, pero… no he llegado a ir.

Charlie le miró a los ojos.

—Si quieres, te acompañaré.

Odd Martin miró distraídamente el rojo disco del sol poniente.

—No. Estoy muy cansado, pero… esperaré. Ahora que he llegado tan lejos, siento curiosidad por ver lo que sucederá a continuación. Después de la inundación que se llevó mi granja, y todo mi ganado, y me arrastró bajo el agua, me hinché como un globo, pero salí andando del río, a fin de cuentas. Sabía que estaba muerto, desde luego. Me he pasado muchas noches tendido en mi cama, completamente inmóvil,

escuchando, pero no oigo latir mi corazón en mis oídos, ni en mi pecho, ni en mis muñecas… Dentro de mí sólo hay oscuridad, y relajamiento, y comprensión. Tiene que existir un motivo para que continúe andando. Tal vez era demasiado joven cuando me sobrevino la muerte. Veintiocho años, y no me había casado aún. Siempre deseé casarme… Y aquí estoy, ejerciendo los más variados oficios en el pueblo, ahorrando mi dinero, porque nunca como, *no puedo* comer, y a veces me siento tan desanimado que me tiendo en la acequia de la calle y espero que me encierren en una caja de madera de pino y se me lleven para siempre. Pero, al mismo tiempo… no deseo eso. Quiero algo más. Sé que existe Miss Veldon, y veo cómo el viento agita sus cabellos castaños…

Odd Martin suspiró antes de sumirse de nuevo en el silencio.

Charlie Bellows esperó cortésmente un minuto. Luego se aclaró la garganta y echó a andar, haciendo botar su pelota.

—¡Hasta la vista!

Odd miró fijamente el lugar donde había estado Charlie. Cinco minutos más tarde parpadeó.

—¿Eh? ¿Hay alguien aquí? ¿Hablaba alguien?

Miss Weldon salió de la tienda con un cesto lleno de vituallas.

—¿Le gustaría acompañarme a casa, Odd?

Echaron a andar en silencio, y Miss Weldon procuró no apresurar el paso, ya que Odd plantaba cuidadosamente sus pies en el suelo. El viento susurraba en los cedros, en los olmos y en los arces a lo largo de todo el camino. Odd entreabrió varias veces los labios y miró de soslayo a Miss Weldon, y luego apretó fuertemente la boca y miró con fijeza hacia adelante, como si contemplara algo situado a millones de kilómetros de distancia.

Finalmente, dijo:

—Miss Weldon…

—¿Sí, Odd?

—He estado ahorrando y ahorrando mi dinero. Tengo una suma bastante respetable. Apenas gasto nada y tengo alrededor de mil dólares. Tal vez más. A veces cuento el dinero, hasta que me canso y no puedo contar más. Y…

Súbitamente, pareció encontrarse desconcertado y algo enojado con ella.

—¿Por qué es tan amable conmigo, Miss Weldon? —preguntó.

Miss Weldon hizo un gesto de sorpresa y luego volvió hacia Odd unos ojos sonrientes.

—Porque es usted un hombre tranquilo y apacible. Porque no es ruidoso y descarado como los clientes de la barbería. Porque estoy sola y usted ha sido bueno conmigo. Porque es el primer hombre que me ha mirado con ojos afables. Los otros ni siquiera me han mirado. Dicen que soy incapaz de pensar. Dicen que soy una

estúpida, porque no terminé el sexto curso. Pero estoy muy sola, Odd, y hablar con usted significa mucho para mí…

Odd apretó con fuerza la pequeña y blanca mano de Miss Weldon.

Ella se humedeció los labios.

—Me gustaría poder evitar que la gente hablara de usted en el tono que lo hace. Usted podría ayudarme, Odd, dejando de decirles que está muerto.

Odd Martin se detuvo.

—Entonces, tampoco usted me cree —dijo, como si hablara consigo mismo.

—Está usted «muerto» para ciertas cosas, Odd: para los placeres de la mesa, para el amor material, para las menudencias de la vida cotidiana… Se refiere a eso cuando dice que está «muerto», simplemente.

Los ojos grises de Odd tenían una expresión lejana.

—¿Me refiero a eso? —Vio el rostro ávido y anhelante de Miss Weldon—. Sí, me refiero a eso. Lo ha adivinado usted. Me refiero a eso.

El sonido de sus pasos se alejó hasta perderse a lo lejos, como hojas flotando en el viento. La noche se hizo más oscura y más suave y las estrellas inundaron el firmamento.

A la mañana siguiente, el pequeño Charlie Bellows estaba lanzando su pelota contra la pared de la tienda, la dejaba botar en el suelo, volvía a lanzarla contra la pared… Oyó que alguien canturreaba detrás de él y se volvió.

—¡Oh! ¡Hola, Mr. Odd!

Odd Martin llevaba un fajo de billetes en la mano, los contaba. Se detuvo bruscamente. Sus ojos carecían de expresión.

—¡Charlie! —gritó—. ¡Charlie!

Sus manos tantearon el vacío.

—Sí, Mr. Odd…

—Charlie, ¿adónde iba yo? ¿Adónde iba yo? Iba a alguna parte a comprar algo para Miss Weldon. ¡Ayúdame, Charlie!

—Sí, Mr. Odd.

Una mano descendió hasta la de Charlie. En ella había dinero: setenta dólares.

—Charlie, corre a comprar un vestido para… Mis Weldon. —La mente de Odd Martin estaba tanteando, agarrando, retorciéndose en media de una telaraña de olvido. En su rostro había terror y anhelo—. No puedo recordar el lugar, Dios mío, ayúdame a recordar. Un vestido y un abrigo, para Miss Weldon, en…, en…

—¿Los Grandes Almacenes Krausmeyer? —inquirió Charlie, servicial.

—No.

—¿Fieldman’s?

—¡No!

—¿Leiberman’s?

—¡Leiberman! ¡Eso es! ¡Leiberman, Leiberman! Vamos, Charlie, corre a…

—Leiberman's.

—… y compra un vestido verde para… Miss Weldon, y un abrigo. Un vestido verde con rosas amarillas estampadas. Cómpralos y tráemelos aquí. ¡Oh, Charlie! Espera…

—Sí, Mr. Odd.

—Charlie… ¿Crees que podría lavarme en tu casa? —preguntó Odd en voz baja —. Necesito un baño.

—No sé, Mr. Odd. Mi familia es muy rara. No sé…

—De acuerdo, Charlie, comprendo. ¡Corre!

Charlie echó a correr, agarrando con fuerza el dinero. Pasó por delante de la barbería. Asomó la cabeza por la puerta vidriera. Mr. Simpson interrumpió el corte de pelo de Mr. Trumbull y le miró.

—¡Eh! —gritó Charlie—. Odd Martin está canturreando una melodía.

—¿Qué melodía? —preguntó Mr. Simpson.

—Es algo así… —dijo Charlie, y silbó unas notas.

—¡Santo cielo! —aulló Simpson—. Ahora comprendo por qué Miss Weldon no se ha presentado esta mañana… ¡Esa melodía es la *Marcha Nupcial*!

Charlie echó a correr.

Gritos, risas, el sonido del agua derramándose, salpicando. La trastienda de la barbería humeaba. Se turnaban. Primero, Mr. Simpson dejó caer un cubo de agua caliente sobre Odd Martin, el cual estaba sentado en la tina, sin decir nada, y luego Mr. Trumbull frotó la pálida espalda de Odd Martin con un gran cepillo y una buena cantidad de jabón. De cuando en cuando, Shorty Phillips rociaba a Odd con un chorro de agua de Colonia. Todos gritaban y reían.

—De modo que va a casarse, ¿eh? ¡Felicidades, muchacho! —Más agua—. Siempre dije que era lo que usted necesitaba —rió Mr. Simpson, derramando sobre el pecho de Odd un cubo de agua, esta vez fría. Odd Martin no pareció notar el cambio en la temperatura del agua—. Ahora huele usted mejor.

Odd continuó sentado en la tina.

—Gracias. Muchas gracias por hacer esto. Gracias por ayudarme. Gracias por este baño. Lo necesitaba.

Simpson reprimió una carcajada.

—A su disposición, Odd. Cualquier cosa que necesite, ya sabe…

Alguien susurró, al amparo de la nube de vapor:

—¿Te imaginas lo que va a ser esa boda? ¡Una retrasada mental casada con un idiota!

Simpson frunció el ceño.

—¡Cierra el pico, muchacho!

Charlie se presentó, jadeante.

—¡Aquí está el vestido verde, Mr. Odd!

Una hora más tarde, Odd estaba sentado en uno de los sillones de la barbería. Alguien le había prestado un par de zapatos. Mr. Trumbull los estaba cepillando, guiñando el ojo a todo el mundo. Mr. Simpson le cortó el pelo a Odd, negándose a cobrarle el servicio.

—No, no, Odd, acéptelo como mi regalo de boda. Sí, señor. —Escupió en el suelo. Luego vertió un chorro de agua de rosas sobre los negros cabellos de Odd—. Esto es. ¡La luz de la luna y rosas!

Martin miró a su alrededor.

—¿Querrá hacerme un favor? No le hable a nadie de mi boda hasta mañana. Miss Weldon y yo deseamos casarnos sin llamar la atención de la gente. ¿Comprende?

—Desde luego, Odd, desde luego —dijo Simpson, terminando el trabajo—. ¿Dónde van a vivir ustedes? ¿Va a comprar alguna granja?

—¿Granja? —Odd Martin se levantó del sillón. Alguien le había prestado un abrigo, y alguien le había planchado los pantalones. Tenía un aspecto excelente—. Sí, ahora voy a comprar la finca. Es un poco cara, pero vale la pena. Vamos, Charlie Bellows. —Se dirigió hacia la puerta—. He comprado una casa en las afueras del pueblo. Tengo que ir a entregar el dinero ahora. Vamos, Charlie.

Simpson le detuvo.

—¿Cómo es la casa? No tiene usted mucho dinero; no ha podido gastar demasiado…

—No —dijo Odd—, tiene usted razón. Es una casa pequeña. Pero lo bastante espaciosa para nosotros. La construyó una familia de aquí, pero luego tuvo que trasladarse al Este y la pusieron en venta. Me ha costado quinientos dólares. Miss Weldon y yo nos trasladaremos a ella esta noche, después de la boda. Pero, por favor, no se lo diga a nadie hasta mañana. —Desde luego, Odd, desde luego.

Odd cruzó la puerta y se alejó, seguido de Charlie. En la barbería, los hombres volvieron a sentarse, riendo.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, Charlie Bellows se sentó pensativamente delante de su plato de papilla de cereales. Su padre dejó el periódico a un lado y miró a su esposa.

—En el pueblo, todo el mundo habla de la súbita desaparición de Odd Martin y Miss Weldon. Parece que se los haya tragado la tierra.

—Bueno —dijo Mrs. Bellows—, he oído decir que Odd Martin compró una casa para ella.

—Yo también he oído decir eso —dijo Mr. Bellows—. Esta mañana he telefoneado a Cari Rogers. Dice que no le ha vendido ninguna casa a Odd. Y Cari es el único administrador de fincas del pueblo.

Charlie Bellows tragó una cucharada de papilla. Luego miró a su padre.

—¡Oh, no! Cari no es el único administrador de fincas del pueblo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mr. Bellows.

—Nada, excepto que a medianoche he mirado por la ventana y he visto algo.

—¿Qué has visto?

—Todo estaba bañado por la luz de la luna. ¿Y sabes lo que he visto? Bien, he visto a dos personas que avanzaban por el camino de Elm Glade. Un hombre y una mujer. Un hombre que llevaba un abrigo oscuro, y una mujer que llevaba un vestido verde. Avanzaban lentamente, cogidos de la mano. —Charlie tomó aliento—. Y las dos personas eran Odd Martin y Miss Weldon. Y en aquella dirección no hay ninguna casa. Sólo el cementerio de Trinity Park. Y Mr. Gustavson vende tumbas del cementerio de Trinity Park. Tiene una oficina en el pueblo. Por eso decía que Mr. Rogers no es el *único* administrador de fincas del pueblo. De modo…

—¡Oh! —le interrumpió Mr. Bellows, en tono irritado—. ¡Has estado soñando!

Charlie inclinó la cabeza sobre su papilla.

—Sí, papá —suspiró—. No ha sido más que un sueño.

CAÍDO DEL CIELO

Emil Petaja

La tormenta de la última noche había dejado la desolada playa llena de desechos. Desechos de todas clases, los pecios de un devastador océano; y dos desechos humanos, también. El cielo era como un escudo de cobre, protegiendo a la tierra de las amenazas que acechaban en el espacio exterior. La última noche, el viento había aullado como un millar de demonios, el trueno había resonado a lo largo de las colinas, el rayo había restallado. Los dos hombres se habían refugiado en la más profunda y seca de las cuevas que pudieron encontrar hasta que el amanecer les hizo salir, o, mejor dicho, el hambre y el frío. El viento había amainado y una extraña calma poseía al nervioso océano gris. Pero hacía un frío anormal a finales de abril a lo largo de aquella enfurecida franja de océano, treinta millas al norte de San Quintín.

Big Tom tenía los gruesos labios azulados. Temblaban cuando los frunció y escupió con rabia sobre la arena.

—¡Re…recógelo, atontado! Ne…necesitamos leña seca. ¡Estoy helado de f… frío!

El pequeño Aino temblaba también. Pero no dijo nada, limitándose a inclinarse un poco más sobre la húmeda arena, contemplando fijamente un pedazo de madera enfrente de él, recogiendo otros y reuniéndolos contra su huesudo pecho.

El pedazo de madera estaba medio enterrado en la arena, como si hubiese caído de punta. Tenía unas diez pulgadas de longitud, y era plano y liso. Semejante a los otros pedazos de madera que había a lo largo de la playa, semirredondeado por las olas, serrulado en curiosas hileras de modo que casi podía imaginarse que llevaba algo escrito.

Big Tom Clegg se rascó la barriga por debajo de su cinturón de vaquero. Su achatado rostro se nubló al ver que Aino no le contestaba inmediatamente ni hacía lo que él ordenaba. Alargó una pierna. Aino cayó hacia adelante. Casi tocó el extraño pedazo de madera. Lo habría tocado de no haber dejado caer su carga para apoyar las dos manos en la húmeda arena.

—¡Te he dicho que lo recojas!

En la voz de Big Tom, al dar una orden, vibraba una ominosa amenaza que hasta entonces había inducido a Aino a obedecer como un perro bien entrenado, en la celda que había compartido con Big Tom durante tres años.

Aino Halvor era físicamente débil. Tal vez había nacido para obedecer a alguien

más fuerte que él. Tal vez algo en él exigía que tomara órdenes de alguien más capaz para enfrentarse a la vida. Tom Clegg se había nombrado a sí mismo como aquel alguien en San Quintín, y desde que los soltaron, hacía ocho días, había continuado exigiendo servilismo, basándose en la razón de su superior fortaleza física. Pero ahora, por primera vez en tres años y ocho días, Aino no había obedecido su orden.

—¡Recógelo!

La voz de Tom había subido de tono.

Aino se volvió y alzó la mirada. Su delgado rostro palideció. Su boca se entreabrió, dejando al descubierto unos dientes superpuestos. En sus ojos se reflejó un abyecto terror.

Aino temía a Big Tom. Especialmente cuando Big Tom le miraba de aquel modo, con su párpado izquierdo ligeramente caído y su grueso labio inferior vuelto hacia afuera. Big Tom había alimentado cuidadosamente aquel temor, salpicándolo de generosas muestras de lo que le sucedería a Aino si no hacía lo que Big Tom le ordenaba.

Los ojos de Aino, cargados de temor, volvieron a posarse sobre el pedazo de madera en cuestión. Gimoteó como un perrito, pero no lo tocó.

La mano de Big Tom salió disparada.

Aino rodó sobre la arena. Tenía los ojos muy abiertos. Su rostro estaba manchado de sangre. No hizo ningún movimiento para enjugársela. Permaneció completamente inmóvil, esperando, hasta que Big Tom se acercó a él, le agarró de un brazo y le obligó a levantarse. Big Tom le sacudió como un foxterrier sacude una rata.

—¿Por qué diablos no lo recoges como te he dicho? ¿Por qué diablos no lo haces, eh?

Lo repitió una y otra vez, como si el hecho fuera inconcebible. Al cabo de un rato soltó a Aino a fin de que pudiera recobrar el aliento y contestarle. Aino aspiró una gran bocanada de aire y pasó una mano furtiva sobre su magullada boca, como si la sangre que le manchaba fuese algo de lo cual debiera avergonzarse.

—Yo…

—¡Escúpelo de una vez! —gritó Big Tom, con el párpado izquierdo caído.

—No es un pedazo de madera —murmuró Aino—. Tiene algo escrito. Ha caído… del cielo, durante la tormenta.

Big Tom le miró fijamente. Luego se echó a reír.

—Supongo que has sacado eso de aquellos malditos libros de la biblioteca del penal —dijo—. No debí permitir que leyeras tanto. Todos los que leen mucho acaban chiflados. —Se acercó al blanco pedazo de madera—. ¿Quieres ver cómo lo recojo, tontaina? ¿Qué crees que me va a pasar? ¿Que voy a caer muerto?

—No lo hagas… —balbució Aino.

Pero Big Tom era incapaz de atender a razones. Big Tom no había oído hablar

nunca de Charles Fort ni de los belemnitas. No había oído hablar nunca de los terrores que acechan en el viento y la tormenta, de los que moran en el exterior…

Big Tom se rió entre dientes mientras se agachaba y recogía el pedazo de madera.

—¿Ves? —inquirió, burlonamente—. Creíste que iba a matarme, no… Piensas que es una…, una cosa mágica, un dios, incluso. ¿Es eso lo que piensas, tontaina?

Avanzó unos pasos y colocó el pedazo de madera delante del rostro de Aino. Éste retrocedió precipitadamente, gimoteando.

—Continúas creyéndolo, ¿eh? —rugió Big Tom—. *¿Por qué?* ¡Contéstame a eso! ¿Qué te hace pensar que no es un pedazo de madera como cualquiera de los que el mar ha arrojado a la playa?

Los ojos de Aino se acercaron a la cosa que Big Tom sostenía en su mano, tímidamente, pero una vez allí se pegaron a ella, con las pupilas dilatadas. Su boca se curvó y luego habló, con una nueva dignidad.

—No es un pedazo de madera, Tom. Ha venido del cielo, no del mar. Cayó durante la tormenta. A veces, *ellos* envían algo a la Tierra, o bajan *ellos* mismos asumiendo formas distintas. Charles Fort da el nombre de belemnitas a los seres del exterior. Sabía mucho acerca de ellos, pero ignoraba que…

Big Tom le interrumpió bruscamente.

—De modo que eres más listo que los tipos que escriben libros, ¿eh? Te crees muy listo, ¿verdad, tontaina? Muy listo, ¿eh?

—No, Tom. Sólo…

—¡Míralo! No es más que un pedazo de madera que el mar ha arrojado a la playa.

—Tiene algo escrito.

Big Tom parpadeó.

—¿A eso le llamas escritura? Yo no sé leer, pero reconozco la escritura cuando la veo. ¿Dónde están las letras?

Aino no trató de explicarse. No se molestó en decirle a Big Tom que existían libros en muchos idiomas, y que algunos idiomas utilizan distintos símbolos fonéticos, y que si algo había caído del cielo con un mensaje escrito…

—Eso se debe a que ha permanecido mucho tiempo en el mar —explicó Big Tom —. Es la trepa de la madera. Cualquiera que tenga sesos puede verlo. Arderá estupendamente.

El temor y la preocupación embargaron la mente de Aino mientras volvía a recoger su carga. Cuando regresaban a la cueva, sus temores se tradujeron en palabras.

—Tom, no pensarás quemarlo…

—¿Eso crees? —inquirió Big Tom en tono sarcástico—. ¡Vas a verlo!

—¡No puedes hacerlo, Tom! —gritó Aino—. No es… lo que parece. Está *vivo*… como un dios.

Anduvieron a lo largo de la negra curva de la playa.

—Estás chiflado, Aino —dijo Big Tom—. Sabía que acabarías así, leyendo todos aquellos libros. De todos modos, ¿por qué dices una cosa tan absurda como ésa?

Aino vaciló.

—Me…, me ha hablado.

—¡Oh! ¡Ha abierto la boca y ha hablado contigo!

—Ha hablado a mi mente.

Big Tom hizo un gesto de impaciencia. Aquello ya era demasiado. Sus labios se curvaron en una mueca sádica mientras apartaba de su carga de leña la cosa que tanto preocupaba a Aino y la tiraba a los pies de su compañero.

—¡Rómpelo! —ordenó—. ¡Hazlo pedazos! Mira si hay un dios dentro. ¡Vamos! ¡Hazlo pedazos, antes de que yo te haga pedazos a ti!

Aino se estremeció, pero su rostro estaba perlado por el sudor.

—¡No, Tom! ¡No me obligues a tocarlo!

Big Tom se irguió.

—Si no lo haces, ya sabes lo que te espera.

Su voz restalló como un látigo sobre el murmullo del mar.

Aino cayó de rodillas, gimoteando. Contempló el objeto que habían encontrado. Lo contempló fijamente. Luego alzó la mirada hacia Big Tom. El rostro de Big Tom tenía una expresión implacable. Estaba enojado, impaciente y resentido. La suya era la rabia de un hombre bestial que ha visto ultrajada su limitada inteligencia, y que está dispuesto a aplastar lo que sea si no obtiene una retractación.

Los ojos de Aino se desorbitaron. Detrás de ellos, el océano suspiró blandamente. Sobre sus cabezas, en el cielo cobrizo, una gaviota se lanzó en picado, planeó y desapareció. Alrededor de ellos no había más que desolación. Aino volvió a inclinar la mirada hacia la cosa que tenía delante de él. Luego, reverentemente, inclinó la cabeza y tocó la cosa con su boca.

Tras haber golpeado a Aino hasta que los brazos le dolieron, Big Tom obligó a su compañero a ponerse en pie y, a empellones, le hizo andar en dirección a la cueva. Aino avanzó tambaleándose, como un muñeco de goma. El cielo y el mar y la desolada playa no eran más que una bruma para sus hinchados ojos. Pero continuó avanzando hasta que llegaron a la rocosa entrada de la cueva. Allí se desplomó. Su carga de leña se esparció por el suelo, pero Aino mantuvo la cosa fuertemente apretada contra su huesudo pecho.

—¡Levántate!

Big Tom descargó puntapiés sobre el caído cuerpo hasta que Aino se incorporó.

—Vas a ir a Bolinas. Trae algo para comer mientras yo enciendo un fuego. ¡Vamos!

—No tengo dinero, Tom.

—¿Tengo que dártelo todo masticado? Pídelo, o róbalo. Pero tráeme algo para

comer. —Cuando Aino se disponía a marcharse, le agarró por la muñeca—. Y procura volver, porque si he de ir en busca tuya te mataré, como me llamo Tom. Ya sabes que no bromeo…

—Volveré, Tom —balbució Aino.

Eran cerca de las once cuando su mirada encontró de nuevo la amplia y familiar curva de la playa. Avanzó cojeando hacia las rocas azotadas por el mar y la cueva. La espalda y las piernas le dolían a consecuencia de los puñetazos y puntapiés de Big Tom. Su rostro estaba magullado y manchado de sangre seca. Pero el sol calentaba su espalda. Y, a pesar de todo, Aino estaba contento.

Hay días en que todo resulta fácil, todo sale bien. Como esta mañana en Bolinas. Todo el mundo había sido amable con él. Todo el mundo le había sonreído amistosamente. Había tomado café, dos tazas, y un perro caliente, con mostaza. No le hablaría a Big Tom del café ni del perro caliente. Se pondría furioso. La bolsa que transportaba contenía comida suficiente para dos días. Y no había tenido que robarla. Big Tom no se pondría furioso al ver la comida que Aino había recogido.

Levantó la mirada hacia el sol y apresuró el paso. Las reacciones de Big Tom eran tanto más de temer cuanto más vacío tenía el estómago.

—¡Judías! —gruñó Big Tom, abriendo la bolsa que Amo había traído—. ¡Estoy hasta la coronilla de judías!

Aino hurgó apresuradamente en la bolsa y sacó dos latas de Spam y una de pollo prensado.

—¿Dónde has afanado eso? —preguntó Big Tom, algo ablandado.

—Me lo ha dado el tendero. —Aino exhibió sus dientes superpuestos, en una caricatura de sonrisa—. Dijo que yo le recordaba a alguien.

—¿A Bugs Bunny? —Big Tom sonrió y escupió en el suelo mientras abría su navaja—. No importa. Sé que lo has afanado. Añade un poco de leña al fuego. Vamos a comer. Mi estómago cree que me han rebanado el pescuezo.

Devoraron la carne y las judías en silencio. Aino deseaba decir lo que ardía en su interior. Pero no lo hizo. Deseaba decir:

«No he robado nada. No he tenido que hacerlo. Todo el mundo ha sido amable conmigo. No me han tratado como a un vagabundo que acaba de salir de San Quintín. No me han tratado como a un vagabundo, sino como a una persona…»

Comió con deleite. No recordaba haber comido nunca con tanto placer.

Con el estómago lleno, Big Tom bostezó y se tumbó en el suelo a dormir. Pero Aino se sentó junto al fuego y pensó. Su mente estaba llena de toda clase de ideas, completamente nuevas, ideas que hasta entonces no había tenido o no se había atrevido a tener. Su mente se extendió hacia el futuro con una tranquila sensación de bienestar. A partir de ahora, las cosas iban a ser distintas. No sabía cómo ni por qué, pero iban a ser distintas. Continuó alimentando el fuego y pensando hasta que Big

Tom se despertó, tosiendo.

—Acabo de recordar algo —observó Aino alegremente.

—¿De veras?

En labios de Aino, una afirmación como aquélla resultaba anormal. Big Tom no estaba seguro de que le agradase. ¿Qué diablos estaba tramando el renacuajo de Aino?

—La caja que encontramos ayer cerca de Stinson.

—¿Qué pasa con ella? No es más que una caja de herramientas de algún chiquillo que el mar ha arrojado a la playa.

—Tendríamos que abrirla —dijo Aino.

Big Tom enarcó las cejas.

—No creo que haya nada de valor en ella.

—¿Te importa que la abra?

—Pruébalo. —Big Tom se aclaró la garganta y escupió—. Ayer intenté abrirla, inútilmente. Está sólidamente clavada, y los clavos se han oxidado, sencillamente. No tenemos ningún martillo, ninguna herramienta para forzarla… Pero puedes intentarlo, desde luego.

Aino se dirigió al rincón de la cueva donde Big Tom había dejado la caja en cuestión, el día anterior, cuando se guarecieron de la tormenta. Big Tom le contempló con ojos burlones. La caja había absorbido mucha humedad y pesaba bastante. Cuando Aino empezó a levantarla, Big Tom sonrió. Los brazos de Aino eran como alambres. Pero, ante el asombro de Big Tom, Aino levantó la caja fácilmente, la llevó al lado del fuego y la dejó en el suelo. Como si estuviera llena de plumas. Luego, para colmo, Aino procedió a abrirla sin dificultad. Parecía saber cómo hacerlo, intuir dónde se encontraba la parte más débil de la clavada tapa. Colocó un trozo de madera debajo de ella, haciendo palanca, y la levantó sin esfuerzo aparente.

Big Tom contempló aquello y su párpado izquierdo cayó. Lo identificó con los libros que Aino leía. Big Tom odiaba los libros. Representaban una amenaza. Aino estaba poniéndole en ridículo, haciendo algo que él no pudo hacer. A Big Tom no le gustó aquello.

—Bueno —gruñó—, ¿qué hay ahí dentro? ¿Una pistola de juguete o algo por el estilo?

—No —dijo Aino—. Está llena de dinero. Llena de joyas y de monedas antiguas.

De momento, Big Tom fue incapaz de asimilar el hecho de que aquella caja de aspecto vulgar, fuertemente clavada y perdida en el mar, contenía una fortuna en monedas de oro y joyas que centelleaban al resplandor de las llamas. Su cerebro no estaba hecho para escalar aquellas alturas. Tras haber sometido las monedas a la prueba de sus dientes, tuvo que aceptar, sin comprenderlo del todo, el hecho de que Aino y él —dos vagabundos con unos turbios pasados— poseían una gran fortuna.

—¿De dónde habrá llegado? —preguntó, apartando a Aino a un lado e inclinándose sobre la abierta caja.

—¡Quién sabe! Puede proceder de China, o de Persia… —Los ojos color pizarra de Aino vagaron más allá de la boca de la cueva, hacia el lejano horizonte—. Tal vez de más lejos, incluso.

—Tendremos que ocultarlo, enterrarlo, si no queremos que vengan y nos lo quiten.

—No pueden quitárnoslo —le dijo Aino—. Nadie puede tocar este tesoro. Es nuestro. Nosotros encontramos la caja flotando en la resaca. Eso significa que nadie puede reclamarla. De acuerdo con la ley, nos pertenece.

Big Tom empezó a contradecirle, pero algo que captó en la voz del hombrecillo interrumpió sus exabruptos. Era como si Aino, allí de pie, mirando al horizonte, estuviera escrutando el futuro, viendo lo que iba a pasar. Las palabras de Aino estaban llenas de convencimiento. Y una cosa era cierta: ellos habían encontrado el tesoro en la resaca y nadie podría quitárselo.

Luego, cuando la idea se hubo solidificado en su mente, Big Tom Clegg se convirtió en lo que Big Tom Clegg era. Big Tom había nacido granuja y ladrón. Aino era un ladrón, también, pero se había visto empujado por la necesidad y por las malas compañías.

La codicia y la maldad de Big Tom se pusieron en marcha.

El tesoro era de ambos. Pero Aino no importaba. Aino era un estúpido. De modo que el tesoro era *suyo*. Aino era servicial, de confianza. Había servido perfectamente a Big Tom durante los últimos tres años. En realidad, Aino fue el primero en ver la caja flotando en la espumosa resaca en los acantilados de Stinson. Y Aino había sugerido que se la llevaran, a pesar del amenazador aspecto del cielo y del fuerte viento con sabor a lluvia. Pero, ahora, Big Tom no necesitaba a Aino. Esta fortuna le permitiría comprar otros criados, mejores que Aino.

Big Tom rumió, contemplando la caja. Terminó por decidir que Aino no debía salir nunca de la cueva. Aquel desolado agujero en la roca sería la última morada de Aino. Nadie se interesaría por lo que pudiera haberle ocurrido a Aino…

Había oscurecido. Y Aino dormía como un chiquillo…

El fuego estaba casi apagado. Unas llamas mortecinas iluminaban débilmente el techo de la cueva encima de la cabeza de Aino y lamían la caja cerrada entre ellos; luego, mientras Big Tom velaba, sumido en sus negros pensamientos, las mortecinas llamas se apagaron.

Big Tom no podía ver a Aino. Era un inconveniente. Big Tom frunció el ceño en la oscuridad. Necesitaba luz para lo que pensaba hacer, un poco de luz. Pero no quedaba más leña. Y no quería salir de la cueva a buscarla. Aino podía despertar. Además, quería hacerlo *ahora*. Quería acostarse sabiendo que el tesoro era todo suyo.

Frunció los ojos, tratando de ver a Aino tendido allí en las profundas sombras. No pudo verle, pero vio algo. Lo que vio brillaba con una leve blancura luminiscente. Sobresalía parcialmente de la camisa de Aino.

Big Tom sonrió.

Era el pedazo de madera que habían encontrado aquella mañana, el que le había costado a Aino una paliza. Big Tom continuó sonriendo al recordar cómo Aino se había humillado ante aquella porquería. ¡Qué estúpido era!

Big Tom lo había olvidado hasta que lo vio allí, sobresaliendo de la camisa de Aino. Debió de llevarlo encima todo el día, oculto debajo de su camisa para que él no lo viera. Ahora, mientras Aino dormía, había asomado parcialmente, como una invitación…

La cosa tenía gracia. Aino pensó que era algo mágico, que era un dios. Ahora, aquel dios de Aino iba a iluminar su camino hacia el cielo.

Big Tom se movió como un gato. Su mano se deslizó sobre la caja cerrada, luego reptó hasta el huesudo pecho de Aino y agarró el pedazo de madera. Big Tom sonreía mientras dejaba caer el madero entre las brasas. Por espacio de un minuto permaneció agachado junto al fuego, desentumeciendo sus dedos, que no tardarían en cerrarse alrededor del cuello de Aino. Contempló el blanco pedazo de madera que había empezado a humear. Luego brotó una diminuta llama, iluminando dos llamas gemelas, asesinas, en los ojos de Big Tom.

En el exterior de la cueva, el mar empezó a rugir.

Big Tom oyó que Aino se removía. Se volvió rápidamente. Las manos de Aino hurgaban debajo de su camisa. Buscaba el pedazo de madera. Cuando abrió los ojos, Big Tom gruñó entre dientes y se lanzó hacia adelante.

Sus dedos se cerraron sobre la garganta de Aino antes de que éste pudiera moverse o gritar. Apretó los pulgares. Era tan fácil, que no resultaba divertido. Si por lo menos Aino se decidiera a luchar un poco… Pero el hombrecillo no se movió. Permaneció inmóvil, con los ojos desorbitados. Parecía estar mirando algo que se encontraba detrás de Big Tom, mirando algo que le llenaba de terror.

Big Tom estuvo a punto de volverse a mirar, pero no podía dejar inacabada su tarea. Apretó con más fuerza. Luego aflojó los dedos y profirió un grito que resonó contra las paredes de la cueva. Detrás de él, el fuego desprendía una gran cantidad de humo. Big Tom no podía verlo, pero el humo tenía brazos, tentáculos, y los tentáculos se habían enroscado en su garganta, ahogándole. Él no podía verlo. Ni siquiera podía ver si los ojos de Aino estaban aún desorbitados. El humo era una negra columna, una columna de restallantes serpientes. Las serpientes se enroscaron a su cuello.

Big Tom gritó y cayó hacia atrás. Cayó sobre el fuego, el cual chisporroteó ávidamente…

Quedó muy poca cosa de lo que había sido Big Tom. Sólo algunos huesos imposibles de identificar. Las apariencias sugerían que algún vagabundo se había refugiado en la cueva para pasar la noche, que el humo le había intoxicado y que, al tratar de salir al aire libre, había caído al fuego, muriendo abrasado. No era una explicación demasiado plausible, teniendo en cuenta el estado de aquellos huesos, pero podía bastar. Suponiendo que aquellos huesos fuesen humanos…

Aino contempló gravemente los abrasados restos durante largo rato. Luego, rebuscó debajo de ellos: el pedazo de madera salió blanco y entero como siempre, tan frío y suave a su tacto como fina seda. Aino lo acarició con reverencia. Inclinó la cabeza ante él y volvió a colocarlo debajo de su camisa, con el rostro iluminado de humilde orgullo.

Se volvió. ¡Oh, sí, la caja!

Levantó la tapa con el pie. Una seca sonrisa asomó a sus labios mientras contemplaba la revuelta masa de piedras, fango y huesos de felino. Algún chiquillo imaginativo había escogido el mar como última morada para su gato muerto.

Aino cuadró sus delgados hombros y salió de la cueva. Echó a andar rápidamente a lo largo de la playa solitaria.

Nacido para servir, Aino había encontrado un nuevo amo.

EL BARBERO CUYO TÍO MURIÓ ENTRE LAS FAUCES DE UN TIGRE

William Saroyan

Miss Gamma dijo que yo necesitaba un corte de pelo, mi madre dijo que yo necesitaba un corte de pelo, mi hermano Krikor dijo que yo necesitaba un corte de pelo. Mi cabeza era demasiado grande para el mundo, al parecer. Demasiado pelo negro, decía el mundo.

Todo el mundo decía:

«¿Cuándo vas a cortarte el pelo?»

En el pueblo vivía un importante hombre de negocios que todos los días me compraba el *Evening Herald*. Era un hombre que pesaba doscientas cuarenta libras, poseía dos Cadillacs, seiscientos acres de viñedos y una cuenta corriente de un millón de dólares en el Valley Bank. Tenía una cabeza pequeña, completamente calva, situada en lo más alto de su cuerpo, para que todo el mundo pudiera verla. Solía hacer andar seis manzanas a los ferroviarios forasteros para que vieran mi cabeza.

«¡No hay nada como el clima de California para que crezcan las calabazas! —gritaba—. ¡Santo cielo! —rugía—. ¡Eso es una mata de pelo!»

Miss Gamma se mostraba muy sarcástica al hablar del tamaño de mi cabeza.

«No quiero citar nombres —dijo un día—, pero a menos que un joven de esta clase visite al barbero uno de estos días, será enviado al Reformatorio».

No citó ningún nombre. Lo único que hizo fue mirarme.

—¿Por qué no te decides? —me preguntó mi hermano Krikor.

—Acuérdate de Sansón —repliqué—. Acuérdate de lo que pasó cuando le cortaron el pelo.

—Aquello fue distinto —dijo mi hermano Krikor—. Tú no eres Sansón.

—¡Oh! ¿No? —dije—. ¿Cómo sabes que no soy Sansón? ¿Qué te hace pensar que no lo soy?

Me alegraba que el mundo se preocupara por mí, pero un día un gorrión trató de construir un nido en mi pelambrera, de modo que me apresuré a ir al barbero. Estaba durmiendo debajo del nogal de nuestro patio, cuando un gorrión descendió del árbol y empezó a escarbar en mi pelo. Era un cálido día de invierno y el mundo dormitaba. Me rodeaba un gran silencio. No circulaba ningún automóvil, y lo único que podía oírse era el cálido y frío, alegre y melancólico susurro de la realidad. El mundo. ¡Dios mío! Resultaba muy agradable estar vivo en alguna parte. Era estupendo tener una casita en el mundo, con un amplio porche para las largas tardes y los largos

anocheceres del verano. Habitaciones con mesas y sillas y camas. Un piano. Una estufa. Cuadros recortados del *Saturday Evening Post* en las paredes. Era raro y milagroso estar en alguna parte del mundo. Vivo, capaz de moverse a través del tiempo y del espacio, mañana, tarde y noche: respirar, comer, reír, hablar, dormir y crecer. Ver, oír y tocar. Pasear a través de los lugares del mundo bajo el sol. Estar en aquellos lugares. El mundo.

Me alegraba que el mundo estuviera allí, de modo que también yo pudiera estar allí. Estaba solo, así que estaba triste por todo, pero también estaba triste. Siempre ocurre lo mismo. Estaba tan alegre y tan triste por todo que deseaba soñar en los lugares que no había visto nunca: Nueva York, Londres, París, Berlín, Viena, Constantinopla, Roma, El Cairo… Las calles, las casas, la gente viva. Las puertas y las ventanas de todas partes. Y los trenes por la noche, y los barcos en el mar nocturno. El oscuro y melancólico mar. Y los brillantes momentos de todos los años muertos, las ciudades enterradas bajo el tiempo, los lugares que un día estuvieron vivos y ahora están muertos para siempre…

Luego, el gorrión descendió del árbol, trató de construir un nido en mi pelo y me desperté.

Abrí los ojos, pero no me moví.

No supe que había un pájaro en mi pelo hasta que el gorrión empezó a cantar. Hasta entonces no había oído nunca cantar a un gorrión, de modo que el sonido resultó para mí nuevo y sorprendente. Pero lo que me pareció oír fue un sollozo repetido: «*Weep, weep, weep*…». Y, sin embargo, el pájaro articulaba aquel melancólico mensaje con la más alegre de las disposiciones de ánimo. El mundo estaba silencioso, y súbitamente oí la música y la oratoria del gorrión. Por un instante, mientras estaba aún medio dormido, todo el asunto me pareció completamente natural: el pájaro en mi pelo, hablándome, y la notable contradicción entre el significado del mensaje y su espíritu. Por un lado pena, por el otro alegría.

Luego me di cuenta de que la cosa no estaba bien. No era decente que un pajarillo anduviera enredando en el pelo de una persona.

De modo que me puse en pie de un salto y eché a correr hacia el pueblo. El gorrión, asustado, emprendió un rápido vuelo hasta perderse de vista.

El mundo tenía razón. Miss Gamma tenía razón. Mi hermano Krikor tenía razón. Lo que yo necesitaba era un corte de pelo, para que los gorriones no volvieran a intentar construir nidos en mi cabellera.

En la Mariposa Street había un barbero armenio llamado Aram, cuyo verdadero oficio era el de granjero, o tal vez el de herrero, o tal vez el de filósofo. No lo sé. Lo único que sé es que tenía una pequeña tienda en la Mariposa Street, y se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo el *Asbarez* y otros periódicos armenios, liando cigarrillos, fumándoselos y contemplando el ir y venir de la gente. Nunca le había visto afeitar o cortarle el pelo a nadie, aunque supongo que de cuando en cuando entraba alguien en su barbería, por error.

Fui a la barbería de Aram en la Mariposa Street y le desperté. Aram estaba sentado ante una mesita, con un libro armenio abierto delante de él, durmiendo.

Le dije, en armenio:

—¿Me cortará usted el pelo? Tengo veinticinco centavos.

—¡Ah! —exclamó—. Me alegro de verte. ¿Cómo te llamas? Siéntate. Antes voy a hacer un poco de café. ¡Tienes una hermosa mata de pelo!

—Todo el mundo quiere que me lo corte —dije.

—Sí, eso es lo que pasa con el mundo —suspiró—. Siempre diciéndole a uno lo que tiene que hacer. ¿Qué hay de malo en llevar el pelo largo? Pero, no, tienen que meterse en todo. «Gana dinero», dicen. «Compra una granja». «Haz esto». «Haz aquello». ¡Ah! No le dejan a uno vivir en paz.

—¿Puede usted cortármelo, de modo que dejen de hablar de mi pelo en una temporada? —inquirí.

—Café —dijo el barbero—. Antes tomaremos un poco de café.

En la parte trasera de la tienda había un pequeño hornillo de gas, un fregadero con su grifo, un estante con tazas, cucharas, un abrelatas y otras cosas.

El barbero me trajo una taza de café, y me pregunté cómo era posible que no le hubiese visitado nunca, siendo como era la persona más interesante de todo el pueblo. Lo supe por su modo de despertar cuando entré en la tienda, por su modo de hablar, de andar y de gesticular. Supe que era un hombre muy notable, un barbero de la Mariposa Street. Él tenía alrededor de cincuenta años, y yo once. No era más alto que yo, ni más robusto, pero su rostro era el rostro de un hombre que está de vuelta de todo, pero que, sin embargo, no ha dejado de ser amable.

Cuando abrió los ojos, su mirada pareció decir: «¿El mundo? No hay nada que yo no sepa del mundo. De su maldad, de su miseria, de su odio, de su temor… A pesar de todo, me gusta y lo quiero».

Alcé la pequeña taza hasta mis labios y sorbí el caliente líquido negro. Me supo a gloria, ésta es la verdad.

—Siéntate —me dijo el barbero en armenio—. Siéntate, siéntate. No tenemos que ir a ninguna parte. No tenemos nada que hacer. Y tu pelo no crecerá más en una hora.

Me senté y me reí en armenio, y él empezó a hablarme del mundo.

Me habló de su tío Misak, que había nacido en Moush.

Bebimos el café y luego me senté en el sillón y Aram empezó a cortarme el pelo. Me hizo el peor corte de pelo que me han hecho nunca, mucho peor que los que me hicieron en la barbería de la Universidad, gratis, pero me habló de su pobre tío Misak, y ninguno de los estudiantes-barberos es capaz de inventar una historia como aquélla. Todos los estudiantes-barberos del mundo, juntos, no serían capaces de inventársela. No me sorprendería que todos los estudiantes-barberos del mundo no fueran capaces de inventarse una historia *la mitad* de buena que la triste historia del pobre tío Misak y el tigre del circo. Salí de la barbería de Aram con un corte de pelo horroroso, pero no me importaba. A fin de cuentas, Aram no era barbero. Se dedicaba a aquel oficio

para que su esposa le dejara en paz, para dar satisfacción al mundo. Lo único que quería era leer y hablar con personas decentes. Tenía cinco hijos, tres chicos y dos muchachas, pero se parecían mucho a su madre y Aram no podía hablar con ellos. Lo único que ellos deseaban saber era cuánto dinero ganaba.

—Mi pobre tío Misak —me dijo— nació hace mucho tiempo en Moush y era un muchacho muy salvaje, aunque no era un ladrón. Tenía una fuerza terrible, y podía luchar victoriosamente contra los dos muchachos más fuertes del pueblo, y en caso necesario contra sus padres y sus madres al mismo tiempo. Y, según él, también contra sus abuelos y abuelas.

»De modo que todo el mundo empezó a decirle a mi pobre tío Misak: «Misak, eres muy fuerte. ¿Por qué no te dedicas a la lucha y ganas dinero?». Y Misak se convirtió en luchador. Antes de cumplir los veinte años les había roto los huesos a dieciocho forzudos. Y lo único que hacía con su dinero era comer y beber, y el resto se lo regalaba a los niños. No apreciaba el dinero.

»Desde luego, eso ocurría hace mucho tiempo. Ahora, todo el mundo quiere dinero. Le decían que algún día lo lamentaría, y estaban en lo cierto. Le decían que no derrochara su dinero, que algún día dejaría de ser fuerte y no podría luchar, y se encontraría sin dinero. Y el día llegó. Mi pobre tío Misak cumplió cuarenta años, y ya no era fuerte, y no tenía dinero. En el pueblo se reían de él, de modo que se marchó. Se fue a Constantinopla. Y luego a Viena…

—¿Viena? —dije—. ¿Su tío Misak estuvo en Viena?

—Sí, desde luego —dijo el barbero—. Mi pobre tío Misak estuvo en muchos lugares. En Viena, mi pobre tío no pudo encontrar trabajo, y pasó mucha hambre. Pero, ¿robó acaso una simple rebanada de pan? No, no robó nada. Luego se marchó a Berlín. ¡Ah, Berlín! Allí, también, mi pobre tío Misak pasó mucha hambre.

Aram me estaba cortando el pelo, a derecha e izquierda. Pude ver el montón de cabellos negros en el suelo, en tanto que notaba un frío cada vez más intenso en la cabeza.

—¡Ah, Berlín! —continuó Aram—. Cruel ciudad del mundo, calles y calles, casas y casas, gente y más gente, pero ninguna puerta abierta para mi pobre tío Misak, ninguna habitación, ninguna mesa, ningún amigo.

—¡Dios mío! —murmuré, pensando en la soledad de aquel hombre en el mundo, en la trágica soledad de los seres vivientes.

—En París sucedió lo mismo —dijo el barbero—, y en Londres, y en Nueva York, y en América del Sur, y en todas partes. Calles y calles, casas y casas, puertas y puertas, pero ningún rincón en el mundo para mi pobre tío Misak.

—¡Dios mío! —rogué—. ¡Protégele, Señor, protégele!

—En China —dijo el barbero—, mi pobre tío Misak conoció a un árabe que actuaba como payaso en un circo francés. El payaso árabe y mi tío Misak hablaron en turco. El payaso dijo: «Hermano, ¿te gustan los hombres y los animales?». Y mi tío Misak respondió: «Hermano, me gusta todo lo que Dios ha puesto sobre la tierra:

hombres, animales, peces, y rocas, fuego, agua, y todas las cosas visibles e invisibles». Y el payaso árabe dijo: «¿Serías capaz de simpatizar incluso con un tigre, con un feroz tigre de la selva?». Y mi tío Misak dijo: «Hermano, mi amor por los feroces animales de la selva no tiene límites». ¡Ah! Mi tío Misak era un hombre desdichado.

—¡Dios mío! —murmuré.

—El payaso árabe se alegró mucho al saber que mi tío amaba tanto a los feroces animales de la selva, ya que también él era un hombre muy valiente. «Hermano —le dijo a mi tío—, ¿podrías amar a un tigre lo suficiente como para introducir la cabeza en sus fauces abiertas?».

—¡Protégele, Dios mío! —rogué.

—Y mi tío Misak dijo: «Podría, hermano». Y el payaso árabe dijo: «¿Quieres unirte al circo? Ayer, el tigre cerró descuidadamente la boca alrededor del cuello del pobre Simón Perigord, y en el circo no hay nadie que sienta un amor tan grande por las creaciones del Dios Infinito». Mi pobre tío Misak estaba cansado del mundo y dijo: «Hermano, me uniré al circo e introduciré la cabeza en las fauces abiertas del tigre una docena de veces al día». «No será necesario —dijo el payaso árabe—. Bastará con dos veces al día». De modo que mi pobre tío Misak se unió al circo francés en China y empezó a introducir su cabeza en las fauces abiertas del tigre.

»El circo viajó de China a la India, de la India a Afganistán, de Afganistán a Persia, y allí, en Persia, ocurrió la cosa. El tigre y mi pobre tío Misak se habían hecho muy amigos. En Teherán, aquella antigua y maloliente ciudad, el tigre recobró sus instintos salvajes. Hacía mucho calor, y todo el mundo parecía tener los nervios en tensión. El tigre estuvo muy excitado todo el día. Mi pobre tío Misak introdujo la cabeza en las fauces abiertas del tigre, en Teherán, aquella fea y pestilente ciudad de Persia, y estaba a punto de sacar la cabeza de entre las fauces del tigre cuando el animal, en un arrebato de furor, cerró la boca.

Me levanté del sillón y vi a una persona desconocida en el espejo: yo mismo. Estaba asustado, y todo mi pelo había desaparecido. Le pagué a Aram el barbero los veinticinco centavos y me fui a casa. Todo el mundo se rió de mi aspecto. Mi hermano Krikor dijo que no había visto nunca un corte de pelo tan cómico.

Pero nada de aquello me importaba.

En lo único que pensaba era en el pobre tío del barbero, Misak, que había muerto entre las fauces de un tigre. Y deseé ardientemente que volviera a crecerme el pelo para poder ir a la barbería de Aram y oír su historia del hombre sobre la tierra, perdido, solitario y siempre en peligro, la triste historia de su pobre tío Misak. La triste historia de todo hombre vivo.

EL HOMBRE QUE GRITÓ «¡AL LOBO!»

Robert Bloch

La luna acababa de salir. Estaba brillando a través del lago, y cuando Violet entró puso una membrana de plata sobre sus cabellos.

Pero no era la luz de la luna lo que brillaba en la palidez de su rostro. Era el miedo.

—¿Qué mosca te ha picado? —pregunté.

—Un hombre-lobo —dijo Violet.

Solté mi pipa, abandoné el cómodo sillón y me acerqué a ella. Violet no dejó de mirarme ni un solo instante; me miraba fijamente, como una gran muñeca de porcelana con los ojos de cristal.

Sacudí sus hombros. La fijeza de su mirada desapareció.

—Vamos —dije.

—Era un hombre-lobo —susurró Violet—. Le oí que me seguía a través del bosque. Sus garras hacían crujir las ramas detrás de mí. Tenía demasiado miedo para mirar atrás, pero sé que estaba allí. Fue acercándose cada vez más, y cuando salió la luna le oí aullar. Entonces eché a correr.

—¿Le oíste aullar?

—Estoy casi convencida.

—¡Casi!

Sus ojos se ocultaron debajo de sus pestañas. Inclinó la cabeza, y un repentino color llameó en sus mejillas.

—¿Has oído aullar un lobo cerca de la cabaña? —insistí.

—¿Acaso tú… no…? —murmuró Violet, con voz estrangulada.

Sacudí la cabeza, lenta y firmemente.

—Por favor, Violet. No te pongas nerviosa. Durante la última semana hemos hablado de esto media docena de veces, pero estoy dispuesto a discutirlo de nuevo.

La cogí de la mano, cariñosamente, y la obligué a sentarse. Le di un cigarrillo y se lo encendí. Sus labios temblaban.

—Escucha, querida —empecé—. Aquí no hay lobos. Por estos alrededores no han visto un lobo desde hace veinte años. El viejo Leon, el de la tienda, me lo ha asegurado.

»E incluso suponiendo que un lobo vagabundo se hubiese separado de su manada, en el norte, y hubiera llegado hasta aquí, no habría ningún motivo para hablar de un

hombre-lobo.

»Tú y yo tenemos el suficiente sentido común para no creer en esas absurdas supersticiones. Trata de olvidar que eres una Canuck, y recuerda que ahora eres la esposa de un experto en el campo de la leyenda.

Aquella alusión a los Canucks fue algo brutal, pero deseaba darle una sacudida.

Conseguí el efecto contrario. Violet empezó a temblar.

—Pero, Charles, tienes que haber oído algo… —suspiró. Ahora, sus ojos tenían una expresión suplicante. Tuve que apartar la mirada.

—Nada —murmuré.

—Y cuando lo oí merodear alrededor de la cabaña durante la noche, ¿no oíste nada?

—Nada.

—Aquella noche, cuando te desperté…, ¿no viste su sombra en la pared?

Sacudí la cabeza y me obligué a mí mismo a sonreír.

—No me gusta pensar que has estado leyendo demasiadas de mis historias, querida —le dije—. Pero no sé cómo explicar tus…, ejem…, ideas equivocadas.

Violet dio una chupada a su cigarrillo y la rojiza punta resplandeció. Pero sus ojos estaban muertos.

—¿No has oído nunca ese lobo? ¿No te ha seguido nunca en el bosque? ¿Ni cuando estabas aquí solo?

Su voz era suplicante.

—Temo que no. Sabes que llegué aquí un mes antes que tú para escribir. Y escribí. No he visto hombres-lobo, ni fantasmas, ni vampiros, ni almas en pena. Sólo indios, y Canucks, y otros ciudadanos. Una noche, cuando regresaba a casa después de haber estado bebiendo unas copas en la tienda de Leon, me pareció haber visto a un elefante rosado, pero fue un error.

Sonreí. Violet no sonrió conmigo.

—En serio, Violet, me pregunto si no habré cometido una equivocación trayéndote aquí. Pero pensé que esto te recordaría tiempos pasados. Después de todo, para una muchacha franco-canadiense esta región selvática debería resultar atractiva. Pero ahora, me pregunto…

—Te preguntas si estoy loca.

Las palabras salieron trabajosamente de entre sus labios.

—No —murmuré—. Nunca he dicho esa.

—Pero es lo que estás pensando, Charles.

—En absoluto. Todos nosotros sufrimos esas… alucinaciones. Cualquier médico te diría que tus errores de percepción no revelan necesariamente un… desequilibrio mental.

Hablé apresuradamente, pero pude darme cuenta de que no estaba convencida.

—No puedes engañarme, Charles. Ni puedo engañarme a mí misma. Hay algo que no funciona como es debido.

—Tonterías. Olvídalo. —Traté de sonreír, pero temo que mi sonrisa no resultó convincente—. Después de todo, Violet, yo debería ser el último en sugerir siquiera semejante posibilidad. ¿Recuerdas cómo solía llamarte en Quebec, antes de casamos? Te llamaba la Bruja Roja del Norte, y solía escribir sonetos sobre ese tema y te los recitaba.

Violet sacudió la cabeza…

—Aquello era distinto. Tú sabías lo que estabas haciendo. No veías ni oías cosas que no existen.

Me aclaré la garganta.

—Vamos a hacer una cosa, querida. No le has hablado de esto a nadie que no sea yo, ¿verdad?

—No.

—Y dices que te sucede desde hace un par de semanas, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, no deseo que la cosa continúe. Me doy cuenta de que estás preocupada. Por ese motivo, y sólo por ese motivo, no lo olvides, sugiero que visitemos al Dr. Meroux. Una simple consulta, desde luego.

»Tengo mucha confianza en su capacidad no sólo como médico, sino también como psiquiatra. Ya sabes que la psiquiatría es su *hobby*. Y estoy seguro de que respetará tus confidencias. Es posible que su diagnóstico nos ayude a resolver este problema.

—No, Charles. No iré a ver al Dr. Meroux.

Fruncí el ceño.

—Muy bien. Pero yo estoy interesado en tus ideas acerca de un misterioso hombre-lobo. Me gustaría saber hasta qué punto oíste hablar de los *loup-garous* en tu niñez. Tenías una abuela medio india, ¿no? ¿Te contaba cosas que te asustaban?

Violet asintió.

—*Oui*…, sí, quiero decir.

Noté la regresión al idioma de su infancia, pero fingí ignorarlo.

—¿Te habló alguna vez de los hombres-lobo, los *Iycanthropes*… que cambian de forma cuando sale la luna y corren a cuatro patas, aullando, sombras siniestras en medio de la noche? ¿Te contó que desgarran las gargantas de sus víctimas, inoculándoles el terrible virus que las convertirá a su vez en licántropos?

—Sí. Me lo contó muchísimas veces.

—¡Ah! Y ahora, al regresar a una comarca selvática, la imagen de tus temores infantiles se ha alzado ante ti. El hombre-lobo, querida, no es más que un símbolo de algo que temías. Algún complejo de culpabilidad, quizá, personificado en la alucinación de una presencia animal que acecha esperando el momento de revelarse.

»No soy un psiquiatra aficionado, como el Dr. Meroux, pero me atrevería a

asegurar que esa quimera es bastante lógica. Ahora, si eres sincera conmigo, tal vez podamos diseccionar la naturaleza de tu temor, llegar al verdadero terror que se disfraza a sí mismo de horrible monstruo, de híbrido mitológico que te persigue por el bosque…

—¡No! ¡Basta! Por favor, ahora no…

Violet empezó a sollozar. La consolé rudamente.

—Lo siento. Comprendo que estés nerviosa. Olvidemos este asunto, querida, hasta que te consideres en condiciones de enfrentarte con él. Será mejor que descansemos un poco.

Palmeando su hombro, la conduje al dormitorio.

Nos desvestimos y nos acostamos. Apagué la lámpara.

La cabaña quedó sumida en una completa oscuridad. Más allá de la ventana, los rayos de la luna acariciaban las copas de los árboles. Todavía más allá, el lago era un mar de fuego plateado, pero me volví de espaldas a él y me hundí en una repentina duermevela.

A mi lado, Violet fue relajándose, lenta y gradualmente.

Nos quedamos dormidos.

No sé qué hora era cuando desperté. La mano de Violet mordió mi hombro, y oí su agitada respiración.

—¡Escucha, Charles! —balbució.

Escuché.

—¿Has oído eso? En el exterior de la cabaña… parece que estén arañando en la puerta.

Sacudí la cabeza.

—Despierta, Charles, tienes que oírlo. Ha estado arañando debajo de la ventana, y ahora está en la puerta. ¡Haz algo!

Salté de la cama y agarré a Violet por el brazo.

—Vamos —dije—. Echaremos una mirada.

Mientras buscaba la linterna tropecé contra una silla.

—Se está alejando —sollozó Violet—. Date prisa.

Empuñando la linterna con la mano derecha, arrastré a Violet hasta la puerta. Allí me detuve, solté a Violet y descorrí el cerrojo.

Abrí la puerta de par en par. El haz luminoso de mi linterna barrió el suelo trazando un amplio círculo. El claro del bosque alrededor de la cabaña estaba vacío de toda vida.

Luego iluminé el suelo delante de nuestros pies.

Violet profirió un grito.

—¡Mira, Charles! ¡Aquí, en el suelo! ¿No ves las huellas…, las huellas delante de la puerta?

Miré.

Allí, a nuestros pies, veíanse las inconfundibles huellas de las patas de un

gigantesco lobo.

Me volví hacia Violet y la miré fijamente. Luego sacudí la cabeza.

—No, querida —susurré—. Estás equivocada. No veo nada. No veo absolutamente nada.

A la mañana siguiente, Violet se quedó acostada y yo bajé al pueblo para ver a Lisa.

Lisa vivía cerca de la encrucijada con su padre. El anciano estaba paralítico, y Lisa le mantenía confeccionando collares de cuentas y cestos de mimbre, a la usanza india, muy apreciados por los turistas.

La había conocido allí, poco después de mi llegada, cuando fui a comprar una pulsera para enviársela a Violet.

Al ver a Lisa me olvidé de todo.

Lisa era medio india y medio diosa.

Sus cabellos eran negros. Pero la negrura profunda y lustrosa de su cabellera palidecía cuando se miraban sus ojos, dos ovaladas ventanas abiertas a la noche. Su rostro y sus facciones estaban delicadamente modelados en bruñido cobre. Su cuerpo era fino y elástico, como el de una pantera.

Vi a Lisa y me olvidé de todo.

Porque Lisa era medio india y medio diosa, pero era también toda maldad.

Malvada como la noche que perfumaba el negro esplendor de su pelo…, malvada como el pozo insondable de sus ojos. La misma perfección pagana de su cuerpo estaba animada con la sustancia del pecado.

Cuando llegó Violet, mis encuentros con Lisa se interrumpieron. Le dije que debíamos ser prudentes, pero ella se echó a reír.

—Por poco tiempo —dijo.

—¿Poco tiempo?

Lisa asintió, con ojos centelleantes.

—Sí. Sólo mientras tu esposa esté viva.

Lo dijo con la mayor naturalidad. Y al cabo de unos instantes, comprendí que era una observación completamente lógica para mí.

No deseaba ya a Violet. Deseaba esta otra cosa: una cosa que no era amor ni lascivia, sino las nupcias de mi alma con una absoluta maldad.

Y para que aquellas nupcias se consumaran, Violet debía morir.

Miré a Lisa y asentí.

—¿Quieres que la mate? —pregunté.

—No. Existen otros medios.

—¿Magia india?

Hacía un mes, aquella sugerencia hubiera provocado en mí la risa. Pero ahora, conociendo a Lisa, sabía que era completamente válida.

—No. No, exactamente. Supongamos que tu esposa no muere. Supongamos que tenga que marcharse.

—¿Te refieres a que se separe de mí…, a que obtenga el divorcio?

—Veo que no comprendes. ¿No es cierto que hay lugares en los cuales encierran a los locos?

—Pero Violet no está loca. Es una mujer muy equilibrada. Tendría que ocurrirle algo realmente extraordinario para hacerle perder la razón.

—¿Ver un lobo, por ejemplo?

—¿Un lobo?

—Un lobo seguirá a tu esposa. La atormentará, la acosará cuando esté sola. Ella acudirá a ti en busca de explicaciones, de ayuda. Debes negarte a creerla. En poco tiempo, su mente…

Lisa se encogió de hombros.

No hice ninguna pregunta. Me limité a aceptar lo que Lisa me dijo. Si acudió a los bosques y consultó a los *shamans*, o susurró plegarias a los misteriosos genios de las tinieblas, lo ignoro.

Lo único que sé es que un lobo empezó a seguir a mi esposa. Y yo fingí no oír nada, no ver nada. Las predicciones de Lisa se estaban cumpliendo. Violet perdía la razón. No sé por qué motivo, asociaba su némesis nocturno con un hombre-lobo. Mucho mejor. El proceso sería más rápido.

Y Lisa esperaba, sonriendo misteriosamente.

Me esperaba aquella mañana, en el tenderete próximo a la encrucijada.

Aquí a la luz del sol, parecía simplemente una muchacha india vendedora de collares. Una muchacha india de cabellos y ojos negrísimos.

Apoyó una mano en mi brazo, haciéndome estremecer.

—¿Cómo está tu esposa? —susurró.

—No muy bien. Anoche encontró unas huellas de lobo delante de nuestra puerta. Se puso histérica.

Lisa sonrió.

—Cree que es un hombre-lobo, ¿sabes?

Lisa sonrió.

—Quiero que me digas la verdad, cariño. ¿Cómo consigues que el lobo la acose?

Lisa sonrió.

Suspiré.

—Supongo que no debo ser demasiado curioso.

—Desde luego, Charles. ¿No te basta saber que nuestro pian está dando resultado? ¿Que Violet está enloqueciendo? ¿Que pronto se marchará y nosotros estaremos juntos… para siempre?

La miré con fijeza.

—Sí, me basta. Pero, dime, ¿qué sucederá a continuación?

—Tu esposa verá el lobo. *Lo verá* realmente. Quedará aterrorizada. Tú te negarás a escucharla, como hasta ahora. Ella acudirá a las autoridades. Irá al pueblo, y tratará de que la gente la crea. Todo el mundo pensará que está loca. Y cuando te pregunten a ti, dirás que no sabes nada. Dentro de poco tiempo, el médico se verá obligado a examinarla. Después de eso…

—¿Verá el lobo? —inquirí—. ¿Lo verá realmente?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si quieres.

Asentí, lentamente. Luego me asaltó una duda.

—Violet está demasiado asustada para pasear por el bosque. No querrá salir de casa.

—En ese caso, el lobo irá hasta ella.

—Muy bien. Borraré las huellas, tal como he borrado las de esta mañana.

—Sí. Y será mejor que esta noche no estés en la cabaña. Eres una persona sensible, Charles. El espectáculo del terror de tu esposa te resultaría penoso.

Imaginé a Violet con los ojos desorbitados, la boca abierta en un grito de indecible terror mientras el monstruo de sus fantasías se materializaba delante de ella…

Sonreí.

Lisa me despidió con un gesto. Mientras me alejaba pude oír su risa, y pensé que en su alegría había algo que no era normal.

Luego, comprendí la verdad: Lisa no era tampoco una persona mentalmente sana.

Aquella noche cenamos en silencio. Cuando la luna se alzó sobre el lago, Violet se puso en pie y bajó las cortinillas con una mueca que no pudo ocultar.

—¿Qué pasa, querida? ¿Te molesta el resplandor de la luna?

—Lo odio, Charles.

—Es muy hermoso.

—Para mí, no. Odio la noche.

Podía permitirme el ser generoso.

—Violet, he estado pensando, ¿sabes? Este lugar te está destrozando los nervios. ¿No crees que sería mejor que regresaras a la ciudad?

—¿Sola?

—Iré a reunirme contigo cuando termine mi trabajo.

Violet apartó de su frente un mechón de rojizos cabellos. Me impresionó comprobar hasta qué punto había desaparecido el lustre de su cabellera. Ahora sus rizos eran opacos. Lo mismo que su rostro y sus ojos.

—No, Charles, no puedo marcharme sola. Me seguiría.

—¿Quién?

—El lobo.

—Pero, los lobos no van a la ciudad…

—Los lobos corrientes, no. Pero éste…

—¿Por qué crees que el lobo que…, ejem…, que ves no es corriente?

Violet captó mi vacilación, pero la desesperación hizo que renunciara a toda reticencia.

—Porque sólo lo he visto de noche. Porque aquí no hay lobos *de verdad*. Porque puedo captar su maldad. Me acosa, Charles, me acosa. Y únicamente a mí. Parece estar esperando que ocurra algo. Si me marchara, el animal me seguiría. No puedo escapar de él.

—No puedes escapar de él porque está en tu mente —estallé—. Violet, he tenido mucha paciencia contigo. He descuidado mi trabajo para cuidar de ti. Hace dos semanas que escucho tus fantasías.

»Pero, si yo no puedo ayudarte, tendrán que hacerlo otras personas. Esta tarde me he tomado la libertad de discutir tu caso con el Dr. Meroux. Quiere verte.

Violet se encogió literalmente ante lo directo de mi acusación.

—Entonces, es cierto —balbució—. Crees que estoy… desequilibrada.

—Los hombres-lobo no existen —dije—. Me resulta más fácil creer en la presencia de una aberración mental que en la de un ente sobrenatural.

Me puse en pie.

Violet alzó la mirada, sorprendida.

—¿Adónde vas? —susurró.

—A la tienda de Leon —dije—. Necesito un trago. Este asunto empieza a atacarme los nervios.

—Charles, no me dejes sola… esta noche.

—¿Temes a tus lobos imaginarios? —pregunté, amablemente—. No, querida. Si quieres que conserve alguna fe en tu estabilidad mental, será mejor que me demuestres que eres capaz de permanecer sola unas horas sin perder la cabeza.

—Charles…

Fui hasta la puerta, la abrí. Violet parpadeó cuando la luz de la luna penetró en la cabaña como un río de plata líquida. Me volví hacia ella, sonriendo.

—Violet, he sido muy paciente contigo. Pero, si no quieres que te vea un médico, si insistes en quedarte aquí, negándote a admitir que estás mentalmente trastornada…, demuéstrame que estoy equivocado.

Salí de la cabaña, cerrando la puerta detrás de mí, y eché a andar a buen paso por el sendero.

Hacía una noche espléndida y aspiré profundamente el aire cargado de fragancias silvestres mientras avanzaba hacia la encrucijada, situada a una milla de distancia.

La impaciencia prestaba alas a mis pies. Tenía prisa en llegar a mi destino. En realidad, no había pensado en ir a la tienda de Leon.

Iba a ver a Lisa.

La pequeña cabaña de Lisa estaba a oscuras, y me pregunté si estaría durmiendo. Su padre dormía ya, desde luego. Por ese lado no habría complicaciones.

Mientras me acercaba a la cabaña, decidí despertar a Lisa, si por casualidad se había acostado ya. Una noche como aquélla no era para pasarla durmiendo.

Un sonido repentino me detuvo a poca distancia del umbral. La puerta se estaba abriendo lentamente. Por puro instinto, me oculté en la sombra mientras una figura surgía de la cabaña.

—¡Lisa! —susurré.

Lisa se volvió y vino hacia mí.

—De modo que has tenido la misma idea… —murmuré, tomándola en mis brazos —. Vamos, no nos quedemos aquí. Bajaremos a la playa.

Echó a andar a mi lado, silenciosamente.

Permanecimos en pie contemplando la luna largo rato. Luego, cuando mis brazos ciñeron con más fuerza su cintura, Lisa se volvió hacia mí y sacudió la cabeza.

—No, Charles, ahora debes marcharte.

—¿Marcharme?

—He de llevar unos encargos…

—Deja que esperen.

Me incliné para besarla. Lisa se apartó.

—¿Qué pasa, Lisa?

—¡Déjame!

—¿Sucede algo malo?

—No. Vete, Charles.

La miré fijamente. Y al mirarla, vi. Vi que su rostro estaba anormalmente enrojecido, que sus ojos tenían una extraña luminosidad, que sus labios se entreabrían en un gesto de protesta, más que de pasión.

Ella no me miraba. Estaba mirando a través de mí, mirando la luna más allá de mi cuerpo. En sus ojos se reflejaban dos lunas gemelas. Parecieron extenderse, ensancharse, transformando las oscuras pupilas en globos de fuego plateado.

—¡Vete, Charles! —musitó Lisa—. ¡Vete, aprisa!

Pero yo no me marché.

La oportunidad de presenciar el espectáculo de una transformación licantrópica no se presenta todos los días. Y yo estaba contemplando cómo una mujer se convertía en lobo.

La primera indicación llegó en forma de un cambio respiratorio. La respiración de Lisa se convirtió en un ronco jadeo. Contemplé cómo su seno subía y bajaba, subía y bajaba, subía y bajaba… y la vi *cambiar*.

Sus hombros se inclinaron hacia adelante. El cuerpo no se encorvó, pero pareció

crecer hacia afuera en un plano inclinado. Los brazos empezaron a encajarse en los casquillos de los hombros.

Ahora, Lisa había caído al suelo: se retorció, en parte en la sombra y en parte a la luz de la luna. Pero la luz de la luna no brillaba ya contra su piel. La piel estaba oscureciendo, poniéndose rugosa, cubriéndose de mechones de pelo.

La suya era una agonía semejante a la del parto…, y en cierto sentido era un parto. Lisa estaba dando a luz, no a una nueva alma, sino a otro aspecto de su propio ser. La agonía y el acto eran puramente reflejos.

Resultaba fascinante contemplar la transformación de su cráneo: como si las manos de un escultor invisible estuvieran amasando y modelando la arcilla viviente, dando una nueva conformación a la estructura de los huesos.

La alargada cabeza pareció milagrosamente desprovista de rizos por un instante, y luego brotó la velluda piel, brotaron las orejas, largas y puntiagudas…

Los rasgos del semblante se convulsionaron, hasta metamorfosearse en un protuberante hocico. La mueca de un rictus involuntario se convirtió en un gruñido, y asomaron los colmillos.

Las manos que habían arañado la tierra en su agonía se habían transformado en garras.

El proceso duró aproximadamente tres minutos y medio. Lo sé, porque lo cronometré con mi reloj.

Sí, lo cronometré cuidadosamente. Supongo que tendría que haber estado asustado. Pero la oportunidad de ver a una mujer convertirse en lobo no le es concedida a todos los hombres. Contemplé la transformación con lo que podríamos llamar interés profesional. La fascinación descarta la presencia del miedo.

Ahora, la metamorfosis era completa. El lobo estaba delante de mí, inmóvil y jadeante.

Desde luego, comprendí. Comprendí por qué Lisa no tenía amigos, por qué pasaba tantas noches sola, por qué me había apremiado para que me marchara… y por qué podía predecir con tanta exactitud los movimientos del lobo fantasma.

Sonreí.

Los ojos de la fiera buscaron los míos con expresión implorante. Supongo que Lisa había esperado que yo revelara algún desconcierto, algún temor, o al menos una clara repugnancia.

Mi sonrisa fue una inesperada respuesta. Ahora, Lisa estaba tranquila en lo que a mi reacción respectaba.

—Será mejor que te vayas —susurré.

Pero ella vaciló. Me incliné y palmeé el velludo lomo.

—No pasa nada, Lisa —dije—. Puedes confiar en mí. Lo comprendo, ¿sabes? Esto no modifica en nada mis sentimientos.

Me pareció que un suspiro de alivio brotaba de la garganta del lobo.

—Ahora, será mejor que te des prisa —apremié—. Violet está sola. Prometiste sorprenderla.

La bestia gris dio media vuelta y se internó en el bosque.

Me dirigí hacia el lago y contemplé los rayos de la luna danzando sobre el agua.

Súbitamente, se produjo la demorada reacción emotiva. Todo estaba claro…, demasiado claro.

Estaba confabulado con una muchacha para provocar la locura en mi esposa. La propia muchacha no estaba completamente cuerda. Y ahora me había enterado de que era una mujer-lobo. Tal vez mi propia salud mental no era todo lo buena que sería de desear.

Pero las cosas habían seguido aquel camino, y ahora no podía retroceder.

Repentinamente, empecé a sollozar.

No eran los remordimientos, ni era el miedo. Acababa de ocurrírseme una idea: la idea de tener a Lisa entre mis brazos y notar su transformación; de besar los rojos labios de Lisa y encontrar de pronto, apretado contra mi boca, el babeante hocico de un loco.

Mis sollozos quedaron interrumpidos por *el lejano y burlón aullido procedente de las profundidades del bosque.

Me tapé los oídos con las manos y me estremecí.

De repente me encontré a mí mismo corriendo a través del bosque. No podía oír ningún aullido, pero el sonido de mis propios jadeos resonaba en mis oídos. Corrí locamente, ciegamente, desgarrándome el rostro y las manos mientras me precipitaba hacia la cabaña.

La cabaña estaba a oscuras. Me acerqué a la puerta y la empujé. Estaba cerrada.

Violet gritó desde dentro y me alegré de oírla. Al menos estaba… viva.

Ya que la idea se me había ocurrido súbitamente.

Los licántropos no se limitan a asustar… *¡Matan!*

De modo que sus gritos fueron bien recibidos por mí, y cuando abrí la puerta Violet se precipitó en mis brazos, llorando. Y su llanto me alegró también el corazón.

—¡Lo he visto! —susurró Violet—. Ha venido esta noche y ha acechado a través de la ventana. Era un lobo, pero los ojos eran humanos. Me miraban fijamente, aquellos ojos verdes…, y luego trató de abrir la puerta… Estaba aullando…, creo que me he desmayado. ¡Oh, Charles! ¡Ayúdame, ayúdame!

Me resultó imposible continuar con mi comedia. Ante su insano terror, me olvidé de mis planes. Tomé a Violet en mis brazos y traté de consolarla.

—Sí, querida —murmuré—. Sé que lo has visto. Porque yo también lo he visto, en el bosque. Por eso he venido tan pronto. Y lo he oído aullar, también. Ahora sé que no te engañabas: hay un lobo.

—Un hombre-lobo —insistió.

—Un lobo, de todos modos. Mañana bajaré al pueblo y reuniré un grupo de hombres para dar una batida.

Violet sonrió. No podía dominar el temblor de su cuerpo, pero consiguió sonreír.

—Ya no debes temer nada, cariño —le dije—. Ahora estoy aquí, contigo.

Aquella noche dormimos estrechamente abrazados, como chiquillos asustados.

Y, ¿acaso éramos otra cosa?

Me desperté muy tarde. Violet estaba preparando el desayuno.

Me levanté y me afeité. Violet me sirvió el desayuno, pero no pude comer mucho.

—Hay huellas alrededor de la cabaña —me dijo Violet. Su vez no temblaba ya: mi actitud de la noche anterior la había tranquilizado.

—Ahora mismo voy a bajar al pueblo —anuncié—. Hablaré con Leon, con el Dr. Meroux y con algunos de los muchachos. Tal vez vaya hasta el Cuartel de la Policía Montada, si puedo conseguir un caballo.

—¿Piensas unirte a la cacería?

—Desde luego. Es lo menos que puedo hacer… o no me perdonaría nunca a mí mismo por haberte juzgado mal.

Violet me besó.

—¿No tendrás miedo de quedarte sola, ahora? —inquirí.

—No. Nunca más tendré miedo.

—Bien.

Me marché.

Pensé mucho mientras me dirigía al pueblo. Pero mis meditaciones quedaron bruscamente interrumpidas cuando entré en la tienda de Leon y pedí un trago.

El gordo Leon estaba hablando con el Dr. Meroux en un extremo del mostrador. Hacía grandes gestos, pero al verme se calló y se acercó al lugar donde yo me encontraba. Inclinándose a través del mostrador, me dijo:

—Me alegro mucho de verle, *Meestaire* Colby.

—Gracias, Leon. Últimamente he estado muy ocupado…, no he podido bajar a menudo.

—¿Ha estado ocupado en su cabaña?

Me miraba fijamente. Vacilé, mordiéndome el labio. ¿Por qué tenía que vacilar en contestar?

—Sí. Mi esposa no se encontraba muy bien, y he pasado la mayor parte del tiempo con ella.

—Viven ustedes en un lugar solitario, ¿eh?

—Ya conoce usted aquello —respondí, encogiéndome de hombros—. ¿Por qué?

—Por nada. Me preguntaba, simplemente, si por casualidad habría oído usted algo estas últimas noches.

—¿Oír algo? ¿Qué podía oír? Ranas, y grillos, y…

—¿Lobos, quizá?

Parpadeé. El gordo Leon bajó un poco la voz.

—¿Ha oído usted el aullido de *le loup*?

Sacudí la cabeza. Confié en que Leon no se habría dado cuenta del temblor de mis manos.

—¡Qué raro! Parece que los gritos tendrían que resonar a través del lago…

—Por estos alrededores no hay lobos —dije.

—Está usted equivocado —susurró Leon.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Se acuerda usted de Big Pierre, el guía…, aquel hombre moreno que vive al otro lado del lago?

—Sí.

—Ayer, Big Pierre salió con una expedición hacia el río. Su hija, Yvonne, se quedó en la cabaña. Estaba sola. Y por ella sabemos lo del lobo.

—¿Lo ha contado ella?

—La pobre Yvonne no ha contado nada. Pero esta mañana, el Dr. Meroux pasó cerca de su cabaña y se detuvo a darle los buenos días. La encontró tendida en el patio. *Le loup* la atacó durante la noche, Dios la tenga en su gloria.

—¡Muerta!

—Sí. No resulta agradable pensar en ello. El Dr. Meroux perdió el rastro en el bosque, pero cuando Big Pierre regrese dará con la fiera, con toda seguridad.

El Dr. Meroux se acercó a nosotros.

—¿Qué opina usted de esto, Charles? Un lobo renegado en este territorio…, un asesino. Voy a informar a la Policía Montada para que den la alarma. Si hubiera visto el cadáver de aquella pobre niña…

Me tragué el contenido de mi vaso y me marché apresuradamente.

—¡Violet! —murmuré—. Está sola. Tengo que regresar a su lado.

Ahora sabía adónde había ido Lisa después de dejar a Violet. Ahora sabía que las mujeres-lobo hacen algo más que cambiar de forma.

El tenderete de Lisa estaba cerrado. Abandonando toda precaución, me acerqué a la puerta. La única respuesta a mi llamada fue un quejumbroso murmullo del anciano paralítico.

Pero, cuando me disponía a marcharme, la puerta se abrió de par en par. Lisa apareció en el umbral, parpadeando ante la intensa luz del sol. Estaba pálida, agotada, y sus cabellos colgaban sueltos sobre su espalda desnuda.

—Charles…, ¿qué sucede?

La agarré por un brazo y la arrastré hasta la sombra proyectada por los árboles que se alzaban detrás de la cabaña. Alzó hacia mí unos ojos apagados, llenos de

fatiga.

Entonces la abofeteé duramente. Lisa empezó a gimotear como un perro. Como un lobo.

La golpeé de nuevo, con todas mis fuerzas.

—¡Estúpida! —murmuré—. ¿Por qué has hecho eso?

Lisa se echó a llorar. La sacudí brutalmente.

—¡Basta! ¿Crees que no sé lo de anoche? Lo sé. Y lo sabe toda la gente de estos alrededores. ¿Por qué lo hiciste, Lisa?

Entonces ella comprendió, y supe que no podía esperar engañarme.

—Tuve que hacerlo —susurró—. No puedes saber lo que es eso. Después de dejar a tu esposa en la cabaña, regresé dando la vuelta por el lago. Y entonces me asaltó.

—¿Qué es lo que te asaltó?

—El hambre.

Lo dijo sencillamente.

—No puedes comprenderlo, ¿verdad? El hambre muerde tu estómago, y luego muerde tu cerebro, de modo que no puedes pensar. Sólo puedes… actuar. Y cuando pasé por delante de la cabaña de Big Pierre, Yvonne estaba en el pozo, sacando agua en la oscuridad. Recuerdo haberla visto allí, y luego… lo he olvidado.

La sacudí hasta que sus dientes castañetearon.

—Lo has olvidado, ¿eh? Bueno, la muchacha ha muerto.

—¡Gracias a *le bon Dieu*! —suspiró Lisa.

Me quedé asombrado.

—¿No lo comprendes? No puedo elegir las cosas que hago.

—¿Le das gracias a Dios por… eso?

—Desde luego. Ya que si Yvonne no hubiera muerto, si sobreviviera a la mordedura de alguien como yo, se habría convertido en un ser tan desdichado como yo misma.

—¡Oh!

—Es el hambre, siempre el hambre. Antes, cuando notaba que se acercaba el cambio, me marchaba muy lejos de modo que nadie se enterara. Pero anoche el hambre se presentó súbitamente y no pude dominarme. Es preferible que Yvonne haya muerto, pobrecilla…

—Olvidas un pequeño detalle —murmuré—. Eso desbarata nuestros planes.

—¿Por qué?

—Los temores de mi esposa ya no serán fruto de su imaginación. Cuando hable de un lobo que la acosa, nadie pensará que está loca. Todo el mundo sabe que *hay* un lobo, ahora.

—Comprendo. ¿Qué vamos a hacer?

—No vamos a hacer nada. Tenemos que dejar correr el asunto.

Sus brazos rodearon mi cuerpo, su magullado rostro se apretó contra el mío.

—Charles… —sollozó—. ¿Quieres decir que ya no estaremos juntos…?

—¿Cómo puedes esperar otra cosa, después de lo que has hecho?

—¿No me amas, Charles?

Empezó a besarme, y sus labios eran suaves y cálidos. No eran los besos de un lobo, sino los ardientes besos de una mujer encantadora. Y yo me ablandé.

—Ya pensaremos algo —le dije—. Pero ahora tienes que prometerme que lo que ocurrió anoche no volverá a suceder. Y que no te acercarás a mi esposa.

—Lo prometo —suspiró Lisa—. Resultará muy difícil para mí, pero haré todo lo que pueda. Vendrás a verme esta noche, ¿no? Estaremos juntos, y me protegerás… de mi hambre.

—Vendré esta noche —dije.

Los ojos de Lisa se llenaron de un súbito temor.

—Charles —susurró, será mejor que vengas *antes* de que salga la luna.

Cuando regresé a la cabaña, Violet estaba esperándome fuera.

—¿Te has enterado? —me preguntó.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí a mi vez.

—Ha venido un hombre a verte. Él me lo ha dicho. Me preguntó acerca del lobo, y yo mencioné lo que ha estado sucediendo últimamente. Te está esperando.

—Tú se lo dijiste —murmuré—, y él quiere verme.

—Sí. Será mejor que entres solo. Se llama Cragin, y pertenece a la Policía Montada.

Nunca me había encontrado con un miembro de la Policía Montada del Noroeste. De no ser por su uniforme, Mr. Cragin podría haber pasado por un inspector de policía de una gran ciudad. Tenía sus modales y su mentalidad.

—¿Mr. Charles Colby? —inquirió, levantándose del sillón mientras yo entraba en la cabaña.

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Creo que ya lo sabe. Se trata de la muerte de la pequeña Yvonne Beauchamps…

Suspiré.

—Me lo han dicho en el pueblo. Un lobo, ¿no es cierto? Y usted quiere saber si he visto señales de alguno.

—¿Las ha visto?

Vacilé. Aquello fue un error. El hombre de uniforme me miró y sonrió.

—No importa. Cualquiera que se moleste en echar una ojeada alrededor de esta cabaña verá huellas recientes de un lobo. En realidad, hay un rastro que parte de aquí, da la vuelta al lago y se dirige a la cabaña de Beauchamps. Lo he seguido esta tarde.

No pude decir nada. Traté de encender un cigarrillo, y deseé no haberlo hecho.

—Además —dijo Cragin—, he estado hablando con su esposa. Parece estar muy

enterada de las andanzas de ese lobo.

—¿De veras? ¿Le ha dicho que anoche vio uno aquí?

—Desde luego. —Cragin dejó de sonreír—. ¿Dónde estaba *usted* anoche cuando apareció el lobo?

—En el pueblo.

—¿En la tienda de Leon?

—No. Paseando, simplemente.

—Paseando, ¿eh?

El diálogo estaba lejos de resultar brillante, pero retenía mi interés. Me daba cuenta de que Cragin quería llegar a alguna parte. Y lo hizo.

—Dejemos ese aspecto del asunto, de momento —sugirió—. Conozco los hechos; ahora sólo se trata de ver si podemos descubrir las costumbres de ese renegado. Estamos organizando una expedición para darle caza. Supongo que no le interesará formar parte de ella, ¿verdad? No es lo suyo…

No dije nada.

—Bueno, ¿no es cierto? —insistió—. Usted es escritor…

Asentí.

—Me han dicho que ha escrito usted mucho acerca de lo sobrenatural. Su esposa me ha contado que acaba usted de escribir un relato sobre alguna clase de monstruo invisible.

Asentí de nuevo. Resultaba bastante fácil limitarse a inclinar la cabeza.

Cragin se puso en pie.

—¿Nunca ha tenido ideas raras? —me preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la impresión de que un autor de sus características ha de ser un poco… distinto. Perdone que le diga esto, pero imagino que un hombre que se dedica a escribir sobre monstruos ha de tener unos puntos de vista un poco raros acerca de un montón de cosas.

Tragué saliva, pero lo disimulé con una rápida sonrisa.

—¿Está insinuando que cuando escribo una historia acerca de un monstruo forma parte de mi autobiografía? —pregunté.

Aquello no era exactamente lo que él esperaba. No le di tiempo a reponerse.

—¿Qué le pasa? —continué—. ¿Acaso tengo aspecto de vampiro?

Cragin sonrió forzadamente.

—Dado el cargo que ocupo tengo la obligación de ser suspicaz. Antes de contestar a su pregunta, permítame ver sus dientes.

Abrí la boca y dije:

—¡Ah!

Aquello tampoco le gustó.

Me di cuenta de mi ventaja y la aproveché.

—¿Qué busca, Cragin? —pregunté—. Sabe que mi esposa ha visto un lobo por estos alrededores. Sabe que anoche apareció por aquí. Sabe que se marchó y, al parecer, dio la vuelta al lago, mató a la muchacha y desapareció.

»Le hemos dado toda la información que deseaba. Al menos, desde luego, que tenga una vaga idea de que yo puedo ser un monstruo… Tal vez su teoría científica apunta a la noción de que me transformo en un lobo, asusto a mi esposa y luego salgo y asesino a una víctima en la oscuridad.

Cragin inició un gesto de protesta, pero me apresuré a continuar:

—No estoy acostumbrado a estas regiones semisalvajes. Desde luego, sé que algunos de los mestizos de por aquí creen en fantasmas, en hombres-lobo y en demonios, pero no creía que los miembros de la Policía Montada adoptaran tales supersticiones.

—Mr. Colby, yo…

Sonreí agradablemente.

—Si quiere aceptar un consejo, vaya a cazar a su lobo.

Lo aceptó, y se marchó.

Casi inmediatamente entró Violet.

Por primera vez, me estaba portando de un modo lógico. Lo directo de mi ataque había disipado, sin duda, las posibles suspicacias de Cragin. Le había hecho ver lo absurdo de las habladurías acerca de los hombres-lobo.

Decidí seguir la misma táctica con Violet. En tono casual, le conté los detalles de la entrevista.

Ella escuchó en silencio.

—Ahora, querida, puedes ver la verdad —concluí—. El lobo existe, realmente, pero no es más que un lobo. Tú creíste que podía ser algo más, porque dio pruebas de inteligencia. El doctor Meroux me ha dicho que los renegados como ése están acostumbrados a los seres humanos y son mucho más astutos.

»Pero, cuando matan, matan como un animal. Es un lobo y nada más. Esta noche le darán caza, y tú podrás descansar más tranquila.

Violet apoyó una mano en mi brazo.

—¿Vas a quedarte aquí? —me preguntó.

Enarqué las cejas.

—No. Voy a bajar al pueblo y me uniré a la expedición. Anoche te dije que lo haría. Para mí es una cuestión de amor propio.

—¿No podrías quedarte? Estoy asustada…

—Cierra la puerta. Un lobo no es capaz de abrir una cerradura.

—Pero…

—Voy a tomar parte en la caza. Créeme, estarás más segura si me voy.

La luna casi había salido cuando me encontré con Lisa bajo los árboles que rodeaban su cabaña.

Debo confesar que experimenté una sensación de alivio cuando comprobé que me esperaba una mujer, y no un lobo.

Su sonrisa me tranquilizó.

—Sabía que vendrías —me dijo—. Ahora podremos estar juntos. ¡Oh, Charles! Tengo miedo…

—¿Miedo?

—Sí. ¿No te has enterado? Ese Cragin, el policía montado, ha estado hablando. Hoy ha venido a verme y me ha preguntado si sabía algo acerca del lobo. Por lo visto, Leon ha estado comadreando como una vieja de mis salidas nocturnas. Y se ha referido a los hombres-lobo.

—No tienes por qué preocuparte —la tranquilicé. Brevemente, repetí lo esencial de mi conversación con Cragin.

—Pero esta noche han salido de caza —insistió Lisa—. Leon ha cerrado su tienda, y la mayoría de los hombres están siguiendo a Cragin. Han salido al atardecer, para examinar los alrededores del lago. Irán a la cabaña de Big Pierre, y tratarán de localizar las huellas del lobo.

—¿Por qué habría de preocuparte eso? —inquirí, sonriendo—. No hay ningún lobo. Esta noche, tú y yo estaremos juntos.

—Sí, amor mío —dijo Lisa—. Mientras te tenga a mi lado estaré segura.

Señaló una jarra que estaba junto a ella, sobre la hierba.

—Podemos sentarnos un rato aquí —dijo—. La tienda de Leon está cerrada, pero esta tarde he ido a comprar un poco de vino. Te gusta el vino, ¿verdad, Charles?

El vino era dulce pero fuerte. Mientras la luna se alzaba por el este, bebí.

Súbitamente, Lisa aferró mi hombro.

—¡Escucha!

Oí a lo lejos, más allá del lago, el leve griterío de unas voces humanas mezcladas con unos penetrantes ladridos.

—Están rastreando y llevan perros.

Lisa se estremeció.

—No hay nada que temer —dije, para tranquilizarla.

Sin embargo, mientras contemplaba el firmamento sentí un creciente temor, y supe que era provocado por el clamor que llegaba a través del lago.

Estaban persiguiendo una mujer-lobo… que se encontraba en mis brazos.

El orgulloso perfil pagano de Lisa se recortaba contra el pálido rostro de la luna.

Rostro de luna y rostro de muchacha, contemplándose mutuamente. Y yo, contemplando a ambos…

—¡Lisa! —susurré—. ¿Te encuentras bien?

—Desde luego, Charles. ¡Bebe!

—Quiero decir…, ¿no te sientes como si fuera a ocurrirte algo?

—No. Esta noche, no. Me siento perfectamente. Estoy contigo.

Lisa se echó a reír y me besó. Bebí para ahogar mis temores.

—¿No volverás a molestar a Violet? ¿Dejarás de merodear por la noche hasta que pase todo esto?

—Sí, desde luego.

Lisa acercó la jarra a mis labios.

—¿Tendrás paciencia? ¿Esperarás hasta que se me ocurra otro plan?

—Lo que tú digas, amor.

Me encaré con ella.

—La cosa puede resultar laboriosa. Tal vez no podamos estar juntos tan pronto como habíamos planeado. Es posible que no exista más medio que el divorcio. Violet es muy puritana y luchará. Pueden pasar varios años antes de que yo quede libre. ¿Te sientes capaz de esperar?

—¿Divorcio? ¿Años?

—Tienes que prometerme que esperarás. Que no le harás ningún daño a Violet… ni a nadie. Si no es así, no podremos estar juntos.

Ella se encaró conmigo, con el rostro en la sombra. Luego se inclinó y me besó.

—Muy bien, Charles. Si no hay más remedio, puedo esperar. Puedo esperar.

Bebí de nuevo. Todo estaba muy claro. Luego se hizo borroso. Luego volvió a aclararse. Los ladridos de los perros resonaron en mis oídos, después se desvanecieron en la distancia. El rostro de Lisa pareció ensancharse, luego desapareció.

Eran los efectos del vino, pero no me importaba. Tenía la promesa de Lisa y los labios de Lisa. No podía soportar por más tiempo la tensión. Aquellos últimos días habían sido una continua pesadilla para mí.

Sin saber cómo ni cuándo, me quedé dormido.

«*¡Despierte!*»

La voz resonó como un disparo en mis oídos. Me incorporé y sacudí la cabeza, desconcertado.

—¡Despierte, Colby! ¡Aprisa!

Abrí los ojos. La luna estaba muy alta en el cielo, y sus pálidos rayos caían sobre el rostro inclinado hacia el mío: el rostro del Dr. Meroux.

—Me he quedado dormido —murmuré—. ¿Dónde está Lisa?

—¿Lisa? Aquí no hay nadie más que usted. Despierte de una vez y venga conmigo.

Me puse en pie, recobré mi equilibrio.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, doctor. ¿Qué sucede?

—No sé si…

Se interrumpió, vacilando. Me sentí completamente despejado.

—No me oculte nada, doctor. ¿Qué ha pasado?

—Se trata de su esposa —dijo, lentamente—. El lobo se presentó esta noche en su cabaña, mientras usted estaba fuera. Yo pasé por allí casualmente y se me ocurrió entrar a saludarles. Cuando llegué, el lobo ya se había marchado. Pero…

—¿SÍ?

—¡El lobo había desgarrado la garganta de Violet!

Corrimos en medio de la oscuridad.

Lisa había mentido. Me hizo beber, esperó hasta que me quedé dormido, y luego atacó…

No podía pensar en otra cosa.

Llegamos a la cabaña. El Dr. Meroux se arrodilló al lado del lecho donde yacía Violet. Ésta se volvió y me sonrió débilmente.

—¿Está viva? —inquirí.

—Sí. El lobo le desgarró la garganta, pero llegué a tiempo y pude contener la hemorragia. La herida no es demasiado grave, pero su esposa está mortalmente asustada. Tiene que descansar durante un par de días.

Me arrodillé al lado de mi esposa y apreté mis labios contra su mejilla encima del vendado cuello.

—¡Gracias, Dios mío! —susurré.

—No le haga preguntas —me aconsejó Meroux—. Déjela descansar. Evidentemente, llegué cuando acababa de producirse el ataque. El lobo debió de entrar a través de la ventana. Hay un cristal roto. Al oír que me acercaba saltó de nuevo por la ventana y huyó. Las huellas son muy visibles.

Salí de la cabaña con el doctor. Efectivamente, abundaban las huellas.

—Los cazadores no tardarán en llegar —dijo Meroux—. Creo que no les será difícil seguir el rastro.

Asentí.

Súbitamente, el bosque se llenó de frenéticos ladridos. Los gritos de los hombres no eran menos frenéticos.

El Dr. Meroux se retorció nerviosamente su bigote.

—¡Deben de haberlo encontrado! —gritó—. ¡Escuche!

Gritos y murmullos. Un horroroso alarido. Y luego…

Una descarga cerrada.

—*Nom de Dieu!* ¡Lo han cazado! —exclamó el doctor.

Ladridos de perros, ahora más cercanos. También las voces resonaban más próximas.

Y entonces, en el claro que se abría delante de la cabaña, apareció el lobo.

La enorme bestia gris estaba jadeando, agotada. Arrastró su cuerpo a través del espacio abierto, dejando un negro rastro de sangre.

Meroux sacó un revólver, echó el gatillo hacia atrás. Cogí su mano.

—¡No! —susurré—. ¡No!

Eché a andar hacia el lobo. Sus ojos se encontraron con los míos, pero no me reconocieron: tenían la vidriada expresión de la muerte inminente.

—Lisa —murmuré—. No pudiste esperar…

El doctor no oyó mis palabras, pero sí el lobo. Irguió la cabeza, y un estrangulado sonido brotó de la hirsuta garganta.

Luego, el lobo murió.

Lo vi morir. Sus patas quedaron rígidas, la cabeza cayó a un lado y el cuerpo se estremeció en una última convulsión.

Pude soportar el espectáculo de la muerte del lobo.

Lo que siguió no resultó tan fácil de resistir.

Ya que Lisa murió.

Cuando presencié la transformación de la mujer en lobo, la cronometré fríamente con mi reloj.

Ahora, contemplando la transformación del lobo en mujer, sólo pude estremecerme y gritar.

El cuerpo se extendió, flexionándose. Las orejas se hundieron en el cráneo, los miembros se alagaron, la carne se hizo tersa, blanca… El Dr. Meroux estaba gritando a mi lado, pero no pude oír lo que decía. Sólo pude contemplar cómo se desvanecía la forma del lobo y surgía la de Lisa, como una flor surgiendo de su capullo: un pálido lirio de muerte.

Lisa yacía allí, una muchacha muerta a la luz de la luna. Estallé en sollozos.

—¡No! ¡No puede ser!

La ronca voz del doctor me arrancó de mi abstracción. Señalaba con un dedo tembloroso la blanca forma tendida a nuestros pies.

Miré y vi… *otro* cambio.

Un cambio que no puedo describir. Sólo puedo recordar, ahora, que Lisa no me había dicho nunca cómo ni *cuándo* se había convertido en una víctima de la licantropía. Sólo puedo recordar que la sangre que beben los licántropos es para ellos la fuente de la eterna juventud.

La mujer tendida a nuestros pies envejecía ante nuestros ojos.

De mujer en lobo: semejante metamorfosis es suficientemente espantosa de contemplar. Pero esta abominación final resultaba más impresionante todavía. La encantadora muchacha convirtiéndose en una horrible bruja.

Al final, algo increíblemente viejo yació sin vida en el suelo. Algo arrugado y

encogido, iluminado por la luz de la luna.

Finalmente, Lisa había asumido su verdadera forma.

El resto debió de ocurrir con mucha rapidez. Llegaron los hombres, con los perros. El Dr. Meroux se inclinó sobre la cosa que había sido lobo y mujer, y que ahora no era ninguna de las dos cosas. Yo me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, a la mañana siguiente, el Dr. Meroux estaba vendando la herida de Violet. Mi esposa se había levantado, señal de que su recuperación había sido rápida, y me preparó un poco de sopa. Después de tomármela, volví a quedarme dormido.

Al día siguiente se presentó de nuevo el Dr. Meroux. Me sentí lo bastante fuerte como para interrogarle. Sus respuestas me tranquilizaron.

Al parecer, el Dr. Meroux había sido prudente. Confirmó la historia del hombre-lobo, pero no identificó a la mujer muerta como Lisa. Con la ayuda de Cragin, el asunto iba a quedar enterrado. Después de todo, no había lugar a una investigación posterior.

Violet no tardó en recobrarse del todo.

Anoche le confesé absolutamente todo lo ocurrido.

Se limitó a sonreír.

Quizá, cuando se sienta con fuerzas, regresará a la ciudad y se divorciará de mí. No lo sé. No me ha ofrecido su perdón, ni ha hecho ningún comentario. Tiene un aspecto inquieto, excitado.

Hoy ha salido a dar un paseo.

Yo he estado sentado toda la tarde, escribiendo este relato. Imagino que regresará ahora que el sol se ha puesto. Sin embargo, con la herida del cuello sin cicatrizar del todo, no se encuentra en condiciones de viajar.

La luna se está levantando encima del lago, pero no quiero verla. No puedo soportar nada que me recuerde lo ocurrido. Al escribir esto, espero librarme de mis recuerdos.

Tal vez pueda encontrar una medida de paz en el futuro. Estoy convencido de que Violet me odia, pero obtendrá su divorcio y yo no me opondré.

Sí. Violet me odia. Porque envié una mujer-lobo a que la matara.

Pero, estoy desvariando. No debo pensar en eso. No.

Y, sin embargo, tengo que pensar en algo. No quiero dejar de escribir, todavía. Luego me veré obligado a permanecer aquí sentado, solo, mientras la noche cae como un manto oscuro sobre una tierra muerta.

¿Dónde diablos estará Violet? Con aquella herida en su garganta, el relente de la noche no le hará ningún bien.

Aquella herida en su garganta: donde Lisa la mordió.

Estoy tratando de recordar algo relacionado con la herida. Relacionado con mi

temor a la luz de la luna y a quedarme solo aquí.

¿Qué será?

¡Ahora lo sé!

Sí. Lo recuerdo.

Y rezo para que Violet se haya marchado, para que no regrese.

Hoy estaba muy inquieta y se ha marchado sola al bosque. Sé por qué se ha marchado.

La herida está *surtiendo efecto*.

Recuerdo las palabras de Lisa cuando le dije que la pequeña Yvonne había muerto. Dio gracias a Dios por el hecho de que Yvonne no hubiese sobrevivido a su mordedura. De no haber muerto, se hubiera convertido también en una…

Violet había sido mordida. Violet no murió. Ahora, la herida estaba surtiendo efecto. Y la luna estaba alta, muy alta, sobre el lago. Violet, corriendo a través del bosque, era una…

¡Allí! Puedo verla a través de la ventana.

Puedo ver… al animal.

Está arrastrándose hacia la cabaña mientras escribo. Puedo verlo a la luz de la luna. La luz de la luna que brilla sobre la peluda piel de su lomo. La luz de la luna que brilla también sobre el negro hocico, y sobre los puntiagudos colmillos.

Violet me odia.

Violet se está acercando…, pero no como una mujer.

¡Un momento! ¿He cerrado la puerta? Sí.

Bueno. No podrá entrar. Ahora está arañando la puerta. Y gruñendo de un modo amenazador.

Tal vez venga Cragin, o el Dr. Meroux. Si no, pasaré la noche sentado aquí. Por la mañana me marcharé. Y cuando Violet vuelva a presentarse, no estaré aquí.

Sí, esperaré.

¡Esos aullidos! Me crispan los nervios. Ella sabe que estoy aquí. Puede oír el tecleteo de la máquina de escribir. Lo sabe todo. Y si pudiera cogerme…

Pero no puede. Aquí estoy seguro.

¿Qué es lo que pasa ahora? Ella ya no está en la puerta. Oigo sus pasos moviéndose debajo de la ventana.

¡La ventana!

La otra noche, Lisa rompió el cristal para entrar. Y la ventana continúa con el cristal roto…

Ahora está aullando. Se dispone a saltar.

Sí…

Ahora lo veo…

El cuerpo de un lobo que salta a la luz de la luna…

¡Violet!

¡No!

¡Vio…!

EL RELOJ DEL CAPITÁN

FIGURAS DE CERA

ENTRE EL MINUTO Y LA HORA

COMPAÑEROS DE JUEGO

LOS NAIPES DE MARFIL

EL OXIACANTO

A. M. Burrage

EL RELOJ DEL CAPITÁN

Sam Tucker, dueño de la Posada del Lugre de St. Fay, dio la bienvenida a Miss Colworth y barruntó inmediatamente que la recién llegada era una maestra de escuela. Y como nunca se reservaba sus barruntos —a menos que tuvieran un carácter calumnioso—, Miss Colworth quedó informada en seguida de la impresión que Sam había recibido.

Miss Colworth se irguió ligeramente y fue capaz de negarlo sin contaminar su pozo de la verdad particular. Había transcurrido casi un año desde que había renunciado a su empleo en la Rosewood School. Aunque no se avergonzaba, sino todo lo contrario, de su antigua profesión, le desagradaba la idea de parecer como si continuara ejerciéndola.

Bueno, ahora podía llamarse a sí misma una artista, una autora. Una herencia había venido a engrosar sus ahorros, dejándola en condiciones de dedicar su vida a sus aficiones. En la escuela, Miss Colworth había enseñado dibujo y pintura, y en sus ratos libres había pintado algunas acuarelas que, en opinión de sus amigos, eran casi tan buenas como la obra de un profesional. Ella tenía conciencia de sus defectos, pero ahora que disponía de tiempo acariciaba la esperanza de que no era demasiado vieja para superarlos. Al menos, podría satisfacer una necesidad de pintar para complacerse a sí misma.

Su otro interés era el folklore, y las dos aficiones, ahora felizmente unidas en ella, la llevaron a Cornwall para la luna de miel. Ya que Cornwall había sido llamado el País de Leyenda, y St. Fay el Paraíso del Artista.

St. Fay está edificado dentro de un hueco de los acantilados y alrededor de una especie de puerto natural. Las pequeñas casas parecían haber caído del cielo y aterrizado caprichosamente, pero con los tejados hacia arriba. Stella Colworth encontró el lugar muy hermoso a la luz del sol, más encantador todavía a la luz de la luna, pero un poco sucio y deprimente cuando el tiempo era nublado y lluvioso.

Desde que el contrabando —en otra época la principal industria— había sido casi eliminado, la aldea había conocido una gran pobreza durante casi un siglo. La pequeña flota pesquera que llenaba el puerto los días de mal tiempo, vegetaba penosamente con las capturas de congrio. El otro mes era de abundancia con la llegada de la sardina. Pero, cuando éstas fallaban, como ocurría de cuando en cuando,

significaba una verdadera tragedia.

En los últimos años, sin embargo, los visitantes veraniegos se habían hecho más frecuentes. Llegaban pintores y aguafortistas, y entre ellos algunos de los famosos y ricos. Otros artistas acudían con grupos de discípulos que vestían de un modo que escandalizaba a los sencillos aldeanos. Menos afortunadamente, «extranjeros» de otras regiones de Inglaterra acapararon una gran parte del nuevo comercio instalando tiendas de objetos de arte y salones de té.

Pero el lugar no estaba contaminado del todo cuando Stella Colworth llegó a él. Evitó ostensiblemente el hotel «El Nidito» y fue al «Lugre», donde Sam Tucker le destinó una habitación del piso alto con vistas al puerto.

Stella quedó encantada, ya que allí había un cuadro esperando su pincel. Podría sentarse en un sillón de felpa y pintarlo cuando el tiempo la obligara a quedarse en su cuarto.

Fuera de la posada se enfrentó con un problema. Había mucho que pintar, pero también habían muchos para pintarlo. Encontró un caballete junto a otro, por así decirlo, a lo largo de todas las angostas calles, y sintió el deseo de echarse a reír. Era como algo que en cierta ocasión había visto en una comedia musical. ¡Y aquél era el País de Leyenda!

Transcurrieron dos o tres días antes de que Stella encontrara un rincón para ella, y entonces su estilo se vio agarrotado por el conocimiento de que todos los transeúntes miraban lo que estaba haciendo por encima de su hombro. Algunos le preguntaban si podían mirar, sumiéndola en una gran confusión y haciéndola proferir una frase que acabó convirtiéndose en un apodo. Al cabo de una semana, Stella era conocida en toda la aldea como Una Simple Aficionada. Pero lo que más temía eran las rápidas ojeadas de los profesionales. Aquellos patilludos y jóvenes ogros se mostraban muy corteses y no hacían ningún comentario. Pero cuando habían pasado, Stella oía unas risas reprimidas, y, si se volvía a mirarlos, sorprendía unos gestos muy poco académicos. Stella apretaba los labios y continuaba pintando, con una firme decisión reflejada en sus ojos.

Estaba en camino de pintar algo que prometía satisfacerla, alimentando así una ambición que exigía muy pocos alimentos. Pero hasta entonces había fracasado en su otro objetivo. Había inquirido a diestro y siniestro, pero los habitantes de St. Fay no sabían lo que era el folklore…

Stella tenía que comprobar aún que había estado obrando como una niña ingenua invitando a declarar su crimen a un asesino inconfeso. No sabía que aquella gente, que el domingo iba a la iglesia vestida de negro, con aspecto de cucarachas, tenía tradiciones y secretos mucho más antiguos que el Cristianismo. No sabía que la ciencia moderna en forma de radio había entrado en casa de una mujer y que sus vecinos creían que practicaba la brujería. En una palabra, en St. Fay había folklore de cierta clase delante de ella y a su alrededor, pero no le estaba permitido verlo.

Sam Tucker, como corresponde a un posadero, era menos taciturno que sus

vecinos. Además, había sido durante muchos años marinero en un mercante, y su mente se había ensanchado en alta mar y en los puertos extranjeros. Pero era leal a sus vecinos —en cuyo apoyo tenía que confiar en los oscuros días de invierno—, y puesto que ellos habían decidido ocultar sus secretos a la dama «forastera» él también lo hacía.

—¿Una antigua historia? —dijo, rascándose la cabeza—. Bueno, hay una del cerdo del granjero Trewinnick…

Una historia digna de Boccaccio. Aunque, en deferencia a su oyente, Mr. Tucker utilizó abundantemente los eufemismos.

—No es lo que usted deseaba, ¿verdad? —inquirió, tras haberla contado—. Fantasmas, hadas y brujas, ¿eh? Bueno, la gente solía creer en esas cosas en otros tiempos, pero ahora es distinto. Cuando era un chiquillo había oído alguna de esas historias, pero las he olvidado.

—¡Oh! No me diga que no tienen un *fantasma* en el pueblo —dijo Stella, medio en broma.

Le pareció que Tucker la miraba con cierta dureza. Pero fue una impresión momentánea.

—Bueno —dijo Tucker—, yo nací en esta casa y nunca he visto uno. Y mi padre antes que yo. Y el suyo antes que él. Tres generaciones de marineros, establecidos aquí cuando nos cansamos de navegar. Y, que yo sepa, ninguno de nosotros ha *visto* un fantasma.

A Stella le pareció que Tucker había cargado un poco el tono en el último verbo, pero fingió no darse cuenta.

—¡Tres generaciones de marineros! —exclamó—. No debe de ser muy corriente…

—¡Oh! La cosa se remonta mucho más allá. El abuelo del abuelo de mi padre fue uno de los primeros hombres que puso los pies en Australia. Navegaba con el capitán Cook.

—¡Vaya, eso es más interesante! —dijo Stella, preguntándose si sería verdad.

—Y lo que es más —continuó Tucker—, yo tengo el reloj del capitán Cook. O uno de sus relojes. Lástima que le entró un poco de arena en el mecanismo y ahora lo he enviado a limpiar. Cuando me lo devuelvan se lo enseñaré.

—Gracias, me gustará mucho verlo —dijo Stella; y se preguntó si el reloj podía ser clasificado como folklore en una forma concreta.

Una vez en su cuarto, Stella dedicó a Sam Tucker la mayor parte de sus pensamientos. Si bien el posadero era mucho más comunicativo que sus vecinos, subsistía en él un fondo de reserva. Lo demostraba el énfasis que había puesto al decir que nadie de su familia había *visto* un fantasma.

El instinto le dijo a Stella que finalmente se encontraba tras el rastro de algo

interesante, aunque no estaba completamente segura de que aquel «algo» fuera la pieza que ella pretendía cazar.

Bueno, si la casa no contenía un fantasma, contenía un loro, que Stella no había visto aún. Le había oído imitar los ladridos de un perro, y los chillidos de las gaviotas, y hablar con su propia voz. A ella no le gustaban los loros desde que uno de aquellos animales le propinó un terrible picotazo, y hasta entonces no había expresado el deseo de ver al pájaro. Se preguntó, sonriendo para sus adentros, si el viejo Tucker le diría que el loro había pertenecido también al descubridor de Australia.

Stella se había enterado ya de que Sam Tucker era viudo y de que la mujer que cuidaba de la casa y la atendía a ella era la hermana de su difunta esposa. Mrs. Polrowan, también viuda, era una mujer de rostro adusto que rara vez extendía su conversación más allá de un «Sí» o un «No» o de un «No estoy segura». Para Stella era un pozo seco, pero aquella tarde, cuando le sirvió el té, debía de estar de un mejor humor que de costumbre.

—Sí —respondió—, tenemos un loro, desde luego. Me gustaría que le oyera usted imitando a *Además*.

—*¿Además?*

—El perro que teníamos. Éste es un hogar religioso, de modo que buscamos un nombre para el perro en la Biblia. «Además el perro vino a lamer sus llagas».

Stella reprimió una sonrisa que temió hubiese resultado inoportuna.

—He oído hablar del loro —dijo—, pero todavía no lo he visto.

Mrs. Polrowan, que se encontraba ya junto a la puerta, se volvió.

—¡Oh! En verano, cuando vienen los forasteros, lo tenemos en nuestra habitación. Si colgamos su jaula en el bar, todo el mundo se mete con él. Luego les da un picotazo y todo son quejas.

Stella recordó el picotazo que había recibido ella y se echó a reír. Luego, mientras la puerta se cerraba, continuó sonriendo y se sentó, mirando fijamente a un punto indeterminado, completamente inmóvil, como hipnotizada por un foco de luz.

Hasta entonces había fracasado en sus tentativas para conseguir información acerca del folklore local. Pero ahora le parecía que podía encontrarse tras el rastro de una historia de otra clase, algo más moderno, más verosímil e incluso más romántico en su estilo. Se le ocurrió que allí había buen material para otra pluma: la de un escritor de seriales para «La Hora de los Niños», quizás.

Un antiguo marinero-convertido-en-posadero y su taciturna cuñada, para empezar. Luego, el fantasma que no había sido *visto*. Luego el reloj, que había pertenecido al famoso capitán Cook. Y, finalmente, el loro: un «accesorio» casi imprescindible para cualquier historia relacionada con el mar.

Stella revolvió aquellos cuatro elementos, como las piezas de un rompecabezas, pero se negaron a encajar entre ellos o a formar un dibujo. El instinto le decía que un novelista sabría sacarles partido, pero ella se encontraba completamente

desconcertada. Cuando era niña, tenía fama de decir siempre la verdad; pero aquella virtud, en gran parte, venía determinada por su falta de imaginación.

Las piezas del rompecabezas permanecieron sin encajar durante toda una semana. Entretanto, la propia Stella, sin que ella se diera cuenta, había sido también objeto de estudio. Sus preguntas, aparentemente casuales, la habían traicionado hasta cierto punto. Iba detrás de las historias de los Antiguos, historias que habían sido ocultadas cuidadosamente a los compiladores de Guías Turísticas…

Sam conocía a sus vecinos, con los cuales tenía que vivir todo el año, y compartía hasta cierto punto —sin comprenderla— su reticencia. A ningún hombre le gusta que se rían de él por conservar, a pesar de la moderna ilustración, unos cuantos granos de la extraña y oscura fe de sus antepasados. Había viajado mucho y conocía más mundo que la mayoría de los magnates de las ciudades; pero si su casa sufriera una invasión de ratas, sabría que era víctima de un hechizo. Y, para librarse de él, acudiría a la bruja blanca y no a los raticidas.

De modo que si la dama quería saber cómo se confeccionaba un filtro amoroso, o cómo se apaciguaba a un muerto inquieto en su nuevo estado, no sacaría nada de Sam Tucker. Sam no traicionaría aquella sociedad secreta que no tenía nombre y que no exigía ninguna iniciación. Pero si deseaba oír una extraña historia él se la contaría, y nadie podía discutirle su derecho a hacerlo. Se la contaría en cuanto estuviera seguro de que ella no la tomaría a risa.

Ya que el viejo Sam Tucker le había tomado afecto a Stella, respetándola por sus conocimientos y porque era —su instinto se lo decía— una «verdadera dama». Y Stella vería el reloj —que podía haber pertenecido o no al capitán Cook—, y el loro *Nero*, y oiría la historia del extraño nexo existente entre ellos. Sí, lo oiría cuando Sam Tucker estuviera seguro de que no se tomaría la historia a risa.

Una mañana, después de desayunar, Stella se disponía a salir, cargada como de costumbre con los trebejos de pintar, cuando encontró la puerta de la calle cerrada. Sam salió rápidamente para ayudarla. Tenía ya la mano en el cerrojo cuando dijo:

—Ya tengo el reloj, Miss Colworth, si quiere verlo.

—Con mucho gusto —asintió Stella.

La vivienda de Sam se encontraba al final de un pasillo que partía del vestíbulo. La primera de las habitaciones servía de comedor y de sala de estar. La única ventana aparecía parcialmente tapada por una amplia jaula y su gris ocupante.

El pájaro estaba en su percha, mordisqueando desganadamente unos cacahuetes. Stella se acercó a la jaula, pero Sam, que rebuscaba en un cajón, la advirtió:

—No debe tocar a *Nero*, Miss Colworth.

—No iba a hacerlo —rió Stella.

—Es un viejo granuja, muy aficionado a dar picotazos. Incluso yo, cuando he de tocarlo, tengo que ponerme unos guantes de cuero.

—¡Lorito malo! —dijo Stella, mirando a *Nero* con aire de fingido reproche. Luego, volviéndose hacia Sam, añadió—: Si es tan malo como dice, me extraña que lo siga teniendo en su casa.

—Verá, ha estado aquí desde que yo era un niño. No tenía más de doce años cuando mi padre lo trajo. Entonces no era más que una cría, y lo que pueda tener de malo tiene que haberlo aprendido de nosotros. Pero mi padre le tenía mucho cariño, y el animal le correspondía: creo que era el único ser humano por el que ha sentido algún afecto.

—Siendo así, lo comprendo…

—Además, yo no tendría el reloj del capitán Cook si no fuera por *Nero*.

Había sacado el reloj del cajón y se lo mostró a Stella, la cual profirió una leve exclamación de sorpresa. Era un reloj de oro de los que sólo se ven en los museos: su tamaño era enorme.

Stella lo tomó en sus manos y lo admiró casi con reverencia.

—No comprendo lo que acaba de decir acerca de *Nero* —dijo—. Creí que el capitán Cook le había regalado el reloj a su antepasado.

—*¡Oh, no digas tonterías!* —exclamó una estridente voz femenina detrás de ella.

Sam sonrió mientras Stella se sobresaltaba.

—Está imitando la voz de mi difunta esposa —explicó Tucker—. A veces, cuando olvido que *Nero* está en la habitación, el corazón me da un vuelco.

Stella inclinó la mirada, algo confusa. Ahora se explicaba el aire encogido del viejo posadero. Mrs. Tucker debió de haber sido una matrona de armas tomar, hasta el punto de que el loro llegó a aprenderse de memoria sus exabruptos.

—¿Qué tiene que ver el loro con este hermoso reloj? —inquirió Stella, dominando su confusión—. Creí que había dicho que el capitán Cook…

—Exactamente, Miss Colworth, aunque no tengo ninguna prueba de ello. Al parecer, mi antepasado le salvó la vida al capitán cuando unos caníbales estaban a punto de devorarlo —al final, los caníbales se salieron con la suya, como usted ya sabrá—, y el capitán, agradecido, le regaló este reloj.

Stella asintió pensativamente. Desde luego, el reloj parecía lo bastante antiguo como para dar verosimilitud a la historia.

—Su valor intrínseco debe de ser considerable —dijo—. Y es una valiosa pieza de museo, también.

—He recibido toda clase de ofertas, incluso de museos, pero nunca he querido desprenderme de él. Ya sabe lo que pasa con los recuerdos de familia. Mi hijo murió en la guerra, de modo que cuando yo abandone este mundo pasará a manos de mi sobrino. Y, si tiene el sentido de la gratitud, se hará cargo también de *Nero*.

—¿Acaso *Nero* gritó, evitando que alguien lo robara? —inquirió Stella, intrigada.

—*¡Oh, no digas tonterías!* —exclamó el pájaro, dejando caer una cáscara de cacahuete.

—Hizo algo más que eso —murmuró Sam Tucker—. Tal vez usted no me crea, o

crea lo que creo yo. Pero ya me he hecho a la idea de contárselo, de modo que ahí va.

»Me encontraba navegando cuando mi padre sufrió un ataque de apoplejía. En aquella época había renunciado ya a los viajes largos, y trabajaba en un pesquero de altura que efectuaba sus capturas entre Newcastle y Penzance. A veces descargábamos en este puerto, y cuando esto sucedía podía pasar un par de noches en casa.

»No llegué a terminar mi último viaje. Llegué a casa inesperadamente y me encontré con que mi padre se estaba muriendo. De modo que me quedé. Mi padre no recobró el conocimiento.

»En sus últimos momentos no podía mover una mano ni pronunciar una palabra, pero tenía conciencia de todo y sus ojos expresaban un desesperado deseo de decir algo. Algo importante. Mi madre —entonces estaba aún viva— y yo sabíamos que estaba padeciendo por nosotros. Pero, a todas nuestras preguntas, sus ojos respondían obstinadamente No».

»Después de enterrarle —un entierro como Dios manda: en el pueblo se habla todavía de la merienda que ofrecimos a los asistentes—, mi madre no quiso que continuara navegando. En una casa hace falta un hombre, y mucho más si se tiene un negocio como el nuestro.

»Bueno, Miss Colworth, ya sabe usted lo que son estas cosas. Alguien muere, y uno piensa que el mundo no volverá a ser el mismo. Luego, al cabo de unas semanas, todo vuelve a tener el mismo aspecto de antes. Parece una crueldad, pero en realidad es una gracia de la Providencia. Los hombres no pueden vivir de recuerdos, y hay olvidos misericordiosos. Y es posible que nosotros no echáramos tanto de menos a mi padre gracias a *Nero*. El loro imitaba perfectamente su voz y su risa. Y a veces nos hacía creer que mi padre estaba en la habitación.

Sam Tucker hizo una pausa para llenar y encender su pipa, y Stella dijo:

—¿No resultaba… penoso?

—Tal vez, pero a nosotros nos gustaba. Había otra cosa que no nos gustaba…, pero ya llegaremos a ello.

»A lo que iba: una semana después del entierro, aproximadamente, mi madre me preguntó qué había hecho con el reloj del capitán Cook. Daba la casualidad de que yo había pensado preguntarle lo mismo. Y entonces nos dimos cuenta de que no habíamos visto el reloj desde que mi padre cayó enfermo.

»La gente de por aquí es muy honrada, y ni por un solo instante se nos ocurrió la idea de que alguien podía haberlo robado. Sabíamos también que mi padre lo escondía todas las noches para más seguridad, pero nunca nos había dicho dónde. Y, de repente, mi madre y yo supimos lo que el enfermo trataba de decimos cuando ya no podía Hablar. Revolvimos la casa de arriba abajo, pero no pudimos encontrar el reloj.

»Luego, una noche, ocurrió algo que nos puso la piel de gallina. Nunca cubríamos la jaula de *Nero* hasta que íbamos a acostamos y aquella noche mi madre y yo

estábamos sentados en esta habitación, y *Nero* en el mismo lugar que está ahora. Súbitamente, mi madre me dijo: «Mira lo que está haciendo el loro…»

»*Nero* había bajado de su percha y se había acercado a la puerta de la jaula. Gorjeaba como un canario, cosa que sólo hacía cuando estaba muy contento. Y de pronto inclinó la cabeza y empezó a moverla suavemente a uno y otro lado, como si se la estuvieran rascando. Ya le he dicho que mi padre era la única persona por la que *Nero* sentía afecto. Y juraría que en aquel momento vimos que las largas plumas que *Nero* tiene en la parte superior del cuello se entreabrían, como si pasara un dedo a través de ellas. La cosa volvió a ocurrir unas noches más tarde, y transcurrieron varios meses antes de que sucediera lo más raro.

Stella levantó la mirada. Las palabras de San Tucker eran sinceras, y ella las creyó, notando que aumentaba su curiosidad hasta convertirse en una especie de avidez por oír la continuación.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó.

—Bueno, mi madre y yo estábamos sentados aquí, como de costumbre, y *Nero* contemplaba a alguien que no estaba aquí. Y, como de costumbre, inclinó la cabeza para que alguien invisible para nosotros se la rascara; súbitamente, *Nero* esponjó sus plumas, nos miró fijamente a través de los barrotes de su jaula y habló.

»Ya le he dicho que a menudo hablaba imitando la voz de mi padre. Pero en aquella ocasión dijo algo que nunca le habíamos oído decir antes, y que nunca más le oímos decir, por cierto.

»*Está debajo de la piedra del hogar* —dijo, con la voz de mi padre—, *está debajo de la piedra del hogar*.

»Mi madre y yo supimos inmediatamente a qué se refería. Sin pronunciar palabra, me puse en pie y me acerqué al hogar, que es el mismo que está usted viendo: como puede comprobar, la piedra aún continúa suelta. La levanté con el atizador y con los dedos, y debajo encontré…, bueno, no necesito decirle lo que encontré.

Stella permaneció silenciosa unos instantes. Su mirada se deslizó del viejo reloj, que Sam había dejado sobre la mesa, al loro que continuaba en su percha, ahora medio dormido, al parecer. Sin embargo, cuando Stella habló el animal pareció despertar.

—¡Qué historia más rara! No cabe duda de que su padre debió de enseñarle al loro a decir aquellas palabras, previendo una muerte repentina.

Sam se quitó la pipa de la boca y contempló con aire ausente la encendida cazoleta.

—Aquélla era la voz de mi padre, desde luego —murmuró—. Pero hay algo que aún no sabemos. Ignoramos si le enseñó al loro a decir aquellas palabras antes de morir… o *después* de su muerte.

Stella, consciente de un leve estremecimiento, no dijo nada. Pero el silencio quedó bruscamente interrumpido por otra voz. Procedía de la jaula colgada en la ventana.

—*¡Oh, no digas tonterías!* —exclamó aquella voz.

FIGURAS DE CERA

Mientras los uniformados empleados del Museo Marriner empujaban a los últimos visitantes a través de las dobles puertas encristaladas, el director, sentado en su oficina, hablaba con Raymond Hewson.

El director era un hombre de aspecto juvenil, robusto, rubio y de mediana estatura. Sabía llevar la ropa y vestía con elegancia. Raymond Hewson, por su parte, llevaba un traje que en otro tiempo debió de ser elegante pero que ahora, a pesar de que lo habían cepillado y planchado cuidadosamente, revelaba que su dueño estaba perdiendo su batalla con el mundo. Hewson era un hombre bajito, delgado, pálido, de cabellos castaños e hirsutos. Hablaba con cierto desparpajo, pero parecía estar continuamente a la defensiva y tenía el aire furtivo de un hombre acostumbrado a los desaires. Parecía lo que era: un hombre dotado por encima de lo normal que había fracasado por su falta de seguridad en sí mismo.

El director estaba hablando.

—Su petición no constituye ninguna novedad. De hecho, la denegamos a diversas personas —en su mayoría jóvenes que han hecho una apuesta— unas tres veces por semana. No tenemos nada que ganar y sí algo que perder permitiendo que la gente pase la noche en nuestra Sala de los Asesinos. Si lo permitiera y algún joven estúpido perdiera los sentidos, ¿cuál sería mi posición? Pero, tratándose de un periodista, la cosa cambia un poco.

Hewson sonrió.

—Supongo que quiere usted decir que los periodistas no tienen ningún sentido que perder.

—No, no —rió el director—. Pero uno los imagina como personas razonables. Además, tenemos algo que ganar: publicidad.

—Exactamente —dijo Hewson—. Eso me ha hecho creer que podíamos llegar a un acuerdo.

El director rió de nuevo.

—¡Oh! —exclamó—. Le veo venir. Quiere usted que le paguen dos veces, ¿verdad? Hace años, decíase que Madame Tussaud daría cien libras al hombre que durmiera solo en la Cámara de los Horrores. Espero que no creerá usted que podemos hacerle una oferta de ese tipo. A propósito, ¿para qué periódico trabaja usted, Mr.

Hewson?

—En estos momentos no tengo empleo fijo —confesó Hewson—. Trabajo a tanto la línea para varios periódicos. Sin embargo, no tendría dificultades en colocar el artículo. El *Morning Echo*, por ejemplo, lo publicaría en primera plana. UNA NOCHE CON LOS ASESINOS DE MARRINER. Ningún periódico lo rechazaría.

El director se frotó la barbilla.

—¡Ah! ¿Y cómo se propone tratarlo?

—De un modo terrorífico, desde luego; terrorífico, con unas gotas de humor.

El director asintió y ofreció a Hewson su pitillera.

—Muy bien, Mr. Hewson —dijo—. Haga que publiquen su artículo en el *Morning Echo,* y tendrá un billete de cinco libras esperándole en esta misma oficina. Pero, ante todo, debo advertirle que la prueba no va a resultarle fácil. Me gustaría estar completamente seguro acerca de usted, y me gustaría que usted estuviera completamente seguro acerca de usted mismo. Mire, yo he visto esas figuras vestidas y desvestidas, conozco todo el proceso de su fabricación, me muevo entre ellas sin dedicarles un solo pensamiento. Pero no me gustaría tener que dormir solo en esa sala.

—¿Por qué? —preguntó Hewson.

—No lo sé. No existe ningún motivo. Yo no creo en fantasmas. Si creyera en ellos, supondría que los de esos asesinos vagarían por el escenario de sus crímenes o por el lugar donde están enterrados sus cuerpos, en vez de hacerlo por una celda que sólo contiene sus efigies en cera. Pero no podría permanecer solo entre ellos por la noche, obsesionado por la idea de que me están mirando del modo que miran. Después de todo, representan los tipos más bajos y más abyectos de la humanidad, y —aunque no lo diría en público— la gente que viene a verles obedece por regla general a unas motivaciones morbosas. La atmósfera del lugar es sumamente desagradable, y si es usted susceptible a la atmósfera le advierto que va a pasar una noche muy incómoda.

Hewson había sabido aquello desde el momento en que se le ocurrió la idea. La perspectiva le producía náuseas, incluso mientras miraba al director con una sonrisa forzada. Pero tenía una esposa y unos hijos a su cargo, y durante el mes que acababa de transcurrir había agotado sus ahorros. La oportunidad que se le presentaba no era para ser desdeñada: el precio de un artículo especial en el *Morning Echo,* con un billete de cinco libras encima. Lo cual significaba una relativa riqueza durante una semana, y verse libre de las peores ansiedades durante una quincena. Además, si el artículo le salía redondo, podía representar para él un empleo fijo.

—La vida de los transgresores de la ley (y de los periodistas) es dura —dijo—. Me he prometido ya a mí mismo una noche incómoda, puesto que su sala de los asesinos no es una habitación de un hotel, precisamente. Pero no creo que sus figuras de cera me importunen demasiado.

—¿No es usted supersticioso?

—Ni pizca —rió Hewson.

—Pero es usted periodista; por lo tanto, debe poseer una gran imaginación.

—Los editores para los cuales he trabajado se han quejado siempre de mi falta de imaginación. En nuestra profesión, los hechos mondos y lirondos no se consideran suficientes, y a los periódicos no les gusta ofrecer a sus lectores pan que no esté untado de mantequilla.

El director sonrió y se puso en pie.

—De acuerdo —dijo—. Creo que ya se han marchado todos los visitantes. Espere un momento. Daré órdenes para que no cubran las figuras de la sala de los asesinos, y advertiré a los vigilantes nocturnos que estará usted aquí. Luego le acompañaré abajo.

Habló unos instantes por teléfono, colgó el receptor y se volvió hacia Hewson.

—Tengo que imponerle una condición —dijo—. Debo pedirle que no fume. Esta tarde hemos tenido una falsa alarma en la sala de los asesinos. No sé quién tiró de la señal. Afortunadamente, los visitantes eran muy escasos en aquel momento, pues en caso contrario habría estallado el pánico entre ellos. Y ahora, si está dispuesto, vamos para allá.

Hewson siguió al director a través de media docena de salas donde unos empleados estaban atareados cubriendo los reyes y reinas de Inglaterra, los generales y eminentes estadistas de esta y otras generaciones, todo el mezclado rebaño de humanidad cuya fama le había hecho elegible para aquella clase de inmortalidad. El director se detuvo ante uno de los empleados y le ordenó que bajara una butaca a la Sala de los Asesinos.

—Temo que es lo máximo que podemos hacer por usted —le dijo a Hewson—. Espero que podrá descabezar algún sueñecito.

En un rincón de la última sala se abría una escalera de piedra, mal iluminada, que producía la siniestra impresión de dar acceso a un calabozo subterráneo. La escalera desembocaba en un pasillo en el cual había unos cuantos horrores preliminares, tales como reliquias de la Inquisición, un potro de tortura sacado de algún castillo medieval, hierros de marcar, garfios, tenazas y otros recuerdos de la crueldad que el hombre empleó contra el hombre en determinadas épocas. Más allá del pasillo se encontraba la Sala de los Asesinos.

La Sala en cuestión era una estancia de forma irregular y techo abovedado, débilmente iluminado por pequeñas bombillas que ardían en el interior de unos globos de cristal esmerilado. Estaba diseñada como una cámara fantasmal e incómoda: una cámara cuya atmósfera invitaba a sus visitantes a hablar en susurros. Tenía algo de capilla, pero una capilla que hacía mucho tiempo había dejado de estar dedicada a la práctica de la piedad.

Las figuras de cera de los asesinos se erguían sobre unos pequeños pedestales con unas etiquetas numeradas a sus pies. Viéndolas en otra parte, y sin saber a quiénes representaban, se habría pensado en ellos como en una muchedumbre de aspecto huraño, notable principalmente por lo raído de sus ropas, y como prueba de los

cambios de moda incluso entre la gente vulgar.

Las celebridades recientes rozaban sus polvorientos hombros con los viejos «favoritos». Thurtell, el asesino de Weir, se erguía junto al joven Bywaters. Allí estaba Lefroy, el pobre jorobado que asesinó para procurarse dinero con el cual poder imitar a los caballeros. A cinco metros de él aparecía sentada Mrs. Thompson, aquella erótica romántica, típica representante, en lo físico, de las matronas de la clase media británica. Charles Peace, el único miembro de aquella despreciable compañía que parecía definitiva y completamente malvado, se burlaba a través de un pasamano de Norman Thorne. Brown y Kennedy, las dos adquisiciones más recientes, figuraban entre Mrs. Dyer y Patrick Mahon.

El director, dando la vuelta a la sala con Hewson, señaló varias de las más interesantes de aquellas celebridades.

—Ése es Crippen; supongo que le habrá reconocido. Un hombre de aspecto insignificante: diríase que es incapaz de matar una mosca. Ése es Armstrong. Parece un honrado e inofensivo caballero rural, ¿verdad? Ahí está el viejo Vaquier; su barba le hace inconfundible…

—¿Quién es ése? —le interrumpió Hewson en un susurro, señalando una de las figuras.

—Iba a mostrárselo —dijo el director, bajando ligeramente la voz—. Acérquese un poco más y échele una buena mirada. Es nuestra estrella: el único del grupo que no ha sido colgado.

La figura indicada era la de un hombre bajito y delgado. Llevaba un pequeño bigote engomado, unas gafas enormes y un abrigo en forma de capa. Había algo tan exageradamente francés en su aspecto, que a Hewson le recordó un personaje de comedia cómica. La expresión de su rostro era amable, pero Hewson la encontró repelente, sin saber exactamente por qué.

—¿Quién es? —preguntó.

—El Dr. Bourdette.

Hewson se encogió de hombros, dubitativamente.

—Me parece haber oído el nombre —dijo—, pero he olvidado los detalles.

El director sonrió.

—Lo recordaría mejor si fuera usted francés —dijo—. Durante mucho tiempo, ese hombre fue el terror de París. De día ejercía su profesión de médico, y de noche se dedicaba a rebanar gargantas. Asesinaba por el simple placer de matar, y siempre del mismo modo: con una navaja de afeitar. Después de su último crimen dejó una pista que situó a la policía tras sus huellas. Una pista condujo a otra, y no tardaron en saber que se encontraban a punto de dar caza a un parisiense equivalente a nuestro Jack el Destripador. Habían reunido pruebas suficientes para enviarle al manicomio o a la guillotina una docena de veces.

»Pero incluso entonces nuestro amigo fue demasiado listo para ellos. Cuando se dio cuenta de que la red se estaba cerrando a su alrededor, desapareció

misteriosamente, y desde entonces la policía de todos los países civilizados lo ha estado buscando. No cabe duda de que se suicidó y consiguió evitar que su cadáver apareciera. Desde su desaparición se han producido un par de crímenes de naturaleza similar, pero la opinión más generalizada es la de que el doctor está muerto, y los expertos creen que esos crímenes a que he aludido son obra de un imitador. Por raro que parezca, todos los asesinos célebres han tenido imitadores.

Hewson se estremeció.

—No me gusta un pelo —confesó—. ¡Uf! ¡Qué ojos tiene!

—Sí, la figura es una pequeña obra de arte. Parece que los ojos le muerden a uno, ¿verdad? Un realismo excelente, ya que Bourdette practicaba el hipnotismo y se supone que hipnotizaba a sus víctimas antes de liquidarlas. De no ser así, no se concibe que un hombre tan insignificante como él pudiera cometer aquellos crímenes. Nunca apareció ninguna señal de lucha.

—Tengo la sensación de que se ha movido —dijo Hewson, con voz temblorosa.

El director sonrió.

—Antes de que termine la noche sufrirá usted más de una ilusión óptica. No estará encerrado, de modo que cuando se harte puede subir. Los vigilantes nocturnos ya están advertidos, de manera que encontrará compañía. No se alarme si les oye moverse por las salas de arriba. Siento no poder darle más luz, porque todas las bombillas están encendidas. Por motivos obvios, mantenemos este lugar en una especie de penumbra. Y ahora creo que será mejor que suba conmigo a la oficina y se tome un whisky antes de empezar su vela nocturna.

El empleado que bajó la butaca para Hewson era un bromista.

—¿Dónde la quiere usted? —inquirió, sonriendo—. ¿Aquí mismo, a fin de poder echar una parrafada con Crippen cuando se canse de estar sentado? ¿O la prefiere allí, delante de la guapa Mamá Dyer? La pobre tiene aspecto de sentirse muy sola…

Hewson sonrió. El buen humor del empleado contribuía, al menos de momento, a dar un aire de vulgaridad al lugar, y, en consecuencia, a su aventura.

—La colocaré yo mismo, gracias —dijo—. Primero he de descubrir de dónde proceden las corrientes de aire.

—Aquí no encontrará usted ninguna. Bien, buenas noches, señor. Si me necesita, estaré arriba. No deje que esos tipos se deslicen por detrás de usted y le toquen el cuello con sus frías y viscosas manos. Y tenga cuidado con la vieja Mrs. Dyer; creo que se está fijando mucho en usted.

Hewson se echó a reír. La cosa iba a resultar más fácil de lo que había esperado. Cuando el empleado se marchó, arrastró la butaca hasta el pasamano central y la colocó de modo que al sentarse quedara de espaldas a la figura del Dr. Bourdette. Por algún motivo ignorado, el Dr. Bourdette le gustaba mucho menos que sus compañeros.

El rumor de los pasos del empleado se apagó y un profundo silencio planeó sobre la sala.

La débil luz caía sobre las hileras de figuras, las cuales eran tan semejantes a unos seres humanos que el silencio y la inmovilidad resultaban anormales e incluso fantasmagóricos. Hewson echó de menos el rumor de las respiraciones, el roce de las ropas, los minúsculos sonidos que se oyen incluso cuando el más profundo de los silencios ha caído sobre una multitud. Pero el aire estaba tan estancado como el agua en el fondo de una charca. En la estancia no había la menor corriente de aire para mover una cortina, o hacer estremecer una colgadura. Lo único que Hewson veía moverse era su propia sombra cuando alzaba un brazo o una pierna. Todo lo demás permanecía inmóvil a la mirada y silencioso al oído.

«El fondo del mar debe de ser algo parecido a esto», pensó Hewson, y se preguntó cómo podría incluir aquella frase en su artículo.

Se enfrentó con las siniestras figuras con bastante osadía. No eran más que figuras de cera. Mientras se obligara a que esta última idea dominara a todas las demás, la cosa marcharía perfectamente. Sin embargo, aquella idea no le libró del malestar ocasionado por la mirada de cera del Dr. Bourdette, que sabía clavada en su nuca. Los ojos de la efigie del pequeño francés le acosaban y le torturaban, y ardía en deseos de volverse y mirar.

«¡Vaya! —pensó—. Mis nervios se han puesto ya en marcha. Si me vuelvo a mirar esa momia vestida, será como admitir que estoy asustado».

En el interior de su cerebro se alzó otra voz.

«Si no te vuelves a mirarle es porque estás asustado».

Las dos Voces discutieron silenciosamente unos instantes. Al final, Hewson ladeó ligeramente su butaca y miró detrás de él.

Entre las numerosas figuras rígidamente erguidas o adoptando posturas anormales, la efigie del temible doctorcillo destacaba extrañamente, tal vez a causa de un rayo de luz que caía directamente sobre él. Hewson vaciló ante la parodia de amabilidad que algún artesano diabólicamente hábil había conseguido infundir a la cera, encontró los ojos por espacio de un agónico segundo y se volvió de nuevo en la otra dirección.

«No es más que una figura de cera como las otras —murmuró Hewson en tono de reto—. No sois más que figuras de cera».

No eran más que figuras de cera, sí, pero las figuras de cera no se mueven. No es que Hewson hubiese visto el menor movimiento en alguna parte, pero tenía la impresión de que mientras miraba detrás de él se había producido un cambio sutil en las figuras agrupadas delante suyo. Crippen, por ejemplo, parecía haberse movido ligeramente hacia la izquierda. A no ser, pensó Hewson, que la ilusión se debiera al hecho de que no había vuelto a situar la butaca en la posición exacta que tenía anteriormente. Y allí estaban Field y Gray, también; uno de ellos había movido las manos, seguramente. Hewson contuvo el aliento un breve instante, y luego trató de recobrar su valor del mismo modo que un hombre levanta un peso. Recordó las palabras de más de un editor y estalló en una silenciosa carcajada.

«¡Y dicen que no tengo imaginación!», murmuró.

Sacó un cuaderno de notas de su bolsillo y escribió rápidamente:

«Silencio mortal y anormal inmovilidad de las figuras. Es como estar en el fondo del mar. Ojos hipnóticos del Dr. Bourdette. Las figuras parecen moverse cuando no las miro».

Cerró el cuaderno súbitamente sobre sus dedos y miró con ojos asustados por encima de su hombro derecho. No había visto ni oído ningún movimiento, pero un sexto sentido parecía haberle advertido de que acababa de producirse uno. Miró a Lefroy, el cual sonreía estúpidamente, como diciendo: «No he sido yo».

Desde luego, no había sido él, ni ninguno de ellos; eran sus propios nervios. ¿O no? ¿No se había movido Crippen, mientras su atención estaba concentrada en otra parte? Aquel hombrecillo no era de fiar. En cuanto se apartaban los ojos de él, se aprovechaba de la distracción para modificar su postura. Aquello era lo que todos estaban haciendo, se dijo Hewson a sí mismo; y estuvo a punto de levantarse de la butaca. Aquello no era para él. Iba a marcharse. No estaba dispuesto a pasar la noche con un montón de figuras de cera que se movían en cuanto apartaba la vista de ellas.

Hewson suspiró. Aquello era una cobardía y una estupidez. *No eran más* que figuras de cera, y *no podían* moverse; si se aferraba a esta idea, todo iría bien. Entonces, ¿por qué aquella silenciosa inquietud a su alrededor? Algo sutil en el aire que no acababa de romper el silencio y que se movía, mirara donde mirara, más allá de los límites de su visión…

Giró en redondo rápidamente para encontrarse con la amable y funesta mirada del Dr. Bourdette. Luego, bruscamente, echó la cabeza hacia atrás para mirar a Crippen. ¡Ja! ¡Esta vez casi había cazado a Crippen!

«¡Ándate con cuidado, Crippen…, y el resto de vosotros! ¡Al primero que vea moverse lo hago pedazos! ¿Me habéis oído?»

Tenía que marcharse, se dijo a sí mismo. Había experimentado lo suficiente para escribir su artículo, o diez artículos, si se terciaba. Entonces, ¿por qué no se iba? Al *Morning Echo* no le importaría el tiempo que había pasado en la Sala de los Asesinos, mientras su artículo tuviera calidad. Sí, pero el vigilante nocturno le vería marcharse y, con lo aficionado que era a las bromas… Y tal vez el director opinaría que no se había ganado aquel billete de cinco libras que tanto necesitaba. Hewson se preguntó si Rose estaría dormida, o si estaría tendida en la cama, despierta y pensando en él. Rose se reiría cuando le contara lo que había imaginado…

Aquello era ya demasiado. No contentas con moverse cuando no las miraban, las figuras de cera de los asesinos *respiraban*. Intolerable. Alguien estaba respirando. ¿O era su propia respiración, que sonaba a sus oídos como si llegara desde cierta distancia? Se irguió en su asiento, escuchando y conteniendo la respiración hasta que no pudo resistir más y expulsó el aire acumulado en sus pulmones con un largo suspiro. Su propia respiración, después de todo. O…, o Algo que había adivinado que estaba escuchando y había dejado de respirar simultáneamente.

Hewson volvió rápidamente la cabeza a uno y otro lado: su mirada encontró en todas partes los estólidos rostros de cera, y en todas partes experimentó la sensación de que por una fracción de segundo no había captado el movimiento de una mano o de un pie, un aleteo de párpados, una mirada de humana inteligencia. Las figuras de cera eran como traviesos chiquillos en una clase, susurrando y riendo a espaldas del maestro, pero absolutamente inocentes cuando el maestro les miraba.

¡No podía ser! ¡No podía ser! Tenía que aferrarse a algo, agarrarse mentalmente a algo que perteneciera esencialmente al mundo del trabajo cotidiano, a la luz del día de las calles de Londres. Él era Raymond Hewson, un periodista desafortunado, un hombre que vivía y respiraba, y aquellas figuras agrupadas a su alrededor no eran más que momias, de modo que no podían moverse ni susurrar. No importaba que fueran efigies de asesinos casi «naturales». Estaban hechas de cera y de serrín, y se encontraban allí para entretenimiento de espectadores morbosos y de turistas chupadores de naranjas. ¡Así estaba mejor! ¿Cómo era aquella historieta que alguien le había contado en el Falstaff la tarde anterior…?

Recordó parte de ella, pero no toda, ya que la mirada del Dr. Bourdette le apremió, le desafió, y finalmente le obligó a volverse.

Hewson se volvió a medias, y luego hizo girar su butaca para quedar cara a cara con el dueño de aquellos temibles ojos hipnóticos. Sus propios ojos estaban dilatados, y su boca aparecía contraída en una mueca de terror. Luego, Hewson habló y despertó un centenar de siniestros ecos.

«¡Te has movido, maldito! —gritó—. ¡Sí, te has movido, maldito! ¡Te he visto!»

Luego quedó completamente inmóvil, mirando rectamente ante él, como un hombre helado en las nieves árticas.

Los movimientos del Dr. Bourdette fueron deliberados. Bajó del pedestal con el mismo cuidado que una dama apeándose de un autobús. Después se sentó en el borde de la plataforma, enfrente de Hewson.

Sonrió y dijo:

—Buenas noches.

En un inglés perfecto, en el cual apenas se adivinaba un levísimo acento extranjero, continuó:

—No necesito decirle que hasta que oí la conversación que sostuvo usted con el director de este establecimiento no sospeché que tendría el placer de una compañía para pasar la noche. No puede usted moverse ni hablar sin mi consentimiento, pero puede oírme perfectamente. Algo me dice que está usted un poco…, ¿cómo diría yo? …, un poco nervioso. Mi querido señor, no se haga ilusiones. No soy una de esas efigies que ha cobrado vida milagrosamente: soy el Dr. Bourdette en carne y hueso.

Hizo una pausa, tosió y estiró sus piernas.

—Perdone —continuó—, pero estoy un poco envarado. Y permítame que me explique. Circunstancias con las cuales no necesito fatigarle, han hecho deseable que yo viviera en Inglaterra. Me encontraba cerca de este edificio, esta tarde, cuando vi a

un agente de policía que me miraba con demasiada curiosidad. Supuse que iba a seguirme y que tal vez me formularía preguntas embarazosas, de modo que me mezclé con la gente que entraba aquí. Al bajar a la cámara en la cual nos encontramos ahora, una súbita inspiración me reveló un modo seguro de escapar.

Grité «¡Fuego!» y mientras alguien tiraba de la señal de alarma y la gente se precipitaba hacia la salida, desposeí a mi propia efigie de esta capa que ahora llevo, oculté la figura debajo de la plataforma y ocupé su lugar en el pedestal.

»Confieso que he pasado una velada muy fastidiosa, pero por fortuna he podido respirar a mis anchas de cuando en cuando y cambiar de postura.

»La descripción que el director hizo de mí, y que me vi obligado a escuchar, sin responder del todo a la realidad, no es del todo inexacta. Es evidente que no estoy muerto, aunque también lo es que el mundo opina lo contrario. Su versión de mi *hobby* es correcta en lo esencial, aunque no la expresara de un modo inteligente. El mundo está dividido en coleccionistas y no-coleccionistas. Los coleccionistas coleccionan cualquier cosa, de acuerdo con sus gustos individuales, desde monedas hasta paquetes vacíos de cigarrillos, desde mariposas hasta cajas de cerillas. Yo colecciono gargantas.

Hizo otra pausa y contempló la garganta de Hewson con una mezcla de interés y de desagrado.

—Debo agradecer la casualidad que nos ha reunido esta noche —continuó—, y tal vez sería ingrato por mi parte quejarme. Por motivos de seguridad personal, mis actividades se han visto limitadísimas durante los últimos años, y me alegro de la oportunidad que hoy se me presenta. Pero tiene usted un cuello que es todo pellejo, y perdone que sea tan franco. De poder elegir, nunca le hubiera escogido a usted. Me gustan los hombres que tienen el cuello carnoso, recio…, los hombres con cuello de toro…

Rebuscó en un bolsillo interior y sacó algo que brilló a la débil luz de la sala; luego empezó a pasarlo suavemente, de un lado a otro, por la palma de su mano izquierda.

—Esto es una pequeña navaja de afeitar francesa —explicó—. En Inglaterra no son muy utilizadas, pero tal vez usted las conoce… La hoja, como puede ver, es muy estrecha. No cortan muy profundamente, pero sí a la suficiente profundidad. Dentro de unos instantes podrá comprobarlo. Le haré la pregunta que los barberos bien educados formulan a sus clientes: «¿Va bien la navaja, señor?»

Se puso en pie, una diminuta pero amenazadora figura de maldad, y se acercó a Hewson con el paso furtivo y silencioso de una pantera cuando sale de caza.

—Tenga la bondad de levantar un poco la barbilla —dijo—. Gracias. Un poco más. Un poquito más. ¡Ajá! Muchas gracias… *Merci, monsieur… ¡Ah! Merci…, merci*…

En un extremo de la Sala de los Asesinos había una especie de tragaluz de cristal esmerilado el cual, durante el día, permitía el paso de unos rayos enfermizos y filtrados procedentes del piso superior. Después de la salida del sol, aquella leve claridad empezaba a mezclarse con la tamizada luz de las pequeñas bombillas, y la mezcla resultaba tan fantasmagórica que el escenario no necesitaba ningún toque adicional de horror.

Las figuras de cera se erguían estólidamente sobre sus pedestales, esperando ser admiradas o vituperadas por las multitudes que no tardarían en circular temerosamente entre ellas. En el pasamano central, Hewson permanecía sentado, rígido, retrepado en su butaca. Tenía la barbilla ligeramente levantada, como si esperara recibir los servicios de un barbero.

No tenía un solo rasguño en la garganta, ni en ninguna otra parte de su cuerpo. Pero estaba frío, muerto.

Sus antiguos editores se habían equivocado al afirmar que carecía de imaginación.

Desde su pedestal, el Dr. Bourdette contemplaba al muerto con aire impasible. No se movía, ni era capaz de moverse.

No era más que una figura de cera.

ENTRE EL MINUTO Y LA HORA

En todo el Reino Unido no hay un trozo de vía pública más vulgar que el London Road, de Nesthall, entre el Station Road y la Beryl Avenue. Una hilera de pequeñas villas y una hilera de pequeñas tiendas, unas enfrente de otras, a lo largo del camino que se extiende entre Hammersmith y un distante suburbio, en otros tiempos pueblo rural. Casi todas aquellas tiendas están dedicadas a la venta de golosinas, tabaco y periódicos, de modo que parece raro que haya una vivienda en cualquiera de ellas.

Charles Trimmer regentaba la quinta de aquellas tiendas, contándolas con la espalda vuelta hacia Londres. Su nombre aparecía encima de su único escaparate, el cual exhibía un surtido de golosinas baratas en botes y cajas abiertas, tarjetas postales de dudoso gusto, moscas en verano, y paquetes de tabaco y de cigarrillos.

El propio Trimmer era un hombre vulgar de aspecto y de mente, haciendo juego con el medio en que se desenvolvía. Si insisto en lo de la vulgaridad, se debe a que ella contribuye a dar un aire todavía más extraño a este extraño relato. Trimmer era un cuarentón, bajito, un poco calvo, con un delgado bigote. Sus aficiones consistían en la asistencia a los partidos de fútbol —era un decidido «hincha» del Brentford— y en apostar algunos chelines a unos caballos que rara vez ganaban. Sólo tenía una boca que alimentar —la suya—, de modo que la tienda le permitía ir tirando. Vivía solo, pero todos los días acudía a la tienda una mujer de cierta edad que le preparaba la comida y arreglaba la vivienda. Por lo demás, Trimmer era un individuo incoloro, casi sin personalidad, y con un atroz acento, desde luego, en parte Cockney y en parte peculiar de los suburbios del Middlesex. Sin embargo, a aquel incoloro individuo, y en su vulgarísimo ambiente, le ocurrió la más fantástica de las aventuras.

Eran las ocho de la tarde de un miércoles del mes de marzo, el final de un día desapacible y lluvioso, sin una insinuación de primavera en el aire. El trabajo de Trimmer casi había terminado. Su cena fría le estaba esperando, y dentro de media hora podría llegarse al Station Hotel y beberse sus acostumbradas dos medias pintas de cerveza negra. Con un cigarrillo colgando de su labio inferior se disponía a cerrar la puerta de la tienda cuando entraron dos figuras desharrapadas.

La primera era una mujer, bajita, morena, de cabellos grises e indescriptiblemente sucia, con un enorme bizqueo en su ojo izquierdo, el cual parecía en perpetua

contemplación del puente de su nariz. Iba seguida por un muchacho alto, raquítico, pobremente vestido, que lo mismo podía ser su hijo que su nieto. Trimmer, sabiendo por experiencia que aquellos personajes no serían clientes, asumió inmediatamente un aire de hostilidad.

—¡Danos un poco de comida, buen señor! —gimoteó la mujer—. Tengo dos niños hambrientos…

Trimmer hizo un gesto señalando la puerta.

—¡Fuera! —dijo.

—A cambio te concederé una gracia, guapo señor…, una gracia maravillosa para ti. No me negarás un pedazo de pan para mis hermosos niños… Tú…

Trimmer avanzó hacia ella con aire casi amenazador.

—¡Fuera! —gritó—. ¿No has oído lo que he dicho? ¡Fuera!

La mujer se irguió, y su estatura pareció aumentar desmesuradamente. Miró a Trimmer con una intensidad tal que hizo retroceder al tendero, como si aquella mirada fuese una cosa concreta que le empujara. La mujer levantó sus manos abiertas por encima del nivel de sus hombros.

—Que la maldición más amarga…

El muchacho agarró una de las manos de la mujer y exclamó:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Por el amor de Dios!

Trimmer contempló a la pareja con una sensación muy parecida al horror. No creía en las maldiciones. Tenía todo el materialismo del verdadero Cockney. Pero la intensidad de la mirada de la mujer y el evidente miedo del muchacho actuaron sobre su subdesarrollada imaginación.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, algo sorprendido ante lo contemporizador de su propio tono—. No se lo tome así…

La mujer pareció tranquilizarse.

—Un poco de comida para mí y para mis hambrientos hijos. Es todo lo que pido.

Trimmer se convenció a sí mismo de que la mujer le inspiraba lástima. En el fondo, no era mala persona. Meditó unos instantes, pensando qué podría darle a la mujer que no le resultara demasiado gravoso. Y se acordó de unos bizcochos que se habían enranciado a causa de un almacenamiento demasiado prolongado. Fue en busca de la lata, vació su contenido en una bolsa de papel y entregó la bolsa a la mujer.

Ella la cogió sin dar las gracias, sacó un bizcocho y lo mordisqueó. Inmediatamente, su mirada volvió a ensombrecerse.

—Raro presente el que me has dado —dijo—, y un raro presente te daré a cambio. Cuando la noche se convierta en mañana, entre el minuto y la hora, será tu momento.

Una vez más, el muchacho exclamó:

—¡Madre!

—He dicho lo que he dicho —replicó ella—. El final tendrá que buscarlo él

mismo. ¡Entre el minuto y la hora!

Y, tras pronunciar aquellas palabras, la mujer salió lentamente de la tienda, seguida de su hijo. Trimmer, mientras cerraba la puerta detrás de ellos, notó que su mano temblaba al dar vuelta a la llave.

Por ningún motivo que pudiera traducir al idioma de sus propios pensamientos, las palabras de la mujer acosaron a Trimmer. Se negó a sí mismo que estuviera asustado; sentía una simple curiosidad acerca del significado que podía atribuirse a lo que ella había dicho. ¿Pensaba realmente lo que decía, o había tratado de asustarle con unas palabras pronunciadas al azar?

Transcurrieron varios días y Trimmer, en sus momentos de ocio, continuaba torturando su mente con aquel acertijo. Lo resolvió a medias. Cuando la noche se convertía en mañana eran técnicamente las doce de la noche. ¡Entre el minuto y la hora! Aquello debía significar el minuto antes de medianoche. Pero, ¿por qué era *su* momento? ¿Qué había dado a entender la mujer con su vaga amenaza, suponiendo que quisiera dar a entender algo?

Trimmer solía acostarse antes de las once, pero unos diez días más tarde permaneció más tiempo en la cerrada tienda, poniendo sus cuentas al día. Casi había terminado cuando echó una ojeada al pequeño despertador que tenía en un estante, detrás del mostrador. Faltaban dos minutos para las doce.

Trimmer no era nervioso por temperamento, pero un hombre que permanece hasta muy tarde en una tienda solitaria puede ser disculpado si se convierte en víctima de extrañas fantasías. Dentro de otro minuto sería lo que la mujer había llamado *su* momento, y Trimmer volvió a preguntarse qué había querido significar con aquellas palabras. ¿Acaso que moriría a aquella hora?

Se puso en pie y se acercó a la puerta de la tienda, sin apartar la mirada del reloj. Los paneles superiores de la puerta eran de cristal y estaban cubiertos por un visillo verde. En la calle resonó el motor de un autobús que se dirigía a la cochera. Trimmer agradeció aquel sonido familiar procedente de un mundo igualmente familiar.

Levantó los visillos y atisbo a través del cristal. Antes de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad del exterior y pudiera ver algo que no fuera su propio reflejo en el cristal, ocurrió algo que envió una repentina oleada de sangre a su corazón. El ruido del autobús había cesado, y cesado de tal modo que el estampido de un disparo hubiera resultado menos sorprendente que aquel súbito silencio. No era que el autobús se hubiese parado repentinamente. Más tarde, buscando una explicación, recordó que el sonido había «desaparecido». Esto es una contradicción, pero resulta suficientemente gráfico para lo que él intentaba expresar.

Un momento después su mirada se posaba en un mundo radicalmente modificado. No había ninguna calle, ninguna calzada, ninguna casa enfrente de la tienda. Vio unas hierbas silvestres y grisáceas agitadas por un viento en el cual parecían gemir unas

voces desconocidas. Temblando violentamente, Trimmer abrió la puerta y se asomó al exterior.

Una luna en cuarto creciente y unas cuantas estrellas iluminaban débilmente un paisaje sin casas, un lugar desconocido y temible. El sitio que habían ocupado las antiguas villas era ahora el lindero de un bosque, tupido, oscuro y amenazador.

Trimmer salió a la calle, y su pie se deslizó a través de la esponjosa hierba, hundido hasta el tobillo en barro y cieno. Miró hacia atrás temerosamente, y allí estaba su tienda con la puerta abierta, irguiéndose solitaria. Las otras tiendas habían desaparecido. Parecía ridículo y fuera de lugar: una tienda irguiéndose solitaria en un descampado.

Algo frío cayó sobre su mano produciéndole un sobresalto Inmediatamente supo que era una gota de sudor. Sus cabellos estaban empapados, su rostro chorreaba. Entonces se dijo a sí mismo que aquello era una pesadilla, que si lograba gritar en voz alta se despertaría. Gritó, y oyó su voz propagándose roncamente por la desolación que le rodeaba. Desde el bosque, le respondió el grito de algún animal salvaje.

No, aquello no era un sueño; y, si lo era, tenía una categoría que estaba más allá de su experiencia. ¿Dónde estaba? ¿Y cómo había salido por la puerta de su tienda para encontrarse en algún extraño lugar situado a miles de kilómetros de Nesthall?

Pero, ¿estaba a miles de *kilómetros*… o a miles de años? Una percepción inusitadamente rápida le hizo formularse la pregunta a sí mismo. A su alrededor, el paisaje era llano, de acuerdo con la triste panorámica del Middlesex. Enfrente de él, a unos cuantos kilómetros de distancia, se alzaba la colina que había contemplado todos los días de su vida, de modo que se sabía de memoria su perfil recortado contra el cielo. Pero ya no era la colina de Harrow. Un espeso bosque trepaba por su ladera. Y por encima de todo planeaba un doloroso silencio cargado de terror.

La curiosidad, hasta cierto punto, le hizo olvidarse de su miedo. Avanzó cautelosamente, alejándose un poco de su tienda, pero dirigiendo continuas miradas hacia atrás para asegurarse de que la tienda continuaba allí. A su izquierda se extendían unas marismas, y pudo ver un amplio arco del horizonte. No divisó ningún río, pero percibió vagamente los contornos de lo que sabía que era el valle del Támesis. ¡Y ni una sola casa, ni un solo ser viviente a la vista!

Se volvió una vez más a mirar a su tienda. Continuaba allí, con la puerta abierta, iluminando la hierba que crecía al borde mismo de su umbral. Y mientras se volvía vio una pequeña colina a su derecha: una colina que no pudo reconocer. Había dado una docena de pasos hacia ella cuando su corazón falló un latido, y se oyó a sí mismo gritar en voz alta en una agonía de terror.

¡La colina se movía!

No era un movimiento lento, sino algo impetuoso y salvaje. Con el movimiento, la enorme masa adquirió forma. Trimmer vio recortarse contra el cielo un par de orejas montadas sobre una achatada cabeza de reptil. Unos pies de dedos membranosos se arrastraron por el suelo transportando la enorme y bestial armazón.

Dos opacas luces rojas ardieron súbitamente y Trimmer se dio cuenta de que el monstruo le estaba mirando.

Mientras le miraba, Trimmer vio la amplia raja de una boca abierta, y una gran lengua, de color blancuzco, que se relamía por anticipado los verdosos labios. Aquel movimiento hizo afluir sobre Trimmer una nueva oleada de terror. Pero el terror, en vez de inmovilizarle, puso alas a sus pies. Se volvió y echó a correr, gritando de un modo salvaje, agitando los brazos, hacia la abierta puerta de su tienda.

Detrás de él oyó la Cosa que le perseguía con paso torpe. El suelo retemblaba bajo sus enormes pies. En un momento determinado, Trimmer pudo oler el fétido aliento del hocico del animal. Con un último y desesperado esfuerzo alcanzó la puerta de su tienda y cruzó el umbral, sabiendo instintivamente que allí dentro estaría en seguridad. Cerró la puerta detrás de él y fue a apoyarse en el mostrador, respirando agitadamente.

En aquel preciso instante el reloj empezó a dar la hora. Y, coincidiendo con ello, se oyó un ruido en el exterior. El corazón de Trimmer dejó de latir por espacio de una fracción de segundo: el tiempo que tardó en reconocer el sonido. Era el autobús reemprendiendo lo que a él le había parecido su interrumpido viaje.

El reloj continuó dando la hora. Trimmer lo miró, intrigado. Estaba dando las doce, medianoche.

Había prestado poca atención al tiempo, pero calculaba que había pasado alrededor de media hora en el extraño y espantoso mundo en el exterior de su tienda. Pero cuando se produjo el cambio faltaba un minuto para la medianoche. Y ahora su reloj estaba dando las doce.

Se acercó a al puerta, con paso inseguro, y mientras lo hacía pasó el autobús, con las luces encendidas. El visillo estaba aún levantado, tal como había quedado cuando Trimmer miró al exterior. Ahora volvió a mirar a través del cristal y vio el familiar buzón de correos en la esquina, la verja del jardín de los Holmecroft enfrente. Dondequiera que hubiera estado se encontraba —y daba gracias a Dios por ello— de regreso al Presente.

El reloj terminó de dar la hora, los sonidos del autobús se apagaron en la distancia, y el silencio volvió a hacerse dueño de la noche.

Trimmer se apartó de la puerta. Continuaba sudando abundantemente y su corazón seguía latiendo de un modo anormal. Trimmer inclinó la mirada hacia sus pies. Sus gastados zapatos estaban completamente secos.

«¡Dios! —gruñó en voz alta—. ¡Vaya un sueño!»

Se estremeció.

«¡Aquel animal! ¡Uf! ¡No puedo haberlo soñado! No podría haber corrido ni haber gritado como lo he hecho, en un sueño. No podría haber quedado tan sorprendido, ni razonar con tanta claridad. Además, ¿cómo podría haberme quedado dormido en ese espacio de un segundo? ¡No, no fue un sueño! Entonces, ¿qué es lo que fue, en nombre del cielo?»

Al día siguiente, los clientes habituales de Trimmer observaron que parecía enfermo y preocupado. Se equivocaba en los artículos, y se equivocaba en los cambios. Sus labios se movían como si estuviera hablando consigo mismo.

En realidad, estaba tratando de convencerse a sí mismo de que su experiencia de la noche anterior había sido un sueño: tratando de convencerse y fracasando en el intento. Lo que creía a medias era algo ante lo cual se rebelaba airadamente su sentido común. Por alguna ley contraria a las de la Naturaleza había estado paseando por otra época mientras el tiempo, tal como nosotros lo entendemos, permanecía inmóvil, esperándole. Si no era eso, estaba loco.

Decidió mantener su reloj al segundo con la hora de Greenvvich, y quedarse levantado hasta que dieran las doce de la noche para comprobar si volvía a suceder lo mismo. Pero esta vez no se aventuraría fuera del Presente, no saldría de su tienda para enfrentarse a los peligros que le aguardaban en otra época.

Esperó que se hiciera de noche con una mezcla de ansiedad y de temor. A las nueve se dirigió al Station Hotel y permaneció allí hasta la hora de cerrar, bebiendo coñac. Al regresar a su tienda se paseó de un lado para otro hasta que el reloj señaló las doce menos diez minutos. Entonces encendió una vela y esperó.

Temerosamente, miró a través del cristal de la puerta. Caía una fina lluvia, y vio las gotas danzando sobre la superficie de un charco. Las contempló hasta que casi se hubo hipnotizado a sí mismo; hasta…

Trimmer experimentó un violento sobresalto. Súbita y sorprendentemente la oscuridad de la noche se había convertido en crepúsculo. Enfrente de él, en vez de una hilera de casas, había una cerca, con una rústica verja de madera. Se encontró a sí mismo mirando a través de unos campos. Vio un rebaño de vacas, un henil y, más allá, otra cerca alrededor de un campo recién labrado.

El camino continuaba allí, pero más estrecho, sin asfaltar y bordeado de hierba. Mientras lo contemplaba oyó un alegre campanilleo y un faetón, con unas grandes ruedas amarillas, arrastrado por un caballo blanco, pasó por delante de él.

Trimmer estaba más maravillado que asustado. El sonido musical de un cuerno le sobresaltó, al tiempo que oía un trote de caballos y el chirriar de unas pesadas ruedas.

No tardó en ver una diligencia que avanzaba por el camino, con pasajeros en su interior, un conductor en el pescante y una especie de vigía que apuntaba su alargado y esbelto cuerno a la colina de Harrow. Inmediatamente reconoció sus ropas, iguales a las que había visto en algunas películas y en las cubiertas de las historias de bandoleros que leía y vendía.

«¡Menos mal! —pensó, con una extraña sensación de alivio—. ¡Sólo he retrocedido ciento cincuenta años!»

Abrió la puerta de su tienda y salió al atardecer de un día de junio del siglo XVIII. Mirando hacia atrás, vio que su tienda se erguía solitaria como el día anterior, aunque esta vez rompía la línea de una cerca de espino, sobre la cual se marchitaban y morían unas flores rojas y blancas. A su olfato llegó el aroma del heno recién cortado.

Sentíase ahora ansioso y confiado, sin ninguna clase de miedo. Estaba a salvo del prehistórico horror que le había atacado la noche anterior. Se encontraba en una época de cerveza, y alguaciles, y encuentros de cricket.

Con paso ligero echó a andar por el camino en dirección a Londres. Tenía el privilegio de pasear sin peligro por otra época, y ver cosas que ningún otro hombre viviente había visto nunca. Un viejo patán, apoyado contra una verja, le miró, continuó mirándole y, cuando llegaba a su altura, cruzó precipitadamente la verja y huyó a través de un campo de heno. Aquello le recordó a Trimmer que su aspecto debía de ser tan raro para la gente de aquella época como el de aquella gente lo era para él. De haberlo sabido, hubiera alquilado un traje antiguo a fin de poder pasear entre ellos sin llamar la atención.

Había andado más de medio kilómetro sin encontrar un solo detalle familiar en el paisaje. Un letrero plantado al borde del camino le dijo lo que ya sabía: que se hallaba a seis kilómetros de Ealing Village. Se paró ante una posada para leer un cartel que anunciaba que la diligencia Highflyer, que circulaba entre Londres y Oxford, llegaría al George de Ealing (D. m.) a las 10,45 de la mañana, los lunes, miércoles y viernes.

Estaba a punto de dar media vuelta, después de haber leído el cartel, cuando vio a Miss Marjorie.

Miss Marjorie no tenía más de diecisiete años. Llevaba un hermoso gorrito, un vestido de color azul pálido y una sombrilla que, al abrirse, debía de parecer ridículamente pequeña. Trimmer vio un rostro de picante belleza y unos grandes ojos azules que le miraban con franco asombro. Al darse cuenta de que era observada, Miss Marjorie inclinó la mirada bruscamente, con un aire de consciente modestia.

Hasta entonces, y en la medida que permitían las extrañas circunstancias, Trimmer se había sentido completamente normal. Es decir, que sus emociones estaban de acuerdo con lo que correspondía a un hombre de su edad, condición, educación y hábitos mentales. Ahora se estaba produciendo un cambio, repentino, desconcertante.

En cierta ocasión había estado enamorado. Había salido con una joven que era ayudante de un tapicero. Al cabo de una temporada ella le había abandonado, atraída por la esbelta figura de un dependiente de una ferretería. A Trimmer le dolió, pero no demasiado. El matrimonio no era necesario a su temperamento, o, tal como lo expresaba él, podía prescindir perfectamente de las mujeres. Durante los últimos dieciséis años no había pensado en el amor hasta aquel momento, cuando, extraviado en otra época, vio a Miss Marjorie.

Fue como si algún extraño secreto le fuese revelado en aquel preciso instante. El éxtasis amoroso que le envolvió como una ola le dijo que allí estaba su verdadera pareja, su complemento de acuerdo con la Naturaleza, nacida a este mundo, por desgracia, ciento cincuenta años demasiado pronto para él. Sin embargo, en virtud de un milagro, de una brujería, de un trastorno de las leyes naturales, allí estaban ahora, cara a cara. Trimmer avanzó hacia ella, rebuscando en su mente algo que decir,

alguna galantería preliminar a un flirteo callejero tal como ocurría a su alrededor diariamente.

—Buenas tardes, miss —dijo.

Vio cómo el rubor se hacía más profundo en las mejillas de la joven, la cual respondió, sin mirarle:

—¡Oh! Le ruego que no me moleste. Soy una honesta doncella, sola y sin protección.

—No la estoy molestando, miss. Y si está sola y sin protección es porque quiere.

Los párpados de la doncella aletearon hacia arriba y luego de nuevo hacia abajo.

—Sepa usted que mi padre es un respetado comerciante que cada día va a Londres en su propia silla de posta. He sido educada como una señorita. Y me han enseñado que no debo hablar con desconocidos.

—No hay regla sin excepción, miss.

Una vez más, ella le dirigió una rápida y modesta mirada.

—Es usted muy ingenioso, sir. Dicen que la curiosidad es una debilidad que nos está permitida a las mujeres. Juraría que es usted extranjero. Su acento y su raro atuendo le traicionan. Pero me falta imaginación para adivinar de dónde procede, y osadía para preguntárselo.

—Soy tan inglés como usted, miss —protestó Trimmer, un poco dolido.

El rubor acudió una vez más a las mejillas de la joven.

—Perdone, sir, pero le había confundido con uno de esos afectados franceses. No se ofenda. He oído decir que los franceses son muy atractivos, de modo que si he cometido un error… ¡Oh! ¿Por qué mi lengua ha de traicionar mi modestia?

—No lo sé, miss. ¿Damos un pequeño paseo?

La joven dejó oír una risa cristalina.

—Sir, habla usted un extraño lenguaje y lleva unas extrañas ropas. Pero confieso que no me desagradan. Sin duda se preguntará usted cómo es que una joven como yo está paseando sola al atardecer. ¡Ah! ¡Temo que Satanás se haya instalado en mi corazón! Estoy obrando así para castigar a mi papá.

Trimmer hizo un ruido incoherente.

—Me prometió llevarme a Bath, y ha faltado a su promesa —continuó la joven—. ¡Oh, sir, qué crímenes se cometen con la juventud en nombre de los negocios! Papá no dispone de tiempo, de creer en sus palabras. De modo que he decidido que se entere de que su hija ha paseado sola al atardecer, como cualquier vulgar Poli o Molí. Puede pasear conmigo unas cuantas yardas, si es su gusto, sir, pero sólo unas cuantas yardas. No quiero que mi papá se ponga demasiado furioso con su Marjorie.

Desde entonces, Trimmer perdió la cuenta del tiempo. Paseó con Marjorie en una especie de éxtasis, mientras velo tras velo de oscuridad caía sobre los campos de pastos y de maíz a medio crecer. Cuando al final ella insistió en que había llegado el momento de separarse, Trimmer le robó un beso, con la complicidad de la propia víctima del robo. Marjorie le confesó en voz baja que no estaba tan segura de sus

sentimientos como lo había estado antes de ponerse el sol.

Trimmer regresó al lugar donde se alzaba su tienda, solitaria e incongruente. Había aprendido el verdadero significado del amor, y estaba ebrio de una emoción que hasta entonces no había saboreado. Se habían dado cita para el atardecer del día siguiente; ya que Trimmer creía que había nacido para conocer a Marjorie y que la puerta de su tienda se abriría una vez más al siglo XVIII.

Cuando regresó a su tienda observó una cosa muy rara: que en tanto que era visible para él, resultaba invisible para la gente del mundo al cual daba acceso. Esperaba encontrar una multitud agolpada en torno a la tienda, hasta tal punto tenía que resultar extraña e incongruente a los ojos del siglo XVIII. Pero sólo vio a una pareja de campesinos paseando a la luz de la luna, al otro lado del camino, y cuando cruzó el umbral debieron de creer que se había desvanecido en el aire, ya que Trimmer oyó un agudo grito, el cual se apagó en el preciso instante en que el reloj daba la primera campanada de las doce.

Había regresado de nuevo al siglo XX, con el corazón lleno de una muchacha que se encontraba a ciento cincuenta años de distancia. Era como un adolescente después de su primer beso junto a un seto bañado por la luz de la luna. A la noche siguiente, se prometió a sí mismo que, si podía volver al siglo XVIII, se quedaría en él, se casaría con Marjorie y viviría su vida, con la seguridad que le daba el conocimiento de que el Tiempo permanecería inmóvil y esperando su regreso.

A la mañana siguiente, el cambio en Charles Trimmer era todavía más notable. Había una expresión ausente en sus ojos y una extraña sonrisa en sus labios.

—Si no conociera al viejo Charlie —dijo Mr. Bunce, el carnicero, a uno de sus amigos, aquel mediodía—, pensaría que está enamorado.

A Trimmer le tenía sin cuidado lo que los vecinos pensaran de él, y descuidó su negocio. Toda su mente estaba concentrada en la llegada de la noche y en el momento en que podría —quizá— retroceder a través de los años y tomar a Marjorie en sus brazos. No pensaba en otra cosa. No habiendo oído hablar de *La Belle Dame Sans Merci* no veía ningún peligro en su obsesión. Y caso de haberlo visto habría sido lo mismo.

Cosa rara, no se preocupó grandemente por averiguar cómo le había sido concedido aquel extraño don. Casi había olvidado a la mujer que entró en su tienda hacía un par de noches. Le bastaba con saber que el don era suyo.

El mundo que Trimmer vio cuando atisbo a través del cristal de su puerta, aquella noche, era un mundo de deslumbrante blancura. Le sorprendió un poco, ya que no había pensado en la posibilidad de ver nieve. La nieve era como una máscara sobre el rostro de la Naturaleza.

Por un instante dudó en salir, pero el temor de perder a Marjorie le hizo decidirse. Sus dientes castañetearon mientras se hundía hasta las rodillas en un socavón, pero más allá la nieve sólo le cubría hasta el tobillo, y debajo de él la superficie era dura, probablemente la de un camino. Volvió su rostro hacia Londres, preguntándose si la

nieve ocultaba los amistosos pastos del siglo XVIII o la selvatiquez de alguna época más remota.

A su izquierda, mirando en línea recta a medio camino entre la colina de Harrow y Londres, pudo ver un bosque cubierto igualmente por un manto de nieve. No recordaba haber visto un bosque en aquella dirección cuando encontró a Marjorie. Se devanó los sesos pensándolo, temblando de pies a cabeza, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos.

Había recorrido quizá medio kilómetro sobre lo que parecía ser un camino, sin pasar por delante de ninguna casa ni cruzarse con ningún ser viviente, cuando un sonido, que Trimmer asoció con la civilización, llegó a sus oídos. Era el lúgubre aullido de un perro.

El aullido en cuestión fue recogido por otros perros, no pudo inferir cuántos, pero el efecto resultaba espantoso. Al parecer, los sonidos procedían del bosque.

Trimmer se preguntó vagamente qué perros serían aquéllos y por qué estarían aullando. Tal vez tenían frío, los pobres diablos. En épocas menos civilizadas que la nuestra, la gente era muy cruel con sus perros. Les dejaban al aire libre, incluso en noches como aquélla.

Los aullidos, mezclados ahora con algún ladrido, se hicieron paulatinamente más frecuentes y más próximos. Unos vagos temores empezaron a asaltar a Trimmer. No temía a los perros convertidos en animales domésticos: los *Fidos* y *Rovers* y *Peters* del feliz siglo XX. Pero, ¿y si eran salvajes?

Se detuvo, y en aquel preciso instante vio a los perros. Eran seis, y avanzaban a través del nevado campo, procedentes del bosque, olfateando el terreno como sabuesos lanzados detrás de un rastro. El que iba en cabeza, una gran bestia gris, levantó el hocico y profirió un largo aullido. Trimmer vio que sus ojos eran luminosos y ardientes, como dos rojas brasas.

En respuesta a aquel aullido, el lindero del bosque se convirtió en un pandemónium. La oscuridad quedó taladrada por docenas de puntitos luminosos. Una masa negra avanzó por el nevado campo, como una nube plomiza cruzando el cielo. Trimmer profirió un grito de terror.

«¡Lobos! —exclamó en voz alta—. ¡Lobos!»

Mientras daba media vuelta y echaba a correr un eco de una antigua lección de historia resonó en su cerebro. Recordó haber oído que hacía centenares y centenares de años los bosques ingleses estaban infestados de lobos, los cuales, enloquecidos por el hambre en época invernal, atacaban y mataban a quienquiera que se aventurase a salir. Corrió ciegamente, tropezando y resbalando, con el horror y la desesperación rugiendo en su corazón.

A lo lejos pudo ver su tienda, con la luz brillando como un faro de salvación, pero supo que nunca podría alcanzarla. El aullido de sus perseguidores resonaba más próximo a cada instante. Un minuto después un delgado cuerpo saltó sobre él, no alcanzándole por muy poco. Oyó el chasquido de las mandíbulas de la bestia mientras

rodaba sobre la nieve. Luego, unos agudos colmillos aferraron y desgarraron una de las perneras de sus pantalones.

Otros colmillos apresaron su hombro. Un peso sobre su espalda…, más peso…, y un terror que anestesiaba el dolor físico. Un brazo fue agarrado por encima del codo. Ahora estaban todos sobre él, mordiendo, desgarrando…

Mordiendo, desgarrando…

El agente, al pasar por delante de la tienda de Trimmer a las nueve de la mañana, quedó sorprendido al comprobar que no estaba abierta. Los periódicos aparecían en un montón en el umbral; seguramente, el mozo de la camioneta de reparto los había dejado allí al ver que nadie respondía a sus llamadas. Suspicaz por naturaleza, el agente examinó la puerta y descubrió que el visillo verde estaba ligeramente levantado. A través del cristal pudo ver un ojo que miraba al exterior; pero se trataba de un ojo que al parecer no podía ver nada.

Tras haber llamado varias veces y golpeado el cristal sin obtener respuesta, el agente entró en la tienda saltando por la parte de atrás. Encontró a Charles Trimmer arrodillado junto a la puerta de la tienda, con un ojo pegado al cristal, por debajo del visillo verde. Estaba muerto.

En su cuerpo no había ninguna señal. El forense declaró en la encuesta que Trimmer tenía un corazón anormal —pesaba mucho más de lo que el corazón de un hombre suele pesar—, y que estaba condenado a morir repentinamente. Una pesadilla, o cualquier impresión demasiado fuerte podían acabar con él en el momento más inesperado.

El veredicto fue de muerte natural, a consecuencia de un fallo cardíaco.

COMPAÑEROS DE JUEGOS

I

Aunque todos los que conocían a Stephen Everton convinieron en que era el último de los hombres a los cuales podía permitirse dar crianza a un niño, para Mónica fue una suerte caer en sus manos; de otro modo, probablemente se hubiese muerto de hambre o languidecido en algún refugio para personas sin hogar. Es cierto que su padre, Sebastián Threlfall, el poeta, tenía muchos amigos ocasionales. Casi todo el mundo le conocía de vista, y en la época de su fatal ataque de *delirium tremens* se había convertido en uno de los clientes más interesantes del Café Royal. Pero la gente no suele recoger a los hijos de los conocidos ocasionales, especialmente cuando tales hijos corren el peligro de haber heredado las características menos recomendables de sus progenitores.

Nada se sabía de la madre de Mónica. Nadie parecía estar en condiciones de afirmar si vivía o había fallecido. Lo más probable era que hubiese abandonado a Threlfall por otro consorte capaz y dispuesto a proporcionarle tres comidas al día.

Everton no conocía a Threlfall más de lo que le conocía otro centenar de personas, e ignoró la existencia de su hija hasta que la muerte del padre fue un nuevo tópico de conversación en los círculos artísticos y literarios. La gente se preguntaba vagamente qué sería de «la niña»; y mientras la gente se interrogaba, Everton se hizo cargo de ella.

El *Quién es Quién* puede informaros del año en que nació Everton, de los nombres de sus *Almae Maters* (Winchester y Magdalen College, Oxford), de los títulos de sus libros y de su predilección por el patinaje y el excursionismo; pero es preciso conocer a un hombre un poco menos superficialmente. Tenía entonces cincuenta años y parecía mucho más viejo. Era un hombre alto, delgado, con una tez sonrosada, una cabeza ovalada, una nariz romana, unos ojos azules que miraban amablemente a través de unas gruesas gafas y unos labios finos que formaban una línea recta sobre unos dientes algo salientes. Era casi calvo, lo cual contribuía a despejar todavía más su ancha frente. Sabía dar a su expresión un aire a la vez estirado e irascible, erudito y agudo; Sherlock Holmes, quizá, pero un poco más intelectualizado.

El mundo le conocía por sus libros sobre crisis históricas. Eran libros aburridos, con títulos aburridos, escritos por un erudito para eruditos. Le habían dado fama y bastante dinero. Everton era esencialmente un animal de sangre fría, un solterón, un hombre de costumbres regulares y plácidas, amigo de la tranquilidad y de la

comodidad.

Nadie se explicaba por qué adoptó a la hija huérfana de un hombre al cual sólo conocía superficialmente y que no le merecía simpatía ni respeto. No era aficionado a los niños, y su temperamento era más sardónico que sentimental. Me limito a aventurar una suposición al sugerir que, al igual que muchos hombres sin hijos, Everton tenía determinadas teorías acerca de la educación de los niños, y deseaba comprobarlas. Lo cierto es que la infancia de Mónica, que ya había sido bastante extraordinaria, pasó de lo trágico a lo grotesco.

Everton sacó a Mónica de la casa de Bloomsbury cuya patrona, inquieta por el gasto que la niña representaba, se preguntaba cómo iba a librarse de ella. Mónica tenía entonces ocho años, pero su edad «real» era mucho mayor. Había vivido con el alcohol, la pobreza y la suciedad; nunca había tenido un compañero de juegos; sólo había visto el lado peor de la vida; aquella niña que no había conocido la infancia era seria y adusta y fea y pálida. Cuando hablaba, cosa que ocurría muy pocas veces, su voz era áspera y ronca.

Se marchó con Everton sin hacer ninguna pregunta ni formular ninguna objeción. Everton se la llevó como habría podido llevarse una camisa o un cepillo que se hubiese dejado en una habitación de una casa de huéspedes. Mónica había pertenecido a su padre. Ahora que éste se había marchado para siempre, ella pertenecía a quienquiera que la reclamara. Everton se la llevó con una fría amabilidad en la cual no había amor ni compasión; a cambio, Mónica no le dio amor ni gratitud.

A Everton no le gustaban los niños modernos, y lo que en ellos le desagradaba lo atribuía a las modernas escuelas. Quizá por eso no envió a Mónica a una escuela; o tal vez deseaba comprobar hasta qué punto contribuía un niño a su propia educación.

Mónica sabía leer y escribir y, así equipada, dispuso de la extensa biblioteca de Everton, en la cual había casi todos los tipos imaginables de libros, desde pesados tomos que versaban sobre temas abstrusos hasta inútiles novelas modernas compradas y dejadas allí por Miss Gribbin. Everton no prohibió nada, no recomendó nada, limitándose a contemplar cómo crecía el árbol por sus medios naturales.

Miss Gribbin era la secretaria de Everton. Una mujer de mediana edad, asexuada, lisa, el tipo de secretaria que podía compartir el hogar de un solterón sin que las lenguas del Escándalo se desataran. A sus obligaciones se añadió ahora la de instruir a Mónica en algunos temas elementales. Así, Mónica aprendió que un hombre llamado Guillermo el Conquistador llegó a Inglaterra en 1066; para enterarse de la clase de hombre que era el tal Guillermo, tuvo que acudir a la biblioteca y leer las versiones contradictorias que de él habían dado los diversos historiadores. Miss Gribbin le proporcionaba hechos escuetos e indiscutibles; el resto debía descubrirlo por sí misma. En la biblioteca se encontró rodeada por todos los reinos de la realidad y la fantasía, cada uno de ellos con su puerta atractivamente abierta.

Mónica era aficionada a la lectura. En realidad, era casi su única distracción, ya que Everton no conocía a ningún otro chiquillo de la edad de Mónica, y trataba a la

niña como a un miembro adulto de la familia. De modo que la pequeña lo leía todo, desde las traducciones de la *Ilíada* hasta Hans Andersen, desde la Biblia hasta las historias de amor de las modernas novelas escritas por mujeres.

A pesar de que Everton la vigilaba muy de cerca y la sometía a interrogatorios aparentemente innocuos, nunca consiguió asomarse a su mente. Cualesquiera que fuesen los sueños que albergara de un extraño mundo que rodeaba la casa de Hampstead —un mundo de dioses, hadas y demonios, de hombres fuertes y silenciosos que hacían el amor a mujeres de instintos complicados—, Mónica se los guardaba para sí. La reticencia era lo único que tenía en común con la infancia normal, y Everton observó que nunca jugaba.

Al contrario de la mayoría de animales jóvenes, no tenía una tendencia natural al juego. Tal vez el instinto había quedado aniquilado en ella por las realidades de la vida mientras su padre estaba vivo. La mayor parte de los niños solitarios improvisan sus propios juegos; pero Mónica, de aspecto tan arisco como una fiera enjaulada, desprovista por igual de las malicias y de los encantos de la infancia, sin llorar casi nunca y riéndose todavía menos, se movía por la casa silenciosamente. De cuando en cuando, Everton, el experimentador, sentía ciertos escrúpulos de conciencia…

II

Cuando Mónica tenía doce años, Everton trasladó su residencia desde Hampstead a una casa situada en Suffolk y que acababa de heredar. Era una mansión alta, rectangular, estilo Reina Ana, que se erguía en un altozano rodeado de terrenos pantanosos y de frondosos bosques. En otros tiempos había sido la casa solariega, pero ahora incluía pocas tierras. Un corto sendero discurría entre cipreses desde la pesada verja de hierro forjado hasta un círculo de césped y macizos de flores enfrente de la casa. Detrás había un acre y medio de jardín descuidado, lleno de maleza. Las habitaciones eran de techo alto y bien iluminadas, pero la mansión tenía un aire deprimido, como si fuera una cosa viva incapaz de desprenderse de una antigua melancolía.

Everton se trasladó allí por varios motivos. Durante la mayor parte de un año había estado tratando de alquilarla o de venderla, inútilmente, y cuando descubrió que podría vender fácilmente su casa de Hampstead decidió el traslado. La antigua mansión, a una milla de distancia de una remota aldea de Suffolk, le proporcionaría toda la soledad que necesitaba. Además, estaba preocupado por su salud —su sistema nervioso no había sido nunca demasiado fuerte—, y su médico le había recomendado el aire tónico de *East Anglia*.

No le molestó lo más mínimo descubrir que la casa era demasiado grande para él.

Sus muebles llenaron el mismo número de habitaciones que habían llenado en Hampstead, y las otras las dejó vacías. No aumentó su servidumbre, compuesta por tres criados y un jardinero. Miss Gribbin, ahora más indispensable que nunca, le acompañó; y con ellos llegó Mónica para ver otro aspecto de la vida, con el mismo desinterés que Everton observó en ella a raíz de su primer encuentro.

En lo que respecta a Mónica, las obligaciones de Miss Gribbin iban siendo cada vez más una sinecura. Las «lecciones» no la ocupaban ahora más de media hora diaria. A medida que crecía, Mónica aprendía a desenvolverse mejor y por su cuenta en la biblioteca. Entre Mónica y Miss Gribbin no existía amor, ni simpatía, ni ninguna clase de afecto. En sus deberes comunes para con Everton, cumplían mutuamente con lo que era su obligación. Sus relaciones empezaban y terminaban allí.

Al principio, Everton y Miss Gribbin encontraron la casa muy agradable. Era muy adecuada para dos temperamentos que coincidían en su falta de jovialidad. Preguntada si también a ella le gustaba, Mónica se limitó a decir «Sí» en un tono que revelaba una absoluta indiferencia.

Los tres, cada uno a su manera, llevaban la misma vida que habían llevado en Hampstead. Pero una lenta transformación empezó a operarse en Mónica, una transformación tan leve y tan sutil que transcurrieron algunas semanas antes de que Everton o Miss Gribbin la observaran. Un atardecer, a principios de primavera, Everton notó por primera vez algo desacostumbrado en el comportamiento de Mónica.

Había estado en la biblioteca buscando uno de sus propios libros —*La Caída de la Commomwealth Británica*— y, no habiéndolo encontrado, fue en busca de Miss Gribbin. Pero en vez de la secretaria encontró a Mónica al pie de la larga escalera de nogal. Se le ocurrió preguntarle por el libro, y Mónica levantó la cabeza y respondió con una inesperada sonrisa:

—Sí, lo he estado leyendo. Supongo que lo habré dejado en la clase. Voy a ver…

Era un largo discurso, tratándose de ella, pero Everton apenas se fijó en el detalle en aquel momento: su atención estaba concentrada en otra cosa.

—¿Dónde dices que lo has dejado? —preguntó.

—En la clase.

—No conozco ninguna clase —dijo Everton fríamente. Le molestaba que se aplicaran nombres inadecuados a las cosas, aunque se tratara únicamente de una habitación—. Miss Gribbin suele llevarte a la biblioteca o al comedor. Si se trata de una de esas dos estancias, te ruego que la llames por su nombre.

Mónica sacudió la cabeza.

—No. Me refiero a la clase: la gran habitación vacía contigua a la biblioteca. Ése es su verdadero nombre.

Everton conocía la habitación. Estaba encarada al norte, y su aspecto era más oscuro y desalentador que el de cualquiera de las otras habitaciones de la casa. Se

había preguntado vagamente por qué Mónica pasaba tantas horas en una estancia desprovista de muebles, sin nada para sentarse; y lo había atribuido a su capacidad de mostrarse distinta a todos los demás.

—¿Quién la llama así? —inquirió Everton.

—*Ése* es su nombre —dijo Mónica, sonriendo.

Echó a correr escaleras arriba, y no tardó en regresar con el libro, el cual entregó a Everton con otra sonrisa. Everton estaba maravillado. Resultaba sorprendente y agradable verla correr en vez de andar con paso torpe y desmañado. Y había sonreído dos o tres veces en el breve espacio de un minuto. Entonces se dio cuenta de que, desde hacía una temporada, era una chiquilla más animada y más feliz de lo que lo había sido nunca en Hampstead.

—¿Cómo se te ocurrió darle el nombre de «clase» a esa habitación? —preguntó, mientras cogía el libro.

—*Es* la clase —insistió Mónica.

Y no hubo modo de sacarla de ahí. A medida que Everton la interrogaba, dejó de sonreír y su pálido y menudo rostro se hizo de nuevo inexpresivo. Everton comprendió que sería inútil presionarla, pero todo aquello había despertado su curiosidad. Interrogó a Miss Gribbin y a los criados, y se enteró de que nadie tenía la costumbre de llamar «clase» a la amplia y vacía habitación.

Era evidente que el nombre le había sido aplicado por Mónica. Pero ¿por qué? Nunca había conocido escuelas ni clases. Algún germen de imaginación estaba incubando en su pequeño cerebro. El interés de Everton se sintió estimulado. Era como un médico que acaba de observar un síntoma anormal en un paciente.

—Mónica parece estar mucho más animada y mucho más despierta que antes —comentó con Miss Gribbin.

—Sí —convino la secretaria—. Ya me he dado cuenta. Está aprendiendo a jugar.

—¿De veras?

—Sí. ¿No la ha oído bailar y cantar?

Everton sacudió la cabeza y pareció interesado.

—No —dijo—. Posiblemente, mi presencia actúa como un freno sobre su…, ejem…, exuberancia.

—Yo la he oído en aquella habitación que ella insiste en llamar la clase. Cuando oye mis pasos se interrumpe. Desde luego, no me he metido con ella en ningún sentido, pero me gustaría que no hablara sola. No me gusta la gente que habla consigo mismo. Resulta… molesto.

—No sabía que lo hiciera —dijo Everton lentamente.

—¡Oh, sí! Unas conversaciones muy largas. No he llegado a oír de qué habla, pero a veces diríase que se encuentra en el centro de un grupo de amigos.

—¿En aquella misma habitación?

—Casi siempre —asintió Miss Gribbin.

Everton contempló a su secretaria con una lenta y pensativa sonrisa.

—El desarrollo resulta siempre muy interesante —afirmó—. Me alegro de que el lugar le siente bien a Mónica. Creo que nos sienta bien a todos.

Había un tono de duda en su voz mientras pronunciaba las últimas palabras, y Miss Gribbin se mostró de acuerdo con él, con la misma falta de convicción en el acento. En realidad, Everton había empezado a poner en duda los supuestos beneficios para su salud que habían de derivarse de su traslado a Suffolk. Durante las dos primeras semanas, sus nervios habían mejorado con el cambio de aires; pero ahora tenía conciencia del comienzo de una recaída. Su imaginación empezaba a gastarle bromas de mal gusto, llenando su mente de vagas y retorcidas fantasías. A veces, cuando se sentaba a escribir —tenía la costumbre de trabajar de noche, con la ayuda de un par de tazas de café muy cargado—, empezaba a ser víctima de los más molestos síntomas nerviosos, difíciles de analizar e imposibles de combatir, y que le llevaban invariablemente a la cama con una sensación de derrota.

Aquella misma noche sufrió una de las variantes de la frecuente experiencia.

Era cerca de medianoche cuando se sintió invadido por una impresión de malestar que se vio obligado a clasificar como un vago temor. Estaba trabajando en una pequeña habitación que había escogido como estudio. Al principio apenas se dio cuenta de la sensación: el efecto era siempre acumulativo; la carga se amontonaba sobre sus hombros brizna a brizna.

Empezó por sentirse oprimido por el silencio de la casa. Paulatinamente, la presión fue aumentando, hasta convertirse en algo tangible, en una prisión de sólidas paredes creciendo a su alrededor.

Al principio, el rasgueo de su pluma aliviaba la tensión. Escribió palabras y las borró para volver a escribirlas, a fin de poder escuchar el tranquilizador sonido. Pero, súbitamente, aquél alivio le fue negado, ya que le pareció que el levísimo rasgueo de la pluma atraía la atención sobre él. Sí, era aquello. Le estaban vigilando.

Everton se quedó sentado, completamente inmóvil, con la pluma levantada sobre la cuartilla a medio llenar. La sensación había llegado a hacérsele familiar. Le estaban vigilando. ¿Quién? ¿Y desde qué ángulo de la habitación?

Una trémula sonrisa asomó a sus labios. Por un instante se tildó a sí mismo de ridículo; inmediatamente, se preguntó desalentado cómo podía discutir un hombre con sus nervios. La experiencia le había enseñado que el único remedio —un remedio momentáneo— era acostarse. Pero permaneció sentado, ávido de aprender algo más acerca de sí mismo, de encerrar sus vagas imaginaciones en alguna forma definida.

La imaginación le decía que estaba siendo vigilado, y aunque él le daba el nombre de imaginación, tenía miedo. Aquel rápido latir contra sus costillas era su corazón, advirtiéndole el miedo. Pero continuó sentado, rígido, ávido de aprender en qué parte de la habitación podía situar su fantasía a aquellos imaginarios «vigilantes»…, ya que tenía conciencia de que era observado por más de un par de ojos.

Al principio, el experimento falló. La rigidez de su postura, la presión que estaba ejerciendo sobre sí mismo, actuaron como un freno sobre su mente. De pronto, se dio

cuenta de ello y relajó la tensión, esforzándose en alcanzar aquel estado de completa libertad mental que podía haber exigido un hipnotizador o un telepatizador.

Casi inmediatamente pensó en la puerta. Los ojos de su mente giraron en aquella dirección como la aguja de la brújula gira hacia el norte imantado. Con aquellos ojos de su imaginación vio la puerta. Estaba entreabierta, y la abertura aparecía llena de rostros. No sabía qué clase de rostros. Eran rostros, simplemente; la imaginación no llegaba más allá. Pero Everton supo que aquellos espías eran tímidos; que, hasta cierto punto, le temían a él tanto como él les temía a ellos; que para hacerlos desaparecer sólo tenía que volver la cabeza y mirarlos con los ojos de su cuerpo.

La puerta se hallaba a su espalda. Volvió la cabeza súbitamente y echó una rápida ojeada por el rabillo del ojo.

La imaginación no le había engañado del todo: la puerta estaba entreabierta, aunque Everton habría jurado que la cerró al entrar en la habitación. La abertura estaba vacía. La oscuridad, sólida como una columna, llenaba el espacio entre el suelo y el dintel. Pero, aunque al volver la cabeza no vio nada, tuvo la vaga conciencia de que algo se deslizaba en silencio y con increíble rapidez, semejante al deslizarse de una trucha en aguas claras y poco profundas.

Everton se puso en pie, frotándose los ojos con los nudillos. Se dijo a sí mismo que debía acostarse. Ya era suficiente desgracia tener que soportar aquellos ataques nerviosos; estimularlos sería una locura.

Pero, mientras subía la escalera, continuaba bajo la impresión de que no estaba solo. Tímidos, prestos a fundirse en las sombras de las paredes si él volvía la cabeza, *ellos* le estaban siguiendo, susurrando silenciosamente, enlazando manos y brazos, observándole con la ávida y espantada curiosidad de unos… Niños.

III

El vicario visitó a Everton. Se llamaba Parslow, y era un típico clérigo campesino de la clase más pobre, un hombre alto, delgado, de unos cuarenta años, evidentemente preocupado por el eterno problema de adecuar unos escasos medios a unas vastas necesidades.

Everton le recibió cortésmente, pero con cierta frialdad reveladora de que no tenía —ni deseaba tener— nada en común con su visitante. Parslow estaba evidentemente decepcionado porque sus «nuevos feligreses» no acudían a la iglesia ni parecían estar interesados en la parroquia. Los dos hombres efectuaron vanas tentativas para encontrar un terreno común. Cuando estaba a punto de marcharse, el vicario mencionó a Mónica.

—Creo que tiene usted una hija —dijo.

—Sí. Mi pequeña pupila.

—¡Ah! Supongo que se encontrará muy sola aquí. Yo tengo una hija de la misma edad. Ahora está en la escuela, pero no tardará en llegar para pasar las vacaciones de Pascua en casa. Sé que le encantaría que su… pequeña pupila bajara alguna vez a la vicaría a jugar con ella.

La sugerencia no fue particularmente bien recibida por Everton, y la agradeció de un modo puramente formulario. Aquella niña, aunque fuese hija de un vicario, podía estar contagiada por otros niños modernos e infestar a Mónica con el descaro y la vulgaridad de lenguaje que tanto detestaba. En consecuencia, decidió que su trato con el vicario sería lo menos frecuente posible.

Entretanto, la niña se estaba convirtiendo para él en un objeto de interés cada vez más absorbente. La transformación de Mónica era tan notable como si acabara de regresar de un curso escolar. Asombraba y desconcertaba a Everton utilizando expresiones que no podía haber aprendido de ningún miembro de la servidumbre. No era la jerga de los jóvenes actuales la que brotaba fácilmente de sus labios, sino el argot familiar de la propia juventud de Everton. Por ejemplo, una mañana Mónica dijo que Mead, el jardinero, era un hacha podando enredaderas.

¡Un hacha! El vocablo hizo retroceder a Everton a una época que había quedado muy atrás; le llevó, exactamente, a una respetable mansión de la Belgravian Square, donde había oído por primera vez aquella palabra, utilizada en el mismo sentido. Su hermana Gertrude, que entonces tenía diez años, anunció que iba a ser «un hacha» en francés. Sí, en aquellos días, un experto era «un hacha». Pero, ¿qué significaba ahora un «hacha»? Habían transcurrido muchos años desde que Everton oyó el vocablo por vez primera.

—¿Dónde has aprendido a decir eso? —Je preguntó a Mónica en un tono tan raro que la chiquilla le miró ansiosamente.

—¿No está bien dicho? —inquirió Mónica con avidez. Parecía una niña en una escuela nueva, temerosa de no haber adquirido la fraseología de moda en el lugar.

—Es una palabra de argot —dijo el purista fríamente—. Se utilizaba para señalar a una persona que destacaba en algo. ¿Dónde la has oído?

Mónica sonrió sin contestar, y su sonrisa fue misteriosa, incluso coqueta en un sentido infantil. El silencio había sido siempre su refugio, pero ahora no era ya un silencio huraño. Estaba cambiando mucho, y de un modo que desconcertaba a su tutor. Everton no sacó nada más de ella en aquel momento. El mismo día, más tarde, consultó a Miss Gribbin.

—Esa niña está leyendo algo que nosotros desconocemos —dijo.

—Hasta ahora —respondió Miss Gribbin— ha estado pegada a Dickens y a Stevenson.

—Entonces, ¿dónde diablos aprende esas expresiones?

—No lo sé —dijo la secretaria—. Del mismo modo que ignoro cómo ha aprendido a jugar al Líalo y Deslíalo.

—¿Qué? ¿Ese juego del cordel? ¿Juega a eso?

—El otro día la encontré haciendo algo muy complicado. Y no quiso decirme dónde había aprendido el juego. Me tomé la molestia de interrogar a los criados, pero ninguno de ellos se lo había enseñado.

Everton enarcó las cejas.

—Y yo no conozco ningún libro de la biblioteca que enseñe a hacer figuras geométricas con un cordel sostenido con las dos manos. ¿Cree usted que Mónica ha entablado una amistad clandestina con alguno de los niños del pueblo?

Miss Gribbin sacudió la cabeza.

—No sería propio de ella. Además, casi nunca va al pueblo sola.

Allí, por el momento, terminó la conversación. Everton, con toda la curiosidad del estudioso, vigiló a la niña tan de cerca como le fue posible sin despertar al mismo tiempo sus sospechas. Mónica se estaba desarrollando rápidamente. Everton sabía que tenía que desarrollarse, pero aquella rapidez le sorprendía y le desconcertaba, como si desvirtuara alguna teoría preconcebida. Mónica parecía estar recibiendo unas influencias que no procedían de él ni de ningún otro miembro de la casa.

El invierno no acababa de pasar, y los días de lluvia mantenían a Miss Gribbin, a Mónica y a Everton encerrados en la casa.

A Everton no le faltaban ocasiones para observar a la niña, y una tarde, al pasar^por delante de la habitación que Mónica llamaba «la clase», se detuvo a escuchar hasta que cayó en la cuenta de que su conducta tenía mucho de fisgoneo. El psicólogo y el caballero se enzarzaron en una breve lucha que terminó con la derrota temporal del caballero. Everton se acercó a la puerta y la abrió de par en par.

La sensación que experimentó fue vaga pero ligeramente desagradable, y lo más curioso del caso fue que no resultó nueva para él. En varias ocasiones, generalmente al anochecer, había entrado en una habitación vacía con la impresión de que había estado ocupada por otros hasta el preciso instante en que él cruzó el umbral. Su llegada no provocaba la dispersión de una o dos personas, sino de toda una multitud. Les sentía, más que oírles, dispersarse rápida y silenciosamente, como sombras, hacia unos escondrijos increíbles, donde contenían el aliento y le espiaban, esperando que se fuera. Ahora andaba en medio de la misma atmósfera de tensión, y miraba a su alrededor como si esperase ver algo más que la niña solitaria sentada en el centro de la habitación. Si la estancia hubiese estado amueblada, habría mirado involuntariamente debajo de las mesas, con la esperanza de ver asomar las puntas de unos zapatos.

Sin embargo, la amplia habitación estaba vacía, y la única presencia visible en ella era la de Mónica. Delante de Everton se extendían los altos ventanales, con la lluvia repiqueteando en sus cristales. Mónica alzó la mirada al advertir su presencia. Everton pudo ver cómo se apagaba la sonrisa en sus ojos y en sus labios. También vio que la niña ocultaba rápidamente algo en las manos unidas detrás de la espalda.

—¡Hola! —dijo Everton, con una especie de forzada amabilidad—. ¿Qué estás

haciendo?

Mónica dijo:

—Nada.

Pero su tono no fue tan arisco como habría sido en otra época.

—Vamos, vamos, eso es imposible —dijo Everton—. Estabas hablando a solas, Mónica. No deberías hacerlo. Es una mala costumbre. Si no terminas con ella, acabarás por volverte loca.

Mónica inclinó un poco la cabeza.

—No estaba hablando a solas —murmuró.

—No digas eso. Te he oído.

—No estaba hablando a solas.

—Entonces, ¿con quién hablabas? Aquí no hay nadie.

—No hay nadie… ahora.

—¿Ahora? ¿Qué quieres decir?

—Se han marchado. Supongo que usted les ha asustado.

—¿Qué quieres decir? —repitió Everton, avanzando un par de pasos hacia Mónica—. ¿A quién he asustado?

Inmediatamente después de formular la pregunta se sintió furioso consigo mismo. Se había expresado en un tono muy serio, y la niña se estaba riendo de él. Como si hubiera triunfado en su tentativa de hacerle tomar parte en su propio juego de imaginación.

—No lo comprendería usted —dijo Mónica.

—Pero comprendo esto: que estás perdiendo el tiempo y comportándote como una niña muy pequeña y muy tonta. ¿Qué es lo que ocultas detrás de la espalda?

Mónica extendió hacia adelante su mano derecha, abrió los dedos y mostró un dedal. Everton miró el dedal y luego a Mónica.

—¿Por qué tenías que ocultármelo? —inquirió—. No había ninguna necesidad.

Mónica le dirigió una leve sonrisa —aquella nueva sonrisa suya— antes de contestar.

—Estábamos jugando con él. Y no quería que usted lo supiera.

—Te refieres a que *tú* estabas jugando con él, ¿no? Y ¿por qué no querías que lo supiera?

—Por ellas. Porque pensé que usted no lo comprendería. Usted *no* lo comprende.

Everton se dio cuenta de que resultaría inútil fingir que estaba enojado o mostrarse impaciente. Se dirigió a Mónica en tono amable, tratando incluso de manifestar cierta simpatía.

—¿Quiénes son «ellas»? —preguntó.

—Ellas. Otras niñas.

—Comprendo. Vienen aquí a jugar contigo, ¿verdad? Y echan a correr cuando yo me acerco, porque no les gusto, ¿no es eso?

Mónica sacudió la cabeza.

—No es que no les guste usted. Creo que a ellas les gusta todo el mundo. Pero son muy tímidas. También conmigo se mostraron tímidas durante mucho tiempo. Sabía que estaban aquí, pero pasaron semanas y semanas antes de que se decidieran a jugar conmigo. En realidad, pasaron semanas antes de que pudiera verlas.

—¿Sí? Bueno, ¿qué aspecto tienen?

—¡Oh! Son niñas, simplemente. Y muy, muy simpáticas. Algunas son un poco mayores que yo, y algunas son un poco más jóvenes. Y no van vestidas como las niñas de ahora. Van de blanco, con unas faldas muy largas con muchas cintas.

Everton inclinó la cabeza gravemente.

«Ha sacado eso de las ilustraciones de algún libro de la biblioteca», pensó.

—Supongo que no conocerás sus nombres —dijo en voz alta.

—¡Oh, sí! Están Mary Hewitt —que es la más simpática de todas—, y Elsie Power, y…

—¿Cuántas son?

—Siete. Un número bonito, ¿verdad? Y ésta es la clase donde jugamos. Me gusta jugar. Ojalá hubiera aprendido a jugar antes.

—¿Y estabais jugando con el dedal?

—Sí. Una de nosotras lo esconde, y las demás tratan de encontrarlo, y la que lo encuentra vuelve a esconderlo.

—Quieres decir que tú lo ocultas, y luego tratas de encontrarlo…

La sonrisa abandonó el rostro de Mónica una vez más, y la expresión de sus ojos advirtió a Everton que lamentaba haberle hecho aquellas confidencias.

—¡Ah! —exclamó la niña—. No lo comprende usted. Sabía que no lo comprendería.

Sin embargo, Everton creyó haber comprendido. Sonrió, aliviado.

—Bueno, no importa —dijo—. Pero, en tu lugar, yo no jugaría demasiado.

Everton salió de la habitación. Pero, tentado por la curiosidad, pegó el oído a la puerta que acababa de cerrar detrás de él.

Oyó que Mónica susurraba;

—¡Mary! ¡Elsie! Ya podéis venir. Se ha marchado.

Al oír otro susurro, muy distinto al de Mónica, Everton se sobresaltó. Luego se rió en voz baja de su propio desconcierto. Era lógico que Mónica, representando varios papeles, tratara de cambiar la voz con cada personaje. Subió a su estudio y, tras meditar seriamente en el problema, llegó a determinadas conclusiones. Un poco más tarde se las comunicó a Miss Gribbin.

—He descubierto la causa del cambio de Mónica. Se ha inventado unas amiguitas imaginarias.

Miss Gribbin se sobresaltó ligeramente y levantó los ojos del periódico que había estado leyendo.

—¿De veras? —exclamó—. ¿No es eso un síntoma de desequilibrio?

—No, yo diría que no. Los amigos imaginarios son un síntoma muy corriente en

la infancia, especialmente entre las niñas. Recuerdo que mi hermana tenía una de esas amiguitas, y que se ponía furiosa cuando ninguno de nosotros se tomaba el asunto en serio. En el caso de Mónica, yo diría que el hecho es completamente normal. Normal, pero interesante. Debe de haber heredado un exceso de imaginación de su padre, con el resultado de que tiene siete amigas imaginarias, siete, cada una de ellas con su correspondiente nombre. Viviendo tan sola, y sin ninguna amiga de su edad, se ha inventado más de una «amiguita». Todas son muy simpáticas y llevan vestidos de época. Supongo que los vestidos han salido de los libros Victorianos que Mónica ha encontrado en la biblioteca.

—No puede ser normal —objetó Miss Gribbin, frunciendo los labios—. Y no acierto a comprender cómo ha aprendido ciertas expresiones, y cierto estilo de hablar y de jugar…

—Lo ha sacado todo de los libros. Y se engaña a sí misma diciéndose que se lo han enseñado «ellas». Pero la parte más interesante del asunto es ésta: me ha proporcionado mi primera experiencia práctica de telepatía, acerca de cuya existencia me había mostrado escéptico hasta ahora. Desde que Mónica inventó ese nuevo juego, y antes de que me enterase de que lo había inventado, he experimentado varias veces la sensación de que en la casa había un montón de niñas.

Miss Gribbin se sobresaltó de nuevo y abrió la boca como si se dispusiera a decir algo, pero pareció cambiar súbitamente de idea y permaneció callada.

—Mónica se ha inventado esas amiguitas —continuó Everton, sonriendo—, y ha hecho que yo adquiriera telepáticamente conciencia de ellas, además. Últimamente he estado muy preocupado por el estado de mis nervios.

Miss Gribbin le miró con una extraña expresión en los ojos.

—Mr. Everton —dijo—, preferiría que no me hubiese contado eso. Verá —se apresuró a añadir—, yo no creo en la telepatía.

IV

La Pascua, que aquel año era temprana, trajo a la pequeña Gladys Parslow a casa a pasar las vacaciones. El acontecimiento no tardó en quedar señalado por una nota del vicario a Everton, invitándole a enviar a Mónica a la vicaría a tomar el té y a jugar con su hija el miércoles siguiente.

La invitación fastidió sobremanera a Everton. Aquí estaba el factor perturbador, la influencia exterior que podía hacer fracasar su experimento en la crianza de Mónica. Era libre, desde luego, para rechazar la invitación de un modo tan frío que eliminara toda posibilidad de que se repitiera. Pero el hombre no era lo bastante fuerte para resistir a pie firme los vientos de la crítica. Era sensible y no deseaba

ponerse en ridículo. Adoptando la línea de menor resistencia, empezó por razonar que una niña, de la misma edad de Mónica, y en la atmósfera de su propio hogar, no podría causar una gran impresión. Terminó por autorizar la visita.

Mónica pareció complacida ante la idea de ir a la vicaría, pero expresó su contento de un modo muy discreto. Miss Gribbin la acompañó hasta la misma puerta de la casa, llegando puntualmente a las tres y media de una tarde nublada y tristona, dejándola en manos de la sirvienta que respondió a su llamada.

A su regreso, Miss Gribbin informó a Everton. Una idea humorística se había posesionado de su mente, y al hablar con Everton dejó escapar una de sus infrecuentes risas.

—La he dejado en la puerta —dijo—, de modo que no he presenciado su encuentro con la otra niña. Me hubiera gustado quedarme para verlo. Tiene que haber sido divertido.

A Everton le irritó que Miss Gribbin se refiriera a Mónica como si se tratara de un animal cautivo que por primera vez en su vida iba a encontrarse con otro de su propia especie. La analogía le hizo parpadear. Sintió algo parecido a un remordimiento, y llegó a preguntarse si estaba siendo justo con Mónica.

Nunca se le había ocurrido preguntarse si la niña era feliz. Lo cierto es que comprendía tan poco a los niños como para suponer que la crueldad física era la única clase de crueldad que podía hacerles sufrir. Si se hubiese molestado en preguntarse a sí mismo si Mónica era feliz, probablemente habría rechazado la pregunta por absurda. Le había dado un buen hogar, un hogar lujoso, incluso, y la oportunidad de desarrollar su mente. Como compañeros tenía a Miss Gribbin, a él mismo y, hasta cierto punto, a los criados…

¡Ah! Pero aquel cuadro, conjurado por las palabras de Miss Gribbin, con su acompañamiento de irrazonable risa… La pequeña Mónica encontrándose por primera vez con otra niña de su propia clase y apareciendo desconcertada, sin saber qué hacer ni qué decir… Aquellas amiguitas imaginarias… ¿significaban acaso que Mónica tenía necesidades que él ignoraba, que nunca se había molestado en averiguar?

Everton no era un hombre injusto, y le dolía pensar que podía haber cometido una injusticia. Los niños modernos, cuya conducta y cuyos modales tanto le disgustaban, obedecían quizás alguna ley evolutiva inexorable. ¿No sería antinatural privar a Mónica de la compañía de su propia generación?

Paseando nerviosamente de un lado a otro del pequeño estudio, hizo un pacto consigo mismo: vigilaría a Mónica mucho más de cerca, la interrogaría cuando se le presentara la ocasión. Y si descubría que no era feliz, que realmente necesitaba la compañía de otros niños, procuraría resolver la situación del modo más favorable para la pequeña.

Pero cuando Mónica regresó de la vicaría, Everton comprendió que no había disfrutado con la visita. Estaba deprimida, y apenas habló de su experiencia.

Evidentemente, las dos niñas no habían hecho muy buenas migas. Interrogada, Mónica confesó que Gladys no le gustaba… mucho. Lo dijo con aire pensativo, y haciendo una pequeña pausa antes del «mucho».

—¿Por qué no te gusta? —preguntó Everton bruscamente.

—No lo sé. Es muy rara. No se parece a las otras niñas.

—¿Y qué sabes tú de las otras niñas? —inquirió Everton, con una leve sonrisa.

—Bueno, no es como…

Mónica se interrumpió e inclinó la mirada.

—¿No es como tus «amiguitas», quieres decir? —preguntó Everton.

Mónica le dirigió una rápida y penetrante mirada y luego volvió a inclinar la cabeza.

—No —murmuró—, ni pizca.

Everton no quiso abrumar a la niña con más preguntas, de momento. Y Mónica echó a correr hacia la gran habitación vacía, en busca de sus imaginarias compañeras.

Everton quedó satisfecho. Mónica era completamente feliz en su actual estado, y no necesitaba a Gladys, ni a otras amiguitas, probablemente. £1 experimento de Everton se estaba desarrollando con éxito. Mónica había inventado sus propias amigas, y ahora había ido a jugar con la creación de su propia fantasía.

A simple vista, todo marchaba bien. Everton pensó que las cosas se desarrollaban conforme a sus deseos… hasta que, de pronto, se dio cuenta con una leve sensación de malestar que el comportamiento de Mónica no era normal, ni saludable.

V

Aunque Mónica no manifestó el menor deseo de volver a ver a Gladys Parslow, la cortesía más elemental exigía que la hija del vicario fuese invitada a visitar a Mónica. Lo más probable es que Gladys Parslow tuviese tan pocas ganas de visitar a Mónica como ésta de recibirla. Sin embargo, a la hora fijada previamente por carta, Gladys se presentó y Mónica la recibió fríamente y con dignidad, llevándosela a continuación a la gran habitación vacía. Aquella tarde, ni Everton ni Miss Gribbin volvieron a ver a Gladys. Cuando sonó el gong anunciando la hora del té, Mónica se presentó sola, diciendo que Gladys se había marchado a su casa.

—¿Te has peleado con ella? —preguntó Miss Gribbin rápidamente.

—No-o.

—Entonces, ¿por qué se ha marchado de ese modo?

—Se ha portado como una tonta —dijo Mónica, simplemente.

—Tal vez la tonta has sido tú. ¿Por qué se ha marchado?

—Estaba asustada.

—¿Asustada?

—No le han gustado mis amigas.

Miss Gribbin intercambió una mirada con Everton.

—Al principio no creía que fuesen reales, y se rió de mí —explicó Mónica.

—¡Naturalmente!

—Pero luego, cuando las vio…

Miss Gribbin y Everton la interrumpieron simultáneamente, repitiendo al unísono y en el mismo tono asombrado sus dos últimas palabras.

—Y cuando las vio —continuó Mónica, imperturbable—, no le gustaron. Creo que estaba asustada. De todos modos, dijo que no quería quedarse y se marchó a su casa. Es una niña estúpida. Cuando se hubo marchado, nos reímos mucho a costa de ella.

Hablaba en tono completamente normal, y si se complacía secretamente en el estado de desconcierto en que sus últimas palabras habían sumido a Miss Gribbin, no lo dio a entender.

Miss Gribbin exhibió inmediatamente signos externos de furor.

—Cuando dices esas mentiras eres una niña muy desagradable. Sabes perfectamente que Gladys no puede haber visto a tus «amiguitas». Has tratado de asustarla, simplemente, fingiendo que hablabas con personas que no estaban allí, y si Gladys no vuelve nunca más a jugar contigo, te estará muy bien empleado.

—No volverá —dijo Mónica—. Y Gladys *vio* a mis amigas, Miss Gribbin.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Everton.

—Por la cara que puso. Y habló con ellas, también, mientras corría hacia la puerta. Al principio, mis amigas se mostraron tímidas porque Gladys estaba allí. Tardaron mucho en presentarse, pero les rogué que vinieran y terminaron por decidirse.

Everton dirigió una significativa mirada a Miss Gribbin para que contuviera sus impulsos. Quería enterarse de algo más, y se mostró amable y paciente.

—¿Por donde entraron? —preguntó—. ¿Por la puerta?

—¡Oh, no! Por donde entran siempre.

—¿Y dónde es eso?

—No lo sé. Ni ellas mismas parecen saberlo. Siempre llegan de la dirección en la cual no estoy mirando en aquel momento. Es raro, ¿verdad?

—Mucho. ¿Y desaparecen en la misma dirección?

Mónica meditó unos instantes.

—Sucede con tanta rapidez, que no puedo decir por dónde se marchan. Cuando entra usted, o Miss Gribbin…

—Siempre huyen cuando nos acercamos, de acuerdo. Pero, ¿por qué?

—Porque son espantosamente tímidas. Aunque ahora ya no son tan tímidas como antes. Tal vez acabarán por acostumbrarse a usted y ya no les importará.

—¡Una idea consoladora! —dijo Everton, con una risa forzada.

Cuando Mónica hubo tomado su té y se hubo marchado, Everton se volvió hacia su secretaria.

—Hace usted mal en reñir a la niña. Esos seres creados por su fantasía son completamente reales para ella. Sus poderes de sugestión han sido lo bastante fuertes como para hacerme sentir su presencia a mí. La pequeña Gladys, más receptiva que yo, los ha *visto*. Es un caso evidente de autosugestión y telepatía. Nunca he estudiado esas materias, pero yo diría que el caso tiene un interés científico.

Miss Gribbin apretó sus labios.

—Mr. Parslow se pondrá furioso —dijo.

—No puedo hacer nada para evitarlo. Tal vez sea preferible. Si a Mónica no le gusta la hija del vicario, será mejor que no vuelvan a verse.

A pesar de todo, Everton se sintió un poco desconcertado cuando a la mañana siguiente, al salir a dar un poseo, se encontró con el vicario. Si el reverendo Parslow estaba enterado de que su hija se había marchado de la casa de un modo tan raro el día anterior, podía desear ofrecer una disculpa, o quizás exigir una, según su punto de vista sobre la situación. Everton, por su parte, no quería aceptar ni presentar disculpas, no le interesaba discutir las excentricidades de unas chiquillas y, al mismo tiempo, no estaba interesado en mantener ninguna clase de relación con Mr. Parslow. Se hubiera limitado a inclinar cortésmente la cabeza, para dar a entender que le había reconocido, pero, tal como temía, el vicario le detuvo.

—Pensaba entrar en su casa para hablar con usted —dijo el reverendo Parslow.

Everton suspiró, pensando que tal vez aquel encuentro casual al aire libre le había ahorrado una entrevista más penosa bajo su propio techo.

—¿Sí? —dijo.

—Si no le importa, pasearé un poco con usted. —El vicario le miró con una expresión que a Everton le pareció ansiosa—. Hay algo que tengo que decirle. Ignoro si usted lo sospecha, o si ya está enterado de ello. De no ser así, no sé cómo va a tomárselo. De veras que no lo sé.

Everton quedó intrigado. El incidente ocurrido entre las dos niñas no parecía justificar una actitud tan solemne y tan misteriosa.

—¿De veras? —inquirió—. ¿Es algo grave?

—Creo que sí, Mr. Everton. Ya estará enterado, desde luego, de que mi hija se marchó ayer de su casa de un modo… precipitado.

—Sí, Mónica nos dijo que se había ido. Si no se entendían, era lo mejor que podía hacer, aunque el decirlo pueda hacer suponer que soy una persona poco hospitalaria. Disculpe, Mr. Parslow, pero no estoy interesado en mezclarme en una discusión entre chiquillas.

El vicario le miró fijamente.

—Tampoco yo lo estoy —dijo—, y ni siquiera sabía que se hubiera producido una discusión. Lo único que quería era rogarle que perdonara a Gladys. Su… huida, por así decirlo, estaba justificada. Recibió un gran susto, pobrecilla…

—Lo lamento muy de veras. Mónica me contó lo ocurrido. Es una niña que ha vivido muy sola y, al carecer de amigas de su propia edad, parece haberse inventado algunas.

—¡Ah! —exclamó el reverendo Parslow.

—Desgraciadamente —continuó Everton—, Mónica posee un extraño don: el de hacer partícipes de sus fantasías a otras personas. A menudo me ha parecido notar la presencia de otros niños en la casa, y lo mismo creo que le ha sucedido a Miss Gribbin, aunque ella no lo haya confesado. Estoy seguro de que cuando su hija vino ayer tarde a jugar con Mónica, ésta la asustó presentándole a sus invisibles «amiguitas» y hablando con unas imaginarias —y en consecuencia invisibles— niñas.

El vicario apoyó una mano en el brazo de Everton.

—En este asunto hay algo más. Gladys no es una niña imaginativa; en realidad, tiene mucho sentido práctico. Nunca me ha contado una mentira. ¿Qué pensaría usted, Mr. Everton, si le dijera que Gladys afirma que *vio* a aquellas niñas?

Un viento helado pareció envolver a Everton.

Una vaga sospecha empezó a dibujarse en su mente. Se esforzó por dominar el temblor de su voz y respondió, sonriendo:

—No me sorprendería en absoluto. Nadie conoce los límites de la telepatía y de la autosugestión. Si yo puedo sentir la presencia de unos niños creados por la imaginación de Mónica, ¿por qué no habría de sentirla su hija, probablemente más receptiva e impresionable que yo?

El reverendo Parslow sacudió la cabeza.

—¿De veras cree usted eso? —inquirió—. ¿No le parece una explicación un poco forzada?

—Todas las explicaciones de las cosas que no comprendemos tienen que parecer un poco forzadas.

—Mr. Everton, ¿sabía usted que su casa fue en otra época una escuela de niñas?

Una vez más, Everton experimentó aquella vaga sensación de desconcierto.

—Lo ignoraba —dijo, procurando dar a su voz un tono de indiferencia.

—Mi tía, a la que no llegué a conocer, asistió a esa escuela. En realidad, murió en ella. Murieron siete niñas. Una epidemia de difteria, que arruinó la escuela, la cual tuvo que cerrar sus puertas poco después. ¿Sabe usted cómo se llamaba mi tía, Mr. Everton? ¡Mary Hewitt!

—¡Dios mío! —exclamó Everton—. ¡Dios mío!

Everton, descompuesto, se pasó una mano por la frente.

—Ése es… uno de los nombres que Mónica menciono —balbució, al cabo de unos instantes—. ¿Cómo podía saberlo?

—Eso me pregunto yo también. La mejor amiga de Mary Hewitt era Elsie Power. Murieron con pocas horas de intervalo.

—Mónica también mencionó ese nombre… y dijo que las niñas eran siete.

¿Cómo podía saberlo? Después de tantos años, ni siquiera la gente del pueblo debe de recordar los nombres de aquellas niñas.

—Gladys los conoce. Pero creo que la impresión que recibió fue más de maravilla que de terror, porque sabía que las niñas que acudían a jugar con Mónica, aunque no pertenecían a este mundo, eran niñas buenas, niñas inocentes.

—¿De qué está hablando? —estalló Everton.

—No tema, Mr. Everton. No tiene usted miedo, ¿verdad? Si aquellos a quienes nosotros llamamos muertos permanecen cerca de nosotros, ¿qué tiene de extraño que esas niñas acudan a jugar con una chiquilla solitaria que carece de amiguitas de carne y hueso? Puede parecer inconcebible, pero, ¿qué otra explicación existe? ¿Cómo podría haberse inventado esos dos nombres la pequeña Mónica? ¿Cómo podría haberse enterado de que en su casa murieron siete niñas? Sólo la gente muy anciana del pueblo recuerda el hecho, pero estoy convencido de que ha olvidado el número de niñas que murieron y el nombre de las pequeñas víctimas. ¿Ha notado usted algún cambio en su pupila desde que empezó a imaginárselas?

Everton asintió.

—Sí. Ha aprendido una serie de nuevas expresiones, de juegos que desconocía… No acabo de entenderlo, Mr. Parslow. ¿Qué puedo hacer?

El reverendo Parslow continuaba con su mano apoyada en el brazo de Everton.

—En su lugar, yo enviaría a Mónica a la escuela. Este aislamiento puede perjudicarla.

—¿Perjudicarla? ¿No ha dicho usted que esas niñas eran buenas?

—¿Niñas? En mi opinión, son verdaderos ángeles. *Ellas* nunca la perjudicarán. Pero Mónica está desarrollando la facultad de ver y de hablar con…, con seres que son invisibles e inaudibles para los demás. Una facultad que no debe ser estimulada. Con el tiempo, podría llegar a ver y a hablar con otras… almas que no son hijas de Dios. Si se mezcla con otras niñas de su edad, puede perder esa facultad. Y sus «amiguitas» no volverán a presentarse a ella, estoy seguro…, a no ser que las necesite.

Los dos hombres anduvieron unos pasos en silencio. En unos instantes, todo el aspecto de la vida parecía haber cambiado, como si Everton hubiera sido ciego de nacimiento y ahora percibiera los primeros destellos de luz. Miró hacia adelante, no ya a un muro sombrío e impenetrable, sino a través de una cortina más allá de la cual la vida se manifestaba vagamente, pero de modo perceptible. Sus pasos adquirieron un sonido rítmico, como un contrapunto a la frase: «No existe la muerte. No existe la muerte…»

VI

Aquella noche, después de cenar, habló con Mónica de un modo desacostumbrado. Su actitud era tímida, y la mano que apoyó en uno de los delgados hombros de la muchacha permaneció allí, torpemente.

—¿Sabes lo que voy a hacer contigo, jovencita? —dijo—. Voy a enviarte a la escuela.

—¡Oh! —Mónica le miró fijamente, con los ojos iluminados por una sonrisa—. ¿De veras?

—¿Deseas ir a la escuela?

Mónica reflexionó, enarcando las cejas y contemplando las puntas de sus dedos.

—No lo sé. No quisiera separarme de *ellas*.

—¿De quién? —preguntó Everton.

—¡Oh! Ya lo sabe usted —respondió la niña, volviendo a medias la cabeza.

—¿Te refieres a tus… amiguitas?

—Sí.

—¿No te gustaría tener otras compañeras para jugar?

—No lo sé. A *ellas* las quiero mucho. Pero ellas dicen…, ellas dicen que si usted me envía a la escuela tengo que ir. Se enfadarían conmigo si le pidiera a usted que me dejara quedar. Quieren que juegue con otras niñas que no sean…, que no sean como ellas. Porque ellas, ¿sabe?, son *distintas* de las niñas que todo el mundo puede ver. Y Mary me dijo que no…, que no me aficionara a nadie más que fuese distinto, como ellas.

Everton suspiró.

—Mañana hablaremos con más calma de este asunto, Mónica —dijo—. Ahora, vete a la cama. Buenas noches, querida.

Vaciló, y luego rozó la frente de la niña con sus labios. Mónica echó a correr, casi tan tímida como el propio Everton, con sus largos cabellos flotando detrás de ella. Pero al llegar a la puerta se volvió y le dirigió una extraña y brillante mirada. Y Everton vio en los ojos de Mónica lo que nunca había visto.

Más tarde, aquella misma noche, Everton entró en la gran habitación vacía que Mónica había bautizado con el nombre de «la clase». Un rayo de luna penetraba por el alto ventanal, iluminando el interior de la estancia, completamente vacía, al parecer. Pero las profundas sombras ocultaban unas diminutas y tímidas presencias, de las cuales tenía conciencia un sentido misterioso y sin desarrollar en el hombre.

—¡Niñas! —susurró Everton—. ¡Niñas!

Cerró los ojos y extendió las manos.

Las diminutas presencias no vencieron inmediatamente su timidez, pero Everton imaginó que se acercaban un poco más a él.

—No temáis —susurró—. No soy más que un hombre que ha vivido siempre muy solo. Cuando Mónica se haya marchado, deseo que os quedéis cerca de mí.

Hizo una pausa, esperando.

Luego, al dar media vuelta para marcharse, le pareció notar la caricia de unas

manos diminutas sobre sus brazos. Miró a su alrededor inmediatamente, pero aún no había llegado para él el momento de ver. Vio únicamente la cerrada ventana, las sombras en las paredes y el rayo de luna.

LOS NAIPES DE MARFIL

Desde la edad de dos años, y hasta que cumplí los doce, vi muy poco a mi madre. Yo era el hijo póstumo de un padre que regentaba un modesto negocio y que dejó a mi madre casi en la miseria; de modo que poco después de quedarse viuda volvió a emplearse en la gran casa donde antes había trabajado en calidad de doncella.

Por fortuna para mí, los comerciantes del ramo de mi padre poseían un Montepío bastante bien organizado, y a su debido tiempo ingresé en una institución que me proporcionaba cama, comida y educación durante diez meses al año. Las vacaciones iba a pasarlas con mi tío, que tenía una panadería en Hounslow; y sólo veía a mi madre en sus ocasionales y breves visitas a la escuela o a la casa de su hermano.

Un año antes de mi duodécimo aniversario, mi madre había ascendido a la categoría de ama de llaves de Sir George Suttwell, en su gran mansión de Hampshire, y tenía muchos criados bajo su mando. Era una de aquellas mujeres fuertes, honradas y capaces, diseñadas especialmente por la naturaleza para ocupar modestas posiciones de confianza. Mi madre inspiraba una especie de miedo a la mayoría de la gente, y creo que los dos únicos seres a los cuales ella temía eran Sir George y su esposa. Le inspiraban un respeto rayano en la reverencia, y adoraba a la familia como si hubiese sido algún siervo feudal nacido y criado en la casa solariega.

Esa actitud hacia sus dueños contribuyó de un modo decisivo a nuestra larga separación. Mi madre temía pedir permiso para tenerme a su lado durante las vacaciones, pensando que yo podía hacer algo que atrajera sobre nuestras cabezas la cólera del Olimpo. De modo que fui creciendo y considerando a mi madre como a una persona querida y extraña al mismo tiempo, una gran dama cuyas periódicas visitas salpicaban la insulsa conversación de mis tíos de alusiones a cacerías, bailes de sociedad y cosas por el estilo que, en lo que a mí se refiere, podían haber tenido lugar en el planeta Marte.

Aunque yo quería a mi madre, como es natural, y siempre esperaba con afán el momento de verla, era bastante feliz con mis tíos cuando no estaba en la escuela. Mi tío, un buen hombre, era una de aquellas naturalezas sencillas que pueden buscar y encontrar compañía en un chiquillo. Poco amigo de salir de casa, su única afición era el fútbol, en calidad de espectador, desde luego; y cuando yo estaba en Hounslow

siempre me llevaba con él a los partidos.

Me había enseñado a jugar al descarte y a la brisca, y muchas tardes jugábamos interminables partidas en la trastienda. Mi conocimiento del primero de aquellos juegos me valió más tarde el mejoramiento de mi educación, una modesta fortuna y los medios para establecerme por mi cuenta. Y la historia de aquella partida de descarte que me ganó un lugar en la vida muy por encima de la condición en que había nacido es algo que no reprocharé a ningún hombre que lo ponga en duda.

Acababa de cumplir los doce años cuando llegaron aquellas afortunadas vacaciones de Pascua.

Sir George y Lady Suttwell eran dos personas de cierta edad que raramente permanecían ausentes de su casa de Hampshire más de un fin de semana. Pero aquella primavera habían decidido efectuar algunas reformas necesarias en la casa y estarían fuera una temporada. Mi madre reunió el valor necesario para pedirles que le permitieran tenerme a su lado durante su ausencia. Los Suttwell no pusieron ningún inconveniente. «Ver Suttwell y morir» era una frase que había oído más de una vez de labios de mi madre; puede imaginarse, pues, el estado de excitación en que me sumió la perspectiva de aquel viaje.

Suttwell Court se encuentra en el borde occidental del New Forest, y a cuatro millas por carretera de la estación de Farringhurst. Recuerdo el tren, después de dejar atrás Southampton, llevándome a través de extensiones de bosque bañado por el sol y con el tierno verdor de la primavera. Pero el sol estaba muy bajo en el cielo cuando me apeé en el andén de Farringhurst, y unas nubes plomizas, avanzando por el oeste, tendían una lúgubre cortina sobre el atardecer.

En la estación me esperaba mi madre, la cual me besó y me acompañó hasta un destartalado vehículo que por espacio de una generación había servido de medio de transporte para los equipajes y los criados. Durante la mayor parte del trayecto, la lluvia repiqueteó contra las ventanillas y contra el techo del vehículo, y aquel melancólico final de un día brillante, añadido al hecho de que yo estaba cansado después de mi viaje, probablemente tendieron a deprimirme y a inspirarme los más absurdos presentimientos.

Supe que tenía un extraño e irrazonado temor a la casa cuando me asomé a la ventanilla y la vi por primera vez, mientras la cálida lluvia empapaba mis cabellos. Había imaginado que Suttwell Court era un palacio oriental como los que describen los cuentos de hadas, para descubrir que su aspecto resultaba todavía más lúgubre que el de la institución donde había pasado la mayor parte de mi vida. Entré en la enorme mansión con la misma sensación de espanto que experimenta un chiquillo al entrar por primera vez en una catedral.

Una sopa de salchichas en el gabinete de mi madre contribuyó a mejorar mi estado de ánimo. Un caballero muy amable, llamado Mr. Hewitt, compartió la cena

con nosotros. Mi madre me dijo que era el mayordomo; y desde entonces en mi valoración de las categorías sociales los mayordomos se situaron a un nivel equivalente al de los miembros de la Cámara de los Lores. Me pareció que tenía más dignidad, más sentido del humor y más condescendencia hacia un niño de doce años que cualquiera de los profesores del orfelinato.

Mi madre me envió a la cama muy temprano, pero antes de hacerlo me mostró un poco, muy poco, de aquellas partes de la casa que en época normal eran sagradas. Entonces volví a sentirme deprimido y asustado. Todo era alarmantemente grande y macizo; no había ni un solo cuadro que no pareciera veinte veces mayor que un cuadro normal, ni un sillón en el cual no hubiese podido sentarse cómodamente un gigante. Las propias alfombras bajo mis pies eran un fastidio: temía que en cualquier momento me riñeran por andar sobre ellas.

Agradecí el hecho de que mi dormitorio se encontrara al final de un pasillo que parecía el rincón más sencillo de la casa, con esteras de paja en el suelo. En mi cuarto, el piso era de linóleo, y las alfombras, finas y gastadas, me recordaron Hounslow y el cómodo gabinete de tío Fred.

Mi estado de ánimo había mejorado al día siguiente, y la casa me pareció menos impresionante a la luz matinal, cuando, acompañado por mi madre, terminé de recorrerla. Mi madre, sumamente activa, se movía al compás de un perpetuo entrechocar de llaves, y ello me hizo sentir que era una persona muy importante, aumentando el respeto que ya me inspiraba. Una sola mirada le bastaba para escoger la llave que iba a utilizar, sin que se equivocara nunca. Y en cada una de las habitaciones que visitábamos tenía un breve comentario a punto, señalando un mueble raro o un cuadro interesante, o contando algún importante acontecimiento familiar que había tenido aquella estancia por escenario.

Supongo que los cuadros me interesaban más que cualquier otra cosa. Había muchos retratos de antepasados, especialmente en el vestíbulo y en la larga galería del piso alto. El parecido familiar entre aquellos Suttwell era muy notable, y si mi madre no me hubiera informado del parentesco que unía a aquellos personajes, habría pensado que todos los retratos eran del mismo hombre con diferentes vestidos y en épocas distintas de su vida.

En nuestro recorrido por la casa sólo dejamos de visitar una habitación, debido a que era la única de la cual mi madre no tenía la llave. La puerta cerrada se encontraba en el primer piso, en un pasillo que se extendía directamente desde la escalinata principal hasta el ala oeste, y mi curiosidad se despertó cuando mi madre pasó de largo ante ella.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunté.

—No lo sé —respondió secamente mi madre.

—Pero, ¿por qué no tienes la llave?

—La tiene Sir George. Si prefiere guardarla él, por algo será.

Pensé que mi madre estaba disgustada porque no le habían confiado la llave de

aquella habitación junto con las demás, y que ése era el motivo de que respondiera a mis preguntas de un modo más brusco que de costumbre.

La misteriosa habitación me impresionó vivamente y mi fantasía se desbordó: alguien había cometido un asesinato allí. El esqueleto de un hombre yacía aún en el centro de la estancia, sobre una gran mancha de sangre seca… Pero cuando le sugerí aquella horrible y deliciosa posibilidad a mi madre, se mostró impaciente y muy desalentadora.

La casa hubiese sido un campo de juego ideal para mí si me hubieran permitido utilizarla como tal, pero estaba limitado a la habitación de mi madre y a la gran cocina, aunque a veces el amable Mr. Hewitt me permitía ayudarle a quitar el polvo de los cristales de su despensa. Fuera de la casa la situación no mejoraba. Los jardines eran todavía más sagrados para las pisadas que la gran alfombra gris del salón principal.

Pero los criados, dentro y fuera, se mostraban muy cariñosos conmigo, y parecían disfrutar malcriándome cuando mi madre no estaba a la vista. Ninguno de ellos idolatraba a la familia como mi madre, y Mr. Sturgess, que era uno de los jardineros y nunca estaba demasiado atareado para hablar, me contó más detalles de la historia de los Suttwell que mi propia madre. Un día me dejó sin aliento al decirme que Sir George era un hombre pobre. Parpadeé, para dar a entender que la cosa no resultaba fácil de creer.

—No me refiero a que a ti y a mí no nos gustara cambiarnos con él, por ejemplo —confesó Mr. Sturgess—. Pero no es un hombre rico de acuerdo con sus propias ideas. Cuando un personaje de su categoría empieza a vender tierras, mal van las cosas. Si el padre de Sir George estuviera vivo, la familia habría perdido la casa hace tiempo.

Y entonces me contó que durante muchas generaciones los cabezas de familia de la mansión habían sido alternativamente tacaños y despilfarradores. Un Suttwell había malgastado su fortuna y dejado un montón de deudas; su hijo había trabajado duramente para restablecer el equilibrio financiero de la casa, sólo para que la generación siguiente volviera a gastar sin medida.

—Sir Hugh, el padre de Sir George, fue el hombre más despilfarrador que pueda imaginarse —me informó Mr. Sturgess.

—Entonces, Sir George es un tacaño, ¿no? —pregunté.

Sturgess sonrió y se rascó la barbilla.

—Bueno, tal vez no sea ése el nombre exacto que puede dársele —dijo—. Pero no le falta mucho para serlo…, no le falta mucho.

Mis cinco primeros días en Suttwell Court transcurrieron agradablemente y con bastante placidez. Me atrevo a decir que mi aburrimiento habría sido completo si los criados no se hubieran mostrado tan predispuestos a alegrar mi estancia en la casa. Además, me gané el respeto de Mr. Hewitt enseñándole a jugar al descarte.

—El mejor juego de naipes para dos personas que se ha inventado nunca —fue su

veredicto sobre el descarte.

La cosa ocurrió el sexto día de mi estancia en Suttwell Court.

Mi madre, amante como era de la disciplina, no me permitía permanecer levantado hasta altas horas de la noche. A las nueve y media en punto me besaba, encendía mi vela y me enviaba a la cama. Siempre, al cabo de media hora, la oía entrar en la habitación contigua a la mía.

Los obreros solían trabajar hasta la puesta del sol, pero aquella noche un grupo de ellos había decidido terminar una reparación en la escalera de la parte de atrás, de modo que cuando mi madre me envió a la cama tuve que cruzar el vestíbulo y subir por la escalinata principal.

Era una noche muy oscura, sin luna y sin estrellas, y la casa estaba sumida en una oscuridad casi total. Recuerdo las divertidas y horribles sombras que acompañaron mi paso a través del vestíbulo con mi pequeña vela, y cómo los ojos de los retratos me miraban fijamente a través de la penumbra, tal vez preguntándose con indignación qué derecho tenía yo a estar allí.

A mi alrededor, las sombras se alargaban y se hinchaban a medida que subía la escalinata, y me alegré de llegar al rellano, lejos de las miradas que me acechaban en el vestíbulo.

Había dado media docena de pasos por el pasillo que conducía al ala oeste, cuando me detuve súbitamente. Había llegado a la puerta de aquella misteriosa habitación cerrada y tuve que pararme y contemplarla unos instantes, como un chiquillo que carece del dinero necesario para entrar en un cine contempla el vestíbulo del local. Estaba a punto de reanudar mi camino cuando ocurrió algo que sé perfectamente que es cierto y que, no obstante, todavía me parece increíble.

De pronto, sin el menor ruido que me alarmara, la puerta se abrió. En el umbral apareció un caballero, y detrás de él la habitación estaba iluminada. Retrocedí un paso y miré. Estaba sorprendido, desde luego, pero no eché a correr muerto de miedo, como era de esperar.

El caballero sonreía. Sonreía con la boca y con los ojos, unos ojos que tenían una especie de brillo malicioso que yo había visto en más de una ocasión en algunos hombres aficionados a empinar el codo. Sin embargo, la expresión de su rostro era amable. En conjunto, su aspecto era tan amistoso que disipaba inmediatamente cualquier temor.

—¡Vaya! —exclamó con una voz suave y gutural—. ¡Si es un muchacho! ¡Hola, chico! Acércate…

Di un paso hacia él, sosteniendo mi vela. Iba vestido como uno de los retratos del vestíbulo, lo cual contribuía a aumentar su parecido con uno de los Suttwell. Una peluca, rizada y muy empolvada, ocultaba sus cabellos naturales.

Doy gracias al cielo porque en aquel momento no se me ocurriera pensar lo que

ahora sé. El caballero parecía tan sólido y real como cualquier persona de las que hasta entonces había visto. Y los retratos habían puesto en mi mente infantil la idea de que los Suttwell continuaban circulando por el mundo con sus pelucas y sus encajes. El caballero era uno de aquellos semidioses a los que se aludía reverentemente como a «la familia». Me limité a sonreírle tímidamente, preguntándome cómo había conseguido entrar en la casa sin que mi madre, que lo sabía todo, se diera cuenta.

—¿Adónde ibas, muchacho? —me preguntó.

—A acostarme, señor.

—¿A acostarte? ¡Oh! —Tenía una voz petulante y, al mismo tiempo, ligeramente temblorosa—. Vamos, vamos… Ahora que estás aquí, no vas a negarme un rato de compañía… En estos últimos tiempos he estado muy solo.

Su voz se había impregnado de tristeza al pronunciar aquellas últimas palabras y me sentí conmovido. Luego dijo algo en francés que no pude comprender, pero me pareció que se trataba de una invitación para que entrara en la estancia, sobre todo al ver que se apartaba ligeramente a un lado mientras hablaba.

Entré, pues, en el cuarto misterioso. Estaba brillantemente iluminado, pero no recuerdo haber visto ninguna lámpara ni ninguna vela encendida. El apartamento era una especie de salón. Había una mesa en el centro, unos sólidos y antiguos sillones, libros, un escritorio… Y el polvo de siglos cubriéndolo todo con una espesa capa.

—Sí —dijo el caballero—, ahora tengo poca compañía, y no puedo mostrarme demasiado exigente. Los tiempos han cambiado. Confieso que llevo más tiempo del que puedo imaginar muriéndome de ganas de jugar una partida a las cartas. —Me miró, con las cejas enarcadas, como sabiendo de antemano lo ocioso de su pregunta —. Tú no juegas a las cartas, ¿verdad?

—Sí, señor —contesté—. Conozco algunos juegos.

Su sonrisa se ensanchó y luego sacudió la cabeza.

—Algún juego de villanos, sin duda —dijo—. Bueno, bueno, vale más un poco de cerveza que mucha agua… Será un verdadero placer sentir los naipes en mis manos otra vez. Bueno, ¿cuál es tu juego preferido, muchacho?

—Sé jugar al descarte —murmuré.

—¿Al descarte? —Sus ojos parecieron agrandarse a causa de la sorpresa y del placer que experimentaba—. ¡Al descarte! ¡El juego de moda en estos momentos! Oye, ¿quién diablos te ha instruido de ese modo?

Me encogí de hombros, sin saber qué contestar. El caballero, por su parte, no parecía esperar mi respuesta. Me dirigió una reverencia tan irónica y tan divertida que estuve a punto de echarme a reír, en vez de sentirme ofendido.

—Sir —dijo—, me siento profundamente honrado por vuestra compañía, y si jugáis al descarte sois bien venido a mis lares por partida doble. He perdido más guineas al descarte que pelos tengo en la cabeza. Si queréis honrarme con una partida…

Me miraba ansiosamente, como si pensara que podía negarme a jugar con él. No dije nada, limitándome a mirarle con una sonrisa intrigada y nerviosa.

Interpretó mi silencio como un mudo asentimiento, se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó una baraja. Luego dejó caer los naipes sobre la polvorienta mesa.

—¿A cuánto es la puesta? —inquirió, mirándome con sus ojillos burlones—. ¿Lo normal en el club?

Sospeché que se estaba mofando de mí, ya que un caballero como él no podía aceptar nada de un chiquillo. En realidad, yo no tenía nada que perder, pero estaba seguro de que, si ganaba, aquel amable y extravagante caballero no permitiría que me marchara con las manos vacías. De modo que sonreí y dije:

—Desde luego.

La baraja estaba preparada ya para jugar al descarte, es decir, que sólo contenía treinta y dos cartas, empezando por los sietes. Mientras los mezclaba me di cuenta por primera vez de la gran belleza y originalidad de los naipes: eran de marfil, pintados a mano y sometidos a un tratamiento que hacía inalterables los colores. Perdí la mano y acerqué un sillón a la mesa.

—¿Una ronda de tres juegos? —preguntó el caballero.

Asentí y empezó a dar. Mientras repartía las cartas observé que sus maneras habían cambiado. Su rostro había perdido su expresión jovial y estaba ahora terriblemente serio. No resultaba difícil adivinar cuál era uno de sus más arraigados vicios.

Empezamos a jugar. El caballero extendió su pequeño abanico de naipes con dedos temblorosos. Declaró el rey de triunfos y ganó dos puntos de la mano. Se llevó el primer juego por cinco puntos a dos.

Yo empezaba a estar asustado, aunque sin saber por qué. Pero la suerte me favoreció en el segundo juego, y sumé cinco puntos en tanto que él se quedaba con tres. Yo estaba bastante nervioso, pero cuando el caballero recogió las cartas para servir el último juego me pareció que su nerviosismo superaba al mío.

¡Y qué juego, Dios mío! Ninguna mano produjo más de un punto, con un total de cuatro, equitativamente repartidos. El triunfo era espadas: pedí cuatro cartas.

Me las sirvió una a una, y la primera que levanté era el rey de espadas.

—Me basta con el rey —dije, poniéndola boca arriba.

El caballero profirió un juramento y se puso en pie, arrojando violentamente sus cartas sobre la mesa. Me levanté, asustado, sin soltar el rey de espadas.

—Ésa es la clase de suerte que siempre me ha fastidiado —dijo el caballero, en un tono más tranquilo.

Y empezó a pasear de un lado para otro, con la cabeza inclinada sobre el pecho, hasta el punto de que me pregunté si estaría bromeando y esperaba que yo me echara a reír. Luego se detuvo y me miró fijamente.

—Muchacho —dijo—, te estoy muy agradecido por la compañía. ¿Qué dirías si no pudiera pagarte?

De nuevo me pregunté si se burlaba de mí.

—Por favor —dije—, el dinero no tiene importancia.

Sorprendentemente, mi respuesta pareció enojarle.

—Te estoy muy agradecido por la compañía, muchacho, pero maldito sea tu descaro. No hay ningún hombre, vivo o muerto, que pueda decir que Giles Suttwell no ha hecho honor a una deuda de juego. ¡Maldito sea tu descaro! ¿Me oyes? ¡Maldito sea tu descaro!

Me sentía tan asustado, que ni siquiera pude tartamudear una palabra de disculpa.

El caballero reanudó sus paseos por la habitación, con la cabeza inclinada y murmurando para sí mismo. Luego volvió a detenerse y a mirarme.

—¡Maldito sea tu maldito descaro! —exclamó—. Pero, ¿cómo voy a pagarte? ¡Ay! ¡Éste es el problema!

Se quedó pensando y luego, con gran alivio por mi parte, me señaló la puerta.

—Buenas noches —dijo—. Te estoy muy agradecido por la compañía, desde luego. Y maldigo tu descaro.

Me dirigí hacia la puerta. El caballero me siguió.

—Te pagarás tú mismo, muchacho —le oí decir—. Lo que era de mi padre es mío, aunque el maldito avaro lo ocultara a mis ojos y a los ojos de los que vinieron después. En la biblioteca…, el quinto tablero detrás de las estanterías a la izquierda de la puerta encarada al sur…, toma lo que te debo…

Me encontraba ya en el pasillo y me volví a mirarle mientras su voz se apagaba detrás de mí. No vi más que una puerta cerrada. Entonces, un intenso terror se apoderó de mí y eché a correr escaleras abajo, gritando, hasta encontrar el refugio de los brazos de mi madre. En aquel momento apenas comprendía nada, pero mi terror me dijo que había estado con algo que no era de la tierra ni era bueno.

Mi madre no hubiera creído una sola palabra de lo que le conté si no hubiese observado que agarraba algo convulsivamente en una de mis manos. Me obligó a abrir los dedos y cogió un naipe de marfil.

Era el rey de espadas.

Mi madre se arriesgó a prolongar mi estancia en la casa hasta que Sir George y su esposa regresaron. Les repitió palabra por palabra la historia que yo le había contado a ella, y les mostró el naipe de marfil.

Sir George apenas hizo ningún comentario.

Mucho más tarde me enteré de que la habitación donde se desarrollaron los extraños acontecimientos que acabo de narrar había sido cerrada porque se rumoreaba que era visitada por el fantasma de Sir Giles Suttwell, jugador y borracho empedernido, que había fallecido a finales del siglo XVIII.

La habitación fue abierta y en el escritorio se encontró una baraja de treinta y un naipes: una baraja completa para jugar al descarte… añadiéndole el rey de espadas. Y debido a que un chiquillo no puede entrar en una habitación cerrada y coger una carta del cajón cerrado de un escritorio, sin tener las llaves de la puerta ni del cajón, se prestó una atención especial a mi historia, y de un modo particular a su final.

Antes de Sir Giles el despilfarrador, el cabeza de familia había sido Sir Giles el tacaño. No sé el número de guineas que se encontraron en una habitación secreta detrás de las estanterías de la biblioteca. Lo único que sé es que mi madre y yo tenemos que agradecerle a Sir George la parte de ellas que nos entregó.

EL OXIACANTO

Dicen que murió con el corazón destrozado
—lo cuento tal como me lo contaron—,
Pero su espíritu vive, y su alma es parte
De esta antigua y triste casa junto al mar.

BRET HARTE

A la salida de Hazelsea la carretera forma una especie de bifurcación, con un ramal que apunta en línea recta al noroeste. En aquella bifurcación hay una faja triangular de césped, con un alto y envejecido oxiacanto en el centro. Muy cerca, a mano izquierda del ramal en cuestión, se yergue Maid's Rue, una casa de campo de estilo isabelino, la cual se alquilaba —y probablemente continúa alquilándose— amueblada. Serringham la alquiló hace tres años, cuando se estaba recuperando de una crisis nerviosa.

A Serringham le habían recomendado que se marchara a un lugar tranquilo, y acertó plenamente. Hazelsea es uno de los agujeros más aburridos de la Costa Oriental, y Maid's Rue se encontraba a una milla de distancia de las dudosas diversiones que Hazelsea era capaz de ofrecer. Serringham prefirió marcharse solo, ya que la mayoría de las personas le fastidiaban.

—Pero tú no cuentas, viejo —me aseguró—. Puedes venir a pasar unos días siempre que quieras.

Serringham estaba comprometido con mi hermana Pamela. Era un perito mercantil que pagaba las consecuencias de un exceso de trabajo. Cuando salió de la clínica vino a pasar una velada con nosotros. No era el mismo de antes, pero le encontré mucho más alegre de lo que había esperado, y se marchó de Londres en un estado de ánimo bastante optimista.

—Creo que la casa me va a gustar —nos aseguró—. La conozco bastante bien desde fuera. Y un amigo que ha pasado una temporada en Hazelsea la ha visto por dentro, y dice que está muy bien. La han modernizado un poco para hacerla habitable —cuarto de baño y todo eso, ya sabes—, pero no la han estropeado.

De modo que se marchó a Maid's Rue y, tal como había anticipado, se encontró plenamente satisfecho. Casi todos los días Pamela recibía noticias suyas, en forma de extensas cartas, las cuales incluían una posdata para mí. La mansión era casi demasiado buena para ser verdad, el vigoroso aire le sentaba de maravilla, había encontrado una mujer excelente para cuidar de la casa, disponía de una estupenda colección de libros… y, ¿cuándo pensaba ir a verle?

No sé si realmente quería que fuera, pero, ante su insistencia, decidí ir a pasar un fin de semana con él.

No había posibilidad de equivocarse. La situación de la casa estaba claramente definida por la bifurcación, y por el retorcido y viejo oxiacanto que se erguía en el centro de la faja triangular de césped. Era un edificio de ladrillo rojo que se alzaba junto al camino y que parecía alardear de su vejez y de su decrépita belleza. Sus pequeñas ventanas tenían los paneles romboides.

El interior era necesariamente oscuro. Las habitaciones tenían los techos muy bajos, y las pesadas vigas constituían una continua amenaza para un hombre de estatura mediana. Los suelos eran de piedra y el hogar quedaba abierto por los cuatro lados, con una de aquellas enormes chimeneas tan del gusto de Santa Claus. No me sorprendió el entusiasmo que Serringham demostraba por el lugar. Le gustaban las casas antiguas, y era capaz de convertir en virtudes sus inconvenientes. Debo confesar que la casa estaba muy bien amueblada. Auténtico y sólido roble.

Serringham me recibió con mucha cordialidad pero sin grandes demostraciones de alegría. Levantó su voz apenas por encima de un murmullo, y no tardó en explicarme que se había acostumbrado a hablar de aquel modo desde que llegó a Maid's Rue.

—Soy un hombre nuevo —dijo—. ¿No crees que he mejorado?

—Sí-í —contesté, puesto que no estaba completamente seguro.

—¡Oh! Comprendo. —Serringham sonrió con cierta amargura—. Esperabas un recibimiento más ruidoso, ¿verdad? Bueno, eso no es un síntoma. Lo primero que un pobre diablo en mis condiciones necesita alcanzar es tranquilidad de espíritu. Y la estoy alcanzando. Es maravilloso despertar por la mañana y saber que no nos espera ningún trabajo, ninguna responsabilidad. Lo único que tengo que hacer es gandulear por aquí, y hasta ahora me siento estupendamente. A propósito, espero que no te levantarás demasiado temprano…

—Si lo hago —le prometí—, no te molestaré.

—De acuerdo. Bueno, Mrs. Hickory viene cada mañana a las ocho, de modo que puedes desayunar a las ocho y media, si quieres. Supongo que no te importará que no te acompañe. Paso mucho tiempo soñando despierto, ¿sabes? Supongo que siempre fui un soñador en potencia, pero nunca había tenido tiempo para dedicarlo a mis sueños.

—Bueno, sueña todo lo que quieras, si eso te hace bien —dije, riendo—. Has venido al lugar más adecuado para soñar.

—Sí, ¿verdad? Me divierte sentarme aquí por la noche y tratar de visualizar a la gente que ha vivido en esta casa a través de los últimos cuatrocientos años, dejando detrás de ella alguna impresión de su personalidad. Una casa como ésta le hace pensar a uno. Me pregunto cuántos enamorados habrá albergado, cuántos hijos pródigos, cuántas pobres viudas, y bellacos, y héroes, y seres vulgares y felices. Estas viejas paredes deben de haber contemplado extraños espectáculos y oído extraños

sonidos. Sólo podemos estar seguros de una cosa: han oído más llantos que risas. El mundo es así.

—El lugar tiene un nombre muy curioso —observé—. ¿Quién lo bautizaría así?

—¡Oh! Ya me he enterado. Iba a contártelo. Es una gran historia. Una de las tradiciones locales, ¿sabes? ^ no me sorprendería que hubiera algo de cierto en ella. Parece ser que hace un centenar de años vivió en esta casa una muchacha muy hermosa que se hizo notable por sus coqueterías y su volubilidad. Se supone que había conducido a casi todos los jóvenes de la vecindad a la desesperación. Y luego, como ocurre a menudo en tales casos, el cazador resultó cazado. La muchacha entregó su corazón sin reservas a un hombre que le hizo beber la misma copa amarga que ella había dado a tantos.

»La gente no muere de amor, ¿sabes? La muchacha tenía el corazón destrozado, pero continuaba latiendo, de modo que lo inmovilizó para siempre ingiriendo un veneno. Y, siguiendo la costumbre de la época, la enterraron en la encrucijada, con el corazón atravesado por una estaca. Y la leyenda dice que el oxiacanto que se yergue todavía en la bifurcación brotó de la estaca que le clavaron a la muchacha en el corazón. Desde luego, no creo en esa leyenda. Lo más probable es que alguien que la había amado mucho plantara ahí ese árbol en memoria de ella.

—Muy poético —dije, sonriendo—, pero no creo que sea verdad. ¿Cuántos años vive un oxiacanto?

—No tengo ni idea. Pero ése debe de ser muy viejo. Ahora está casi muerto. Tal vez su muerte sea una señal de que la pobre muchacha cuyos restos le ayudaron a nacer ha logrado alcanzar algún puerto feliz. ¿No es una bella historia?

—Pintoresca, desde luego —asentí secamente—. Pero un poco morbosa. ¿Pasas el tiempo especulando acerca de la dama?

—Es lógico que de cuando en cuando dediquemos un pensamiento al más allá. Sí, a veces me pregunto dónde estará la muchacha, y si su espíritu tiene espíritus enamorados. Quizás en alguna ocasión se asome a una de estas antiguas habitaciones, y se pregunte por qué los hombres no la ven, o por qué sus encantos» que sólo le fallaron una vez, no ponen ya a nadie a sus pies. ¡Oh! Sé lo que estás pensando, amigo mío. Piensas que es un error que un hombre en mis condiciones se entretenga con esas ideas. Crees que tendría que salir a dar largos paseos y leer el «Punch». Pero esta clase de vida contemplativa me encanta, y supongo que lo que me gusta es lo mejor para mí.

Lo dudaba, pero no quise contradecirle. De todos modos, procuré cambiar de tema y empecé a hablarle de Pamela. Me escuchó cortésmente, pero de cuando en cuando sus ojos parecían velarse y pensé que, tratándose de su prometida, el interés que demostraba por Pamela era más bien escaso. Antes de su enfermedad había sido un ferviente enamorado. Pero ahora estaba enfermo, todavía, y yo no debía olvidarlo.

A la mañana siguiente me levanté temprano y bajé antes de que llegara Mrs. Hickory. Un olor enfermizo y dulzón, muy leve pero aún perceptible, invadía la casa.

Me pareció reconocerlo; y al mismo tiempo me dije que tenía que estar equivocado. Era el olor de los capullos de mayo recién cortados, y estábamos en febrero.

Hacía una mañana ventosa, fría pero agradable, y el sol asomaba de cuando en cuando en medio de una apresurada procesión de nubes blancas. Decidí dar un paseo antes de desayunar y salí de la casa. Crucé el camino y pasé por delante del triángulo de césped en el centro del cual el viejo oxiacanto erguía su retorcido tronco y sus desnudas y torturadas ramas.

Los setos de los alrededores empezaban a florecer, pero en el viejo árbol no brotaba una sola hoja. Le había llegado su hora, como a todas las cosas vivientes. Pronto, supuse, alguien lo cortaría para leña, y entonces no quedaría nada en memoria de la muchacha cuyos huesos yacían en sus raíces.

Era domingo. A lo lejos, las campanas de una iglesia anunciaban un servicio matinal y, mientras permanecía indeciso, sin saber qué camino tomar, llegó un labriego endomingado, con un ajado libro de rezos en una mano grande y morena. Me saludó con un cortés «Buenos días» y, al ver que era forastero, me miró con franca curiosidad y se acercó a mí.

Era un hombre muy viejo. Tenía más de ochenta años y la locuacidad de todos los viejos en los distritos rurales.

—El viejo árbol está en las últimas —dijo, siguiendo la dirección de mi mirada—. La niña tendrá que buscarse pronto otro amante.

—¿A quién se refiere? —pregunté.

—A la niña que está enterrada ahí. —Señaló hacia las raíces del árbol—. Sí, tendrá que buscarse pronto otro amante, o morirá. Morirá como Dios manda, quiero decir, y se irá al infierno. Y cuando esté muerta como Dios manda, el viejo árbol morirá con ella, y cuanto antes mejor. ¡Era una zorra, maldita sea!

Y escupió deliberadamente en dirección a las raíces del árbol.

—No le sigo a usted —dije, un poco impresionado por la venenosa reacción del anciano.

—Los jóvenes se creen muy listos porque han ido a la escuela y no quieren dar crédito a lo que les cuento. Pero lo vi con mis propios ojos. Ocurrió hace sesenta años, y ese viejo árbol estaba tan muerto como ahora. Y luego ella encontró otro amante. Era un joven caballero que vivía con su padre en Maid’s Rue. Y ella le enamoró. El joven no tardó en morir. Pero el árbol volvió a florecer, con más fuerza que nunca. Ella vive de las vidas de los hombres, y continuará viviendo hasta que no pueda enamorar a ninguno. Entonces morirá como Dios manda y se irá al infierno. Con Satanás, que es el lugar que le corresponde. Bien, buenos días, señor. Se me está haciendo tarde.

Se marchó, dejándome solo con unos pensamientos muy poco agradables. La leyenda que acababa de contarme era tan inverosímil como fantasmal, y decidí no hablarle de ello a Serringham. En consecuencia, desayuné solo y no vi a mi amigo hasta después de las doce, cuando bajó soñoliento y sin afeitar.

—Sé que pensarás que soy un gandul —dijo—, pero el descanso me sienta muy bien y he tenido unos sueños deliciosos. ¿Y tú, has dormido bien?

—Sí, gracias —dije—. A propósito, ¿qué era el olor que he notado en la casa esta mañana? Me ha recordado el de los capullos de mayo.

Serringham se echó a reír.

—¡Oh, sí! Ya lo había notado. Al principio me intrigó un poco. ¿Qué crees que es?

—No lo sé.

—Aquel tiesto de geranios de la ventana. Al levantarse se nota el olor, pero luego se acostumbra uno a él. Es como cuando se entra en una habitación que huele a tabaco. De momento se nota, pero cuando se lleva un rato allí no se huele nada.

La explicación parecía razonable, pero más tarde olfateé el tiesto de geranios. El olor no se parecía en nada al de los capullos de mayo.

A la mañana siguiente, lunes, regresé a la ciudad y le dije a Pamela que Serringham se encontraba muy bien. Pero lo dije con ciertas reservas mentales.

Transcurrió un mes, y el invierno dejó paso a la primavera. Tenía noticias de Serringham a través de Pamela, aunque ésta no tenía nunca mucho que contarme. Intuí que mi hermana estaba preocupada por su prometido, pero se negó a admitirlo hasta un viernes de finales de marzo.

—¿Cuándo vas a ir a ver a George? —me preguntó.

—No me ha pedido que vaya.

—¡Oh! Sabes perfectamente que no necesitas que él te lo pida. ¿Por qué no vas mañana? Me gustaría.

—¿Por qué?

—¡Oh! Porque…, porque no creo que aquel lugar sea el más indicado para él… Dice que está muy bien, pero en sus cartas no es el mismo de antes. Cada vez me escribe menos y en un tono más incoherente. Hace una semana que no he recibido noticias suyas, a pesar de que yo le he escrito todos los días. No quiero pecar de imaginativa, pero la cosa no me gusta, y…, bueno, me agradaría que fueras a verle mañana.

Daba la casualidad de que yo estaba libre, pero no me seducía la idea de ir a Maid’s Rue. Recordando el fin de semana que había pasado allí, me daba cuenta con más claridad de lo poco que me había divertido. El recuerdo tenía algo de sutilmente desagradable, algo que en aquellos momentos —e incluso ahora— me sentía incapaz de definir ni de explicar.

—El hecho de que sus cartas sean más espaciadas y más breves no significa nada —objeté—. Para un hombre que nunca ha sido un brillante corresponsal, escribir una carta diaria puede convertirse en un problema.

—No me importaría que me mandara un simple saludo en una tarjeta postal, Jack. Resulta terrible decirlo, pero George parece estar perdiendo su afición a la vida. Escribe como si ya no le importara lo que antes le interesaba…, incluida yo. Sabes lo

que temo, ¿verdad?

Asentí. Yo temía lo mismo. Había oído hablar de crisis nerviosas que desembocan en un completo colapso mental.

—No creo que aquel lugar sea el más indicado para él —repitió Pamela—. El vivir solo no puede ser saludable. Yo me opuse desde el primer momento, pero George insistió tanto… ¡Por favor, Jack, trata de sacarle de allí!

—Haré lo que pueda —contesté, dubitativamente.

Llegué a Maid's Rue por la tarde, pero no había oscurecido aún. En mi camino hacia allí pude observar los progresos de la primavera. A orillas de la carretera, los campos empezaban a verdear. Al llegar a Maid's Rue quedé sorprendido al ver que el oxiacanto, que un mes antes parecía irremisiblemente condenado a la muerte, estaba ahora tan verde como los campos de los alrededores. El viejo árbol se había recuperado de un modo asombroso.

No había advertido a Serringham de mi visita, y mientras me acercaba a la casa pensé, y deseé, que él se hubiera marchado sin advertirnos a nosotros. La casa tenía un aire de abandono, y mis esperanzas aumentaron al comprobar que nadie respondía a mis llamadas. Si George se había marchado, argüí, Mrs. Hickory tenía que estar allí… Y entonces, en el preciso instante en que me disponía a marcharme para preguntar en la vecindad, la puerta se abrió muy lentamente y el rostro de Serringham apareció ante mí.

Su aspecto me impresionó. Tenía los ojos hundidos, las mejillas chupadas, la mano que apoyaba en la jamba de la puerta temblaba visiblemente, y hacía más de una semana que no se había afeitado.

—¡Oh! ¿Eres tú? —dijo, con voz inexpresiva—. Pasa.

Le seguí hasta la habitación que utilizaba como comedor, y allí se detuvo durante un largo minuto, aparentemente perdido en sus pensamientos, frotándose la barbilla con sus temblorosos dedos.

—Supongo que querrás tomar un poco de té —dijo finalmente, en tono desganado—. Creo que podré arreglarlo. Tiene que haber algo de leche. Sí, siempre dejan leche.

—¿Dónde está Mrs. Hickory? —pregunté.

—¿Mrs. Hickory? —Frunció el ceño, como si recordara débilmente haber oído aquel nombre—. ¡Oh, sí! La despedí. Estaba harto de verla por aquí. Me arreglo mejor sin ella. Mis necesidades son ahora muy elementales.

—Bueno, siéntate —dije—. Voy a echar una ojeada a la despensa. Prepararé té para los dos.

Aceptó mi sugerencia sin una palabra de disculpa. Era algo horrible. Parecía un ser drogado que estaba llegando al límite de sus posibilidades de resistencia. Sin embargo, en aquel momento no podía imaginar hasta qué punto se había dejado

hundir.

Encontré té, azúcar y leche, pero busqué inútilmente algo de comida. No pude hallar más que unos mendrugos de pan y un poco de mantequilla rancia. Y entonces supe que Serringham se estaba muriendo de hambre.

El agua tardó algún tiempo en hervir, y me alegré, ya que necesitaba pensar, y no tenía la menor prisa por enfrentarme con el espantapájaros de la habitación contigua. Era evidente que había estado muriéndose de hambre, pero no creía que lo hubiese hecho a propósito. Lo más probable era que hubiese estado demasiado absorto en algo para molestarse en comer.

Por lo visto, Serringham se había tomado la molestia de dedicarme un par de pensamientos, ya que cuando me presenté con la bandeja del té dijo:

—Espero que no pasarás aquí la noche. Verás, desde que se marchó Mrs. Hickory…

Dejé la bandeja sobre la mesa y me volví en redondo hacia él.

—Tienes un maravilloso sentido de la hospitalidad, George —observé, en tono sarcástico.

—No te he pedido que vinieras —replicó secamente.

—Pareces olvidar que soy el hermano de Pamela.

Vi formarse en sus labios una lenta sonrisa.

—El hermano de Pamela —repitió simplemente.

—Oye, George —exclamé—, ¿estás loco?

—¿Loco? No. Creo que he estado aprendiendo a ser cuerdo.

—¿Llamas cordura a dejarte morir de hambre? ¿Cuándo hiciste tu última comida?

—Ayer, creo. Pero eso no importa. Concedemos demasiada importancia a la comida.

—No creo que puedas atribuirte ese defecto… Y sabes que Pamela está muy preocupada por ti. ¿Por qué no le has escrito?

Me miró unos instantes, y luego inclinó los ojos sin hablar. Me volví y empecé a servir el té. A George le convenía tomar algo líquido y caliente, por lo menos. Tomó la taza de mi mano y empezó a sorber el té dócilmente.

—¿Te marcharás esta misma noche? —me preguntó súbitamente, incapaz de disimular su ansiedad por librarse de mí.

—Si me marcho, amigo mío, vendrás conmigo.

Sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! Desde luego que no. Definitivamente, no. ¿Por qué tendría que marcharme?

—Porque estás enfermo, y el permanecer solo en un lugar como éste no es saludable para ti.

Serringham dejó oír una desagradable risita.

—¿Solo? ¿Quién ha dicho que estoy solo? ¿Eh? ¿Quién ha dicho eso?

—Bueno, yo no veo a nadie aquí. Y, a no ser que esté ciego, tu despensa me

demuestra que no puedes ser un anfitrión deseable…

Serringham me miró fijamente.

—Existen algunos seres que no necesitan comer —dijo.

—Nunca he oído hablar de ellos —repliqué—. Y, de todos modos, tú no perteneces a esa categoría.

Se produjo una pausa.

—No quiero discutir contigo —declaró finalmente Serringham—, pero tienes mucho que aprender, ¿sabes? Yo estoy empezando a aprender. Empecé a aprender en cuanto llegué aquí. Lentamente, ¿sabes? Hay cosas que no pueden descubrirse en media hora. ¿Crees, por ejemplo, que has amado alguna vez? Yo afirmo que no. Yo afirmo que el amor humano, el amor sexual, no es más que la pálida sombra de una poderosa sustancia. Existe otro amor que lo exige todo, cada momento, cada pensamiento, cada sueño. Lo exige todo, y lo da todo, y es suficentísimo.

—Eso suena muy bien —dije—. ¿Tengo que decírselo a Pamela?

Vaciló, pero su rostro no reveló la menor emoción.

—Dile la verdad —declaró, y añadió con aire fatigado—: No deja de escribirme.

Reprimí un impulso de golpearle, pero dije:

—La verdad, George, es que estás como una cabra. Y la culpa la tienen este extraño lugar y esta absurda soledad en que vives. Pero mañana vas a venir conmigo…, aunque tenga que utilizar la fuerza.

Sacudió la cabeza, y por primera vez me pareció notar en él un átomo de decisión.

—En tu estado actual —le recordé—, puedo sacarte de aquí con una sola mano.

—Es posible. Pero eso no me impediría pedir ayuda. Loca o cuerda, no puede ejercerse violencia contra una persona. Y no creo que me costara demasiado trabajo convencer a cualquier médico de que estoy tan cuerdo como tú.

Desde luego, no puede trasladarse a una persona de un lugar a otro por la fuerza, ni siquiera por su propio bien.

Mi única posibilidad consistía en encontrar algún médico local que visitara a Serringham y certificara su locura, ya que ahora estaba convencido del desequilibrio mental de mi amigo.

—Mira —dije—, voy a ir en busca de algo para comer. Prepararé una cena fría, cenaremos juntos y luego me marcharé.

No formuló ninguna objeción. Era evidente que el problema de la comida no le preocupaba en absoluto. Me miró con una especie de astuta avidez y dijo:

—Sí, es una buena idea. Ve a buscar algo para comer.

Supe que lo decía porque deseaba librarse de mí, aunque sólo fuera por un rato. Quería estar solo, aunque no completamente solo tal como ahora había llegado a entender la soledad. Quería pasar el tiempo extasiado con la creación de su fantasía, la imaginaria *Belle Dame Sans Merci* que le tenía esclavizado. Lo malo del caso es que su esclavitud era voluntaria. Se limitaba a dejar que su sueño le condujera al sopor y a la muerte. Yo continuaba llamándolo un sueño, desde luego.

Le dejé solo, pues, y me dirigí a Hazelsea. Hice mis compras en una tienda de comestibles. También busqué un médico, decidiéndome por el titular del pueblo.

El doctor Green, un hombre vivaracho y jovial, de mediana edad, me escuchó atentamente, asintiendo con aire comprensivo de cuando en cuando.

—Es un caso difícil —dijo—. Mañana iré a visitarle, si me permite la entrada. Desde luego, no puedo decir que un hombre está loco simplemente porque se comporta de un modo extravagante y prefiere llevar la vida de un eremita. Puedo estar de acuerdo con usted en que lo mejor para él sería que se marchara y se pusiera en manos de un médico, pero no puedo obligarle a irse a menos que encuentre síntomas de indudable locura. Certificar la locura de un hombre es algo que puede resultar peligroso para un médico. De todos modos, iré a verle y le comunicaré a usted mi opinión, si me deja sus señas. Entretanto, si le preocupa el hecho de que descuide sus comidas, lo único que puedo hacer es avisar a una tienda para que le envíen provisiones.

Aquella última sugerencia era muy razonable, y antes de regresar a Maid's Rue me puse de acuerdo con los dueños de la tienda donde había efectuado mis compras, adelantándoles el dinero que calculamos bastaría para un mes.

Cuando llegué a Maid's Rue encontré la puerta abierta. Entré sin llamar. Serringham estaba sentado en una butaca, a oscuras, y no se movió al verme entrar. En la habitación flotaba un intenso perfume: el aroma de los capullos de mayo. Siempre me había gustado aquel olor, más bien fuerte y un poco dulzón, tan sugeridor de la juventud, del amor y de todas las cosas amables de la vida; pero ahora me produjo náuseas y me asustó vagamente. Recordé que estábamos en marzo y que las flores no habían brotado aún. Y recordé también las palabras del anciano que había hablado conmigo junto al oxiacanto.

—¿De dónde diablos procede ese maldito olor? —le pregunté bruscamente a Serringham.

No contestó a mi pregunta, limitándose a mirar con fijeza al otro lado de la habitación.

—Tiene los ojos verde-gris —murmuró—, como el mar bajo las nubes de la tormenta.

—¿De quién estás hablando? —inquirí; y noté cómo un repentino sudor empapaba la raíz de mis cabellos.

—Ya lo sabes —respondió Serringham—. Enterraron su pobre cuerpo ahí fuera, en la encrucijada. Pero sólo enterraron su cáscara, como a su debido tiempo enterrarán sólo la mía. Mi envoltura no me interesa desde que aprendí que existen pasiones del espíritu. Tú también lo aprenderás. Creo que ya has aprendido algo…

Su voz se apagó en una especie de murmullo, y el rostro que volví hacia él debió de ser un rostro penetrado por el horror.

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—. Por Pamela, por mí y por ti mismo, haz un esfuerzo de voluntad y escúchame… Creí que lo peor que podía sucederte era que estuvieras enloqueciendo. Pero ahora no estoy tan seguro. Hay cosas peores que ésa. Trata de pensar claramente. Sé lo que hay ahora en tu mente… o, mejor dicho, temo saberlo. Hay cosas peores que ésa. Trata de pensar claramente. Yo no sé nada acerca de esas cosas, George; supongo que ni siquiera ahora creo en ellas. Trata de pensar cómo terminará esto. Te llevará a la muerte, a algo peor que la muerte.

Serringham suspiró.

—¿Qué es la muerte? —preguntó—. Pensé que empezabas a saberlo. ¡Oh! Márchate, y déjame con mi felicidad.

Pero antes de marcharme le obligué a comer. Lo hizo de mala gana, y se pasó el tiempo escudriñando los rincones de la habitación con ojos ávidos. Confieso que la idea de marcharme resultaba muy tranquilizadora para mí. La casa y su ocupante visible se habían convertido en un motivo de terror.

Le conté a Pamela la verdad tan amablemente como me fue posible; mejor dicho, aquella parte de la verdad que yo estaba dispuesto a admitir a la luz del da. Acechando en mi mente había cosas que no me atrevía a sacar al exterior.

—Temo que George sufre un desequilibrio mental —le dije a Pamela—, pero no podemos hacer nada hasta haber oído la opinión del médico. Si insiste en quedarse allí, y el diagnóstico es de que su estado mental le permite hacerlo, temo que no podremos hacer nada.

El jueves recibí una carta del Dr. Green, y su informe respondía a lo que yo había temido. Había ido a visitar a Serringham, y le había parecido una persona que razonaba normalmente. «Le he encontrado desnutrido y algo neurótico, pero no me atrevería a llevar mis conclusiones más allá, ni veo el menor motivo para colocarle bajo vigilancia. Él mismo ha admitido que se ha descuidado un poco, pero me ha prometido enmendarse en este sentido. Lo único que puedo hacer es ponerle a usted en antecedentes si me entero de algún cambio. Me dio a entender claramente que no volviera a visitarle sin ser invitado».

Pamela soportó el golpe con mucha entereza. Parecía horrible dejar a George entregado a su suerte, pero a Pamela le consoló saber que todos los días le llevarían provisiones a la casa. Continuó escribiéndole todos los días sin recibir respuesta. Más tarde fueron encontradas cincuenta o sesenta cartas suyas sin abrir.

Pero un día del mes de abril Pamela acudió a mí deshecha en llanto.

—No puedo resistirlo más —dijo—. Tengo que verle, lo quiera él o no, lo mismo si me ama que si me odia. Tal vez si se enfrenta conmigo y le suplico que regrese con nosotros se decida a renunciar a esa espantosa soledad que le está enloqueciendo. Llévame a Maid’s Rue.

Era una perspectiva que no necesitaba haber temido, ya que cuando llegamos la casa estaba silenciosa y las puertas muy bien cerradas. Nadie respondió a mis repetidas llamadas.

—Tal vez ha salido —sugirió finalmente Pamela, en voz baja.

—Es posible —dije, procurando que Pamela no notara mi falta de convicción.

—Vamos a dar un paseo —dijo mi hermana—, y volveremos un poco más tarde. Seguramente ya habrá regresado.

De modo que dimos media vuelta y nos dirigimos hacia la verja. Al llegar allí, nos volvimos a mirar hacia la casa. Serringham, sucio y descuidado, estaba de pie detrás de una de las ventanas de la parte delantera, viendo cómo nos marchábamos con una sardónica sonrisa. Pamela profirió un grito y agitó una mano: Serringham se apartó rápidamente de la ventana.

Pamela se agarró a mi brazo. Sus labios temblaban.

—Tenías razón —murmuró—. No podemos hacer nada. George no me quiere. Vámonos, Jack, por favor.

El oxiacanto, en la encrucijada, estaba ahora lleno de hojas tiernas, de un suave verdor. Pamela miró el árbol, mientras yo ponía en marcha el automóvil, y habló, simplemente por hablar.

—Cuando florezca, ese oxiacanto será muy bonito —dijo, con voz trémula.

Me estremecí.

—Sí —dije—. Y hace un par de meses parecía haber llegado al final de sus días…

A mediados de mayo encontraron a Serringham muerto en la casa. Estaba tendido en el suelo del comedor, con los brazos extendidos, como si hubiera caído cuando trataba de abrazar algo que había eludido el abrazo. En vista de que nadie recogía la leche ni las provisiones que dejaban en la puerta, el tendero avisó a la policía y ésta efectuó el trágico descubrimiento. La autopsia reveló el hecho de que Serringham había muerto de una simple desnutrición.

En mi calidad de único amigo de la víctima, asistí al entierro y me hice cargo de las llaves de la casa para devolverlas al dueño. En la encrucijada, el oxiacanto era ahora una masa de capullos rojos.

El agente de policía que me acompañó a Maid’s Rue me señaló el árbol.

—Es un árbol viejísimo —se creyó en la necesidad de explicarme—. Este invierno parecía definitivamente muerto. Pero, con la llegada de la primavera, diríase que ha cobrado una nueva vida.

Contemplé el oxiacanto unos instantes, con aire pensativo.

—Sí —murmuré finalmente—. Con la llegada de la primavera, diríase que ha cobrado una nueva vida.

GATUNO

R. Bretnor

No tuve ningún mal presentimiento cuando Smithby se casó con Cynthia Carmichael y se marchó con ella en viaje de novios. Ninguna voz interior susurró su espantosa advertencia en mi oído cuando se rumoreó que Smithby estaba dedicando sus doce meses de permiso a investigaciones de una naturaleza extrañamente particular. Incluso en mi calidad de jefe de su departamento, ¿cómo podía saber que Smithby se disponía a dar a luz su *Gatuno*?

Su permiso estaba a punto de terminar, empezó el mío, y me marché, con la intención de pasar tres deliciosos meses en la soleada Italia, dedicando los nueve meses restantes a explorar los tesoros de la Biblioteca Nacional de Escocia. Pero no pudo ser. Apenas una semana después de mi llegada a Edimburgo, recibí la carta.

¿He dicho «carta»? No había ninguna carta en el feo sobre que me había seguido los pasos desde el norte de Italia. Contenía únicamente una breve nota, acompañada de un enorme recorte de algún periódico sensacionalista.

Leí el breve mensaje:

> *Querido Cristopher:*
>
> *Smithby ha traicionado nuestra tradición y nuestra confianza. En su departamento reina el caos. Tres de nosotros hemos presentado ya la dimisión.*
>
> WITHERSPOON

Durante un horrible momento, cerré los ojos; y el rostro de Smithby, una pálida máscara de modesta erudición, apareció ante mí. Luego, con dedos temblorosos, abrí el recorte.

¡EL AMOR CONYUGAL IMPULSA EL TRIUNFO DE LA CIENCIA!
¡Un joven profesor de Bogwood gana sus laureles con los primeros estudios sobre el lenguaje de los gatos!

gritaban los titulares, encima de una fotografía de Smithby y de su esposa, cada uno

de ellos con un gran felino en brazos. Estupefacto, leí:

> *New Haven*, 5 de agosto: Por primera vez en casi un siglo, la Universidad de Bogwood ha acaparado el interés nacional al hacerse públicos los trabajos de Emerson Smithby, profesor de Literatura Inglesa, sobre algo que los hombres de ciencia consideran como el más importante de los descubrimientos de nuestra época: el idioma hablado por los gatos.
>
> Si hemos de creer a su esposa, la rubia y curvilínea Cynthia Smithby, el joven profesor ha derribado una barrera que hasta ahora parecía insuperable: la barrera existente entre el hombre y los llamados animales inferiores.
>
> El profesor Smithby, por su parte, ha declarado:
>
> «Los gatos no solamente poseen un idioma, sino que su complejo cultural no presenta desemejanzas básicas con el nuestro. Empecé a sospecharlo cuando mistress Smithby y yo realizábamos nuestro viaje de luna de miel; y ella me ha ayudado incansablemente, aportando sus propios gatos a la investigación.
>
> »Cuando logramos convencerles de la importancia del proyecto, progresamos rápidamente. En menos de dos meses, nos pusimos en condiciones de hablar el *Gatuno* con cierta fluidez».
>
> A continuación, el profesor Smithby reveló que ya ha preparado un texto para principiantes: *El Gatuno, Su Gramática Fundamental, Pronunciación y Uso General*.
>
> Sin embargo, se ha negado a comentar un rumor según el cual gracias a los esfuerzos de Gregory Morton, conocido gatófilo y miembro del Consejo Directivo de la Universidad de Bogwood, el vocabulario *Gatuno* no tardará en quedar enriquecido con algunas maldiciones propias de los felinos. Debido a la ausencia del profesor Cristopher Flewkes, jefe del departamento del doctor Smithby, nos ha sido imposible recabar su opinión.

Me quedé de piedra. Imposible pensar de un modo coherente. El ciego instinto me dijo que Bogwood estaba en peligro…, que Bogwood me necesitaba…, que debía tomar el primer barco de regreso.

Nada podía haberme preparado la recepción que el Destino había dispuesto en el Club de la Facultad la noche de mi llegada. Quizás la brillante luz que ardía sobre el pupitre del vestíbulo me cegó al entrar; quizás mis propias preocupaciones me distrajeron hasta el punto de impedirme ver el gato. Lo cierto es que no me di cuenta de su presencia hasta que su repentino maullido informó al mundo que yo le había pisado la cola.

Un extraño cuadro. El gato había huido, dejándome de pie al lado de mi maleta, caída en el suelo. Detrás del pupitre, un joven oriental contratado durante mi

ausencia, me contempló a través de un par de aquellas curiosas gafas conocidas por el nombre de «arlequines».

—¿Acostumbra usted a pisar descuidadamente a los huéspedes? —me preguntó con plácida insolencia—. Si es así, puede marcharse por donde ha venido.

El corazón me dio un vuelco.

—Oiga —repliqué—, soy el doctor Flewkes… Cristopher Flewkes.

El individuo sonrió.

—En tal caso, el pisotón será un accidente. He oído hablar de usted. Usted es Flewkes, yo soy Usted.

Pensé:

«*Este hombre está loco, desde luego*».

Y, en voz alta, dije:

—¿De veras? ¿Usted es yo?

Sin dejar de sonreír, el hombre sacudió la cabeza gravemente.

—No es eso. Me llamo Usted… Beowulf Usted. Descubrí el nombre en una novela inglesa.

—De acuerdo —dije—. Usted es Usted. ¿Está preparada mi habitación?

Usted se inclinó cortésmente.

—Estoy aquí para estudiar —me informó—. Por la noche soy un empleado; durante el día estudio *Gatuno* con cierto aprovechamiento. Es posible que consiga licenciarme en *Gatuno*…

—*¿Está preparada mi habitación?* —repetí en tono irritado.

—Casi seguro, señor —dijo Usted—. Dentro de un momento le acompañaré con mi presencia. Ahora, debo, presentarle sus disculpas a nuestro huésped…

Se acercó al gato, el cual estaba en un rincón, lamiéndose el lastimado apéndice.

—Ee-owr-r —dijo Usted, muy cortésmente—. Miau, meu, mr-ou.

El gato no le prestó la menor atención; y Usted, con una expresión preocupada, se apresuró a sacar un pequeño volumen de su bolsillo, lo consultó, y repitió varias veces su comentario original.

Finalmente, el animal levantó la cabeza.

—Miau —dijo, quejumbrosamente.

Usted se inclinó. Luego se volvió hacia mí con aire de contento.

—Está usted perdonado; es un gato muy civilizado. Ahora, subiremos a su habitación.

Asentí débilmente. Mientras subíamos la escalera, vi que el vestíbulo estaba lleno de gatos. Tumbados, en las butacas, sobre la alfombra, delante del fuego… Incluso sobre la repisa de la chimenea, debajo del retrato de Ebenezer Bogwood.

Entré en mi habitación. Usted me dio las buenas noches y se marchó. Fatigado, me senté en la cama… y al hacerlo vi el Programa De Cursillos del semestre sobre la mesilla de noche. Luché contra el deseo de cogerlo… pero perdí la batalla. Lo abrí, volví las páginas. Y vi:

Departamento de Lenguajes Felinos
Emerson Smithby, Ph. D., Director

Seguía una lista de cursillos: *Gatuno* 100 A (Elemental), *Gatuno* 212 (Filología), *Gatuno* 227 (Literatura)… y otros datos pertinentes, incluyendo la información de que toda la enseñanza corría a cargo de míster y mistress Smithby.

Desalentado, sollocé por Bogwood hasta que amaneció.

No me desperté hasta poco antes de la hora del almuerzo, cuando el teléfono sonó por informarme de que Witherspoon estaba esperándome en el vestíbulo; y a pesar de lo triste de mis pensamientos, me obligué a levantarme y a vestirme. La nota de Witherspoon había mencionado su dimisión de la Facultad; y, ahora, se me ocurrió que tal vez debería unirme a él en su trágico apartamiento del mundo académico, que tal vez ambos habíamos sido sobrepasados por la ciencia de una nueva época. Finalmente, con el traje arrugado y la barba sin peinar, bajé al encuentro de mi colega.

Entré en el vestíbulo, y oí aquella voz familiar dándome la bienvenida, y vi aquella larga y desgarbada figura levantándose de una butaca junto al hogar.

—¡Bertrand! —exclamé, y un instante después nos fundíamos en un abrazo.

Le miré con asombro. ¿Era éste el amable y melancólico Witherspoon que yo había conocido? Su aspecto continuaba siendo tan gris como siempre. Pero me di cuenta en seguida de que el antiguo Witherspoon se había desvanecido, dejando paso a un hombre de hierro.

Pareció leer mi pensamiento. Conduciéndome a una butaca, propinó un manotazo a un gato, ahuyentándolo, para que yo pudiera sentarme.

—Cristopher —me dijo, en tono muy firme—, he decidido continuar en mi puesto. Ha llegado el momento de luchar… ¡Y lucharemos!

Al oír aquellas palabras, mi corazón se llenó de negra desesperación por nuestra causa perdida.

—¿Cómo podemos luchar, Bertrand? —exclamé, señalando con un gesto a la felina población de la estancia.

Witherspoon se sentó a mi lado.

—¡Valor, Cristopher! Esos malditos animales —señaló a los gatos— no tienen la culpa. Incluso Morton, a pesar de su traición, no es más que un instrumento. Nuestro enemigo es Smithby. ¡Debemos destruirle por todos los medios, nobles o innobles!

Sus ojos llameaban mientras pronunciaba aquellas palabras. Luego bajó el tono de su voz, hasta convertirlo en un susurro conspirador.

—He planeado la estrategia para nuestra campaña —murmuró—. ¿Quieres que te la revele?

—Desde luego —dije, inclinándome hacia adelante ávidamente.

Pero Witherspoon no tuvo la posibilidad de contestarme. Súbitamente, su mirada se había endurecido. Con los puños apretados y el ceño fruncido, sus ojos estaban clavados en la puerta de entrada al vestíbulo.

Yo no me había fijado en las personas que cruzaban el vestíbulo, camino del comedor, durante nuestra conversación. Pero ahora miré a mi alrededor… y vi avanzar a Smithby y Cynthia Smithby, seguidos de Beowulf Usted. Un enorme gato negro estaba posado sobre los hombros de mistress Smithby, en sorprendente contraste con sus dorados cabellos. Otro gato, un siamés, sostenía un agradable *tête-á-tête* con Smithby, que lo llevaba en brazos.

Oí que Witherspoon susurraba a mi oído:

—¡Mírala! Parece un cruce entre un bollo de crema y una valquíria.

La descripción, debo confesarlo, me sorprendió. Más tarde me enteré de que Witheread la había oído de labios de un estudiante. Pero, no era del todo inexacta. Cynthia Smithby era muy alta: media docena de pulgadas más alta que su marido; se parecía a la Julie de Herrick: una espléndida figura, demasiado imponente para el gusto moderno, una boquita muy roja, una diminuta y redondeada barbilla, una mirada envolvente…

Ella fue la primera en verme. Inmediatamente, una traviesa sonrisa asomó a sus labios, y cambió de ruta. Con la cabeza muy erguida, avanzó hacia mí.

Me erguí a mi vez, para esperarla con un adusto e intransigente semblante. Sabía que Witherspoon estaba equivocado. ¡*Ella* era nuestro enemigo! ¡La Lilith que había seducido a un hombre débil, desviándole del camino de la sobria erudición! Y me di cuenta de que no debía andarme con rodeos, definiendo claramente mi actitud desde el primer momento.

Con un delicioso rubor en sus mejillas, Cynthia Smithby se detuvo delante de mí.

—¡Querido míster Flewkes! —exclamó, con su voz musical—. ¡Qué deliciosa sorpresa! Me alegro de verle de nuevo entre nosotros. —Inclinó sus pestañas con burlona modestia—.'Y lo mismo digo de Emerson. ¿No es cierto, Emerson?

Smithby enrojeció, se cambió dos o tres veces de mano un libro que llevaba y asintió con evidente placer.

—Han ocurrido muchas cosas desde que usted se marchó —continuó Cynthia—. Cosas maravillosas. Aunque… será mejor que se entere de ellas asistiendo a los cursillos de Emerson.

Me obligué a mí mismo a mirarla rectamente a los ojos.

—Señora —declaré fríamente—, he dedicado la mitad de mi vida al servicio de esta institución y a la defensa de sus austeros ideales. Me siento avergonzado al comprobar la triste decadencia de lo que fue una noble tradición. ¡Nunca transigiré con esta deslealtad!

Por el rabillo del ojo vi la expresión dolida que asomaba al rostro de Smithby; vi que Beowulf Usted abría la boca estúpidamente. Por un instante, también, Cynthia Smithby frunció los labios como un chiquillo sensible bruscamente reprendido.

Luego, se encogió de hombros.

—Míster Flewkes —dijo—, me alegro de veras de que adopte esa actitud. —Se volvió hacia Smithby—. Aquí está el reto que necesitábamos, Emerson. Tu genio superará esta muralla de conservadurismo clásico. Nuestro actual proyecto está destinado al éxito. Cuando tengamos pruebas positivas e irrefutables, míster Flewkes te presentará sus disculpas.

—¡Oh! A *mí*, no —dijo Smithby, mirando a su esposa con ojos de camero degollado—. A *ti*, querida Cynthia. El mérito será tuyo. ¡El mundo sabrá que tú lo has hecho todo!

Beowulf dejó oír una risita.

—Entonces, también Flewkes investigará sobre el *Gatuno*. —Me miró a través de sus arlequines—. Creo que podré ayudarle. Las palabras del *Gatuno* son todas monosilábicas, como el cantonés.

Cynthia Smithby sonrió aviesamente.

—Bueno, Beowulf —dijo—, debes dedicar tu tiempo a aprender mejor el *Gatuno*. Ya sabes que no has aprobado ninguno de los cursos. Vamos, Emerson —añadió, cogiendo el brazo de Smithby—. El almuerzo nos espera. Míster Flewkes, estamos encantados de haberle saludado. *¡Miau!*

Mientras la puerta del comedor se cerraba detrás de ellos, me dejé caer pesadamente contra el respaldo de mi butaca.

—¡Dios mío, Bertrand! —murmuré—. Me ha… me ha maullado.

—Creo —dijo Witherspoon— que te ha dicho adiós en *Gatuno*.

Me pasé la mano por la frente, empapada en un frío sudor.

—El genio del mal no es Smithby… ¡Es ella!

—¡Tonterías! —gruñó Witherspoon—. Lo que pasa es que mistress Smithby es una mujer-pantera… y tú eres demasiado impresionable.

Enrojecí.

—Pero… ¿qué es eso de su nuevo proyecto?

—Alguna estupidez. ¿Qué otra cosa podría ser? Mistress Smithby ni siquiera ha cursado estudios superiores.

El argumento era indiscutible, desde luego. Me tranquilicé un poco.

—*Él* es el culpable —continuó Witherspoon—. ¿Te has fijado en el libro que llevaba? Es su última obra: *Baladas de los Tejados, Traducidas del Gatuno Original*. Se las canta a todos sus alumnos, acompañándose a sí mismo con un laúd. Me han dicho que su maulleo es magnífico. Y tenemos el cursillo suplementario para domadores de leones, que tiene lugar por las noches. Ha traído a una gente muy rara a Bogwood, te lo aseguro.

Hizo una breve pausa. Luego apuntó un apocalíptico dedo a los cielos.

—¿Te extraña que haya tomado medidas desesperadas? —inquirió—. ¿Te extraña que haya contratado los servicios de un detective privado?

—¿Un… detective… privado?

—Desde luego —dijo Witherspoon—. Es muy bueno. Lo he traído de Nueva York, donde los delincuentes más empedernidos huyen sólo con oír mencionar su nombre.

Empecé a protestar, pero Witherspoon no permitió que le interrumpiera.

—He arreglado las cosas para que puedas conocerle. Almorzaremos con él. No aquí, sino secretamente… en un establecimiento llamado *Jakey's Java Joint*.

—Pero, Bertrand —objeté débilmente—, ¿cómo puede ayudarnos esa persona? ¿Cómo?

Witherspoon prorrumpió en una orgullosa y triunfal carcajada.

—¡Ten un poco de paciencia, Cristopher! ¡No tardarás en saberlo!

Recuerdo muy pocos detalles de aquel primer encuentro. Unos tipos de mala catadura, sin afeitar, devorando unos raros condumios en unos sucios cubículos, un lenguaje soez, una música horrible surgida de un instrumento automático… Es lo único que recuerdo vagamente. En cambio, mi primera y desfavorable impresión de Luigi Hogan permanece muy clara en mi cerebro. Pequeño, rechoncho y sorprendente peludo, no parecía ni se comportaba como un detective.

Witherspoon y yo habíamos subido los cuellos de nuestros abrigos y bajado las alas de nuestros sombreros para evitar el ser reconocidos, pero los astutos ojillos de Hogan nos localizaron en cuanto entramos, y el hombre salió a nuestro encuentro. Witherspoon efectuó las correspondientes presentaciones, e inmediatamente se dedicó a conspirar en voz baja con el detective.

La dicción de Hogan era atroz; su jerga del bajo mundo resultaba casi incomprensible para mí; hablaba y reía con la boca llena de bocadillo de salchicha. Aún en el caso de que nuestro encuentro con Cynthia Smithby me hubiera dejado en plena posesión de mis facultades, dudo de que hubiese sido capaz de captar más que unos ocasionales fragmentos de la conversación. Observé que Hogan se dirigía a Witherspoon llamándole «Jefe». Le oí decir que había estado asistiendo al cursillo suplementario de Smithby para domadores de fieras. Le oí repetir las palabras que Smithby había pronunciado al inaugurar el cursillo en cuestión: *Si asimilan mis enseñanzas, podrán meterse tranquilamente en la jaula del más fiero de los leones y hablar con él de tú a tú*…

La expresión de Witherspoon se animó al escuchar aquellas palabras.

—Conque, de tú a tú, ¿eh? —susurró—. Hogan, tiene usted que localizar un circo o un parque zoológico donde haya un buen tigre, ¿comprende? ¡Je, je! Retaremos a Smithby para que entre en la jaula y hable con el tigre de tú a tú. No podrá negarse, ¿comprende?

—Comprendo, jefe —asintió Hogan—. Los reporteros van a disfrutar.

—No sólo los reporteros, Hogan —murmuró Witherspoon con una maquiavélica sonrisa—. No sólo los reporteros…

En cuanto al resto de lo que hablaron… bueno, Witherspoon me lo resumió a grandes trazos mientras regresábamos al campus a través de oscuras callejuelas. La

idea de un Smithby convertido en entremeses para un tigre no era más que un detalle. Hogan iba a vigilarle continuamente hasta que el profesor cometiera alguna peligrosa indiscreción, con preferencia de naturaleza amorosa. Entonces se procuraría unas fotografías que podríamos utilizar para hundir a Smithby, para obtener su fulminante expulsión de Bogwood. Como último recurso, Hogan proporcionaría un reclamo: la joven Marilynne, especialista en aniquilar inhibiciones masculinas.

Normalmente, lo despiadado de aquellos métodos me hubiera impresionado profundamente. Pero ahora, obsesionado por el peligro que corría Bogwood, compartí la ferocidad de Witherspoon y no sentí ningún escrúpulo. Sólo me preocupaba una cosa: Cynthia Smithby. En realidad, ella no tenía ningún título académico; la posibilidad de que efectuara algún nuevo descubrimiento peligroso para nosotros era muy remota. Sin embargo, ¿no era posible que Smithby, después de todo, no fuera más que una marioneta de cuyos hilos tiraba una mujer astuta y obstinada?

Esperar que los trabajos de Hogan fructificaran no resultó una tarea fácil. Me sentía continuamente atormentado por dudas y temores… en tanto que la situación iba de mal en peor. A pesar de nuestras amargas protestas, la horrible lista se vio enriquecida con un cursillo de Cultura Felina. La Prensa, manteniendo continuamente ante los ojos del público todo lo que se relacionaba con el *Gatuno,* acogió con entusiasmo la aparición de los manuales de Smithby para el personal de los circos y de los parques zoológicos: *Leonés Básico, Leopardés Básico, Pantero Básico,* etc. Y los columnistas, entretanto, comentaban los rumoreados progresos del proyecto de Cynthia Smithby, la naturaleza del cual era mantenida en secreto. Al parecer, se trataba de un método para enseñar el *Gatuno*, tan fácil que cualquier niño podría aprenderlo en un par de horas. Con ello se eliminaría la necesidad de las *Babysitters*, de los profesores de los jardines de infancia. Y se modificaría la estructura social y económica del mundo.

Tuvimos nuestros momentos de euforia. Por ejemplo, cuando Hogan anunció que había llegado a un acuerdo con el gerente de un circo, en cuya colección de fieras figuraba un tigre de humor sombrío, que acababa de enviar al otro mundo a un domador. El gerente escribió una carta abierta a los periódicos, retándole a penetrar en la jaula de aquel tigre para conversar con él. Witherspoon y yo saltamos de alegría al leer los titulares. EL PROFESOR DE GATUNO, DESAFIADO A DOMESTICAR AL FIERO SEÑOR DE LA SELVA.

Pero Smithby no cayó en la trampa. Conversar con cualquier tigre normal, anunció, sería un placer. Pero aquel tigre era un enfermo mental.

«Necesita un psiquiatra felino —dijo Smithby—. Después de todo, aunque yo hablo inglés, no trataría de razonar con un demente armado hasta los dientes».

¡Y la Prensa servil le elogió por su «sentido común»!

Transcurrieron las semanas, y nuestros furtivos encuentros en el *Jakey's Java*

Joint aportaban informes cada vez más desalentadores. Todos los pequeños detalles de la vida de Smithby eran conocidos… e irreprochables. Perversamente, insistía en comportarse como un marido modelo. Incluso Marilynne, cuando finalmente la trajimos de Nueva York, desplegó inútilmente todas sus artes: Smithby era inatacable.

Por raro que pueda parecer, el fracaso de los planes cuidadosamente elaborados por Witherspoon no enfrió su entusiasmo; se negó a escuchar mi sugerencia de que debíamos combatir a Smithby en un terreno puramente académico. Insistió en que mantuviéramos a Hogan a nuestro servicio; y, cuando protesté, amenazó con contratar a unos «gorilas» para que «le taparan la boca a Smithby».

Incluso cuando nos enteramos de que Smithby se había quejado de nosotros al Consejo Directivo, incluso cuando fuimos citados para comparecer ante aquel severo tribunal, Witherspoon no compartió mis temores y mi desaliento.

—¡Ah, Cristopher! —gritó, sacudiendo su puño—. El viernes debemos comparecer ante el Consejo. ¡Eso significa que tenemos tres días! Créeme: algo sucederá para que podamos presentarnos ante todos ellos con la cabeza muy alta. ¡Hemos de ver a Smithy revolcándose en el polvo! ¡El *Gatuno* no habrá sido más que un mal sueño!

¡Cuán amargamente juegan al gato y al ratón con los hombres los traviesos dioses! El viernes por la mañana, hundido en la desesperación, me dirigía hacia el campus cuando, con gran asombro por mi parte, un taxi de color rojo se detuvo a mi lado con un chirriar de frenos, y su portezuela se abrió para dar paso a un exultante Witherspoon, el cual me cogió por el brazo.

—¡La victoria es nuestra! —gritó, empujándome hacia el vehículo—. ¡Hogan me acaba de telefonear! ¡Smithby ha caído en la trampa! —Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, me hizo subir al taxi, a su lado, y golpeó con los nudillos el cristal de separación—. ¡Adelante, Lee! —le gritó al conductor, y el vehículo salió disparado.

Traté de sonsacar a Witherspoon durante nuestra loca carrera, pero se limitó a contestar a todas mis preguntas con un «¡Te lo había dicho! ¡Te lo había dicho!», proferido en una especie de éxtasis. Cuando llegamos a nuestro destino, un restaurante chino situado en el barrio comercial, estaba tan en ayunas como antes.

Nos apeamos del taxi y entramos en el restaurante. Inmediatamente salió a nuestro encuentro un oriental, que saludó a Witherspoon por su nombre y nos condujo a una pequeña habitación que utilizaba como despacho particular. Y allí, desde el mismo umbral, contemplé un cuadro que me cortó el resuello. En el centro de la habitación había una mesa y cinco sillas. Dos de las sillas estaban vacías. Otras dos estaban ocupadas por Luigi Hogan y un chino bien vestido, de mediana edad. En la quinta, cubriéndose el avergonzado rostro con las manos, se sentaba Beowulf Usted.

En cuanto nos vio, Hogan extendió los brazos con gesto melodramático.

—¡Todo arreglado, muchachos! —declaró—. ¡Lo del *Gatuno* es una impostura!

¡Smithby es un farsante!

Witherspoon profirió una exclamación de asombro; Beowulf Usted dejó escapar un ahogado sollozo.

—¡Eso es increíble! —grité—. He visto con mis propios ojos cómo hablaba con gatos. Y he oído que los gatos le contestaban. Un hecho lamentable, desde luego, pero que no puede atribuirse a un simple fraude. ¡Explíquese, Hogan!

—Es muy sencillo —dijo Hogan—. ¡Gambas!

—*¿Gambas?* —repetimos Witherspoon y yo al mismo tiempo.

Hogan se encogió de hombros y señaló con el pulgar al caballero chino que estaba sentado a su lado.

El chino sonrió gravemente.

—Es cierto —dijo—. Me llamo Chester Usted y soy tío de Beowulf. También soy el propietario de las Pescaderías «Los Padres Peregrinos»…

Hizo una pausa cortés mientras ocupábamos las sillas vacías.

—Desde hace una temporada —continuó—, he visto al profesor Smithby entrar en mi tienda una vez al día, seguido de cerca por míster Hogan. El profesor Smithby compraba exactamente diez centavos de gambas, no quería que se las envolvieran y se las metía directamente en el bolsillo. El hecho me intrigó… y hace un par de días me tomé la libertad de hablarle del asunto a míster Hogan.

Hogan sonrió afectadamente.

—Comparamos nuestros puntos de vista —continuó Chester Usted—. Cuando me enteré de la personalidad de mi extraño cliente, mi interés aumentó. Los chinos sentimos un gran respeto por la enseñanza, y la afición de mi sobrino al *Gatuno* me ha producido muchos quebraderos de cabeza. Míster Hogan y yo llegamos a la única conclusión posible. Comprobamos nuestra teoría con Hwang-ho, mi propio gato; y los resultados fueron indiscutibles. Hwang-ho, al olor de las gambas, empezó a maullar. De modo que esta mañana cogimos a Beowulf por nuestra cuenta. Ante lo abrumador de las pruebas, terminó por confesarlo todo.

Beowulf se tapó los oídos con las manos, gimiendo en voz baja.

—Sí —declaró su tío—, mi sobrino admitió que había descubierto el secreto de Smithby, el cual maullaba a los gatos… y los gatos maullaban al olor de las gambas. Esto es todo.

—¿Quiere usted decir que todas aquellas personas fingían entender el *Gatuno*? —exclamé.

—Convencidos de que el profesor Smithby lo entendía perfectamente, no se atrevían a confesar su ignorancia.

Sacudí la cabeza.

—No creo que ningún grupo de hombres y mujeres inteligentes…

—Vamos, vamos, Cristopher —protestó Witherspoon—. He sido testigo de ese fenómeno una docena de veces en el Departamento de Filosofía.

Me vi obligado a admitir que tenía razón.

Witherspoon se puso en pie.

—Les estamos muy agradecidos, caballeros, por haber contribuido a desenmascarar a ese farsante —declaró—. Ahora podremos librar a Bogwood de su presencia. —Consultó su reloj—. Son las once en punto. Dentro de media hora se reúne el Consejo Directivo… y ustedes se han ganado el derecho a compartir nuestro triunfo, el triunfo de la verdadera erudición. ¡Vamos! ¡Aniquilaremos al nefasto Smithby!

Echó a andar hacia la puerta, y nosotros le seguimos. Mi corazón exultaba cuando salimos del restaurante y subimos al automóvil de Hogan.

El Consejo Directivo estaba reunido en el Cruett Hall, en el salón que Ebenezer Bogwood había destinado a tal fin. Es una amplia estancia, artesonada con madera de roble, llena de tradición. De sus paredes cuelgan los severos retratos de aquellos eruditos que, a través de las generaciones, han ocupado nuestro sillón presidencial. Y, al entrar en el salón, pensé en el placer que experimentarían sus nobles espíritus cuando Witherspoon y yo diéramos al traste con la farsa del *Gatuno*.

Todas mis dudas se habían disipado. No sentía ningún temor. Entré en el salón como un conquistador.

A la cabecera de la mesa, severo y gris, se sentaba míster Sylvester Furnwillie, presidente del Consejo. A su derecha se encontraba el director de la Universidad; a su izquierda, el detestable Gregory Morton fumaba un apestoso cigarro. Los otros seis directivos ocupaban los asientos laterales, tres a cada lado. Había otras dos sillas, destinadas a Smithby y a su esposa. En aquel momento, Smithby estaba en pie. En el otro extremo de la mesa se sentaba un enorme gato, el cual miraba fijamente a míster Furnwillie con ojos verdes y fríos.

Smithby, que no se había dado cuenta de nuestra presencia, estaba diciendo:

—… en consecuencia, observamos que el *hsss-s-s* del *Gatuno* antiguo se transformó paulatinamente en el *fsss-tt* del *Gatuno* moderno. Eso demuestra la exactitud de la Ley de Grimalkin…

—*¡Ja!* —exclamó Witherspoon.

Smithby enmudeció súbitamente. Todos los ojos se volvieron hacia nosotros.

Míster Furnwillie levantó sus gafas con una mano temblorosa.

—¡Mis queridos amigos! —exclamó—. Llegan ustedes un poco tarde, ¿no? No es de buen gusto hacer esperar al Consejo Directivo… El doctor Smithby ha formulado graves acusaciones contra ustedes. *Muy* graves, en realidad. Afirma que le han hecho seguir a todas partes, y que incluso han contratado a una mujer de mala vida para… ejem… para que le sedujera. ¡Tsk-tsk! En Bogwood no podemos aprobar unos hechos semejantes, caballeros. Después de todo…

Se interrumpió. Acababa de darse cuenta de la presencia de Hogan y de los dos chinos. Frunció el entrecejo con aire de disgusto.

—¿Quiénes son esos individuos, Witherspoon? No pueden ser alumnos… No tienen nada que ver con los asuntos de Bogwood. ¿Son parientes suyos?

Witherspoon cruzó los brazos sobre su pecho y, con voz terrible, respondió:

—¡Son la ruina de Smithby!

Entre los directivos se produjo un excitado murmullo. Gregory Morton profirió una maldición en *Gatuno*.

Witherspoon les redujo al silencio con una desdeñosa mirada. Luego apuntó a Smithby con su dedo índice.

—Sí, su *ruina*. Admitimos sus acusaciones, Flewkes y yo. Contratamos a Hogan para que le siguiera los pasos. Contratamos a Marilynne. Y estamos orgullosos de haberlo hecho, ya que nuestros humildes esfuerzos han salvado a Bogwood del desprestigio y de la deshonra.

Respiró a fondo, como un dios de la guerra a punto de lanzar su dardo decisivo.

—¡Smithby! —gritó—. ¡Smithby, ha llegado su hora! Presente la dimisión. Márchese lejos de aquí. No vuelva a respirar este aire sagrado. Beowulf ha confesado su villanía, y lo sabemos todo. *¡Sabemos lo de las gambas, Smithby!*

Hizo una pausa, en medio de un impresionante silencio.

—Sí, las gambas —continuó—. Las gambas que Smithby introduce en su bolsillo, caballeros. ¡El *Gatuno* es una burla y un fraude! ¡Nadie puede hablar una sola palabra de *Gatuno*! Los animalitos maúllan… al percibir el olor de las *gambas*.

Hizo otra pausa. Esperábamos que la tierra se abriera bajo los pies de Smithby, que los cielos se desplomaran sobre su cabeza. Y…

Y no ocurrió nada.

Desconcertado, miré a mi alrededor y vi que los directivos hablaban entre ellos en voz baja y nos dirigían unas miradas muy raras. Míster Sylvester Furnwillie conferenciaba con Gregory Morton. Smithby y Cynthia Smithby intercambiaban sonrisas.

El gato, por su parte, fingía mirar despreocupadamente a través de la ventana.

—¿Qué… qué significa esto? —preguntó Witherspoon.

Míster Furnwillie le ignoró. Miró a su alrededor. Su semblante asumió un aire de disgusto. Dirigiéndose a mí, dijo:

—Profesor Flewkes, aunque estoy profundamente impresionado por esa absurda y vengativa denuncia, he de confesar que no me sorprende, procediendo de quien procede. Witherspoon no pertenece a Bogwood. Pero, usted… Tsk-tsk. Estoy sinceramente decepcionado. Y usted…, bueno, usted debería estar *avergonzado*.

Herido en lo más vivo, empecé a protestar. Pero el presidente me interrumpió.

—Profesor Flewkes, también *nosotros* sabemos lo de las gambas. El doctor Smithby las lleva en el bolsillo del mismo modo que otros hombres llevan cigarros para obsequiar a sus amigos. ¿Por qué no iba a hacerlo? *Yo mismo las llevo*. No esperará usted que un gato fume cigarros…

—Pe-pero… Beowulf… —tartamudeé.

Smithby tomó la palabra.

—Creo que puedo explicar eso —dijo, con cierta tristeza—. No hace mucho tiempo, y contra mi voluntad, me vi obligado a decirle al pobre Beowulf que no podía continuar asistiendo a los cursillos. Su incapacidad para asimilar el *Gatuno* era absoluta. Y temo que haya inventado una historia para justificarse.

Mr. Furnwillie le agradeció la explicación.

—Todo queda aclarado, doctor Smithby. Lo único que siento es que el incidente haya estropeado una mañana tan brillante…

Detrás de mí, oí la voz de Chester Usted gruñendo algo en cantonés. Y oí una exclamación de dolor de Beowulf, seguramente arrancada por algún mojicón de su tío.

Mr. Furnwillie sonrió.

—… cuando acaba usted de añadir una hoja tan gloriosa a los laureles de Bogwood. —Su sonrisa desapareció—. Sí, profesor Flewkes, esta mañana, el doctor y mistress Smithby nos han demostrado de un modo concluyente los méritos del *Gatuno*. Hemos tenido ocasión de comprobar los magníficos resultados del proyecto de mistress Smithby en el campo de la enseñanza y de la investigación. La prueba que nos han ofrecido es absoluta, indiscutible.

—*¡Miente usted!* —aulló Witherspoon, lívido de rabia, temblando de pies a cabeza—. ¡No trate de decirme que esa mujer analfabeta les ha enseñado a ustedes a hablar *Gatuno*! ¡Eso es otro fraude! ¡Y ustedes están participando en él! ¡Informaré a la prensa! ¡Hogan y yo contaremos toda la verdad!

—¡Tsk-tsk! —dijo míster Furnwillie, frunciendo el ceño—. Si se comporta usted de ese modo, tendrá que abandonar el salón. Yo no puedo hablar *Gatuno*, pero míster Morton puede hacerlo, y…

Witherspoon gritó:

—¡Vamos, Hogan, Flewkes! ¡Busquemos la compañía de unos hombres honrados! —Echó a andar hacia la puerta, pero antes de cruzar el umbral se detuvo y se volvió—. ¡Furnwillie! —rugió, como un león herido—. *¡Furnwillie, presento la dimisión!*

Y se marchó. Desde el pasillo, llegó hasta nosotros el eco de la estúpida risita de Hogan.

No tuve fuerzas para seguirles. Permanecí de pie ante el Consejo Directivo, mudo, reducidas a cenizas mis esperanzas de salvar a Bogwood.

Míster Furnwillie se puso las gafas y volvió a quitárselas.

—¡Qué hombre más violento! —dijo—. A pesar de que el doctor y mistress Smithby suplicaron al Consejo que no se tomaran medidas contra él, temo que tendremos que aceptar su dimisión.

—¡Desde luego! —gruñó Gregory Morton; y los otros miembros del Consejo asintieron solemnemente.

Míster Furnwillie suspiró.

—Bueno, esto nos enfrenta con un penoso deber. Supongo que tendremos que hacer *algo* en lo que respecta al profesor Flewkes…

Me miró, y todos los miembros del Consejo le imitaron. Incluso el gato me contempló fijamente.

Traté de salvar los restos de mi dignidad.

—Caballeros —dije—, voy a ahorrarles la tarea. También yo buscaré una atmósfera más respirable.

Inesperadamente, Cynthia Smithby, profiriendo un pequeño grito, se puso en pie y corrió hacia mí.

—¡Querido doctor Flewkes! —suplicó, cogiéndome del brazo—. ¡No dimita! Emerson y yo le apreciamos mucho y no queremos que se marche. ¡Quédese, por favor!

Insensiblemente, me había arrastrado hacia el extremo de la mesa.

—Permítanos introducirle a un nuevo mundo, donde los gatos ocuparán finalmente el lugar que les corresponde, contribuyendo a la ciencia, a la cultura y a las artes. Créame: llegará día en que los gatos votarán, ejercerán cargos públicos y educarán a nuestros jóvenes. ¡Tal vez habrá más paz sobre la tierra bajo un parlamento de hombres y gatos!

Señaló al gato sentado sobre la mesa.

—¡Mírele! ¡Por favor! ¡Es Rabindranath, la prueba viviente!

Me encaré con ella.

—Señora —exclamé bruscamente—, no soy un imbécil. Puede usted engañar a sus alumnos. Puede usted engañar a míster Furnwillie en su chochez. ¡Pero a mí no va a convencerme de que puede enseñar un idioma que no existe!

—¡Oh, *por favor*! —imploró—. No comprende usted… Voy a presentarle a Rabindranath. Creo que tienen ustedes intereses comunes. Rabindranath ha empezado a traducir al *Gatuno* «Los papeles de Aspem». Querido doctor Flewkes, ¿no hablará usted con él, por lo menos?

Dos lágrimas fluyeron de sus ojos como gotas de rocío. No me conmovieron.

—¿Hablar con él? —Desdeñosamente, señalé el gato—. ¡Nunca! Nunca me rebajaré a hacer *miau*.

Y… ¡ah, dioses crueles!

Fríamente, Rabindranath me miró de arriba a abajo.

—¿Miau? —dijo—. Creo que no será necesario.

EL OBSESO

HELAS

CUERPO Y ALMA

Alfonso Álvarez Villar

EL OBSESO

Los psiquiatras califican entre los sentimientos y las tendencias eso que ellos denominan «impulsos obsesivos», esto es, aquellas fuerzas que de una manera más o menos irresistible, nos incitan a hacer algo que sale del marco de nuestros prejuicios o normas morales, pero que al mismo tiempo cae dentro de nuestros deseos y pasiones habituales.

¿Quién no ha sentido la tentación —como ha dicho más de un psicólogo— de arrojar a un pozo a cualquier persona apoyada casualmente en su brocal? ¿Quién no se ha visto turbado alguna vez en su vida por la patológica sugerencia de apretar el timbre de alarma, sin motivo alguno, de un tren en plena carrera? Y así en este mismo tono podríamos citar ejemplo tras ejemplo, acaecidos en personas normales, pero sin que por eso dejemos de subrayar el carácter altamente raro de este fenómeno.

Pues bien, pese al calificativo de infrecuente con que la psicología moteja a esta «vivencia», ésta es tan usual en mí que me voy a sentir otro hombre cuando el doctor X logre extirparla de mi espíritu (suponiendo que lo consiga).

Pero, ¡por Júpiter!, lector mal pensado, no te vayas a creer que el que escribe esto es un loco de remate. Lo juro por mi honor. Un poquito fantástico sí que lo soy, y un algo mucho de mentalidad analizadora y prolija también poseo. Pero éste no es suficiente motivo para que me considere un enajenado (me está entrando ahora la tentación de escribir aquí unas palabras soeces para que mis lectores se sientan ofendidos).

Y volviendo a nuestro tema: me parece que había dicho que aquel «demonio de la perversidad» (así lo llama ese otro maniático que fue Allan Poe) era casi mi pan cotidiano. Tentaciones de este tipo, como la de gritar en medio de una audición sinfónica, o la mucho más truculenta de ocurrírseme asesinar a seres tan queridos como mis propios padres, sin que mediasen, como es de suponer, motivos, me asaltaban con frecuencia. Puedo referir también el caso de aquella novia que tuve hace ya dos años, y de la que en los momentos cumbres de nuestra pasión me veía precisado a apartarme, víctima de extraños afanes de estrangularla. Pero no quiero extenderme demasiado en contarles los antecedentes de mi «caso».

Porque, efectivamente, debo referir que hasta hace apenas seis meses, aquel fenómeno no habría presentado un cariz patológico, y de cualquier forma, no habría

dejado de ser una mera inclinación fácilmente reprimible, sin traducción en el mundo externo. Creo conveniente a este respecto resumir aquí la historia clínica que el doctor X guarda en sus archivos. Emprendiendo, pues, esta tarea, he de decir a mis lectores que desde la edad de 14 años hasta los 19 esos síntomas aparecían en casos excepcionales, aunque con más frecuencia que en la mayoría de las personas. Pero, en realidad, este proceso no hizo más que seguir una progresión aritmética a lo largo de aquellos cinco años. Me refiero más bien (y empleo términos psicológicos porque yo siempre he sido aficionado a la psicología) a la fecha en que esa tendencia obsesiva se proyectó en un plano real.

La memoria me falla desde entonces: los electroshocks aplicados a mi cerebro me han hecho olvidar muchas de las cosas sucedidas durante estos últimos meses. Sólo creo recordar que entonces me hallaba en una continua pesadilla. Cualquier circunstancia o cualquier objeto creaba en mí ese estado patológico. Cada vez le era más difícil a mi voluntad poner el veto a la exteriorización de aquellos impulsos. Esto debió prolongarse cinco o seis meses.

Recuerdo también, aunque de una manera muy borrosa y como muy lejana, aquella blasfemia (yo soy muy religioso), que en medio de una sala de espectáculos abarrotada de público lancé a pleno pulmón. Y ahora rememoro (una imagen se vincula a otra) aquella boda en la que ambos contrayentes eran buenos amigos míos. El sacerdote había ya solicitado por dos veces a los testigos a la ceremonia que comunicasen antes de anudar el vínculo sacramental si encontraban algún impedimento en aquella unión. La potencia de mi voluntad ya se hallaba a punto de derrumbarse. Y efectivamente, al repetir la amonestación por tercera vez, exclamé con voz estentórea que sí, que existía un impedimento. Claro que tuve la buena ocurrencia de fingirme víctima de un ataque epiléptico, por lo que aquella estupidez no tuvo ninguna consecuencia. El truco del ataque me valió en más de una ocasión para escapar con cierto decoro de otras situaciones a cual más chuscas.

Por ejemplo, sé que la serie de actos extravagantes que cometí en aquella época alcanzaba una cifra verdaderamente alarmante. Vuelvo a repetir que lo he olvidado casi todo, pero creo recordar cierto puñetazo que di a un pacífico transeúnte y cierto no menos categórico abrazo a la Dama de Elche en el Museo del Prado.

Voy, pues, a limitarme a referir aquí el hecho decisivo que me tiene encerrado en esta celda manicomial. Quiero también justificar ante mis lectores aquella acción absurda que dio pie a tantos comentarios en la prensa. Son precisamente estos comentarios los que me han impulsado a escribir estas líneas, porque, francamente, yo ya estoy harto de verme tratado como un anormal por personas menos inteligentes que yo. ¡Al diablo con ellos!… Pero volvamos al hilo de nuestro relato.

Desde luego sí que puedo asegurar sobre todo que aquello ocurrió en una de las estaciones de Madrid, y hacia el mediodía (estos datos han sido confirmados además por los periódicos que han llegado a mis manos). Por otra parte, no me pregunte el lector lo que yo estaba haciendo en aquel sitio y a aquella hora. El caso es que bajo

un sol canicular me paseaba por los andenes vacíos cuando, de repente, me quedé parado ante una de esas gigantescas locomotoras eléctricas que mis lectores habrán visto alguna vez arrastrando una fila interminable de vagones. Era, en efecto (así lo dicen los periódicos), la máquina del expreso preparado *ad hoc* con destino a no sé qué ciudad española. Pero estas últimas son reflexiones hechas *a posteriori*. Me quedé parado, repito, y como atraído por una fuerza irresistible, me puse a analizar prolijamente las bielas, las tuercas y en general los mecanismos más nimios de aquel monstruo de acero.

Todo esto duró, aproximadamente, diez minutos, porque al tropezar mi mirada con la puertecilla medio abierta del vehículo me asaltó la súbita e irresistible ocurrencia (la que transformé en realidad) de introducirme dentro.

Aquí los recuerdos se desvanecen como jirones de un sueño fantástico que las luces del alba disipa. Conjeturo, desde luego, que víctima de otra nueva tentación debí poner en marcha el convoy, a fuerza de manipular las palancas de la maquinaria, porque todo lo que sigue es una «sensación de movimiento» o, para concretar mejor, una alocada carrera de dos rieles que se iban estrechando hacia mí a velocidad vertiginosa, sin concluir nunca. También creo recordar los postes del telégrafo que se deslizaban a uno y otro lado de la vía, como si quisieran huir.

Conjeturo que el miedo a caer en las garras de los empleados del ferrocarril (que debían de haberse dado cuenta de mi «maniobra») impidió que mi mano deshiciera lo que mi mente obsesa había comenzado, pero no es menos cierto que «entonces» el viento que azotaba mi cara cuando me asomaba por la ventanilla y la rápida procesión de las copas de los pinos que se sucedían rápidamente a derecha e izquierda, me inoculaba una salvaje alegría, muy difícil de descubrir ahora. Luego creo que me cansé (yo me canso de todo) y a unos cien kilómetros de Madrid dejé abandonado el convoy en un lugar desierto de donde regresé andando.

Vuelven a difuminarse mis evocaciones en un grado todavía más intenso, y además no tengo ganas de proseguir este relato. Pasan confusos por mi memoria la visión de un Tribunal y unos jueces que me absolvieron (se conoce que cediendo a una nueva tentación di parte a la policía de mi «hazaña»). El caso es que ahora estoy en este sanatorio (no de locos) en el que me voy restableciendo.

HELAS

Thompson miraba con satisfacción el estado de las excavaciones arqueológicas en aquel rincón de Creta. Ya habían aparecido, bajo los picos y los azadones, los primeros vestigios de un palacio que parecía datar del Minoico reciente. Habían pasado tres meses desde que el avión le trasladara de la brumosa Cambridge a aquel país soleado.

Era todavía un hombre joven. El ser uno de los mejores especialistas en historia egea, el que en las revistas y en los programas de televisión se le llamase con orgullo el sucesor de Sir Arthur Evans, no le privaba de ser uno de los mejores jugadores de golf, en un país en que el golf es uno de los *hobbies* más extendidos. Sólo las entradas en el cuero cabelludo y algunas arrugas sobre su rostro macizo de anglosajón delataban el paso de los años.

Thompson había sido llamado por la Dirección Nacional de Arqueología del Gobierno de Atenas, algunos días después que un muchacho de los alrededores de Heraklion hubiese aparecido en una tienda de antigüedades intentando vender un magnífico jarrón, en el que sobre un fondo negro, como de profundidades marinas, agitaban sus tentáculos varios pulpos de líneas estilizadas. La noticia de aquel hallazgo se había divulgado rápidamente, pero las autoridades griegas se habían anticipado a la nube de depredadores que se disponían a enriquecerse a costa de los turistas.

Quince días después habían comenzado las excavaciones, bajo la dirección de Thompson, cuando todavía la primavera mediterránea cubría, como con copos de nieve, los almendros de la isla. Luego, habían empezado a salir a la superficie docenas de ánforas y de cráteras, de vasijas y de tinajas decoradas o sin decorar, con el color rojizo de la arcilla o cubiertas de figuras geométricas o de animales muy esquematizados. Finalmente, comenzaron a hacerse visibles los muros de una habitación y los pilares de un vestíbulo. Ahora estaba la cuadrilla de peones cretenses arrojando en los camiones las últimas paletadas de tierra para dejar limpio el recinto recién resucitado de las entrañas golosas de aquella diosa tierra que los antiguos griegos habían adorado. Pero el caluroso verano dejaba una pátina de sudor en el rostro de los trabajadores y enlentecía sus movimientos.

Un joven obrero se acercó a Thompson que, sentado en una silla plegable, hacía

el inventario de los últimos objetos que se habían desenterrado: un par de fíbulas y un ejemplar de esa misteriosa hacha doble que tanto intrigaba a los especialistas en arte Minoico. El muchacho llevaba en sus manos, como un trofeo o como una pieza de caza recién cobrada, una magnífica crátera, cuyo barniz negro relucía radiante, alegre de volver a reflejar los rayos del sol. Después de tomarla en sus manos, Thompson se acercó con el obrero al lugar en donde acababa de ser hallada. Su cámara fotográfica emitió un clic, y aquellos terrones de tierra pasaron a la historia de la arqueología. Luego deslizó sus manos por la crátera, admirando la suavidad de sus líneas, y complaciéndose en los rosetones que rodeaban, como una banda de violetas, la boca del recipiente, por donde otros hombres habían bebido el fuerte vino de Creta, hacía ya tres mil quinientos años.

Miró hacia el mar que, a pocos centenares de metros de allí, respiraba como una muchacha que duerme la siesta. Miró también las suaves colinas cubiertas de olivos, y oyó el canto de las cigarras, a las que Anacreonte había comparado con los dioses. Y entonces tuvo una sensación extraña, la primera de las que le asaltarían desde entonces.

Aquello duró una fracción de segundo, pero le dejó paralizado durante unos instantes: es como si él recordara que había estado bebiendo *en alguna ocasión* en aquella misma copa, y enfrente de aquel mismo paisaje. Llegó, incluso, a sentir sobre su garganta el lametazo dulce y, al mismo tiempo, picante de un licor que parecía vino. Pero pronto se recobró de su estupor: había leído en no sé qué revista de divulgación científica algo acerca del «fenómeno del ya visto». Precisamente el día anterior había estado bebiendo vino del país en el chalet del cónsul británico, allá en la antigua Candía. Volvió, pues, a las obras, estimulando a los peones para que terminaran de despejar de tierra y de escombros el área recién excavada.

Una hora después estaba solo, bajo el crepúsculo violeta. Una cinta de sangre ceñía, allá a lo lejos, el horizonte marino. Mañana vendrían más obreros, y pronto el sol de la Hélade doraría de nuevo un palacio más de la serie descubierta por los arqueólogos de todo el mundo, bajo el suelo de Creta. Posiblemente, dentro de una semana las fotografías de los frescos respetados por el zarpazo de los siglos, y de la cerámica de aquel lugar, eclipsaría a los ya célebres palacios de Cnossos y de Hefaistos.

Pero ya era tarde y el camino era muy malo. Por eso, abandonando sus ensueños de gloria, puso en marcha el jeep y sorteando los baches del camino vecinal y, luego, los de la carretera de segundo orden, se dirigió a su alojamiento en Heraklion. Una lechuza graznó sobre su cabeza en los arrabales de la capital. Thompson pensó que era la diosa Pallas Atenea la que le mandaba un buen presagio.

Llegó al campamento cuando los rayos del sol comenzaban a dorar las suaves colinas y las matas de jaramillo que se desperezaban en el amanecer. Como empujado

por una especie de fuerza magnética, saltó desde el pequeño desnivel del terreno al suelo de aquella habitación o almacén que acababa de ser despejado el día anterior. Pronto sus botas de suelas tachueladas rechinaron sobre las piedras que formaban el suelo. En una esquina, la piqueta había desatascado un canal de desagüe. Una mariposa blanca revoloteaba encima de él. ¡Dios mío, dónde había visto algo parecido; mejor aún, algo idéntico! Recordó sus visitas a los megarones de Tirinto y a algunas de las tumbas etruscas, bajo el sol también achicharrante de la Campania. Pero no se trataba de establecer semejanzas, sino de esa misma vivencia que le había embargado el día anterior: la de haber vivido «aquello» en alguna otra ocasión, la de haber paseado sobre esas mismas piedras, la de percibir el chorro de agua que brotaba de la atarjea. Es más, durante unos instantes creyó distinguir un hilillo de agua que comenzaba a chorrear por el canal. Pero se frotó los ojos y aquella ilusión desapareció como por ensalmo.

Las cuadrillas de obreros estaban aproximándose. Se oía el bronco rugido de los camiones y los gritos de los peones cretenses, en un dialecto mezcla de turco y de griego que Thompson apenas comprendía. Dio órdenes a los capataces para que apresuraran las obras, y en bañador y con la toalla en un brazo se dirigió a la orilla del mar.

Las olas apenas se atrevían a lamer las arenas grisáceas de la pequeña cala. Parecían jugar peces de oro allá a pocos metros de la orilla, pero las aguas estaban todavía frías. Con rápida brazada se deslizó a lo largo de las rocas que formaban el contrafuerte derecho de aquella piscina natural. Una vela blanca parecía allá a lo lejos una gaviota gigantesca que se hubiese quedado dormida sobre el mármol azul del Mare Nostrum, y entonces Thompson tuvo la sensación, que rápidamente desechó, de que aquella nave era como aquellas otras que había visto pintadas en las muestras de la cerámica rodia o en los primeros lekitos atenienses; que una unidad de la poderosa talasocracia minoana se alejaba veloz desde la orilla transportando panzudas orzas de aceite y pellejos de vino. Sintió aletear sobre su cabeza toda la gloria de aquella civilización desaparecida. Y se creyó un representante de aquel imperio, como si la rueda del tiempo hubiese girado hacia atrás. Efectivamente, aquel mar era el mismo que había acariciado los pies de los habitantes del palacio que ahora él, Thompson, arqueólogo del siglo XX, había resucitado de entre los muertos; aquellas rocas eran también las mismas que entonces habían retumbado con las risas de las doncellas y de los guardias palaciegos, porque treinta y cinco siglos representan para las rocas y para las aguas del mar lo que un día en la vida de un hombre.

Pero eran unos ensueños muy extraños. Bien es cierto que hasta entonces se había asomado con harta frecuencia (porque a ello le obligaba su profesión de arqueólogo) por el brocal de ese pozo insondable que es la Historia. Había llegado hasta sus fosas nasales esa bocanada húmeda y que huele también a líquenes muertos, que brota de las generaciones pasadas, de los hombres que vivieron y murieron hace varios milenios. Ahora era algo distinto: algún brazo maligno le había precipitado, por

encima del borde, en las aguas estancadas. Estremecido de terror, nadó, pues, hacia la orilla con toda la potencia de sus músculos, porque el agua salobre y amarga del mar le parecía ahora un licor extraño, un vino que hubiese permanecido durante siglos en un pithon griego sin descomponerse.

Cuando llegó a las obras, la piqueta había descubierto otro recinto del palacio; el fósil antediluviano iba poco a poco, hueso por hueso, desnudándose de tierra ante el sol de la Hélade… Con los últimos fulgores de la tarde, apareció la primera pintura. La arcilla yesosa había hecho difícil su desvelamiento. Fue Thompson el que, con un fino buril, tuvo que ir desprendiendo centímetro por centímetro cuadrado. Primero apareció un fondo de color verdoso, que preludiaba la existencia de posibles figuras humanas o de animales. Luego apareció una mancha de color negro que pronto se convirtió en un áspid. Luego, siguiendo el trayecto de lo que parecía una mano que apretaba al ofidio, Thompson fue extrayendo de un sepulcro de tres mil quinientos años de antigüedad el contorno de un brazo. Finalmente, tras ímproba tarea que sólo un especialista como él podía llevar a cabo con éxito, surgió el rostro de la sacerdotisa. Y una hora después, cuando las nubes ya tenían el color del cobre oxidado, apareció el torso desnudo, la falda con faralaes, como la de una bailarina del Sacromonte de Granada y unos pies diminutos que pisaban un campo de amapolas ya casi destruidas por la humedad y por los agentes químicos del terreno.

El sudor perlaba la frente de Thompson, y la delgada camisa de nylon se había adherido al tórax musculoso y velludo. Los obreros contemplaban en silencio la operación, con un silencio que casi parecía religioso. Uno de los capataces enfocó con la linterna la figura de la sacerdotisa y se oyeron algunos gritos de admiración entre los espectadores. Pero el destello de la linterna, al iluminar el rostro de aquella mujer, imaginada o real, que había sido inmortalizada hacía ya muchos siglos, hizo que Thompson volviera a sentir por tercera vez aquella sensación extraña de «ya visto» que le rondaba desde hacía más de veinticuatro horas.

Esta vez su corazón comenzó a palpitar con violencia, y tuvo que apoyarse fuertemente en uno de los peones para no caer al suelo.

—¿Se encuentra usted mal? —le preguntó uno de los capataces.

—Sí…, ¡es que este maldito calor! —y se refrescó las fauces con el chorro de vino de una bota que alguien le ofreció…

Aquella noche, desnudo sobre la sábana, en el confortable hotel de Candía, comenzó a retorcerse víctima de una extraña pesadilla. Veía en sueños a la sacerdotisa, estrujando el áspid ante una estatuilla de esteatita que representaba un hacha de doble filo. Delante del hacha había otra figura de una diosa con un vaso en la mano. Un humo denso surgía por debajo de la piedra y se perdía por las ventanas de un amplio recinto. Él estaba arrodillado y a su alrededor había otras muchas personas cuyos rostros no podía ver. Luego, la sacerdotisa se volvía hacia él, y

haciendo una reverencia gesticulaba de una manera muy extraña. Y entonces oyó su voz. Sonaba como en una caverna, pero era una voz armoniosa, como la del aceite cuando se transvasa de un aríbalo a otro. Hablaba en un griego antiquísimo, todavía más arcaico que el que acababa de descifrar Henry Ventris en las inscripciones de Cnossos. Sólo pudo entender las palabras «tierra» y «Gran Madre», «Toro» y «vida eterna». Se trataba, sin duda alguna, de un idioma litúrgico, porque para todos los pueblos del Planeta este idioma fue siempre más antiguo que el que rueda de boca en boca entre los profanos.

Y Thompson deseó en sueños a aquella mujer hermosísima de pechos erguidos y duros que mostraba sin recato, como todas las mujeres de la era minoana. Mas el vértigo de la voluptuosidad iba acompañado de un sentimiento de temor y de bochorno: aquella sacerdotisa era sagrada. Ningún hombre, y menos aún él, que en el sueño figuraba como el personaje más importante de la ceremonia, podían desear a la intermediaria entre los hombres y los dioses, a riesgo de sufrir la cólera divina.

Se despertó en un baño de sudor. La luz del amanecer entraba por la ventana, y el zumbido del acondicionador de aire parecía el de una abeja cansada. Tomó una pastilla de un ganglioplejico y procuró desechar de su mente las imágenes de aquel sueño tan extraño que seguía obsesionándole.

Y lo curioso es que a medida que su jeep avanzaba por la polvorienta carretera en dirección a las obras, el acoso de aquellos recuerdos se hacía más insoportable. Porque no se trataba de una pesadilla corriente: Thompson había vivido aquel sueño con tanta intensidad que aún le parecía hallarse delante de aquella mujer hermosísima, estremecido a la vez de pasión y de horror. Y mientras iba acercándose hacia las ruinas, una palabra cruzó por su mente como un relámpago, hasta tal punto que tuvo que hacer un rápido viraje para que el jeep no se estrellara contra una encina: Theia. Sí, la sacerdotisa se llamaba Theia. ¿En qué parte del sueño se había pronunciado esta palabra? Durante toda la jornada aún siguió esta palabra mágica brincando como una corza salvaje entre sus pensamientos.

Aquella noche Thompson durmió plácidamente tras ingerir una fuerte dosis de barbitúricos. A la mañana siguiente, volvió a la obra con la mente descargada de ideas extrañas. Todo había sido una consecuencia del exceso de trabajo de aquellos días pasados. ¡No era necesario acudir a un psiquiatra! Mientras, las faenas de las excavaciones continuaban a ritmo creciente. Todo un muro había quedado al descubierto, pero habían desaparecido las pinturas al fresco, casi completamente corroídas por el lametazo de los siglos. Sólo acá y acullá quedaban restos de un fondo anaranjado del que se raspó una parte para enviarla al laboratorio. Habían aparecido también algunas ánforas más, pero desprovistas de todo valor artístico y arqueológico. Por eso, volvió a zambullirse en las ondas cálidas del Mediterráneo para pensar como un hombre del siglo XX, un siglo en el que todo está fijado por leyes físicas inexorables, que no dejan espacio a la indeterminación o a la sorpresa. Aquella noche se sumergió en un sueño reparador, sin necesidad de que el tubo de

somnífero le cantase su nana química, y al día siguiente volvió al trabajo.

Aquel día había transcurrido sin novedad alguna, cuando también a última hora de la tarde el cincel de Thompson volvió a entrar en acción. Era otro de los muros de los que habían quedado al descubierto, pero esta vez la pintura aparecía mejor conservada, y el fondo verde resplandecía a la luz del ocaso con una poceta de agua marina. Pronto aparecieron unas pinzas de cangrejos, pero Thompson estaba cansado y no quería continuar la tarea bajo la luz de las linternas. Así que volvió a enfilar su jeep hacia Heraklion.

Pero aquella noche volvió a sobrecogerle una nueva pesadilla. Soñaba que veía a unos delfines retozar en la caleta en donde acostumbraba refrescarse todas las mañanas. Luego los delfines quedaban inmóviles, como si algún ser maligno los hubiese disecado, y aparecía entonces el fondo verde-azulado del muro que acababan de descubrir los obreros el día anterior. Las pinturas formaban como un friso y debajo de ellas se abrían unos anchos ventanales por donde penetraba el aire yodado del mar. Debajo de los ventanales había más pinturas: un toro que brincaba sobre la hierba, mientras un muchacho, cubierto por un taparrabo, se decidía a saltar sobre la cresta del cornúpeta, de acuerdo a un rito y, al mismo tiempo, un deporte muy practicado entre los primitivos cretenses.

Aquellos sueños no tenían nada de terroríficos, pero Thompson se despertó bañado de sudor, porque las imágenes habían sido tan plásticas como en aquella otra pesadilla, que había sido más vivida que soñada. Y lo que es peor, al despertarse, volvió a aletear por su mente el pájaro fantasma de la palabra «Theia».

Bajo los efectos de un ganglioplejico, y con el firme propósito de acudir a un psiquiatra al día siguiente o aquella misma tarde, se alejó de Heraklion. Los obreros continuaban limpiando de tierra y escombros el segundo recinto descubierto. Un tercer muro había aparecido, y una hora después, otro, con una puerta que comunicaba a una tercera estancia.

Thompson volvió a empuñar el cincel entre el tumulto fatigoso de los picos y de las palas, que apagaba el rumor del mar y el chirrido de las cigarras. Mas de repente, el mundo desapareció para él, y al recobrarse de su desmayo, se vio en los brazos de dos de sus capataces que le refrescaban el rostro con un chorro de agua.

Le llevaron a la caseta en donde dormía el vigilante de las obras y le acostaron sobre un duro jergón. Allí recordó lo sucedido: ¡los delfines, que su pincel había sacado a la luz del sol, no eran semejantes, sino idénticos a aquellos otros que habían retozado entre las aguas turbias de sus ensueños! Pero se serenó al pensar que podría tratarse de una simple coincidencia: no era la primera vez que los pintores cretenses habían utilizado ese tema. Es más, era probable que debajo de ese fresco aparecieran los ventanales y luego la escena del muchacho y del toro. Posiblemente, los artistas de aquel palacio habían imitado a las obras descubiertas en Cnossos, al otro lado de

Candía. Era como si algún historiador del siglo XXX se extrañase de descubrir, en las ruinas de Kiev, un icono muy parecido a otro desenterrado a pocas leguas.

Volvió, pues, al trabajo, a pesar de la resistencia de los capataces y de los obreros. Fueron horas de infatigable labor, sólo interrumpida para comer un buen trozo de *roastbeef* frío y una ensalada. Los peones se acercaban curiosos al muro (la imagen de la sacerdotisa había sido velada para preservar la pintura de los agentes atmosféricos, y de otro tipo de gentes menos impersonales que el clima).

Como había previsto Thompson, aparecieron después los ventanales, cuyos vacíos quedaron pronto libres de la arcilla y, también como en el sueño, apareció la imagen del toro y del muchacho, disponiéndose a saltar sobre su grupa. Mientras tanto, una de las cuadrillas de obreros había cargado en los camiones la capa de tierra que cubría el zócalo del recinto. Pronto aparecieron en una esquina un baño de piedra, con su correspondiente canal de desagüe, su emparrillado para calentar el agua y unos conductos que llegaban hasta una artesa ya medio desaparecida. La sensación de «ya visto» volvió a hacerse tan intensa que Thompson dejó a medio terminar su obra, y poniendo en marcha el jeep, pisó el acelerador a fondo con destino a Heraklion. Más de un murciélago estuvo a punto de chocar con el parabrisas del coche, y unas nubes de tormenta amagaban lluvia por Occidente. No tardó en encapotarse el cielo, y el orbayo comenzó a empapar los olivos y los almendros a derecha e izquierda de la carretera.

Los frenos chirriaron delante de la puerta del consultorio del doctor Argyll. Subió las escaleras con paso trémulo y víctima de una taquicardia paroxística que le obligaba a detenerse a cada dos o tres escalones. Pero el doctor Argyll había salido y no volvería hasta la mañana siguiente. Thompson volvió al hotel, y tendiéndose sobre su cama, sin quitarse la ropa, ingirió dos o tres pastillas de somnífero.

¿Dónde había visto aquel baño y aquellos frescos? Volvió a repetirse una y otra vez que todos aquellos detalles eran muy parecidos a los que él conocía por sus visitas a los palacios de Creta o de Grecia. Pero no se trataba de eso. Algo que se revolvía con fuerza dentro de su espíritu gritaba en contra de todos los dictados de su inteligencia fría de científico que todo aquello le era tan familiar como el chalet y el jardín de su casa de Cambridge.

Pronto el derivado del ácido barbitúrico forzó sus párpados, y entonces tuvo un tercer sueño: volvía a las ruinas, rápido como una centella. El jeep se había convertido en una biga, y el ronquido del acondicionador de aire era el golpear de los cascos de los caballos sobre el polvo del camino, y el giro de las ruedas. Una lluvia fina le mojaba el rostro, pero el agua fría se trocaba pronto en un chorro de agua tibia. Veía delante de sí a Theia. Estaban haciéndose el amor en aquel mismo baño que acababan de excavar los obreros.

Theia reía estrepitosamente mientras le arrojaba a manos llenas sobre el rostro el agua templada de la artesa. Estaban los dos desnudos, y él procuraba asirla por un brazo. Nunca había visto mujer tan hermosa como aquélla. Sus labios eran rojos,

como una granada, y había en todo su cuerpo como una electricidad mágica que le hacía estremecerse cuando la acariciaba. Hubiese permanecido toda la vida zambulléndose en sus ojos grises, sin notar el paso del tiempo.

De repente, un gesto de terror petrificaba las facciones de su amante. Un grueso pedrusco había caído sobre el agua del baño, levantando un torrente de gotas, y el suelo parecía como si temblase de pánico. Se oían gritos de pavor, y una parte de la techumbre se derrumbaba. Theia y él, arropados en sendas túnicas coloreadas de púrpura, corrían entre las columnas del vestíbulo, en compañía de una muchedumbre que gritaba histéricamente. Una de las columnas se había derrumbado con un golpe seco aplastando a un fugitivo, pero a él sólo le interesaba salvar a Theia.

Se lanzó de la cama de un solo brinco. Todavía estaba medio dormido, pero había creído oír en la calle principal de Heraklion, donde estaba situado el hotel, un griterío confuso. Pero no. No había ocurrido ningún terremoto. Sólo a lo lejos se escuchaba el ronroneo de una gasolinera y la serenata de unos trasnochadores. Bajó a trompicones por la escalera y entró en el primer bar que encontró abierto. Allí se bebió, uno tras otro, sin pausa, varios whiskies, hasta caer completamente borracho. Pero a pesar de su embriaguez siguió soñando, mientras una ambulancia le conducía al hospital.

Soñó esta vez que estaba sentado en un ancho trono de piedra, cubierto de pieles. Era aquélla una sala muy ancha, el Megarón, y una intensa multitud rugía delante de él queriendo abrirse paso hasta su presencia. Sí, no cabía duda, él era el rey de aquella comarca, posiblemente de toda Creta. A su lado, y estrechando sus manos entre las suyas, estaba Theia, pero su rostro había perdido la voluptuosidad y la calma de la escena del baño, aunque no por eso dejaba de ser bellísimo.

Intentaba calmar a los cortesanos, contenidos por la guardia real, cuyas hachas de bronce imponían respeto. Él era el rey y tenía derecho a convertir en reina a quien quisiera. Los dioses no podían castigar a su pueblo por aquel enlace. No era el responsable del terremoto que se había producido el día anterior. Pero las turbas le acusaban de impío y de sacrílego, en un lenguaje que él comprendía perfectamente. Sólo el contacto de los dedos de Theia le daba fuerzas para rebatir las acusaciones.

Permaneció durante una semana delirando entre la vida y la muerte, en una de las habitaciones del mejor hospital de Heraklion hasta que los médicos le dieron de alta. Completamente restablecido, volvió, pues, a las obras, que no se habían interrumpido un solo momento. La piqueta había continuado su obra de revelación. Allí le esperaban a Thompson un gran número de fotógrafos y de periodistas. Pronto aparecieron en los diarios de todo el mundo las noticias de aquel descubrimiento y el nombre de Thompson circuló de boca en boca por todos los países civilizados. Llovieron, pues, felicitaciones y plácemes sobre Thompson, y al cabo de unos días consiguió olvidar completamente sus pesadillas y sus sensaciones extrañas. No cabía duda: como afirmaba el psiquiatra que dirigía su tratamiento había padecido una «neurosis de sobreesfuerzo». Debía, pues, trabajar lo menos posible y delegar en un ayudante la parte más fatigosa de la redacción del informe.

Rodeado, pues, de una aureola de héroe de la arqueología, descansaba tranquilamente en una hamaca, dejándose arrullar por las olas que se deshacían en espuma a sus pies a pocos centenares de metros de las obras, cuando uno de los capataces llegó jadeando a su lado: la piqueta había alcanzado un muro que sonaba a hueco. Todos los obreros estaban excitados en aquellos momentos. Se hablaba de un tesoro fabuloso, como aquel que había descubierto Schliemann en la necrópolis de Argos. Thompson requirió, pues, la presencia de la policía, que apareció al cabo de un rato, antes de que el pico comenzase a abrir una brecha en la pared.

Allí no había tesoros, como había soñado la imaginación de los obreros, y hasta la del científico Thompson. Fueron dos esqueletos los que aparecieron. Uno de ellos era el de un hombre, de una estatura idéntica a la de Thompson; el otro era el de una mujer. Habían sido emparedados vivos, porque sus manos aún seguían entrelazadas con el furor de la agonía. Y en ese momento Thompson sintió como si le faltase el aire en sus pulmones. Intentó respirar y no pudo. Sus bronquios se habían cerrado para siempre.

El médico forense escribió en el certificado de defunción: muerto por crisis asmática.

CUERPO Y ALMA

No sé cómo me refugié en aquel café, una tarde de lluvia en la que los propósitos más optimistas se hubiesen licuado, como el barrillo que se precipitaba por las alcantarillas de Madrid. Pero aquel establecimiento me sedujo mucho más que las luces de neón de la moderna cafetería americana de enfrente.

El café en cuestión era uno de los fósiles vivientes que aún es posible encontrar en ciertos rincones del Madrid antiguo. Fauna a extinguir por la asepsia de esos establecimientos en donde nos es posible alternar, en condiciones de rigurosa asepsia, los encantos de un sandwich de jamón y queso con las sonrisas de las camareras. Pero aquella tarde yo preferí retrotraerme a otras épocas.

El café se hallaba a media penumbra. Los sofás, de cuero auténtico, se hallaban, en gran parte, ajados, cuando no hendidos por la furia salvaje de algún sádico. En lugares poco visibles se adivinaban parejas de novios que se hacían clandestinamente el amor. Pero la inmensa mayoría de los parroquianos eran viejos, terriblemente viejos, y no parecían preocuparse ni mucho ni poco de hacer imperar en aquel sitio las normas del puritanismo. Parecían esas extrañas salamandras cavernícolas que se quedan inmóviles cuando un rayo de sol, osando entrar por una rendija de la cueva, acaricia sus pellejos descoloridos. Me miraban, en efecto, con ojos inexpresivos, y su mirada era como ese pegamento que se adhiere a nuestra piel, con un contacto viscoso, sin que podamos desprenderlo.

Ya me iba, pues, a levantar de nuevo para precipitarme bajo el diluvio hacia la cafetería de^enfrente, cuando una figura surgió de uno de los rincones de aquel antro y se plantó delante de mí. Era el camarero. Pude distinguir apenas a la luz de una bombilla mortecina sus rasgos amojamados, como los de la momia de Rhamsés II, y su servilleta raída, cubierta de manchas de grasa. No me dirigió siquiera la palabra. Su actitud era en sí mismo una interrogante. Pedí, pues, un café con leche con el firme propósito de escaparme apenas hubiese concluido de pagar, pero la cortesía me obligaba a permanecer en mi desvencijado sofá, con esas miradas nauseabundas clavadas en mis ojos y respirando el olor acre de la humedad y del tabaco, en una extraña mixtura de erotismo y de cochambre, como en un burdel barato.

El camarero-momia se acercó a mí, tras una larga espera. Absorbí rápidamente aquel brebaje infecto que sabía a cacahuetes y me dispuse a pagar el importe de la

consumición, más una generosa propina (las «honras fúnebres», pensé en mi magín, vanagloriándome de mi propio ingenio). Pero de repente una voz que se rompía como un vaso de cristal de Florencia, destacó sobre el cuchicheo lúbrico y las risitas sofocadas de las parejas de novios. Era mi vecino de mesa que se dirigía *a mí*.

—¿Tiene usted mucha prisa? —me espetó un anciano de aspecto más agradable que los demás, pero de edad indefinible. Pude captar como una especie de sonrisa que se transparentaba, sin hacer relieve, en las comisuras de los labios.

—Sí, se me va a hacer tarde —contesté algo molesto por esta intromisión en mi vida privada.

—A ustedes, los jóvenes, no les importa coger una pulmonía con tal de llegar pronto a todos los sitios —comentó, para señalar rápidamente un libro que yo iba a recoger en ese momento de mi mesa y que, para huir de la atmósfera tétrica que me rodeaba, había estado ojeando hasta ese momento.

»También yo soy un especialista en filosofía hindú —añadió inclinándose hacia mí.

(Porque, efectivamente, aquél era un libro que acababa de comprar en una librería de lance en mi deseo de ampliar mis conocimientos sobre las técnicas soteriológicas de ese pueblo maravilloso que es el indio; como buen occidental me había dejado seducir por los Upanishadas y por la sabiduría del Hinayana).

Buscaba, como un poseso, algo que pudiera eliminar mi ignorancia en esta selva oscura en que me hallaba perdido. Por eso decidí permanecer en aquel café-espelunca, a riesgo de convertirme en un fósil viviente más. Iniciamos, pues, una larga conversación que me sirvió para comprender hasta qué punto aquel hombre extraño poseía mejor que mis maestros «oficiales» la sabiduría de la India. Era imposible de comprender cómo un individuo, que parecía ser contemporáneo de los Aqueménidas o de los faraones Saítas, pudiese retener tal número de datos y tal erudición. Yo permanecía silencioso y sólo de vez en cuando, con un comentario o con una pregunta, reavivaba los rescoldos de aquella hoguera de sapiencia.

Hablamos sobre todo de las relaciones entre el cuerpo y el alma, que como médico psicólogo me interesaban especialmente. Nos referimos a las técnicas yoguis y a la escuela *samkhya yoga*:

—Sí —decía aquel anciano que antes me había parecido repugnante y que ahora me causaba admiración—, ustedes, los que ahora hacen preparativos para llegar a la Luna, han olvidado los secretos de esos viajes maravillosos que hicieron los ascetas hindúes hace ya muchos siglos. Ellos recorrieron todos los planetas sin salir de este microcosmos que es el alma humana. Es más, con su mente desprovista de masa de inercia llegaron mucho más lejos que los cohetes teledirigidos. Más de un rishi se paseó, a caballo de su espíritu puro, de su *purusha*, sobre las escarpadas colinas del circo de Copérnico o a la sombra de los farallones de Tycho Brahe. Y mucho antes que el Mariner IV, percibieron las llanuras desoladas del gran Syrte marciano. Pero no les interesaba el dominio del mundo físico, sino lo que está más próximo y al

mismo tiempo más lejos de nosotros: nosotros mismos. Habrían sido inmortales si no hubiesen preferido la Gran Iluminación, la Gran Muerte que supone la suprema bienaventuranza en el todo. Pero aún así, la *smirti* nos habla de ascetas que vivieron varios milenios, libres de enfermedades y de las miserias de la carne.

—Pero esto no es más que leyenda —objeté yo—. La muerte es como una sentencia que se halla esculpida en los libros sibilinos de nuestros cromosomas. Si pudiéramos leerlos podríamos predecir la fecha exacta de nuestra extinción, salvo que una causa externa (una infección muy virulenta, un accidente) adelantara nuestra última hora. Son, en realidad, las paredes de nuestras arteriolas y capilares las que nos condenan a morir. ¡Si consiguiésemos renovar como en una instalación eléctrica esos hilillos que transmiten el oxígeno y los elementos vitales a todas las células de nuestros tejidos! Pero ésta es una tarea imposible por ahora: todo lo más se han conseguido implantar injertos de aorta. No creo, pues, que toda la fuerza mental del mundo pudiera remover el depósito de colesterol y de sales cálcicas que van obstruyendo inexorablemente nuestro aparato circulatorio…

Pero me interrumpí porque no fue mi vista, sino ese sexto sentido que todos poseemos el que me advirtió que mi interlocutor se estaba riendo de mí. Era una risa mental y cargada de compasión: la de un hombre presenciando los vanos esfuerzos de una hormiga para introducir un grano de maíz en un agujero demasiado pequeño.

—Ustedes —y en este «ustedes» sonaba algo especial que me hizo estremecer— se muestran escépticos acerca de las posibilidades de acción del espíritu sobre el cuerpo… Es más, ni siquiera creen que exista algo distinto a la materia. ¡Y lo curioso es que aun este dominio progresivo sobre el mundo inorgánico lo deben precisamente a la existencia y a la supremacía de ese principio inmaterial! Es como si un campeón de levantamiento de pesos negara la existencia de las fibras musculares… Pero ya es demasiado tarde, y como me ha caído usted simpático quisiera que dejásemos esta conversación para otro día… ¿Qué le parece mañana a las siete de la tarde en mi casa?

Pensaba asistir a esa misma hora a un concierto, pero acepté gustoso la invitación de aquel hombre singular que me tendió una tarjeta amarillenta y muy arrugada. Yo le tendí la mía, que enfundó en una especie de portafolios descolorido y despellejado. Luego, salimos juntos y nos despedimos bajo el aguacero que nos calaba hasta los huesos. Las luces de la cafetería americana, que parpadeaban el nombre de un Estado de la Unión, me devolvieron a la realidad. Pero aquello no había sido un sueño y por eso me afiancé en mi propósito de acudir a la cita del día siguiente.

Subí por las escaleras que parecían iban a derrumbarse a cada instante bajo mis pasos. El portal estaba muy mal iluminado, y como no llevaba cerillas en el bolsillo (no soy fumador) tuve que tantear la barandilla para alcanzar el segundo piso, en donde vivía el anciano con el que había estado conversando la tarde anterior.

Recuerdo todavía aquella ascensión a la casa de Rodríguez (así se llamaba el anciano) como una pesadilla salpicada con las expresiones obscenas de los grafitos pintarrajeados sobre las paredes, y que la luz trémula de las bombillas de los rellanos hacía resaltar como cicatrices lechosas.

Llamé con los nudillos a la puerta (el timbre no funcionaba) y Rodríguez apareció envuelto en una casaca grotesca. Encendió las luces del pasillo, y bajo los rayos de la luz eléctrica parecieron iniciar un retroceso, como si se tratase de insectos noctívagos, unos muebles antiquísimos, o, mejor dicho, unos cadáveres de muebles que se hallaban esparcidos por doquier. Todos ellos debían de tener más de un siglo de existencia, aunque pertenecían a diversos estilos: Luis XV, Luis XVI, y algunos más modernos de corte isabelino. Pero todos ellos yacían deshilachados, cubiertos de mugre cuando no destripados y dejando ver impúdicamente sus entrañas de algodón o de borra. Rodríguez parecía también un clown bajo el flash descarado de las bombillas eléctricas.

¿Cuántos años tendría aquel hombre? Era una pregunta que me había estado formulando a partir de nuestro primer encuentro. Y lo que es más curioso: aquella noche había soñado que aquel hombre avanzaba hacia mí con el rostro desfigurado por la podredumbre. Me había despertado entonces sobresaltado y no pude conciliar el sueño el resto de la noche. Pero aquella nueva amistad me atraía como un precipicio, y no me hubiese perdonado a mí mismo el retroceder como un cobarde, una vez dado el primer paso.

Disimulé, pues, mis terrores lo mejor que pude, y pronto la erudición de Rodríguez me hizo pasar del plano afectivo al intelectual, en donde todas las angustias desaparecen. Seguimos, pues, charlando sobre los mismos temas que nos habíamos planteado el día anterior, y al terminar hicimos un recorrido por aquel piso antiquísimo que rezumaba humedad por sus cuatro costados. Aquellos cuadros, aquellos muebles y todos los objetos que me enseñaba habían pertenecido a sus antepasados, me aclaró Rodríguez. Me deleité entonces ante algunos lienzos firmados por pintores de segunda o de tercera fila que habían vivido en el XVIII o en el XIX. Me llevó incluso con aire triunfal a una habitación presidida por un gigantesco cuadro de Tiépolo y atestada de muebles rococós tapizados en seda e hilo de oro. Allí había también kimonos filipinos, y contrastando bruscamente con ellos, jarrones del Buen Retiro y de Sèvres.

Pero fue, sobre todo, un detalle el que más me llamó la atención haciendo reavivar en mí la pesadilla de la noche anterior: un retrato de uno de los antepasados de Rodríguez. En efecto, a pesar de su peluca y de su levita dieciochesca, aquel hombre presentaba las mismas facciones que las de mi anfitrión. Ni siquiera la ley del atavismo formulada por Darwin hubiese podido explicar esa sorprendente coincidencia. Pero disimulé mi estupor con la máscara de una admiración de índole estética.

—Perdone que me despida ahora de usted —me dijo Rodríguez—. Me esperan en

otro sitio.

Y efectivamente, volví a descender por aquellas escaleras dantescas, y pronto la compañía de los transeúntes y el rumor del tráfico me devolvieron a la realidad.

Aquella misma noche tenía yo una cita con cierto colega extranjero. Habíamos quedado citados en el bar del Hotel X. Acudí, pues, puntual a la cita. Mi colega aún no había llegado.

El bar americano estaba abarrotado de extranjeros, pero se podía distinguir algún que otro español hablando en la lengua de Cervantes en medio de aquella Babel. En realidad, había más españolas que españoles: prostitutas elegantes que habían acudido a la caza del dólar. Yo debía de tener un aspecto demasiado celtibérico, porque ninguna de ellas se dignó fijar sus ojos en mí. Tampoco lo deploré, porque tengo los suficientes años para no sufrir el cosquilleo del erotismo juvenil y tampoco he alcanzado esa fase de la menopausia masculina en la que muchos compañeros míos de sexo comienzan a hipercompensar un sentimiento de minusvalía creciente.

Pero lo que me turbó, hasta tal punto que me hizo dar un respingo sobre el confortable butacón forrado en skai en el que me hallaba sentado, fue el distinguir a un hombre de unos 30 a 40 años que bebía un whisky en el otro extremo de la barra en compañía de una muchacha generosamente escotada. No olvidaré nunca la expresión facial de aquel hombre cuando su mirada tropezó casualmente con la mía. Fue un gesto de asombro, como si le hubiera sorprendido cometiendo una mala acción. Es claro que a mí no me importaba que aquel señor desconocido acompañara a una señorita poco virtuosa. Mas había un detalle que inmediatamente capté y que explicaba perfectamente la sorpresa de ese individuo: se parecía extraordinariamente a Rodríguez, sólo que con cincuenta años menos (y quien dice cincuenta dice cien, o la cifra que usted quiera, con tal de ser superior al medio siglo). ¿Sería un hijo o un nieto de Rodríguez? Pero entonces resultaba imposible el explicar el porqué se había sorprendido de mi presencia, cuando lo más lógico era suponer que desconocía las relaciones que existían entre su padre, o su abuelo, y yo. En ese momento llegó, sin embargo, el profesor C y en seguida pasamos a la parrilla del hotel X para cenar y, de paso, conversar sobre una serie de asuntos, ya que a la mañana siguiente él debía partir en avión para Roma.

Pero apenas habíamos consumido los postres cuando incidimos insensiblemente en el tema que había estado obsesionando mi mente desde hacía algo más de veinticuatro horas: el de la posibilidad de influir el espíritu sobre el cuerpo, hasta el punto de anular los procesos de deterioro involutivo, de conseguir que nuestros tejidos permanecieran en un estado de perpetua juventud.

El profesor C se mostraba escéptico en este terreno, lo mismo que yo. Pero de todas formas, nos detuvimos a considerar las posibilidades que ofrecían las técnicas yoguis y, dentro de nuestra civilización occidental, el tan desprestigiado método de

Coué.

—Es obvio que, como afirmaba el doctor Alexis Carrell —decía el profesor—, aún nos queda mucho por descubrir dentro de nosotros mismos. El hombre posee energías insospechadas, como lo han demostrado Rhine y otros muchos. Algunos autores de ciencia-ficción, como Lovecraft, y anteriormente Lord Dunsany, han dado la razón a los jains y a los pitagóricos que afirmaban que el alma estaba encerrada como en un sepulcro: nuestro cuerpo.

—Pero no creo que las facultades psi, o como quieran llamarlas, puedan proporcionar al hombre la tan ansiada inmortalidad, depositada en esa planta mágica que intentó arrematar Gilgamesh —comenté yo.

—Y, sin embargo, ciertos protozoos son prácticamente inmortales. Los biólogos han demostrado que cada equis tiempo se remozan, mediante un proceso de conjunción de cario-plasmas, con otros miembros de la misma especie. Es más, al dividirse ininterrumpidamente consiguen algo así como una «inmortalidad genérica», a no ser que intervengan factores externos (el calor, ciertos reactivos químicos, los rayos X) que los destruyan.

Continuamos hablando ininterrumpidamente hasta la una de la madrugada. Sólo cuando los camareros nos advirtieron cortésmente que iban a apagar la luz del vestíbulo, volvimos a pisar en el mundo. Le deseé, pues, un feliz viaje al profesor C, y me dispuse a dirigirme a la próxima parada de taxis para llegar a mi domicilio.

Avanzaba bajo los árboles del paseo de la Castellana, mientras ráfagas de aire helado me cortaban con sus cuchillas el rostro, cuando pude ver a un individuo que, tambaleándose, se disponía a cruzar el paso de peatones. El cruce estaba abierto para los automóviles, pero no fue eso lo que más me llamó la atención, sino que aquel individuo era, precisamente, el que unas horas antes había visto en el bar del Hotel X, a pocos metros de allí.

No me dio tiempo, sin embargo, a más reflexiones, porque en ese momento un veloz Chevrolet se lanzó sobre el imprudente. Chirriaron los frenos y el coche giró sobre sí mismo, llevándose por delante al peatón. Corrí rápido a prestar los primeros auxilios. El conductor del coche y yo habíamos sido los únicos testigos del atropello. Aquel norteamericano que, como no era menos de esperar en aquella hora nocturna, apestaba a ginebra, parecía un buen muchacho, y por eso me rogó que le ayudase a llevar al herido al hospital de la base de Torrejón de Ardoz.

No llevaba ningún instrumento médico, y además, mis conocimientos de cirugía o de clínica de urgencia se limitan a los que aprendí en la Facultad, pero aun así me di cuenta, mientras nos deslizábamos por la autopista de Barajas, que el herido acababa de fallecer. Así se lo iba a advertir al «boy», cuando presencié algo que me puso los cabellos de punta: los rasgos de la víctima comenzaban a deformarse rápidamente, como en una pesadilla o en un truca je cinematográfico. Y, cosa que todavía me hace estremecer de horror cuando lo recuerdo, en breves instantes aquel individuo joven se había convertido en un hombre de edad indefinible: el señor Rodríguez. Más aún,

unos dos minutos después sólo quedaba sobre mis rodillas y el asiento trasero del automóvil unos huesos negruzcos y un polvo acre que el aire que entraba por las ventanillas iba esparciendo como una estela macabra detrás de nosotros.

A duras penas conseguí que el norteamericano dejase de pisar el acelerador para mirar hacia atrás y encender la luz. De haber vuelto la cabeza en plena marcha, yo no estaría escribiendo en estos momentos estas líneas, porque jamás he visto una expresión de pánico más marcada en ninguna persona, ni siquiera en los esquizofrénicos cuando se sienten asaltados por una alucinación terrorífica.

El resto de la historia figura en los archivos de la policía. Creo que el «boy» dejó abandonado el automóvil en la carretera para emprender una veloz huida hacia la base aérea, en cuya entrada le detuvieron los centinelas para esposarle con todo género de precauciones. En cuanto a mí, tuve que explicar el asunto a las autoridades españolas, que no creyeron una sola palabra de cuanto les dije. Por supuesto, no ha sido mi buena reputación ni la falta de pruebas lo que me ha librado de una condena por homicidio: nadie me podría haber acusado de dar muerte a un hombre que, según los forenses, había fallecido doscientos años antes.

Notas

[1] Héroe de los “Bylines”, Cantos de Gesta rusos. <<

[2] En Rusia existía la costumbre de colocar a los muertos sobre la mesa del comedor para el velatorio. <<